

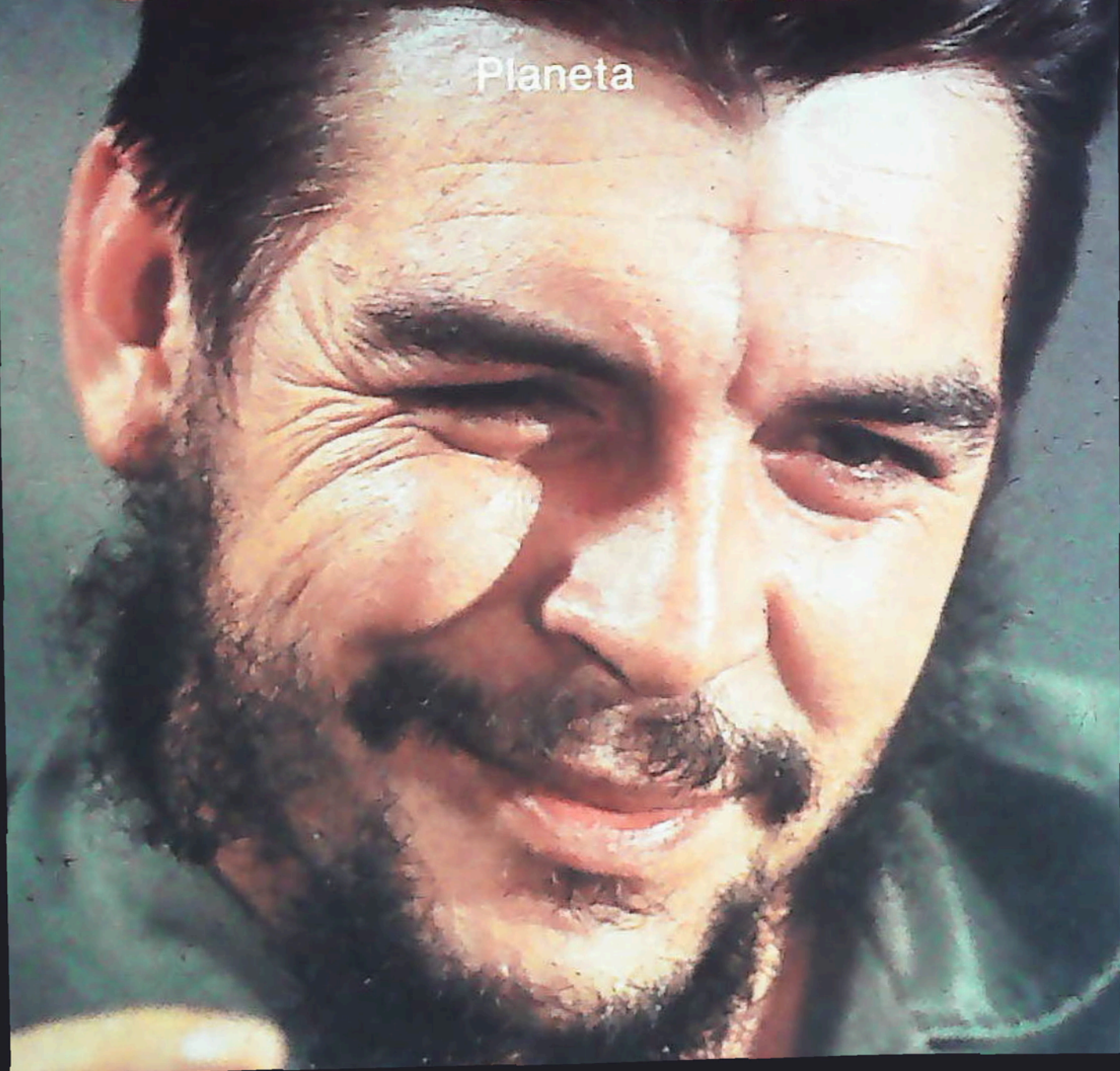
Ernesto Guevara

El perfil humano de uno de los grandes mitos de la
lucha revolucionaria latinoamericana.

Mi hijo

el Che

Planeta





Ernesto Guevara Lynch nació en Buenos Aires en 1900 e ingresó en la Facultad de Ingeniería y luego en la de Arquitectura. Su trabajo le llevó a recorrer todo el país y a conocer a fondo la situación de los mineros del norte argentino y del hombre de campo de Misiones, cordillera de los Andes, Mendoza, Córdoba, Entre Ríos, Corrientes, Buenos Aires, La Pampa y delta del Paraná. En su casa reunió a diversos comités revolucionarios. Desde 1961 hasta 1965 ejerció el cargo de secretario general del Movimiento en Defensa del Petróleo argentino hasta la caída del presidente Illia, derrocado por un golpe militar en 1965. Se casó dos veces. De su primera esposa tuvo cinco hijos, entre ellos el Che. El menor de los hijos de su primer matrimonio, Juan Martín, está preso desde hace seis años en el penal de Rawson y condenado a doce por la Junta Militar argentina por el delito de ser hermano del Che. A la muerte de su esposa se casó de nuevo y tuvo tres hijos. En la actualidad, después de haber viajado por Europa y América, está radicado en Cuba.

Ernesto Guevara Lynch
Mi hijo el Che

Planeta

COLECCIÓN DOCUMENTO

Dirección: Rafael Borràs Betriu

**Consejo de Redacción: María Teresa Arbó,
Marcel Plans, Carlos Pujol y Xavier Vilaró**

**© Ernesto Rafael Guevara Lynch, 1981
Editorial Planeta, S. A., Córcega, 273-277,
Barcelona-8 (España)**

**Edición al cuidado de Xavier Vilaró
Diseño colección y cubierta de Hans
Romberg (foto Zardoya y realización de
Jordi Royo)**

**Procedencia de las ilustraciones: Archivo
Editorial Planeta, Enrique Meneses y
Autor**

Primera edición: noviembre de 1981

Depósito legal: B. 34804 - 1981

ISBN 84-320-3611-0

Printed in Spain - Impreso en España

**Talleres Gráficos «Duplex, S. A.»,
Ciudad de la Asunción, 26-D, Barcelona-30**

Índice

<i>Dedicatoria</i>	10
<i>Introducción</i>	11
<i>Propósitos</i>	13

PRIMERA PARTE

La familia Guevara comienza a conocer el verdadero rumbo de Ernesto Guevara de la Serna	17
Con ienza el Via Crucis de toda nuestra familia angustiada por la suerte de Ernesto como guerrillero en Cuba	26
El periodista Carlos María Gutiérrez, 33; Se ensancha el círculo de información, 38; Llega a Buenos Aires el periodista Jorge Ricardo Masetti, 40.	
Aumentan las esperanzas de que triunfen los rebeldes La Invasión, 51; Cayó Batista, 62.	49
Nuestra familia viaja a Cuba después del triunfo de la revolución	63
En viaje, 64; La llegada, 66; En el hotel Hilton, 66; Un mar de gente, 68; El pueblo se desborda, 69; Conversación con Ernesto, 69.	
La Habana de entonces	71
Conferencia de prensa en el hotel Hilton	72
Ernesto se presta a un reportaje	73
El comandante Cienfuegos	74
El comandante Juan Almeida	77
Conoci al comandante Almeida, 77; En el hotel Comodoro, 77; En el cuartel de La Cabaña, 78; Un capitán de diecisiete años, 79; Practicando tiro, 80; Aprendiendo a volar, 81.	
Ernesto nos relata en el cuartel de La Cabaña cómo cayó herido en el combate de Alegría de Pío	81
Un relato del Che en el cuartel de La Cabaña	84
Visita a Santa Clara y El Escambray	85
Rumbo al Escambray, 86; La comandancia, 87; Viaje frustrado, 90; Disciplina, 90; Ernesto dirige la palabra a los obreros, 91; Radio, 91; La casa de Batista, 92; Clima tenso, 92.	

La partida	93
En Buenos Aires, 96.	

SEGUNDA PARTE

Influencias sobre Ernesto	99
Mis antepasados, 99.	
Celia de la Serna	103
Nuestro matrimonio, 103; Celia y su carácter, 105; Celia como madre y como militante política, 109; La familia de Celia, 112.	
Influencia del territorio de Misiones sobre nosotros	113
Primera infancia de Ernesto, 119; Los insectos. El capataz Curtido, 121; Huracán, 123; El mensú, 124; Carmen Arias de Gabela, 125.	
Adiós a Puerto Caraguatay	127
La estancia de los Moore, 129; Portela, pequeña estanzuela de mi madre donde Ernesto pasó muchos veranos, 131; Viajes por el delta del Paraná durante la infancia de Ernesto, 135; recuerdos de cómo empieza el asma de Ernesto, 139; Comenzamos a cambiar de viviendas, 141; Cortando amarras, 142.	

TERCERA PARTE

Alta Gracia	145
El asma de Ernesto incide sobre la vida de mi familia, 145; Alta Gracia. La ciudad. Su aspecto. Su evolución. Su influencia, 149; Bosquejo social, 150; Nuestra llegada al Hotel de la Gruta, 152; El Hotel de la Gruta, 154; Villa Chichita: la casa de los fantasmas, 155; Villa Nydia, 159; Roberto se hiere, 160; Incendio en el cañaveral, 161; Los juegos infantiles, 162; La «Catramina», 164; La hoya donde nos reuníamos casi todos los días en verano, 167; La «Negrina», 169; Una fiesta en el casino de Alta Gracia, 172.	
Recuerdos de la infancia de Ernesto	173
La mina abandonada, 174; Ernesto y Zacarías 175; Los amigos de Ernesto lo llevan en andas, 179; Los chicos y las pelotas de golf, 181; La pileta del Sierras Hotel, 182; La guerra paraguayo-boliviana, 184; La guerra civil española, 185; El general Jurado, 188; Accidentado paseo en la montaña, 190; Viajes a Portela y a Mar del Plata con toda la chamuchina, 192.	
Acción Argentina	194
Ernesto y la Acción Argentina, 201; Mar del Plata, 202; La motocicleta, 205.	
Algunos recuerdos	206
Huelga de luz, 206; La cosecha de uva, 207; Educación de la voluntad para reprimir el miedo, 208; La responsabilidad de Ernesto, 210; Pelea de Ernesto con Chicho Albornoz y el Negro Zamora, 211; Ernesto estudia dibujo por correspondencia, 212; El asma de Ernesto angustiaba a nuestra familia, 212.	

CUARTA PARTE

Retornamos a Córdoba	215
Chile, 288, 215; Ernesto y su círculo de amigos, 218; En verano, 218; Carta de Ernesto desde la provincia de Córdoba, 221.	

QUINTA PARTE

Ernesto. Sus estudios sobre grafología	223
Jugador de ajedrez, 224; Sus trabajos en Vialidad Provincial, 224.	
Cambio de orientación	226
Recordando la personalidad de Ernesto	227
Ernesto enferma contagiado por trabajar sin protección, 230; Buenos Aires. La fábrica de insecticida, 233; Ernesto se examina en la Facultad de Medicina, 234; Habla su amigo el doctor Larumbe, 235; Ernesto se dedica a zapatero, 236; Ernesto y sus vuelos a vela con su tío Jorge, 237; Aráoz, 2180. Reuniones, 238; El apodo «Chancho» de Ernesto, 240.	
El Che y los deportes	240
Fútbol, 241; El rugby, 242.	
Mi hermana Beatriz y mi hijo Ernesto	243
Algunos recuerdos de Ernesto	246
Su ternura, 246; Ernesto y su amigo Carlos Figueroa, 248; Sus estudios y trabajos, 250.	

SEXTA PARTE

Viajes de Ernesto por la Argentina en el año 1950	257
Viaje de Ernesto por el norte argentino	259
Viaje de Ernesto y Granado	273
Pródromos	276
Del cuaderno de viaje de Ernesto, 276.	
Diario de Ernesto escrito durante su viaje con Alberto Granado	277
La partida	278
Rumbo al Sur, 278; En Villa Gessell, 279; A Mar del Plata, 280.	
Carta de Ernesto en viaje a Bariloche	281
Emprenden nuevamente viaje, 286; Los expertos, 287; Santiago, 292; Valparaíso, 292.	
Polizones	296
En las minas de Chuquicamata, 300; Chile. Panorama político, 301.	
Del diario de Ernesto	302
Tarata, el mundo nuevo, 302; En los dominios de Viracocha, 306.	
En el lazareto de San Pablo	320

Venezuela	328
Ernesto llega a Miami y regresa a Buenos Aires	330

APÉNDICES

Genealogía de Ernesto Guevara de la Serna	333
---	-----

De Castro. Méjico, siglo XVIII, 333; Los Guevara en Chile, 334; Antecedentes de la familia Guevara Castro, por el ingeniero Roberto Guevara Castro, 334; Genealogía de la familia Lynch, 336; Genealogía de la familia De la Serna, 336; Genealogía familia De la Llosa-Lacroze, 337; Virrey don Pedro de Castro Figueroa y Salazar, 337.

<i>Índice onomástico</i>	341
------------------------------------	-----

SI HUBIERA TENIDO LA JUVENTUD Y EL CORAJE NECESARIOS PARA EMPUÑAR EL ARMA QUE DEJÓ MI HIJO —EL CHE— ESTE LIBRO JAMAS SE HUBIERA ESCRITO.

DEDICATORIA

Este libro lo dedico a todos los niños, mujeres y hombres víctimas de una casta criminal identificada con el imperialismo que a través de políticos traidores, servicios de inteligencia, policías a sueldo y ejércitos profesionales a la orden del gran capitalismo están aplastando al mundo de los humildes con cárceles, torturas, asesinatos y guerras que no son más que genocidios disimulados.

Que él sirva de homenaje a los que cayeron en la lucha por la liberación de los pueblos primitivos, y que sirva también de incentivo a los que están luchando y a los que lucharán en esta última y definitiva etapa de la guerra que sostienen los que, con todos sus derechos, combaten contra los mercenarios pagados por una casta social que ve perderse indefectiblemente sus privilegios.

Hago votos por que las nuevas generaciones logren el triunfo antes de que el suicida empecinamiento de los que viven demasiado bien a costa de los que apenas sobreviven haga del mundo que habitamos —por el estallido atómico total— una bola incandescente que se pierda rumbo a las galaxias.

INTRODUCCIÓN

Creo que mientras el imperialismo mundial siga imponiendo la sumisión y la explotación de los pueblos subdesarrollados, el único camino para la liberación será la lucha armada. Sólo así el mundo llegará a obtener una paz verdadera.

Todos los demás caminos han sido cerrados por el propio imperialismo, obedeciendo a la razón de su propia existencia.

El heroico pueblo vietnamita está llegando a esta paz anhelada, no por medio de persuasiones ni de buenas palabras, sino mediante la lucha armada.¹

La paz mundial sólo se conseguirá cuando el imperialismo internacional haya sido definitivamente derrotado, y eso sucederá cuando los ejércitos regulares, hoy al servicio de ese imperialismo, hayan sido reemplazados por las fuerzas armadas populares.

1. Cuando se escribieron estas líneas (en 1962), Vietnam combatía por su independencia.

PROPÓSITOS

Escribir una biografía es algo sumamente difícil. Hay que tener en cuenta muchos factores que hacen posible el éxito de una obra. Pero escribir la biografía de un hijo es mucho más difícil aún. En este caso no se trata de talento, ni de facultades literarias, ni de expresión, ni de imaginación.

Abordar el tema de la vida del Che Guevara es una tarea ardua, porque fue muy rica dentro y fuera del ámbito familiar. Cursó estudios secundarios y universitarios, económicos, políticos y sociales. Fue investigador científico. Ahondó en la arqueología. Trabajó como enfermero en los barcos argentinos. Se graduó en medicina y se especializó en medicina de guerra. Fue sobrestante de obras. Revolucionario internacional combatió como guerrillero en varias partes del mundo. Colaboró en la organización del gobierno de Cuba, fue presidente del Banco Nacional y ministro de Industrias. Escritor literario y ensayista, sostuvo a nivel superior polémicas económicas...

Además trabajó como obrero en la industria, en la construcción, en las minas y en el campo. Viajó por América a pie, en motocicleta, en auto, en camión, en tren y en avión. Tuvo tiempo, no obstante, para practicar toda clase de deportes y de llegar a la primera categoría como jugador de ajedrez.

Estudió a fondo las causas del subdesarrollo en nuestra América conociéndola en vivo. Por su influencia sobre sus compañeros de trabajo puede decirse que fue un verdadero educador.

En fin, en sus treinta y nueve años de vida fue tan fecunda su labor, que para poder publicar su biografía completa se necesitarían muchos años de preparación y de trabajo.

Estas dificultades pesarían sobre cualquiera que abordara el tema; pero para quien está unido por lazos de sangre y de cariño con la persona sobre quien se está escribiendo, las dificultades se multiplican hasta el infinito.

Escribir sobre él y juzgarlo no es obra que yo deba abordar. Quisiera que el lector tuviera una idea de lo que fue Ernesto Guevara de la Serna como persona —en su niñez, su adolescencia y su juventud— dentro del marco de nuestra familia

y además quisiera hacerlo vivir un poco su vida familiar junto a sus padres, sus hermanos y sus amigos.

Escribir sobre todo lo que he visto, lo que he vivido, lo que he sentido y lo que he sufrido a su lado, ésa es la obra que me propongo hacer.

Si puedo transmitir la emoción que me embargó en el momento en que tuve que releer sus cartas y retrotraer sus palabras y voces familiares, creo que entonces habré logrado algo de mi propósito.

Ya encuadrado mi trabajo, comenzaré la descripción de su vida que he dividido en varias etapas:

— Antecedentes familiares.

— Su vida en el conjunto familiar desde que nace hasta que comienza a convertirse en adulto.

— Sus estudios secundarios y universitarios, donde empieza a perfilarse como hombre de investigación.

— Sus trabajos como investigador.

— Sus viajes dentro de nuestro territorio y por toda América Latina.

— El desarrollo de su pensamiento político-social captado a través de sus múltiples cartas escritas a nuestra familia.

— Su vida de acción, que comprende el enrolamiento dentro de las filas revolucionarias cubanas, y su actuación como guerrillero en la isla de Cuba (una breve síntesis).

Quiero hablar con propiedad de lo que he visto y oído y de aquellos hechos en los cuales yo también he tomado parte; es decir, de todo lo que conozco sin lugar a dudas.

Quiero también ahondar en todo aquello que fue parte de su vida junto a toda nuestra familia. De esto sólo puedo hablar yo o alguno de los míos.

Como creo que para poder estudiar bien a un hombre en todos sus aspectos es necesario conocer a fondo el clima familiar y social en el que ha vivido y las circunstancias por las que ha tenido que pasar, es por lo que en este libro he acomedido relatos no solamente de Alta Gracia, de la Capital Federal, de los alrededores de Buenos Aires y de todos los lugares donde se desarrolló su niñez, sino también de la República Argentina en general y especialmente del territorio de Misiones.

En este lugar vivió muy poco tiempo y lo abandonó a tan temprana edad que apenas si lo recordaba, pero Misiones influyó notablemente en el clima familiar que vivimos desde el año 1927 hasta 1947, lapso en que conservamos nuestra propiedad en Misiones, y por lo tanto estuvimos en continuo contacto con ese territorio y con todo lo que allí pasaba.

Un hombre no es un ente suspendido en el espacio; está relacionado con todo lo que le rodea y su esencia está ligada necesariamente con sus antepasados. Es por esta razón por la que, aunque escuetamente, hago una relación de hechos acaecidos durante la vida de los antepasados de Ernesto (sus abue-

los y aun sus bisabuelos) con la seguridad de que todo este conjunto ayudará a la más cabal comprensión de aquel idealista y luchador que se llamó Ernesto Guevara de la Serna y que el mundo conoce como el Che Guevara.

Primera parte

LA FAMILIA GUEVARA COMIENZA A CONOCER EL VERDADERO RUMBO DE ERNESTO GUEVARA DE LA SERNA

Corrían los primeros días del mes de diciembre del año 1956. Los principales diarios del mundo publicaban la noticia de la fracasada tentativa de invasión a la isla de Cuba por el doctor Fidel Castro Ruz. El ex sargento Batista, entonces autoelevado al grado de mayor general, propaló, por intermedio de las agencias internacionales, la noticia de que Fidel Castro y sus acompañantes habían sido muertos en una tentativa de invadir la isla. Esto sucedía el 2 de diciembre de ese año.

La amenaza de invasión la había lanzado desde Cuba el doctor Fidel Castro con más de un año de anticipación diciendo: «O seremos libres o seremos mártires.»

Nuestra familia en Buenos Aires ignoraba esta amenaza, pero ahora comenzaba a comprenderla, al enterarse de las primeras noticias que en grandes titulares publicaban los principales diarios del mundo, ocupándose del desastre ocurrido en el desembarco de Fidel y de su gente, desembarco efectuado cerca de la ciudad de Manzanillo en la provincia de Oriente. Era una noticia bomba.

Nosotros sabíamos que Ernesto estaba comprometido en una conspiración, y que había sido apresado en la ciudad de México, junto a Fidel Castro y parte de su gente.

Con fecha 6 de julio de 1956, recibí una carta de Ernesto en contestación a otra mía que le había enviado a la cárcel de la Gobernación de la ciudad de México, en la cual le decía que nos acabábamos de enterar por los diarios que estaba preso, y le pedía que nos dijese «las cosas tal cual eran», sin ambages de ninguna clase.

Ernesto me contestó esta carta que transcribo a continuación:

«México, julio 6 de 1956. Cárcel de la Gobernación.

»Queridos viejos:

»Recibí tu carta (papá) aquí en mi nueva y delicada mansión de Miguel Schuls, junto con la visita de Petit que me informó de los temores de ustedes. Para que tengas una idea historiaré el caso.

»Hace un tiempo, bastante tiempo ya, un joven líder cubano¹ me invitó a ingresar a su movimiento, movimiento que era de liberación armada de su tierra, y yo, por supuesto, acepté. Dedicado a la ocupación de preparar físicamente a la muchachada que algún día debe poner los pies en Cuba, pasé los últimos meses manteniéndolos con la mentira de mi cargo de profesor. El 21 de junio (cuando hacía un mes que faltaba a mi casa en México, pues estaba en un rancho de las afueras) cayó preso Fidel con un grupo de compañeros y en la casa figuraba la dirección donde estábamos nosotros, de manera que caímos todos en la redada. Yo tenía mis documentos que me acreditaban como estudiante de ruso, lo que fue suficiente para que se me considerara eslabón importante en la organización y las agencias de noticias amigas de papá empezaron a bramar por todo el mundo.

»Eso es una síntesis de los acontecimientos pasados, los futuros se dividen en dos, los mediatos y los inmediatos. De los mediatos les diré mi futuro está ligado a la revolución cubana. O triunfo con ésta o muero allá. (Ésta es la explicación de una carta algo enigmática y romántica que mandé a la ...² hace algún tiempo.) Del futuro inmediato tengo poco que decir porque no sé qué será de mí. Estoy a disposición del juez y será fácil que me deporten a la Argentina a menos que consiga asilo en un país intermedio, cosa que estimo sería conveniente a mi salud política.

»De todas maneras tengo que salir al nuevo destino, quede en esta cárcel o salga libre, Hilda retornará al Perú que ya tiene nuevo gobierno y ha dado amnistía política.

»Por motivos obvios disminuiré mi correspondencia: además la policía mexicana tiene la agradable costumbre de secuestrar las cartas, de modo que no escriban sino cosas de la casa banales. A nadie le hace gracia que un hijo de puta se entere de los problemas íntimos de uno por insignificantes que sean. A Beatriz le das un beso, le explicas por qué no escribo y le dicen que no se preocupe en mandar diarios por ahora.

»Estamos en vísperas de declarar una huelga de hambre indefinida por las detenciones injustificadas. Las torturas a

1. Doctor Fidel Castro Ruz.
2. Palabra ilegible.

que fueron sometidos algunos de mis compañeros. La moral de todo el grupo es alta.

»Por ahora sigan escribiendo a casa.

»Si por cualquier causa que no creo no puedo escribir más y luego me toca las de perder consideren estas líneas como de despedida, no muy grandilocuente pero sincera. Por la vida he pasado buscando mi verdad a los tropezones y ya en el camino y con una hija que me perpetúa, he cerrado el ciclo. Desde ahora no consideraría mi muerte una frustración, apenas, como Hikmet: "Sólo llevaré a la tumba la pesadumbre de un canto inconcluso."

»Los besa a todos,

ERNESTO»

La contestación a mi carta aclaraba cualquier duda con respecto a Ernesto y a su posición en el ejército de Fidel Castro.

Los cables, especialmente los que venían de EE. UU., daban detalles del exterminio de este contingente.

Cuando la noticia llegó a Buenos Aires, los teléfonos de nuestras amistades comenzaron a funcionar sin descanso. Los amigos querían tener noticias. A mí me dieron telefónicamente la espantosa nueva, según la cual se daba por seguro que mi hijo Ernesto había sido mortalmente herido en uno de los encuentros. También se decía que había sido abatido Fidel Castro y su hermano Raúl, así como varios de sus colaboradores principales. Recuerdo los nombres de Almeida y de Ramiro Valdés. Se decía que el yate *Granma*, donde se habían embarcado los ochenta y dos hombres —y que había zarpado de un pequeño puerto de México llamado Tuxpán—, había sido capturado con todos los componentes de la expedición invasora y que habían sido muertos la mayoría de sus tripulantes. Los restantes —muy pocos— andarían (según los periódicos) dispersos por los montes y en breve tendrían que entregarse.

Todo el mundo dio crédito a esta noticia, porque era tal la desproporción entre el ejército regular del general Batista, compuesto por tropas escogidas, guardias rurales, infantes de marina, policía armada, y el minúsculo conglomerado guerrillero de sólo ochenta y dos hombres mandados por Fidel Castro, que era imposible creer que éstos pudieran derribar al gobierno militar del ex sargento y mucho menos derrotar a sus fuerzas armadas, preparadas por los Estados Unidos de América y equipadas con las más modernas armas.

Cuando nosotros recibimos la noticia quedamos deprimidos. Me personé en la redacción del diario *La Prensa* de Buenos Aires, pidiendo su confirmación. Allá, como consuelo, me dijeron que no podían asegurar que fuera cierta, hasta tanto no llegara su confirmación oficial y como tal confirmación no había llegado, aún quedaban esperanzas.

Volví a mi casa desesperado. Mi mujer, Celia de la Serna, se encontraba en esos momentos sentada ante una mesa haciendo un solitario de cartas. Mis hijos, por otros conductos conocían lo que anunciaban los cables, que por otra parte ya era de dominio público. Cuando me vieron llegar me miraron sin decir una palabra. Nada le habían dicho a la madre. Tenía que ser yo quien le diera este tremendo golpe. Me senté enfrente y esperé un rato que me pareció un siglo antes de que ella terminase su solitario. Cuando lo hubo hecho, tal vez porque algo presentía, levantó la cabeza y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Mira —le contesté—. Hay una noticia que no creo cierta. Ella se puso lívida.

—¿Ernesto? —preguntó.

—Sí —le contesté—. Pero te puedo asegurar que yo no la creo.

Se levantó de un salto, fue al teléfono y llamó a la agencia de noticias Associated Press y con voz seca y firme dijo:

—Soy la madre del doctor Ernesto Guevara de la Serna, de cuya muerte ustedes acaban de dar la noticia, que se va a publicar en los diarios. Quiero que ustedes me digan la verdad. ¿Esto es cierto?

Supe después por ella que habían tratado de consolarla diciéndole lo mismo que a mí, que había que esperar, que la mayoría de estas noticias quedaban sin confirmación, es decir, en la nada.

Nosotros estábamos acostumbrados a soportar toda clase de aflicciones con respecto a Ernesto. Sabíamos que había corrido y que seguiría corriendo muchos peligros, pero en el fondo una fe incomprensible nos alentaba. Ernesto siempre salía bien de todos ellos.

Pero esta vez la cosa era distinta. Se daba su nombre entre los de los caídos. Supongo que la mayoría de nuestra familia y de nuestros amigos dieron por cierta la brutal noticia y supongo también que el mismo gobierno de Batista la creyó. Pero yo no me desalenté totalmente. Había algo que me decía que no podía ser cierto, aunque la evidencia lo contradijera, y esta evidencia se manifestaba en la calle; sin embargo, como una esperanza lejana, yo veía o más bien intuía algo en todo ese maremágnum de versiones que no acababan de concretarse y, por esta razón, mis palabras reconfortaban un poco a mi familia.

En aquel tiempo tenía contacto con funcionarios del gobierno que presidía el general Aramburu. Me dirigí a su secretario particular, y pedí ser recibido por el presidente para que interviniese ante el gobierno de Cuba, en el hipotético caso de que Ernesto hubiera sido apresado, a fin de que no hicieran con él lo que Batista acostumbraba hacer con sus prisioneros: torturarlos y asesinarlos.

El general Aramburu intervino y la cancillería argentina se movió con rapidez en aquellos momentos. Nosotros estábamos continuamente sobre ella, pero no llegaba ningún desmentido ni confirmación. No conseguíamos saber nada.

Mi casa, bullanguera y jovial, se había convertido en una casa triste. Nadie hablaba; todos presentían la catástrofe y a nuestro alrededor todo era desolación. En cuanto a mí, confieso que me era imposible concentrar la atención en algo que no estuviera relacionado con Ernesto. Mi trabajo se fue al diablo; ni siquiera pisaba mi estudio. Iba de un lado a otro tratando de averiguar algo. Los diarios callaron. Pero de Cuba, por avión, llegaron algunos periódicos y revistas. Recuerdo un ejemplar de la revista *Bohemia* que tuve que leer con verdadera angustia. Allí decía las mismas cosas que los primeros cables, pero con abundantes detalles: Ernesto, apoyado en un árbol conversando con su compañero el doctor Pérez, había caído mortalmente herido. Era en Alegría de Pío. La gente de Fidel Castro había sido sorprendida por el ejército y los guardias rurales habían caído sobre ellos sin que éstos hubieran podido localizarles, ametrallándolos desde pocos metros de distancia. La aviación lanzaba bombas de napalm sobre los montes y los cañaverales. El ejército había rodeado la zona y se presumía que nadie podría escapar del cerco. Para el gobierno de Batista, éste era el principio y el final de la mentada invasión del doctor Fidel Castro Ruz.

En estos días desde México llegó una carta de Ernesto. Para nuestra familia era sencillamente horrorosa. Era la carta de despedida a sus padres. En ella hacía consideraciones de orden filosófico. Daba a entender que para él la muerte no era una cosa importante, que lo importante era la lucha por los ideales; y nos decía también que salía de México para entrar como revolucionario en Cuba. Mi mujer la leyó delante de todos sin derramar una sola lágrima. Yo apretaba los dientes y no comprendía por qué Ernesto tenía que meterse en una revolución que nada tenía que ver con su patria.

Qué equivocado estaba yo: mi hijo Ernesto hubo de enseñarme a mí, que le enseñé a dar sus primeros pasos en la vida, cuál era el deber del hombre que lucha por la humanidad. Para mí esto entonces no estaba suficientemente claro. No alcanzaba a separar el hecho heroico en donde se da la vida por un ideal, de la aventura guerrera sin direcciones precisas. Comparaba al sargento Batista con cualquiera de los militares que alguna vez también fueron dictadores en mi patria. Yo también había combatido contra ellos, pero lo que se me escapaba en esos momentos, era lo que Ernesto había comprendido bien: para los pueblos oprimidos, el enemigo era uno y no estaba precisamente ni en la República Argentina, ni en Cuba, ni en Perú, ni en ninguna parte de la América Latina; estaba más lejos, en donde se origina la casta privilegiada

capitalista que lanza directa o indirectamente sus fuerzas contra estos pueblos oprimidos, moviendo las manos de aquellos jefes de gobierno que sirven sus intereses.

Sólo después de ahondar en la revolución cubana, me ubiqué exactamente en la posición que me correspondía.

Una mañana temprano sonó el teléfono de mi casa. Me llamaban de la cancillería argentina. Instantes después me presentaba ante el secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Me recibió en su despacho. Su actitud era tranquila. ¿Cuál sería mi aspecto? No lo sé, pero lo supongo. Él me miraba con mirada casi piadosa y me dijo lo siguiente:

—Acabo de recibir un cable de la Embajada argentina en La Habana que dice así: «El doctor Ernesto Guevara de la Serna, según averiguaciones de esta embajada, no se encuentra ni entre los muertos, ni entre los heridos, ni entre los prisioneros hechos por el ejército de Batista.»

Si en esos momentos un terremoto me hubiera lanzado al aire no hubiera salido de allí con más ímpetu. Corrí hasta mi casa a contar la noticia y esa tarde todo cambió allí. Un hábito de optimismo nos envolvía a todos y mi casa volvió otra vez a convertirse en bullanguera y jovial.

Pasaron algunos días. Nosotros vivíamos ansiosos esperando una confirmación o un desmentido, pero ninguno de los dos llegaba oficialmente. Entretanto nos ateníamos a la noticia que había llegado a la cancillería argentina desde Cuba.

Terminaba el año 1956. Eran los últimos días del mes de diciembre. El 31, en nuestra casa nos aprestábamos a festejar como siempre la entrada del nuevo año, pero esta vez con un tremendo interrogante para la familia. Y aquí vino lo imprevisto. Serían como las 10 de la noche, cuando de pronto llega a mi casa un sobre que nunca supe qué generosa mano de cartero pasó por debajo de la puerta principal. Nadie de mi familia lo olvidará. Se trataba de un sobrecito de avión, dirigido a Celia de la Serna y con matasellos de Manzanillo, Cuba. Dentro había una esquelita, era un papelito arrancado a una pequeña libreta de apuntes y que con una letra bien conocida por nosotros comenzaba de esta manera:

«Queridos viejos (y seguía luego): Estoy perfectamente, gasté sólo dos y me quedan cinco.

»Sigo trabajando en lo mismo, las noticias son esporádicas y lo seguirán siendo, pero confíen en que Dios sea argentino.

»Va un abrazo a todos,

TETÉ³»

Nos volvió el alma al cuerpo.

3. Teté: apodo cariñoso que le pusimos cuando tenía pocos días de edad.

Después de todo un mes de zozobra, hay que haber recibido un impacto como éste para darse cuenta de la euforia que nos embargó. Corrió en seguida la noticia por toda mi familia y entre todos nuestros amigos y aquella espera del Año Nuevo se convirtió en un verdadero jolgorio. Tal había sido el golpe recibido con el aviso brutal de la caída de Ernesto en Alegría de Pío, que ahora con este escueto anuncio de que seguiría «trabajando en lo mismo», todo lo cual significaba que seguiría peleando, sin medir las pocas posibilidades de triunfo y la inmensidad del peligro que corría, esa noche todos nos sentimos optimistas y orgullosos de nuestro querido Ernesto.

Corrió el champaña y empezaron los brindis. Unos minutos antes de que las campanas de las iglesias se echaran a vuelo y de que el estruendo callejero comenzara a anunciar el nuevo año, misteriosamente apareció otra carta por debajo de la puerta. Era éste un sobre más grande, cuadrado, también de avión como el otro; solamente que la letra con el nombre de mi mujer y la dirección pertenecía a una persona del sexo femenino. La abrimos apresuradamente, se trataba de una tarjeta impresa. Sobre su primera hoja, una rosa muy roja llenaba el espacio. Decía más o menos lo siguiente: «Feliz Año Nuevo. TT está perfectamente bien.» Y firmaba una persona cuyo nombre he olvidado, pero era un nombre de mujer. Aquello superaba lo que esperábamos. Sonaron las campanas del Año Nuevo y toda la gente que había llegado a mi casa comenzó a demostrar su alegría. Ernesto se había salvado, al menos por ahora.

Después de los primeros momentos de bullicio, nos dedicamos a interpretar la hojita milagrosa. La letra era bien conocida por nosotros, evidentemente era de él y lo que evidenciaba aún más su pertenencia era su modo inconfundible de escribir. Gasté sólo dos y me quedan cinco —traducido a nuestro idioma guevariano, quería decir que había sido herido.... Se refería a que tenía siete vidas; «me quedan cinco» quería decir que le habían quitado dos solamente, que estaba vivo. Confíen en «que Dios sea argentino», valía como «he tenido una gran suerte». El «sigo trabajando en lo mismo» no podía interpretarse de otra manera como que él seguía empeñado en la lucha emprendida. Su firma de TT correspondía al apodo familiar cariñoso que sólo conocía nuestra familia.

Después de estos acontecimientos, seguimos anhelantes esperando. Hice venir a mi nuera, Hilda Gadea, que estaba en Perú con sus padres y a nuestra nieta Hildita. Viajaron a Buenos Aires a reunirse con nosotros, traía noticias frescas, pero todas anteriores a la salida de Ernesto hacia Cuba. Ella, muy parca en sus charlas. Se notaba que aún conservaba el hermetismo impuesto por Ernesto. Instalada mi familia en Buenos Aires, comenzaba a comprender el porqué de la incorporación de Ernesto a la revolución cubana.

Traía una carta que acababa de recibir de mi hijo. La transcribo:

«Enero, 28 de 1957.

»Querida vieja:

»Aquí, desde la manigua cubana, vivo y sediento de sangre escribo estas encendidas líneas martianas. Como si realmente fuera un soldado (sucio y harapiento estoy, por lo menos), escribo sobre un plato de campaña con el fusil a mi lado y un nuevo aditamento entre los labios: un tabaco. La cosa fue dura. Como sabrás, después de siete días de estar hacinados como sardinas en el ya famoso *Granma*, desembarcamos en un manglar infecto, por culpa de los prácticos, y siguieron nuestras desventuras hasta ser sorprendidos en la también ya célebre "Alegría" y desbandados como palomas. Me hirieron en el cuello y quedé vivo nada más que por mi suerte gatuna, pues una bala de ametralladora dio en una caja de balas que llevaba al pecho y el rebote me dio en el cuello. Caminé unos días por el monte creyéndome mal herido, pues el golpe de la bala me había dejado un buen dolor en el pecho. De los muchachos que conociste allí, sólo fue muerto Jimmy Hirtzel, asesinado por entregarse. Nosotros, en un grupo en que estaban Almeida y Ramirito, de los que conocimos, pasamos siete días de hambre y sed terribles hasta burlar el cerco, y con ayuda de los campesinos volvimos a agruparnos con Fidel. (Uno de los que se da por muerto sin confirmación es el pobre Nico.) Después de arduos problemas nos reorganizamos, nos armamos y atacamos un cuartel matando cinco soldados, hiriendo otros y haciendo algunos prisioneros. El ejército que nos daba por disgregados, se llevó la mayúscula sorpresa, aumentó la suspensión de garantías a toda la república y por cuarenta y cinco días más nos echó encima tropa escogida; se la volvimos a disgregar y esta vez le costó tres muertos y dos heridos. Los muertos quedaron en el monte. Al poco tiempo, capturamos tres guardias quitándoles las armas. Si a todo esto se agrega que nosotros no tuvimos ninguna baja y el monte es nuestro, te podrás dar idea de la desmoralización del ejército, que nos ve escurrir como jabón de entre sus manos, cuando nos cree en el buche. Naturalmente, la pelea no está totalmente ganada, falta mucha batalla, pero ya se inclina a nuestro favor: cada vez lo será más.

»Ahora, hablando de ustedes, quiero saber si estás todavía en la casa a donde escribo y cómo están todos, particularmente el "pétalo más profundo del amor". A ella me le das el abrazo y beso más fuerte que pueda competir con su armadura ósea. A los demás un abrazo y recuerdos. Con la precipitada salida dejé las cosas en casa de Pocho, entre ellas están las fotos tuyas y de la chiquita. Cuando escribas, mandámelas.

Podés escribir a la casa de mi tío, a nombre del Patojo. Las cartas tardarán un poco, pero llegarán, creo.

»Recibe un abrazo de

CHANCHO

Señora Hilda Gadea.

»Paso de los Andes 1028, Puebla Libre, Lima, Perú.»

Pasó la carta de Ernesto de mano en mano de mi familia. Era una síntesis de lo ocurrido desde que salieron de un puerto de México y terminaba con un breve relato de lo acontecido en Cuba hasta la toma del cuartel de La Plata. Pero lo que más que impactó fue aquella frase «estoy escribiendo sobre un plato de campaña sediento de sangre».

No costaba identificar a este nuevo Ernesto —combatiente en la selva— con aquel Ernesto que todos conocíamos. Nunca hubiera creído que él llegase a estar «sediento de sangre», y vino a mi memoria un episodio que voy a relatar y que sin duda ayudará a comprender el carácter de mi hijo.

Nosotros vivíamos en Buenos Aires en la calle Aráoz 2180, esquina Mansilla. Nuestra casa era la más vieja de todo el barrio —tan vieja que los pobladores más antiguos de la zona la tenían como fundadora del entonces apartado barrio de Palermo—. Como correspondía a su vetustez, los techos eran altísimos, tal como se usaban en el siglo pasado. Nosotros ocupábamos el primer piso de la casa que tenía una gran terraza correspondiente al techo de los pisos bajos; circundaba la terraza una pared de obra que la separaba de la calle. Amurado a este pequeño paredón había un caño de ventilación que sobrepasaba el nivel de la pared en más de 2,50 metros. Este viejo caño habría sido colocado allí quién sabe cuántos años atrás y tenía en la punta una grieta de pocos centímetros, donde un pobre gorrión había enganchado una de sus alas. Estábamos con Ernesto mirando al animalito que aleteaba desesperado, presintiendo su fin. Su ala estaba muy enganchada en aquel tajo y salir de allí le hubiera sido imposible a la avecilla por más que pataleara. Por el cansancio se notaba que llevaba varios minutos en esta situación, sus aleteos eran cada vez más espaciados; la fragilidad del caño impedía el apoyo de cualquier escalera y otra especial no teníamos. Esto sucedía en el año 1949, Ernesto ya era un hombre. Miró al gorrión y se dispuso a liberarlo. Yo, por mi parte, sabiendo lo que iba a hacer, me dispuse a impedirselo; la libertad del pájaro podría ser la perdición de Ernesto, pues estábamos a unos siete metros de altura sobre el nivel del suelo. Fueron inútiles todas mis reflexiones: que el caño era muy alto y endeble, que no aguantaría su peso si trepaba por allí, que era mejor esperar ayuda. Yo, comprendiendo el peligro que corría, a horcajadas sobre el pequeño muro, traté de apun-

talar el caño lo más alto posible, y Ernesto, sin esperar más, subió como pudo, y segundos después el corrión volaba libre.

Ahora tenía frente a mí la carta de Ernesto escrita desde la manigua cubana y comprendía cuánto puede endurecer a un hombre la decisión de luchar por una causa justa. El sensible, emotivo hijo mío, destrozaba su sensibilidad para cumplir con un deber irrenunciable.

Ahora sí comenzábamos a comprender en toda su extensión la magnitud de la hazaña de este pequeño grupo de suicidas que desembarcaron el 2 de diciembre de 1957 en las playas Las Coloradas de la isla de Cuba, para poner fin a una dictadura militar y remover las estructuras políticas y sociales de ese país.

Ya más tranquila, nuestra familia empezó a interpretar las noticias de Ernesto, noticias medio cabalísticas que mandaba en sus cartas. Y comprendimos su encarcelamiento en México, su huelga de hambre y su posterior vida clandestina.

Cada uno de nosotros juzgó a su manera la decisión que había tomado de combatir en el ejército revolucionario. Todos con el febril deseo de que le fuese bien y pudiese salvar su vida. Ninguno de nosotros tenía fe en el triunfo de este minúsculo ejército guerrillero que debía enfrentarse con un ejército organizado por los Estados Unidos de Norteamérica, apoyado técnicamente por esta nación y armado con la maquinaria bélica más moderna del momento. Nos parecía imposible porque desconocíamos el valor de la decisión de los hombres que no temen a la muerte cuando van en pos de la liberación de los pueblos oprimidos y porque tampoco conocíamos el valor táctico y estratégico de la lucha de guerrillas frente a los ejércitos convencionales. Ignorábamos todo eso porque a pesar de que las ideas políticas de nuestra familia no diferían mucho de las de Ernesto, ninguno de nosotros, entre los cuales me incluyo, habíamos calado tan hondo como él lo hizo en la imperiosa necesidad de los pueblos «subdesarrollados» (hermosa palabra que sirve de pretexto al imperialismo para pisotear a los pueblos oprimidos) de liberarse del yugo colonialista que viene sumiendo en la miseria el mundo de los humildes.

COMIENZA EL VÍA CRUCIS DE TODA NUESTRA FAMILIA ANGUSTIADA POR LA SUERTE DE ERNESTO COMO GUERRILLERO EN CUBA

Una tensión nerviosa que no podíamos dominar campeaba sobre toda nuestra familia. Ya sabíamos que, aunque herido, Ernesto se había salvado del desastre de Alegría de Pío; ahora

tratábamos por todos los medios de averiguar dónde estaba y cómo estaba.

Hilda Gadea, la primera esposa de Ernesto, se hallaba en los primeros días del mes de enero de 1957 en Perú, en casa de su madre.

Hablé por teléfono con ella, comunicándole la noticia que nos llegara de Ernesto a nuestra casa el último día del mes de diciembre. Le pedí que viniera con la chiquita a Buenos Aires. Queríamos conocer a la nieta y que toda nuestra familia oyera de boca de Hilda todos aquellos pormenores que nosotros no conocíamos, relativos a la preparación de Ernesto como guerrillero en México. Y también queríamos conocer cómo se había llevado a cabo la invasión.

Toda la familia fue al aeropuerto a esperarla. Venía con la nietecita en brazos. Una coyita divina. Vino a mi casa de la calle Aráoz y luego pasó con nosotros unos cuantos días en Portela, pequeña estanzuela que fuera de mi madre.

Pero la pobre Hilda Gadea tampoco tenía mejores noticias que nosotros. Ella también había tratado de averiguar todo lo posible sobre la situación de Ernesto en Cuba, pero la verdad es que mientras el pequeño ejército de Fidel Castro iba realizando su lento trabajo de infiltración entre los campesinos, la situación y la posición de este contingente invasor constituía un enigma.

Los diarios de todo el mundo propalaban las noticias que daba a la circulación el ex sargento Batista. Pero, naturalmente, esas noticias estaban destinadas a desmoralizar a la gente del 26 de Julio, así se llamaba el movimiento revolucionario creado por Fidel Castro, y trataban de hacer creer a todo el campesinado de Oriente y a todos los revolucionarios de la isla, que la guerra desatada por Fidel estaba irremisiblemente perdida.

Y estas noticias eran también las que propalaban los diarios argentinos. Pero a través de ellas, y entre líneas, podían leerse algunas cosas que escapaban a la intención del ejército de Batista. No pudieron silenciar el combate de La Plata y el combate de Uvero. Aunque nosotros no sabíamos qué importancia tenían esas plazas de Batista, el hecho de que se publicase en los diarios combates referentes a estos cuarteles, en donde se decía que los invasores al atacar habían sido destruidos, nos alentaba, porque quería decir que quienes ahora atacaban eran los rebeldes, y quienes se defendían eran los «batistianos».

Comencé a hacer investigaciones por mi cuenta. Conecté con el general Alberto Bayo, instructor en México del incipiente ejército de liberación cubano. Este general, que luchó en España a favor de la República y contra la sublevación franquista, tuvo una gran importancia en la invasión a la isla de Cuba. Fue él quien preparó militarmente a los jóvenes

invasores en México y quien debía acompañarlos en la travesía, no pudiendo hacerlo por falta de espacio en el *Granma*. Contestó a mis cartas con mucho cariño, tratando de levantar mi espíritu.

Como explico en otro lugar, yo estaba en contacto con el Movimiento 26 de Julio en Buenos Aires, cuyo local funcionaba en mi estudio. No obstante, muy poco pude adelantar en averiguaciones, porque ellos tampoco sabían mucho. Con otro grupo habíamos montado una antena especial, conectada a una radio muy potente y continuamente escuchábamos las noticias que en onda corta se retransmitían sobre la guerra revolucionaria en la isla de Cuba.

Pero por esos conductos tampoco obtuvimos noticias de Ernesto.

Después de la carta que nos llegara el 31 de diciembre, sólo supimos de él por la carta ya comentada que le escribió a Hilda Gadea y luego por otra que reproduzco aquí y cuya fecha exacta de emisión no puedo precisar, pero debe ser febrero o marzo del año 1957.

Como podrá apreciarse por ella, fue redactada de modo que fuera imposible identificar al remitente. Volvía a usar el nombre de «Teté», sólo conocido por mi familia, y daba el nombre y domicilio de una «señorita» de quien decía ser novio, para poder así recibir noticias nuestras.

En la carta se leía lo siguiente:

«Queridos viejos:

»Después de tanto tiempo aprovecho una coyuntura favorable para darles noticias mías.

»Lo que más siento es que no puedo recibir de ustedes ni una triste nota contando cómo van las cosas.

»Yo creía en el primer momento que el negocio fracasaba y la solución fuera rápida, pero después el patrón⁴ estabilizó las cosas y las empezó a enderezar, ahora parece que me dará vacaciones dentro de algunos meses cuando cristalice el negocio y pueda pagar toda la bodega.

»Me estoy poniendo muy entendido en el negocio⁵ y creo que podré hacer carrera con ayuda del patrón, que es muy buena gente. De mi situación personal no puedo contar nada de interés, pues no conocen mis nuevas amistades. Lo que sí les puedo contar es que conservo el gusto por las excursiones y siempre que puedo salgo con un grupo de amigos.

»Estoy esperando que el negocio salga redondo para invitarles a pasear a esta isla maravillosa. Además, les comunico que estoy de novio con la señorita Norma Llopis Sánchez,⁶ a

4. Se refería a Fidel Castro.

5. Se refería a los ataques al ejército.

6. Nombre de la persona a quien se debía dirigir la correspondencia.

cuyos domicilios Mazó Veintiséis Manzanillo Oriente,⁷ pueden escribirme con toda confianza hasta que tenga casa propia.

»Un fuerte abrazo para todos de

TETÉ»

En esta carta escrita a la manera de Ernesto, para que sólo la entendiéramos nosotros, nos daba bastantes noticias de lo que estaba haciendo y de cuáles eran sus perspectivas inmediatas, pero no podía explayarse sin hacer peligrar a quien la llevase al correo y también que la misma llegase a su destino.

La información que daban los diarios de nuestro país era la misma que transmitían las agencias internacionales, la mayoría de las cuales estaban al servicio del imperialismo yanqui. Por nuestros periódicos nos enterábamos de lo que informaba el gobierno de Batista y, según este gobierno, las bajas habidas en el ejército revolucionario serían tantas que en poco tiempo no quedaría un soldado rebelde. En cambio, cuando se refería a las bajas del ejército cubano, apenas si reconocía que hubiera pocos heridos y a veces algún muerto.

Tamaña desproporción nos alentaba. Resaltaba la intención de los cables propalando mentiras: había que levantar el nivel moral de las tropas gubernamentales e impedir que el pueblo se pusiera de parte de los rebeldes, todo lo cual evidenciaba que el ejército de Fidel Castro se afirmaba.

Nuestra familia ya estaba curtida con respecto a las informaciones pesimistas de los periódicos. Muchas veces el nombre de Ernesto salió en los diarios y muchas veces se le dio por muerto. Felizmente desconfiábamos de todas las noticias y estábamos acostumbrándonos a dominar la angustia.

No todos los periódicos falseaban totalmente la información. Dolores Moyano, hija de un amigo nuestro, vivía en Nueva York y nos mandaba muy a menudo recortes del *Diario de las Américas*, editado en Miami. En una sección que se titulaba «El Reloj» reproducían casi todos los días comunicaciones del ejército rebelde. De este modo conseguíamos enterarnos de cómo se desarrollaba la lucha revolucionaria en Cuba.

El representante en Buenos Aires del Comité 26 de Julio era el doctor Jorge Beruff, a quien yo veía diariamente. Él me puso en comunicación con los representantes de este comité en los Estados Unidos. Desde Nueva York recibía comunicaciones y partes del ejército rebelde. Las primeras cartas que recibí del Comité 26 de Julio las firmaban Buch, Mario Llerena o José Llanusa.

Un día conocí al periodista norteamericano Jules Dubois, que presumía de ser antibatistiano. Viajaba periódicamente a

7. Se refería al domicilio donde había que escribirle.

Buenos Aires, y cada vez que lo hacía se instalaba en el Plaza Hotel, donde alquilaba un apartamento. Allí me invitaba algunas veces a tomar un whisky y a charlar sobre la revolución cubana. Yo no conocía sus antecedentes, sólo sabía por sus propias palabras que era uno de los dirigentes del *Diario de las Américas*, que se editaba en Miami. Me preguntaba mucho por Ernesto, quería saber cómo había transcurrido su infancia y qué ideas políticas tenía cuando vivía en Buenos Aires.

También me preguntaba cuál era mi opinión sobre Fidel Castro y si sabía que fuera comunista. Yo le contaba todo lo que me parecía prudente sobre Ernesto y su modo de pensar, pero cuando la conversación recaía sobre Fidel invariablemente le decía que nada sabía sobre él y entre conversación y conversación le iba sacando a Dubois lo que pensaba sobre Ernesto y sobre Fidel. Así pude saber que creía que Fidel era sólo un liberal y que Ernesto y Raúl Castro eran procomunistas.

Yo no sospechaba que este periodista fuera un hombre de la CIA. Pensaba que las noticias que traía eran como él decía: captadas de Radio Rebelde, la cual transmitía desde Sierra Maestra. No dejaba de ser verosímil, puesto que Miami, donde funcionaba su diario, estaba muy cerca de Cuba.

Siempre que llegaba a Buenos Aires traía noticias nuevas de Ernesto y nunca esas noticias fueron desmentidas, de modo que yo esperaba con ansiedad las llamadas de Dubois. Me contaba que Ernesto había intervenido en tal o cual combate, que comandaba un batallón suicida, que alguna vez fue herido en un pie sin que fuera la herida de gravedad, y otros muchos detalles más.

Pero un día comencé a sospechar algo raro en las preguntas que me hacía, sospecha que se agudizó cuando me pidió que por escrito le hiciera un resumen de cuanto supiera sobre Fidel Castro. Esta petición me la formuló a través de una carta que aún conservo. Algún tiempo después se me cayó la venda de los ojos cuando supe de muy buena fuente que, efectivamente, Dubois era nada menos que coronel de la CIA.

Fuera lo que fuere, no me causó ningún daño ni me sacó nada que pudiera perjudicar a la revolución cubana; en cambio, me proporcionó muchas noticias ciertas.

Se iba ensanchando para nuestra familia el círculo informativo. Ahora, aunque las cartas de Ernesto llegaban muy espaciadas, cada día que pasaba teníamos más informaciones, naturalmente que debíamos pasarlas por colador, puesto que muchas de ellas provenían de fuentes sospechosas por no ser imparciales.

Entre los partes de guerra, los comentarios del *Diario de*

las Américas, algunos cables periodísticos internacionales, las noticias que me suministraba Jules Dubois y algún relato de los pocos exiliados cubanos que buscaban refugio en Buenos Aires, ya teníamos bastante como para poder formar nuestro mosaico informativo. Pero nos faltaba lo principal: las noticias directas de Ernesto. Éstas eran muy escasas y el suspenso nos ponía nerviosos a todos.

El mundo entero comenzaba entonces a interesarse por aquel pequeño ejército guerrillero que, aunque el gobierno de Cuba trataba de minimizar, sus acciones en Sierra Maestra demostraban que constituía una seria amenaza para la dictadura de Batista.

Periodistas importantes, representantes de grandes rotativos descubrieron que aquella guerra revolucionaria emprendida por el Movimiento 26 de Julio, bajo el mando del comandante doctor Fidel Castro Ruz, no era uno de tantos cuartelazos ni un alzamiento más del Caribe, sino una verdadera guerra de liberación nacional. Por tanto, entrevistar a su jefe en el sitio de las operaciones constituiría un éxito periodístico. El primero que resolvió hacerlo fue el veterano reportero del diario norteamericano *The New York Times*, Herbert Matthews,⁸ quien subió a Sierra Maestra para entrevistar a Fidel Castro. Así lo hizo y sacó fotografías, una de las cuales se divulgó por todo el mundo; en ella aparecía Fidel, su hermano Raúl, Juan Almeida, Calixto García, Crescencio Pérez (un campesino que los ayudó mucho), Universo Sánchez y, según rezaba al pie de la foto: el médico argentino de la expedición, Ernesto Guevara.

Es de imaginar con cuánto interés leíamos el relato de Matthews y con qué emoción examinamos la fotografía del diario *The New York Times* que llegó a nuestras manos. Sí, aquel guerrillero que aparecía con un fusil entre las manos y luciendo una incipiente barbita era Ernesto. No cabía la menor duda. El artículo nos reconfortó mucho, porque daba la impresión de que con su aparición se reconocía a Fidel Castro y su gente como un pequeño ejército. El artículo echaba por tierra las versiones propaladas por Batista, según las cuales se trataba de una banda de delincuentes comunes, al margen de la ley, quienes ya estaban acorralados por su tropas, en un pequeño reducto de Sierra Maestra, donde muy pronto los exterminarían.

The New York Times era, sin duda, uno de los periódicos más importantes del mundo, y por consiguiente de los más leídos. Después de las declaraciones de Herbert Matthews —que tuvieron profunda repercusión en todos los círculos allegados a los revolucionarios cubanos— creció la figura de

8. Herbert Matthews escribió durante la guerra civil española notables crónicas periodísticas, y en Cuba entrevistó a Fidel Castro en Sierra Maestra.

Fidel Castro y cobró el «26 de Julio» categoría de «ejército beligerante».

Para nosotros fue un verdadero alivio. Ahora sabíamos que Ernesto estaba luchando por una causa reconocida como justa y acompañando a un contingente de hombres que sabían muy bien por qué luchaban.

Una cosa es relatar hechos pasados, como lo estoy haciendo, cuando la expectación ya no es posible, y otra haber vivido esos momentos con excitación permanente, tratando de horadar las tinieblas que envolvían aquella revolución. Ahora, para nosotros ya no era solamente la vida de Ernesto y su salud lo que nos interesaba. Nuestra familia estaba viviendo el drama completo de aquel puñado de hombres que después se convirtió en el «ejército rebelde». Cualquier noticia relativa a ellos era una noticia que nos tocaba a todos nosotros. Fidel Castro, Raúl Castro, Juan Almeida, Ramiro Valdés, Calixto García, Ameijeiras, Crescencio Pérez, Camilo Cienfuegos, Universo Sánchez..., todos estos nombres ya eran nombres pertenecientes a nuestra familia. Todos ellos eran compañeros de Ernesto y por tanto sus hermanos.

Pero la ansiedad nos espoleaba y constantemente estábamos a la búsqueda de nuevas noticias. En una revista francesa (creo recordar el nombre de *Paris Match*) apareció un relato de un periodista que también había subido a Sierra Maestra. Se llamaba Meneses, pero todo el material informativo que ofrecía se reducía a un artículo sensacionalista y poco serio.

Siempre a la pesca de novedades sobre Cuba, llegó a mis manos una revista norteamericana con un relato de un periodista que firmaba con el nombre de Bob Tauber. La revista estaba fechada en mayo de 1958. El artículo se titulaba: «¿Podrá el Che cambiar el destino de América?» Tauber había entrevistado a Fidel y al Che. Nosotros sabíamos que los cubanos llamaban a Ernesto con el sobrenombre de *Che*, pero ignorábamos que ese apodo fuera conocido en el extranjero.

Esta narración estaba muy bien hecha y en ella cuenta Tauber todo lo que vio en el camino hacia la comandancia de Fidel Castro. Así, a través de este interesante relato, pudimos captar el ambiente de Sierra Maestra convulsionado entonces por la guerra revolucionaria, y su pluma nos hizo vivir un poco aquella guerra que tanto nos apasionaba.

Es evidente que el Che impresionó vivamente a Tauber e hizo predicciones que mostraban su admiración hacia él. Confieso que lo escrito por Tauber impresionó a toda nuestra familia. Ernesto ahora no sólo era un guerrillero más, sino que se le mencionaba como un futuro conductor de pueblos.

El periodista Carlos María Gutiérrez

Un buen día llegó a nuestra casa de la calle Aráoz un periodista uruguayo; se trataba de Carlos María Gutiérrez, que después se convirtió en un amigo. Acababa de regresar de Cuba y tuvo la amabilidad de viajar expresamente desde Montevideo a Buenos Aires para traernos noticias frescas de Ernesto. Gutiérrez había llegado hasta Sierra Maestra a principios del año 1958, y allí había entrevistado a Fidel Castro y al Che.

Se presentó en nuestra casa con gran sencillez. Su modo de hablar sin afectación rompió todo protocolo. Aquel periodista, para llegar hasta donde llegó, tuvo que jugarse la vida más de una vez. La tarea que se había impuesto estaba preñada de peligros. Batista había sufrido duras críticas periodísticas y había dado orden de detener a cualquier corresponsal que llegase con la finalidad de averiguar más de lo que los diarios decían. Y «detener» ya se sabe lo que significaba dentro del régimen de la tiranía.⁹

Gutiérrez llegaba hasta nosotros trayendo nuevas de Ernesto, y es fácil imaginar con qué interés lo recibiríamos, ya que era portador de noticias frescas y fotografías del Che.

Su conversación se hacía cada vez más interesante. Nos hablaba de cómo había llegado hasta Sierra Maestra, de todo lo que vio en el camino, de los campesinos y sus costumbres, y especialmente del ejército de la dictadura que aplicaba sobre ellos una feroz represión. Nos contaba también cómo era la gente de Fidel y cómo vivían en lo más espeso de la manigua de Sierra Maestra.

Este hombre sencillo que teníamos delante había convivido varios días con el Che y ahora nos aclaraba muchas cosas que deseábamos conocer a fondo. Mientras hablaba lo asediábamos con preguntas que contestaba con singular precisión.

Su presencia tenía para nosotros, además de ser portador de muchas noticias, la virtud de trasladarnos a aquellas cálidas y lejanas tierras en donde Ernesto combatía junto a los guerrilleros de Fidel.

Traía también muchas fotografías en donde aparecía el Che con Fidel Castro y varios de los oficiales del ejército rebelde. Estas fotografías eran para nosotros toda una revelación. Conocíamos las que Herbert Matthews publicara en *The New York Times*, en donde aparecía Fidel Castro con su Estado Mayor, en el cual figuraba Ernesto. No habíamos visto

9. Una cosa era el periodista Matthews del diario *The New York Times* y otra Gutiérrez que representaba al diario *La Mañana*, de Montevideo. A éste nadie lo iba a proteger si la policía de Batista lo detenía.

ninguna foto de él tomada en Cuba, salvo la mencionada de Matthews, algunas semanas después pudimos ver otras que se publicaron en una revista norteamericana junto a un artículo de Bob Tauber. Ahora Carlos María Gutiérrez nos presentaba una serie de documentos fotográficos totalmente desconocidos para nosotros. Allí podíamos ver a Ernesto vestido con su uniforme militar de campaña, junto al comandante Fidel Castro y a los capitanes Juan Almeida, Ramiro Valdés y *el Chino*, examinando un plano dibujado en el suelo. Era la primera vez que veíamos los rostros de estos últimos. Recuerdo entre otras una fotografía en la que se ve a Ernesto cebando su mate mientras que Fidel y Almeida sonríen observando la seriedad con que lo hace. Mediante la documentación fotográfica que tenía Carlos María Gutiérrez comenzamos, podría decirse, a tomar contacto con aquellos hombres que después fueron inseparables amigos del Che. Puede comprenderse con cuánto interés nos dispusimos a escuchar al periodista uruguayo que había convivido con Ernesto en la sierra.

Carlos María comenzó haciendo una breve historia de la invasión a Cuba por Fidel Castro y sus acompañantes: la salida del puerto de Tuxpan (México) en el yate *Granma*; el desembarco en los manglares que bordeaban la playa de Las Coloradas, cerca de Manzanillo en Oriente; el combate de Alegría de Pío, donde prácticamente fue desbaratado por el ataque de las fuerzas gubernamentales el pequeño ejército de ochenta y dos hombres con que contaba Fidel; y nos contó también cómo anduvieron errantes en los montes aquellos hombres que escaparon a la matanza de Alegría de Pío, y nos relató el encuentro de su jefe con lo que quedaba de los combatientes. Sólo eran doce hombres armados con siete fusiles. Todo eso ya lo conocíamos por diversos conductos, pero no perdíamos detalle de lo que decía Gutiérrez. Teníamos especial interés en conocer la opinión de este periodista uruguayo con respecto a las posibilidades que tenían los rebeldes de ganar aquella guerra, en donde el pequeño ejército del 26 de Julio se enfrentaba a un poderoso enemigo, armado, entrenado y financiado por los Estados Unidos de Norteamérica.

Las guerrillas atacaban generalmente por sorpresa, tendían emboscadas, disparando sobre los oficiales o sobre aquellos que hacían de avanzadilla en las filas del ejército, método que desmoralizó a la tropa batistiana, pues así caían los que iban delante.

Poco a poco, el territorio «libre» del 26 de Julio se iba agrandando y ya tenían en aquella época miles de kilómetros cuadrados, en donde imperaba la ley de los rebeldes. Es bueno recordar que el guajiro, hombre de campo en contacto permanente con los guerrilleros, había vivido siempre en la miseria, cultivando tierras ajenas, cuya producción debía entregar casi toda a los patrones. En la época de la zafra trabajaban de

Terminaba el año 1956. Serían como las diez de la noche cuando de pronto llega a mi casa un sobre.

Dentro había una esquelita con una letra bien conocida por nosotros. Después de los primeros momentos de bullicio, nos dedicamos a interpretar la hojita milagrosa.

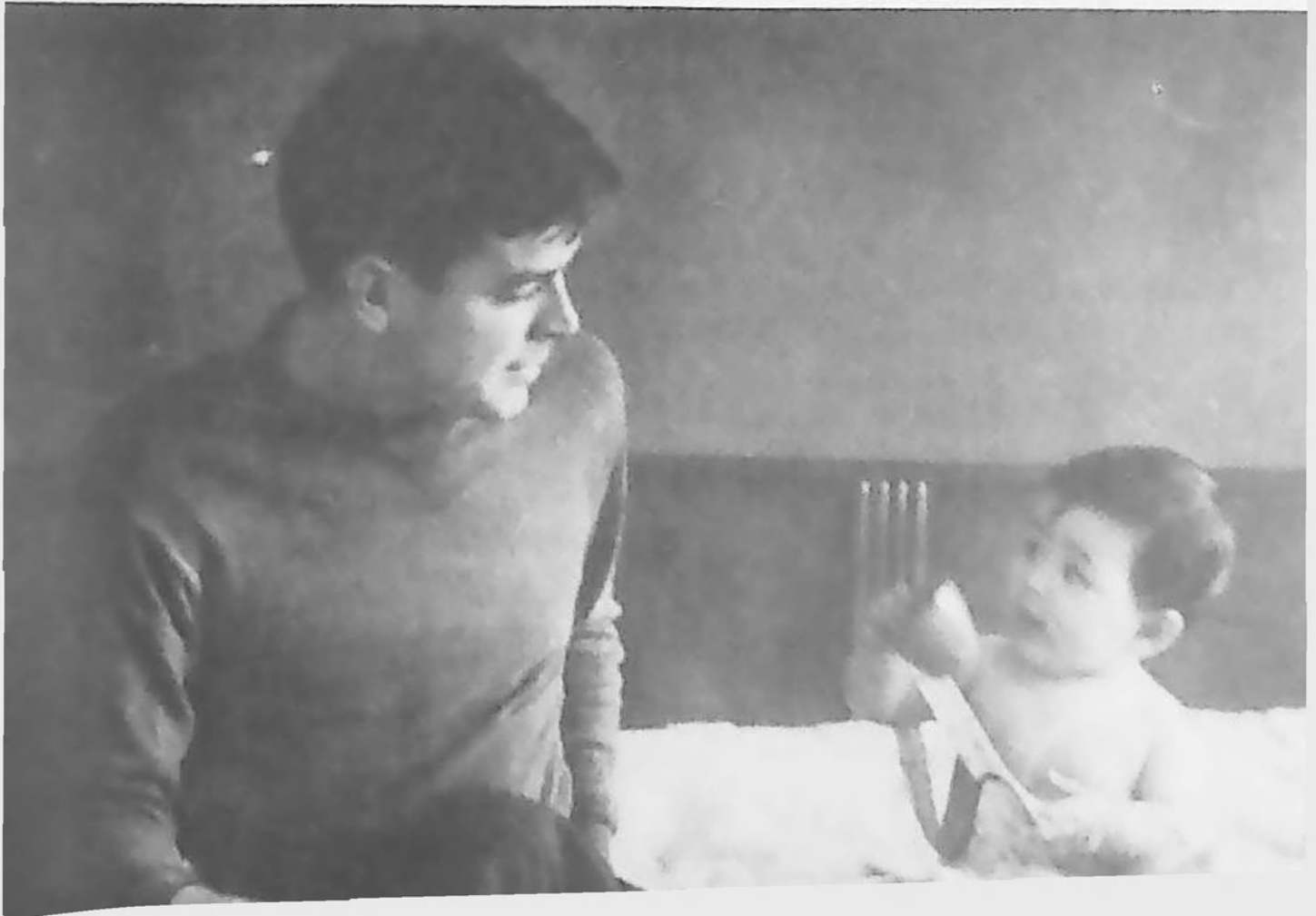
Seguimos anhelantes esperando. Hice venir a mi nuera, Hilda Gadea, que estaba en Perú con sus padres, y a nuestra nieta Hildita. Viajaron a Buenos Aires a reunirse con nosotros, traía noticias frescas, pero todas anteriores a la salida de Ernesto hacia Cuba. (El Che con Hildita, su hija. México, 1956)

Buenos Aires,
Estoy perfectamente
jante solo Dios y me
quedan 5

Sigo bajando
en lo mismo las
noticias son esporá-
dicas y lo seguimos
viendo pero confiamos
en que Dios nos ayu-
da.

Un gran abrazo a
todos. Tete

Sra. Celia de la Serna
Apto 2 2180
Buenos Aires - Argentina



sol a sol, y el trabajo era muy duro; cortando caña y transportándola a las centrales. Este trabajo duraba muy pocos meses y el resto del año tenían que pasar hambre. Algunos con más suerte podían cultivar una parcela de mala tierra en las laderas de las montañas. Su escasa producción consistía en frijoles, mandioca, tabaco, café. Tal era el panorama que ofrecía el campesinado de Oriente cuando aparece la revolución echando por tierra a los latifundistas con sus mayores, que explotaban a los campesinos como si fueran siervos. Habían llegado otros hombres con el fusil debajo del brazo y con ellos llegó otra ley. Ahora los trabajadores estaban protegidos. Grandes parcelas de tierra cultivable fueron entregadas a los campesinos. Comenzaron a funcionar escuelas con maestras y maestros vestidos de uniforme verde oliva. El ejército rebelde prestaba asistencia médica gratuita a todo el que la necesitaba. Aquello no se había visto jamás. Antes, los pobres campesinos morían sin un triste enfermero que los atendiese, y ahora los atendían médicos de primera, como el doctor Martínez Páez, célebre cirujano cubano, que prestó servicios en la sierra durante toda la contienda. Ahora el guajiro aprendía a leer, ahora la ley era igual para todos. Tribunales, con profesionales al frente, administraban justicia. ¡Justicia! Palabra vedada para el pobre en todos los tiempos en la isla de Cuba. Los campesinos se pusieron entonces del lado de los rebeldes, ayudándolos con todo lo que podían. Les traían armas y municiones, les suministraban alimentos, les proporcionaban mulos y les informaban sobre cualquier movimiento de tropas del ejército.¹⁰

Según Carlos María, al conocer Batista la ayuda prestada por los campesinos a los rebeldes, aquéllos cargaron sobre sus espaldas todo el odio del gobierno. El ejército arrasaba sus sembrados, quemaba sus míseros bohíos, violaba sus mujeres, apresaba a sus familiares para arrancarles así informes que generalmente desconocían y, muchas veces, los asesinaban despiadadamente. Tal contraste en la manera de actuar sólo podía tener un fin: el triunfo de los guerrilleros sobre aquel ejército desmoralizado. Según él, no era más que cuestión de tiempo. En la jungla las leyes de la guerra dejaban de ser leyes y la diferencia de potencia bélica se contrarrestaba con el tipo de combate que los guerrilleros presentaban al ejército. Batista tenía superioridad de armamento, mucho dinero y apoyo extranjero, pero le faltaba un ideal por el que luchar; en cambio la guerrilla luchaba por alcanzar ideales largamente

10. Los exiliados cubanos en Buenos Aires, a los cuales veíamos a diario, nos informaban de todo lo que pasaba en Cuba y además también lo hacían el «Comité 26 de Julio» de Nueva York y algunos diarios de los Estados Unidos que captaban Radio Rebelde, pero como es natural las noticias eran esporádicas y de diversas fuentes, por eso la conversación con Carlos María Gutiérrez reforzaba nuestros conocimientos sobre la lucha que se libraba.

soñados. La guerrilla rural, conocedora a fondo de la jungla y la montaña, atacaba donde quería produciéndole grandes bajas al enemigo y escapando luego por senderos tan sólo de ellos conocidos. Siempre en movimiento, caían como relámpagos sobre los contrarios, atacando hoy aquí, mañana allá, sin darles tiempo a recuperarse de los continuos golpes. Por estas razones creía que si no se producía una potente ayuda extranjera el triunfo rebelde era seguro. Sobre todo teniendo en cuenta que mientras aumentaban los guerrilleros, en la medida que la población comprendía el motivo de sus luchas, en la misma medida se desmoralizaba el ejército, al comprender la falta de apoyo popular que tenía el gobierno. Esta seguridad de Gutiérrez nos dio ánimo a todos.

Nos interesaba mucho que nos hablase de Ernesto. Había estado con el Che en la sierra y se había franqueado con él. Nos contó cómo lo veía el ejército guerrillero y el pueblo. Él lo veía como un bohemio enamorado de los libros, cabalgando en su mulo *Martín Fierro* (recordando al personaje que inmortalizó nuestro poeta José Hernández) y nos decía que aquel que parecía un bohemio era, además de un excepcional combatiente, un táctico y estratega que lo mismo iba al frente de su escuadrón suicida, que a prestar servicios médicos en donde lo necesitasen. Era un incansable trabajador. Echó los cimientos de la reforma agraria en la sierra, construyó una fábrica de armas, inventó un fusil bazooka, capaz con su proyectil de inutilizar un tanque de guerra, inauguró la primera fábrica de pan en la montaña, construyó y equipó un hospital, transportando el instrumental por medio de mujeres campesinas, en una verdadera tarea de hormigas; levantó la primera tabaquería para los rebeldes, creó las primeras escuelas y entre otras cosas instaló una radio emisora que denominó Radio Rebelde, en la cresta de un cerro, desde donde todas las noches se radiaban noticias y alocuciones destinadas a elevar el nivel combativo del pueblo cubano, informándole además de la marcha de la revolución y de los objetivos de la misma, y aún le quedó tiempo para fundar un pequeño diario destinado a informar a las tropas rebeldes llamado *El Cubano Libre*. Cuando nos hablaba de Ernesto su palabra no nos convencía completamente, pues hablaba de un héroe romántico y bohemio. Pero de cualquier manera él nos transmitía la imagen verdadera o falsa que en general la gente se había creado de él.

¿Cómo era el Che? Lo sabíamos demasiado, pero también queríamos saber cómo se veía al Che en Cuba, allí donde él ahora tenía sus mejores compañeros y amigos, y donde se estaba jugando la vida todos los días. Carlos María Gutiérrez corroboró lo que ya sabíamos: que ocupaba un puesto clave de la revolución que se estaba desarrollando en Cuba y que había sido ascendido a comandante (era el primero que lograba

ese grado después de Fidel Castro). Nos habló mucho de su valor personal, del cariño que le tenían sus compañeros de armas y del ascendiente que tenía sobre todos los combatientes. Corrían entre los campesinos y entre los rebeldes gran cantidad de anécdotas referentes a su arrojo.

Por supuesto que en la conversación salió a relucir su inseparable mate y su termo de agua caliente, que siempre llevaba consigo para poder «cebarse unos amargos». Y todas estas charlas se amenizaban con el montón de fotos que trajo. Nos hizo un breve relato del combate de Alto del Conrado, donde el Che derrotó al célebre asesino comandante Sánchez Mosquera, el cual en su ataque movilizó, con armamento de primera calidad, fuerzas muy superiores a las de los guerrilleros. También nos hizo un relato del combate de Pino de Agua, donde los rebeldes obtuvieron un aplastante triunfo sobre las tropas de Batista.

Todo lo que nos relató el periodista uruguayo lo publicó más extensamente en el diario *La Mañana* de Montevideo, donde aparecieron también muchas fotografías de Ernesto, de Fidel y de los oficiales que los acompañaban.

Para nosotros la llegada de este periodista constituyó una valiosa aportación a nuestro conocimiento no sólo del territorio cubano donde se estaba desarrollando la revolución, sino de todos los aspectos de esta epopeya que llenaba las primeras páginas de los principales diarios del mundo.

Y así pasó entre nosotros Carlos María Gutiérrez, que fue uno de los primeros que se jugó la vida para decirle al mundo lo que vio en Sierra Maestra.

Se ensancha el círculo de información

Se iba ensanchando cada vez más el círculo cerrado en que habíamos vivido en los primeros meses posteriores al desembarco; ahora, por diversos conductos, nos iban llegando noticias alentadoras. Esto no quiere decir que ya reinara la tranquilidad en nuestra casa. Nada de eso. Yo personalmente me encontraba desorientado. No podía concentrar mi atención en cálculos, en trabajos de obreros ni en pagos de jornales. Y ésta era mi ocupación. No podía dejar de pensar en Ernesto. Me torturaba el no saber dónde estaría en esos momentos, y también la idea de que tras él siempre iban las balas enemigas tratando de alcanzarle. Es muy difícil soportar esa tremenda desazón que se apodera de uno cuando tiene un ser querido en continuo peligro y además recibe indirectas para torturarlo. Y ésta era mi situación y la de toda mi familia.

La defensa de la revolución cubana fue atrapándonos a

todos. Mi casa de la calle Aráoz se convirtió en un centro revolucionario. Allí se juntaban simpatizantes con esta revolución y mucha gente de izquierdas.

Cerca de mi despacho alquilé otro local. Ya he dicho que en este sitio funcionaba una filial del Comité 26 de Julio, pero además yo había fundado con algunos amigos un Comité de Ayuda a Cuba, donde se trabajaba para ayudar al ejército rebelde. Se vendían bonos, se efectuaban bailes, kermeses y festivales de diversa índole y se recolectaban fondos. Parte de este dinero se empleó en comprar una radio emisora potente con el objeto de conectar con Radio Rebelde. Esta radio utilizaba una antena romboide dirigida que tenía la virtud de entrar con gran potencia en el punto elegido.

Esta comunicación directa con Radio Rebelde de Cuba no se llegó a efectuar, porque debíamos inaugurarla el 1.º de enero de 1959 y fue el día en que cayó el gobierno de Batista.

Con una radio emisora de este tipo una organización revolucionaria que también funcionó en mi estudio y que estaba conectada con el Comité de Ayuda a Cuba, había efectuado pocos meses antes una campaña contra el dictador Pérez Jiménez, usando locutores venezolanos, y fue tan eficaz esta emisora que las Broadcasting de Caracas no pudieron callarla.

Como una cosa trae la otra, fuimos desembocando en la lucha revolucionaria latinoamericana y aquel local funcionó como un centro de esta lucha. Allí se creó también la Legión de la Libertad, con objeto de ayudar a cualquier movimiento de independencia nacional surgido en América. En él se reunieron revolucionarios que actuaron contra dictaduras como las de Pérez Jiménez, Somoza, Trujillo y Stroessner.

Los resonantes triunfos del ejército rebelde sobre las tropas regulares de Batista alentaron a muchos revolucionarios que aspiraban, siguiendo las huellas del 26 de Julio, a poder liberar a sus respectivos países del yugo militar que siempre estaba al servicio del imperialismo extranjero. Aquellas conspiraciones amenazaban con convertir toda América Latina en una hoguera revolucionaria.

A esta altura de la guerra en Cuba, el nombre del comandante Fidel Castro acaparaba la primera plana de los principales periódicos del mundo. Atraía su desafío al pretender derrumbar un gobierno militar adiestrado y financiado por los Estados Unidos de Norteamérica. Semejaba al desafío de David frente a Goliat. Pero lo cierto es que en la medida que pasaba el tiempo, las probabilidades de éxito se multiplicaban y en la misma proporción jugaban las posibilidades de que Ernesto saliera con vida de aquella epopeya.

Llega a Buenos Aires el periodista Jorge Ricardo Masetti

Al poco tiempo de llegar Carlos María Gutiérrez a nuestra casa se presentó otra persona; esta vez se trataba del periodista Jorge Ricardo Masetti, que después fue para nuestra familia un inolvidable amigo. Había llegado a Cuba con el propósito de entrevistar a Fidel Castro y al Che. A Fidel, como jefe de las fuerzas revolucionarias que actuaban en Cuba, y a Ernesto como compatriota. Traía noticias frescas y una cinta magnetofónica grabada por Ernesto en la sierra con un mensaje para nuestra familia. Era un saludo que nos enviaba, pero además traía dos grabaciones con importantes declaraciones de Fidel Castro y del Che sobre todo lo concerniente a aquella lucha revolucionaria que acaparaba la atención del mundo.

Fue maravilloso para nosotros tener noticias directas de Ernesto, pero más maravilloso aún fue poder escuchar en este mensaje su voz que, aunque con cierto deje cubano, era su voz de siempre, con su misma e inconfundible manera de decir.

Este periodista, enviado por Radio El Mundo de Buenos Aires, había logrado llegar hasta Fidel y hasta Ernesto y permaneció en la sierra varios días.

No fue fácil llegar hasta allí; tuvo que vencer dificultades y peligros. Para Batista un periodista no era más que un hombre, y si sospechaba que quería difundir noticias contrarias a las permitidas por el gobierno de nada le serviría su condición de corresponsal de prensa y sin titubear lo eliminaría.

Recuerdo a Masetti entrando por primera vez en mi casa, la mirada inteligente y una cierta timidez en su actitud. En posteriores charlas nos narró aquella odisea que significó para él su visita a Sierra Maestra. Tuvo que recorrer los novecientos kilómetros que median entre La Habana y Santiago, ciudad donde más se sentía la efervescencia rebelde. Después de un largo peregrinar por casas y pueblos buscando contactos, pudo después de varios días que le parecieron siglos conectarse con algunos «escopeteros», quienes lo pusieron en comunicación con «milicianos» que lo llevaron hasta un reducto del 26 de Julio.

Ya estaba al pie de la sierra y en zona liberada bajo el mando del comandante Juan Almeida.

La región que atravesaba Masetti y el ambiente de terror que imperaba en el campesinado ya lo conocíamos, pero no perdíamos una sola de sus palabras. Sus narraciones nos trasladaban hasta donde combatía Ernesto.

Cuando Masetti entró en la montaña le prestaron un viejo uniforme verde oliva y con su mochila a la espalda, que le parecía pesar más de cien kilos, comenzó la caminata cuesta arriba hacia los campamentos rebeldes. Atravesó valles y bosques, y entró en la sierra; muchas veces aterido de frío y otras agobiado por el calor, durmiendo mal y con hambre, tuvo que marchar por el monte sobre el pringoso barro colorado y calado hasta los huesos por la lluvia. Caminó por peligrosos estribos y vericuetos bajo un manto de nubes bajas que tocaban la copa de los árboles y se desgranaban por el suelo en un interminable goteo.

Se hacía cada vez más difícil el viaje, pero había que seguir adelante si quería entrevistar a Fidel y al Che. Ayudado por un guía rebelde; cortando por atajos, trepando con pies y manos por abruptas pendientes después de varios días de marcha, llegó al campamento del Che; una vieja finca llamada La Otilia, situada cerca de Las Ninas, región donde el célebre coronel del ejército llamado Sánchez Mosquera paseaba su criminal odio contra los habitantes del lugar.

Cuando Masetti nos contaba su viaje atravesando Sierra Maestra de Cuba, venía a mi memoria el territorio de Misiones en nuestra tierra argentina, donde viví varios años. Recordaba aquellos bosques impenetrables que conocí, donde el hombre, para avanzar, tenía que hacerlo a fuerza de machete bajo tan espesa bóveda vegetal que jamás los rayos del sol llegaban hasta él. Ahora comprendía por qué Fidel Castro había elegido esa zona para la liberación de la tierra cubana. Allí su gente estaba protegida por la manigua, donde un hombre parapetado detrás de los troncos y cubierto por la fronda era difícilísimo de desalojar.

Ya casi entrada la noche llegó Masetti hasta aquellas construcciones que hacían de comandancia, donde se reunía el Che con su Estado Mayor.

En La Otilia, muy lejos de su patria, se emocionó cuando en rueda de soldados y oficiales rebeldes le preguntaban por Frondizi, por Libertad Lamarque, por Fangio, y le recordaban a Gardel, el inigualable cantor de Buenos Aires.

La conversación fue luego cayendo en la política internacional y se habló del odio que en América Latina se estaba incubando contra los yanquis.

Han pasado muchos años desde que Masetti nos visitó en nuestra casona de la calle Aráoz. Recuerdo con bastante precisión el sentido general de lo que dijo; pero, para ser más exacto, reproduzco aquí algunos párrafos de lo que Masetti escribió en su libro *Los que luchan y los que lloran*, publicado en Buenos Aires poco después de regresar de Sierra Maestra.¹¹

11. Este libro fue publicado en el mes de diciembre de 1959.

«En pocos minutos lo que parecía un dormitorio se convirtió en comedor, oficina y enfermería. Todo el mundo estaba en pie y lo único que preguntaba, estuviese haciendo cualquier cosa, era si había llegado el comandante.

»Guevara llegó a las seis, mientras yo observaba, admirado, a un grupo de muchachos que se preocupaba insólitamente en hacer algo que yo hacía mucho tiempo que había dejado de practicar: lavarse la cara. Comenzaron a llegar desde distintos lados grupos de rebeldes sudados, cargados con su mochila ligera y su pesado armamento. Los bolsillos estaban hinchados de balas y las cananas se cruzaban sobre el pecho.

• »Era la gente que había tendido la noche anterior una emboscada a las huestes de Sánchez Mosquera y volvía cansada, con sueño y con las ganas contenidas de trenzarse con los guardias del odiado coronel. A poco llegó Ernesto Guevara.

»Venía montado en un mulo con las piernas colgando y la espalda encorvada prolongada en los caños de una Beretta y de un fusil con mira telescópica... cuando el mulo se fue acercando pude ver que le colgaba de la cintura una canana de cuero colmada de cargadores y una pistola. De los bolsillos de la camisa asomaban dos magazines, del cuello colgaba una cámara de fotos y del mentón anguloso algunos pelos que querían ser barba.

»Bajó del mulo con toda calma, asentándose en la tierra con unas botas enormes y embarradas, y mientras se acercaba a mí calculé que mediría un metro setenta y ocho y que el asma que padecía no debía crearle ninguna inhibición.

»El famoso Che Guevara me parecía un muchacho argentino típico de la clase media. Y también me parecía una caricatura rejuvenecida de Cantinflas.

»Me invitó a desayunar con él y comenzamos a comer casi sin hablar.

»...y al poco rato nos dimos cuenta que coincidíamos en muchas cosas y que no éramos dos sujetos peligrosos. Pronto hablamos sin reservas y comenzamos a tutearnos.»

Contaba Masetti que cuando Ernesto entró en la habitación donde él estaba lo trató como a un viejo amigo y nos habló de él con gran entusiasmo, cariño y respeto, no disimulando la admiración que le tenía, y dijo que se sentía plenamente identificado con su ideología y su modo de actuar.

Le había impresionado su sencillez, su inteligencia y su valentía.

Masetti seguramente no se imaginó entonces que la influencia del Che iba a ser tan decisiva en su vida, que lo llevaría a abandonar su profesión de periodista para convertirse en un verdadero combatiente internacional. El destino que lo

empujó hasta Argelia, donde combatió por la liberación de ese país, lo condujo posteriormente hasta el pie de la cordillera de los Andes, en su propia patria y dentro de los montes de Salta, donde se puso al frente con el nombre de *Comandante Segundo* de un núcleo de combatientes internacionales. Allí, derrotada finalmente su guerrilla por fuerzas muy superiores, desapareció en la selva donde posiblemente sucumbió.¹²

Masetti explicó al Che los motivos de su viaje a Sierra Maestra. Quería saber qué clase de revolución se estaba desarrollando en Cuba; a quién respondía y cómo era posible que se mantuviese tanto tiempo sin el apoyo de una potencia extranjera. Le dijo que él había sentido de cerca el terror en las ciudades y las metrallas en los bosques, y que se había quedado asombrado al ver a un guerrillero suicida tirarse sobre un soldado para quitarle el arma. Masetti aún no comprendía bien aquella moral y fervor de los guerrilleros revolucionarios y quería informarse a través del Che. Además Masetti no podía comprender cómo el Che estaba metido en aquella revolución que nada tenía que ver con su patria.

Transcribo aquí unos párrafos del libro de Masetti:

«Él había encendido su pipa y yo mi tabaco, y nos acomodamos para una conversación larga. La primera pregunta al Che fue la siguiente:

»—¿Por qué estás aquí?

»Me contestó con su tono tranquilo que los cubanos creían argentino y yo calificaba como una mezcla de cubano y mexicano.

»—Estoy aquí porque considero que la única forma de liberar a América de dictadores es derribándolos, ayudando a su caída de cualquier forma y cuando más directa mejor.

»—¿Y no temes que se pueda calificar tu intervención en los asuntos internos de una patria que no es la tuya como una intromisión?

»—En primer lugar yo no considero solamente a mi patria la Argentina, sino toda América; tengo antecedentes tan gloriosos como el de Martí y es precisamente en su tierra en donde yo me atengo a su doctrina; además no puedo concebir que se llame intromisión al darme personalmente, al darme entero, al ofrecer mi sangre para una causa que considero justa y popular, al ayudar a un pueblo a liberarse de una tiranía que sí admite la intromisión de una potencia extranjera que la ayuda con armas, con aviones, con dinero y con oficiales instructores. Ningún país hasta ahora ha denunciado la intromisión norteamericana en los asuntos cubanos ni ningún diario

12. Imposibilitado de caminar por haberse desbarrancado, quedó en una cueva junto a un herido grave. Al ser apresada la guerrilla quedaron solos y sin nadie que los ayudara.

acusa a los yanquis de ayudar a Batista a masacrar a su pueblo. Pero muchos se ocupan de mí. Yo soy el extranjero entrometido que ayuda a los rebeldes con su sangre. Los que proporcionan las armas para una guerra interna no son entrometidos.

»—Yo, sí.»

Luego Masetti preguntó al Che sobre la calificación de comunista con que el mundo capitalista había rotulado a esta revolución, y el Che contestó:

«...pero esta revolución es exclusivamente cubana o, mejor dicho, latinoamericana. Políticamente podría calificarse a Fidel y a su movimiento como nacionalista revolucionario; por supuesto que es antiyanqui. Al que más atacan con el asunto comunista es a mí. No hubo periodista que llegase a la sierra que no comenzase preguntándome cuál fue mi actuación en el Partido Comunista de Guatemala, dando por sentado que actué en el Partido Comunista de ese país sólo porque fui un decidido admirador del coronel Jacobo Arbenz.»

Aquella parte del comunismo de Ernesto nuestra familia la conocía perfectamente a través de sus innumerables cartas, en donde expresaba claramente sus ideas.

Para Ernesto, Masetti era entonces sólo un periodista más y debía guardar las precauciones que se tomaban con ellos. Antes que nada estaba la revolución cubana a quien había que cuidar.

«—¿Ocupaste algún cargo en el gobierno? —le preguntó Masetti.

»—No, nunca, pero cuando se produjo la invasión norteamericana traté de formar un grupo de hombres jóvenes para hacer frente a los aventureros fruteros. En Guatemala era necesario pelear y casi nadie peleó, era necesario resistir y casi nadie quiso hacerlo.

»"De allí escapé a México cuando ya los agentes del F.B.I. estaban deteniendo y haciendo matar directamente a todos los que iban a significar un peligro para el gobierno de la United Fruit.

»"En tierra azteca me volví a encontrar con algunos elementos del '26 de Julio', que yo había conocido en Guatemala y los del '26 de Julio', que yo había conocido en Guatemala y trabé amistad con Raúl Castro, el hermano menor de Fidel, el que me presentó al jefe del movimiento, cuando ya estaban planeando la invasión a Cuba.

»"Charlé con Fidel toda una noche y al amanecer ya era el médico de su futura expedición. En realidad, después de la experiencia vivida a través de mis caminatas por toda Latinoamérica y de remate de Guatemala, no hacía falta mucho para

incitarme a entrar en cualquier revolución contra un tirano. Pero Fidel me impresionó como un hombre extraordinario. Las cosas más imposibles él las encaraba y resolvía. Tenía una fe excepcional en que una vez que saliese hacia Cuba iba a llegar, que una vez llegado iba a pelear y que peleando iba a ganar. Compartí su optimismo. Había que hacer, que luchar, que concretar, que dejar de llorar, y pelear, y para demostrarle al pueblo de su patria que podía tener fe en él, porque lo que decía lo hacía, lanzó su famoso: 'en el 56 o seremos libres o seremos mártires'. Y anunció que antes de que terminase ese año iba a desembarcar en un lugar de Cuba al frente de su ejército revolucionario.»

Después relató Ernesto a Masetti cómo embarcó en el *Granma*, las peripecias de la travesía, el desembarco entre los manglares de la playa Las Coloradas y el desastre de Alegría de Pío.

Poco después un avión sobrevoló La Otilia y dio motivo para la dispersión de los concurrentes. Masetti partió inmediatamente para la zona de Gibacoa, habiéndose comprometido a encontrarse con el Che en La Pata de la Mesa, donde Ernesto tenía su campamento ubicado en una profunda garganta de la montaña y hasta donde jamás pudo llegar el ejército de Batista. Allí conoció al que después fuera comandante Ramiro Valdés, compañero inseparable de Fidel, con quien combatió en el Moncada. En compañía de éste trepó hasta la punta de un cerro donde estaba instalada la planta transmisora que salía al aire con el nombre de Radio Rebelde. Desde esa planta Masetti transmitió mensajes de los revolucionarios del 26 de Julio al pueblo cubano.

Esta planta iba a ser utilizada posteriormente para propagar una grabación efectuada por Fidel Castro y otra por el Che Guevara.

En La Mesa pudo observar muchas de las obras del Che: recorrió el hospital, la panadería, la fábrica de bombas, la zapatería, la talabartería, ubicadas todas ellas a gran distancia entre sí, como para protegerse contra los bombardeos. En la fábrica de bombas tuvo la oportunidad de observar cómo estaba fabricado el famoso M26, especie de bazooka de gran poder que impulsaba una granada en dos etapas. Era un cono de zinc grueso relleno de dinamita y metralla y que se disparaba mediante un fusil de cañón recortado; con este proyectil los rebeldes pudieron destruir tanques enemigos y bombardear posiciones a gran distancia. El proyecto fue efectuado por el Che e intervino en la construcción que se llevó a cabo bajo su dirección. Todas las fábricas que había montado podían desarmarse en minutos.

Aquella misma noche Masetti volvió a trepar hasta el cerro donde el oficial rebelde Luis Orlando Rodríguez transmitía

como encargado de la planta y desde la cual Masetti envió mensajes a todo el pueblo de Cuba sobre las próximas declaraciones de Fidel Castro y de Ernesto Guevara.

En esos días se había desatado en todo el territorio cubano una huelga general que, según los proyectos rebeldes, debía paralizar toda actividad en todo el país. Si esto hubiera ocurrido se hubiera acortado mucho la lucha revolucionaria, pero desgraciadamente, según explicó Masetti, esta huelga en la que cifró sus esperanzas Fidel Castro, fracasó y costó muchas vidas de obreros asesinados por la brutal represión del gobierno.

Masetti, instalado en la planta transmisora, consiguió captar todas las noticias referentes a la abortada huelga. Esperó a Fidel para efectuar el reportaje, pero Fidel estaba enfermo y no llegó.

Aprovechó para relatar el combate del Pozón y el ametrallamiento a «Cabo Espino». Pudo constatar que la Radio Rebelde se oía perfectamente en Norteamérica, en México, en Venezuela y en las naciones del Caribe, pero nada pudo averiguar respecto a si la sintonizaron en la Argentina.

Una vez que hubo llegado nuevamente a «La Mesa» se encontró con la novedad de que el Che llegaría de un momento a otro y en cuanto hubo llegado comenzaron nuevamente las conversaciones acompañándose con los mates cebados con yerba que Ernesto acababa de conseguir.

Según Che la huelga había fracasado porque los dirigentes sindicales no respondían a sus bases, huérfanos de toda dirección.

Luego Masetti en su charla con el Che entró en el terreno de la reforma agraria. Según Ernesto, los rebeldes no habían esperado el triunfo de la revolución para llevar a cabo muchos de sus objetivos, algunos de los cuales fueron incorporándose a sus programas a medida que ganaban posiciones. Aún con la mochila al hombro fundaron escuelas y dotaron a los 60 000 campesinos de un régimen judicial que resolviese sus pleitos que antes se dirimían únicamente a machete; llevaron a cabo la reforma agraria, habiendo entregado los rebeldes grandes extensiones de tierra pertenecientes al fisco a quienes las estaban trabajando.

A esta altura de la conversación preguntó Masetti a Guevara:

«—¿Qué sistema se emplea para concretar la reforma?

»Y éste contestó:

»—No podíamos hablar de un sistema ortodoxo sino de una reglamentación exenta de manejos burocráticos. Calculamos mediante un censo la cantidad de terreno necesario para el sostén de una familia con dos, cuatro o más hijos, guardando una proporción que se respeta en todos los casos y se las entregamos previa escrituración ante el auditor general del ejército

rebelde. Les indicamos además qué cultivos resultan más aptos para su tierra y hasta les damos semillas y toda la ayuda técnica necesaria. Hasta ahora todas las tierras entregadas son del fisco salvo raras excepciones.

»Pregunté a Guevara.

»—¿Cómo sucedieron las cosas? ¿Ya se habían planificado antes de desembarcar?

»Contestó el Che:

»—Mucho de lo que estamos haciendo ni lo habíamos soñado. Podría decirse que nos hemos formado revolucionarios en la revolución. Vinimos a voltear un tirano; pero nos encontramos que esta enorme zona campesina en donde se va prolongando esta lucha es la más necesitada de liberación de toda Cuba. Y sin atenernos a dogmas y a una ortodoxia inflexible y prefijada le hemos prestado no el apoyo neutro y declamatorio de muchas revoluciones sino una ayuda efectiva. No luchamos para ellos en un futuro, luchamos por ellos ahora. Y consideramos que cada metro de terreno que es nuestro, es más de ellos. Y que, por lo tanto, nada debe demorarles una vida mejor, dado que para el campesinado la revolución ya ha triunfado plenamente.»

Al día siguiente llegó al campamento el doctor Fidel Castro. Masetti no perdió tiempo e inmediatamente grabó su entrevista. Fidel explicó los antecedentes de la revolución. Habló del asalto al cuartel Moncada, de los asesinatos posteriores, de los crímenes cometidos por la policía en el hospital, otros combatientes que fueron bárbaramente torturados y de Abel Santamaría.

Y después hizo una reseña sobre las necesidades de Cuba. Habló sobre la tierra y su industrialización, sobre la educación, la vivienda y el desempleo. Habló sobre las garantías al capital extranjero, sobre la libertad absoluta a las empresas y dijo: «Así no se resolverán los problemas candentes. En un palacete de la 5.ª Avenida, esos ministros pueden charlar alegremente hasta que no quede ni el polvo de los huesos de los que hoy reclaman soluciones urgentes.»

Y relató su prisión en la isla de Pinos, su libertad posterior y habló sobre la preparación de la gesta revolucionaria en México. Explicó detalles de la travesía en el *Granma* hasta Cuba y el porqué del desembarco en un lugar no previsto, y luego se explayó sobre la penosa caminata entre los manglares rumbo a la playa Las Coloradas.

Describió el desastre de Alegría de Pío donde fueron sorprendidos por las fuerzas del ejército, de la guardia rural, de la policía y de la aviación y describió también el comienzo de aquella odisea entre las montañas, sin armas, sucios y hambrientos. Relató los primeros encuentros en busca de fusi-

les y de cómo fue creciendo su pequeña tropa hasta llegar a convertirse, como lo era actualmente, en un incipiente ejército de liberación nacional.

El 26 de Julio, comenzó como un movimiento para gente nueva y agregó: «mucho de lo que haríamos en el poder ya lo estamos haciendo en el monte». Deploró la ayuda prestada por los Estados Unidos a Batista y también la ayuda que este tirano recibía de la República Dominicana en forma de armas y de bombas. Pero el antiyanquismo «es cada día más profundo entre los cubanos, los que jamás supieron odiar».

Masetti preguntó al doctor Fidel Castro:

—¿Cuándo cree usted que terminará esta guerra?

—Es imposible predecirlo, puede durar días, meses o años. Lo que sí puedo decir es que sólo terminará con la derrota total de la tiranía o con la vida del último rebelde. No tenemos armas, como usted habrá podido apreciar, y nos vemos obligados a rechazar a miles de hombres porque no podemos armarlos. Pero menos teníamos antes, cuando éramos doce barbudos con siete fusiles recorriendo las montañas. Poseíamos en cambio lo que los soldados de Batista nunca tuvieron: un ideal por el que luchar.

Aquel esperado reportaje se transmitió en seguida por Radio Rebelde y con seguridad que lo oyó medio Cuba, quienes escucharon directamente la voz del comandante en jefe del ejército rebelde desde las montañas de Oriente.

Masetti tenía prisa en regresar a La Habana. Inmediatamente comenzó el reportaje a Guevara. Un avión del gobierno voló sobre la emisora debiendo cortar éste la grabación antes de terminar. En la cinta grabada se oían los ruidos de los motores y descargas de ametralladoras.

Terminada su misión Masetti, sin esperar más, tomó el camino de vuelta hacia la capital de Cuba. Había estado con los rebeldes muchos días. Había convivido con ellos y cuando nos contaba todo aquello que vio y vivió comprendí perfectamente aquella guerra que desde lejos parecía como una fantasía, como algo increíble, para quien no tuviese contacto directo con ellos. Para un guerrillero cualquier comida era buena, cualquier cama —aunque fuera sobre «dientes de perro»— era soportable. Para él no existía el cansancio, para él no había pretexto que lo hiciera faltar a su deber y cuando llegaba el momento de actuar, combatía como un poseso. Golpeaba y se escondía. Conocía todos los recovecos del monte y de la montaña y llevaba como bandera la consigna de: uno para todos y todos para uno.

Su viaje de vuelta se convirtió en peligrosísimo. Ahora el ejército sabía perfectamente quién era Masetti y cuál era su misión. Las transmisiones radiadas lo habían delatado. Acompañado por un joven guía volvió a pasar por sitios ya conocidos y pudo ver nuevamente algunos bohíos de los cuales sólo

quedaban unos rectángulos ennegrecidos marcando el sitio donde hubo una pared y el resto todo carbonizado mostrando latas retorcidas por el fuego o pedazos de madera que aún denotaban sus formas primitivas. Por allí había pasado la horda destructiva, por allí las bombas de napalm y de fósforo vivo habían dejado sus señales de odio. Y cerca se lograba ver alguna trinchera cubierta de piedras en donde los pobres guajiros trataron de salvarse de los bombardeos.

Pero Masetti consiguió burlar a policías y al ejército y a los dos días pudo tomar un ómnibus que lo llevó hasta La Habana. Allí pudo saber que su captura estaba recomendada a todos los puestos policiales del país y allí también se enteró que en las cintas grabadas no se escuchaba tal grabación. Jugó su última carta: o fracasaba en su misión o debía subir de nuevo a la montaña.

No dudó, y demostrando un gran coraje que enaltece su memoria, se puso de nuevo en camino y pocos días después regresaba a La Habana con las nuevas y completas grabaciones que fueron radiadas por Radio el Mundo de Buenos Aires, y se transmitieron en cuatro programas. Tuvo un éxito completo. Por primera vez en la Argentina se conocían declaraciones directas sobre la revolución que llevaba a cabo el 26 de Julio, emitidas por su jefe y por uno de sus principales lugartenientes.

Tuve la feliz idea de hacerlas regrabar y gracias a esta precaución hoy se conservan dichas históricas declaraciones, porque la dirección de la emisora después de pasarlas por primera vez y dado el éxito que tuvieron entre el público en general y entre la gente liberal o de izquierda y temiendo a sus resonancias políticas las mandó destruir.

La visita de Jorge Ricardo Masetti a nuestra casa y aquella bendita cinta grabada por Ernesto saludando a nuestra familia, tuvieron la virtud de cambiar el estado de ánimo de todos nosotros.

AUMENTAN LAS ESPERANZAS DE QUE TRIUNFEN LOS REBELDES

Durante el año 1958, llegaban de todas partes noticias alentadoras. Se vislumbraba la caída del déspota y el triunfo de las armas rebeldes.

Nosotros seguíamos paso a paso el desarrollo de la invasión, pero ahora poseíamos más fuentes de información para averiguar lo que pasaba.

En mi estudio seguía funcionando la filial del 26 de Julio

y allí recibíamos algunas noticias. Las publicaciones periódicas se habían ampliado. El interés por esta gesta revolucionaria hacía que las agencias de noticias mandaran sus periodistas para averiguar lo que pasaba en Cuba. Ya para Batista era imposible mantener el cerco de mentiras que al principio de la invasión se difundieron por todas partes.

La verdad se abría paso y se colaba cada vez más. Las mismas agencias de noticias interesadas en asegurar el gobierno de Batista, comenzaron a transmitir sus dudas sobre el triunfo del gobierno sobre el ejército rebelde.

En nuestro país el pueblo estaba identificado con la revolución cubana. En aquella época no existía un clima favorable para tolerar a los militares fascistas sirvientes del imperialismo yanqui. El pueblo estaba esclarecido al respecto porque aún estaba sufriendo en carne propia una dictadura militar¹³ y manifestaba abiertamente su adhesión al ejército rebelde cubano y su alegría por sus constantes triunfos.

La guerra de guerrillas en Cuba se iba convirtiendo en una avalancha de liberación.

El ejército revolucionario se había dividido en varias «columnas» cada una de las cuales operaba en distintos frentes, pero todas ellas bajo una sola dirección. Los «territorios liberados» donde el ejército batistiano no podía llegar, se hacían cada vez más extensos. En la provincia de Oriente había fracasado totalmente la acometida de las fuerzas del gobierno y sólo se mantenían cuarteles aislados que obligaban a movilizar numerosas fuerzas gubernamentales para hacerles llegar comida, municiones y armas. Muchas veces caían en un «cerco» estas fuerzas que estaban constantemente acosadas por las guerrillas que en rápida movilidad golpeaban sin cesar. Realmente las noticias eran alentadoras.

Jules Dubois¹⁴ seguía invitándome a su departamento cada vez que venía de su tierra. Recuerdo que en una de esas visitas me dijo que estaba muy preocupado. Al preguntarle la causa de su preocupación me contestó:

—Este Fidel está loco.

—¿Y por qué piensa eso?

—He tenido noticias de que proyecta, si logra ganar la guerra, deshacer totalmente el ejército regular de Batista, y no dejar ni un solo oficial de carrera en el nuevo ejército.

—¿Y qué piensa usted de ese proyecto?

—Pero ¿cómo quiere triunfar sin contar aunque sea con una parte del ejército de Batista? Eso es una locura. Así está

13. El 16 de septiembre de 1955 el presidente Juan Domingo Perón fue derrocado por un golpe militar cuyos dirigentes gobernaban dictatorialmente el país.

14. Presidente de la SIP (Sociedad Interamericana de Prensa).

destinada al fracaso la guerra en que está empeñado. ¡Jamás podrá ganar! Tiene que conseguir que una fracción del ejército se ponga de su parte. ¡Es la única manera de poder triunfar! ¿Cómo puede pensar Fidel que va a derrotar a 60 000 combatientes bien pertrechados con su pequeño contingente de 1 000 hombres?

Me quedé pensando lo que me decía Dubois.

En el primer momento le di la razón. La desproporción de fuerzas me hacía pensar así y además es posible que mi razonamiento fuera inconscientemente influido por un razonamiento anterior: del resultado de esta lucha dependía la vida de mi hijo Ernesto. Sin duda para él era menos peligroso seguir combatiendo contra un ejército fraccionado, que seguir adelante con aquella lucha que Dubois tildaba de locura. Pero cuando reflexioné con tranquilidad vi claro el panorama de esta guerra. Para Dubois se trataba sólo de un cambio de presidente, para Fidel Castro y su pequeño ejército era una guerra de liberación nacional. Yo aún no había captado en toda su amplitud lo que significaba un ejército guerrillero que combate por principios que se han convertido en ideales y con métodos muy distintos de los que se desarrollan en una guerra entre naciones.

La Invasión

Después de las importantes derrotas sufridas en Oriente por el ejército de Batista, Fidel Castro dispuso abrir nuevos frentes de combate.

El proyecto consistía en llevar la guerra revolucionaria hacia las poblaciones más cercanas a la capital de Cuba.

Con el fin de abrir nuevos frentes hacia el Este bajo las órdenes del Che deberían salir dos columnas, la número 8 encabezada por él y la número 2 que debería mandar el comandante Cienfuegos. A esta operación se le conoce como: La Invasión.

El día 27 del mes de septiembre de 1958, del pequeño pueblo llamado el Jíbaro, ubicado en los primeros contrafuertes de Sierra Maestra, el comandante Ernesto Che Guevara partió rumbo a las sierras del Escambray, en la provincia de Las Villas, al frente de un contingente armado compuesto de 146 hombres. En aquellas serranías del Escambray operaban varios grupos, sin una dirección unificada, atacando esporádicamente a las fuerzas del gobierno.

Paralelo al rumbo del Che, partió un poco antes el comandante Camilo Cienfuegos, tomando la dirección de Sierra de Bamburanao, también dentro de la provincia de Las Villas.

Debían ambas fuerzas comunicarse entre sí y juntarse cerca de la ciudad de Santa Clara, capital de Las Villas. Luego Cienfuegos debía seguir hasta la provincia de Pinar del Río, donde la cordillera de los Órganos ofrecía un buen refugio a sus fuerzas y abrir allí otro frente revolucionario para poder atacar al ejército de Batista en su retaguardia.

La fiera iba a ser acorralada en su redil. Los cables de las agencias internacionales transmitían continuamente las noticias de choques del ejército de Batista con estas columnas, pero queriendo dar siempre la impresión de que tales columnas no eran más que conjuntos de «bandidos» en retirada. El Che cubrió una distancia aproximada de 600 kilómetros caminando por el sur de la isla. La travesía fue sumamente penosa. Debieron sortear toda clase de dificultades, ocultándose entre los bosquecillos de la zona, caminando entre la maraña de los manglares, muchas veces con el agua al cuello, librando combates con tropas muy superiores en número, aguantando bombardeos de aviones, comiendo poco o nada, transportando su pesado armamento, asaltando farmacias en los poblados para poder curar las llagas de sus soldados, abiertas por el roce de las botas e infectadas por el fango de las ciénagas. Así después de cuarenta y dos días consiguieron hacer pie en las primeras lomas del Escambray. La Columna 8 había tenido en la travesía tres bajas solamente, pero toda ella se había convertido en un conjunto de personas hambrientas, enfermas y agotadas.

Sobre esta célebre travesía el Che publicó un artículo en la revista brasileña *O'Crucero* donde relata esta operación. Incluyo aquí párrafos de este relato para dar al lector una impresión más cabal de cómo se desarrolló esta importante marcha de la Columna 8.

Relata el Che:

«Liquidados los regimientos que asaltaron la Sierra Maestra; vuelto el frente a su nivel actual y aumentadas nuestras tropas en efectivos y en moral, se decidió iniciar la marcha sobre Las Villas, provincia céntrica. En la orden militar se me indicaba como principal labor estratégica la de cortar sistemáticamente las comunicaciones entre ambos extremos de la isla.

»Con estas instrucciones y pensando llegar en cuatro días iniciamos la marcha en camiones el 30 de agosto de 1959.»

En carta del Che a Fidel, escribe lo siguiente:

«Te haré un corto relato. Salimos por la noche del 31 con cuatro caballos, pues es imposible salir con camiones debido a que a Madagan le cogieron toda la gasolina y se temía una emboscada en Jibacoa. Pasamos sin novedad por este punto

que estaba abandonado por los guardias, pero no pudimos seguir más de un par de leguas, durmiendo en un cayito del monte de aquel lado de la carretera. El 1.º de septiembre pasamos la carretera y tomamos tres carros que se descomponían con frecuencia aterradora, llegando hasta una estancia llamada Cayo Redondo, donde pasamos el día con el huracán acercándose. Los guardias llegaron cerca en número de cuarenta, pero se retiraron sin combatir. Seguimos con los camiones ayudados por cuatro tractores, pero fue imposible y debimos renunciar a ello para el día siguiente 2 de septiembre, día en que seguimos a pie con unos cuantos caballos, llegando a las orillas del Cauto, que no se pudo pasar debido a una extraordinaria correntada.»

En la revista *O'Cruceiro* dice el Che:

«El día 1.º de septiembre un feroz ciclón inutilizó todas las vías de comunicación, salvo la carretera central, única pavimentada en esta región de Cuba, obligándonos a desechar el transporte de vehículos. Había que utilizar desde este momento el caballo o ir a pie. Andábamos cargados con bastante parque, una bazooka con 40 proyectiles y todo lo necesario para una larga jornada y el establecimiento rápido de un campamento. Se fueron sucediendo días que ya se tornaban difíciles a pesar de estar en el territorio de Oriente: cruzando ríos desbordados, canales y arroyuelos convertidos en ríos, luchando fatigosamente para impedir que se nos mojara el parque, las armas, los obuses; buscando caballos y dejando los caballos cansados atrás; huyendo de las zonas pobladas a medida que nos alejábamos de la provincia oriental.»

«Caminábamos por difíciles terrenos anegados, sufriendo el ataque de plagas de mosquitos que hacían insoportables las horas de descanso; comiendo poco y mal; bebiendo agua de ríos pantanosos o simplemente de pantanos.

»Nuestras jornadas empezaron a dilatarse y hacerse verdaderamente horribles. Ya a la semana de haber salido del campamento, cruzando el río Jebado, que limita las provincias de Camagüey y Oriente, las fuerzas estaban bastante debilitadas. Este río como todos los anteriores y como los que pasaríamos después estaba muy crecido. También se hacía sentir la falta de calzado en nuestra tropa, muchos de cuyos hombres iban descalzos y a pie por los fangales del sur de Camagüey.»

Y cuenta después el Che cómo cayeron en una emboscada en el lugar conocido por La Federal, perdiendo dos compañeros. Habían denunciado con este combate su presencia en Camagüey y en adelante tendrían que soportar el castigo de la aviación y de los soldados de Batista. Y cómo pasaron por «Laguna Grande» infectada de mosquitos.

Siempre en *O'Cruceiro* sigue relatando:

«Son días de fatigante marcha por extensiones desoladas, en las que sólo hay agua y fango, tenemos hambre, tenemos sed y apenas si se puede avanzar porque las piernas pesan como plomo y las armas pesan descomunadamente.»

No habiendo llegado los prácticos que debió mandar el comandante Cienfuegos, ellos deben seguir a la aventura. El relato del Che sigue así:

«Nos lanzamos sin más a la aventura. Nuestra vanguardia choca con una posta enemiga en el lugar llamado "Cuatro Compañeros", y empieza la agotadora batalla. Era el amanecer, y logramos reunir con mucho trabajo una gran parte de la tropa, en el mayor cayo de monte que había en la zona, pero el ejército avanzaba por los lados y tuvimos que pelear duramente para hacer factible el paso de algunos rezagados nuestros por una línea férrea rumbo al monte. La aviación nos localizó entonces, iniciando un bombardeo los B-35, los C-47 y los grandes C-3 de observación y las avionetas sobre un área no mayor de 200 metros de flanco. Después nos retiramos dejando un muerto por bomba y llevando varios heridos, entre ellos al capitán Silva, que hizo todo el resto de la invasión con un hombro fracturado.»

A partir de aquel encuentro la aviación siguió sistemáticamente los pasos de aquel pequeño ejército, bombardeándolos cada vez que los localizaba.

«Nunca nos faltó, a pesar de las dificultades, el aliento campesino. Siempre encontramos alguno que nos sirviera de guía, de práctico, o que nos diera el alimento imprescindible para seguir. No era naturalmente el apoyo unánime de todo el pueblo que teníamos en Oriente, pero siempre hubo quien nos ayudara.»

Por intermedio de una radio portátil pudieron enterarse de que el general Tabernilla se jactaba de haber destruido la guerrilla del Che dando los nombres de los caídos, nombres que los había tomado de alguna mochila perdida en el combate de Cuatro Compañeros. Esta noticia que daba la radio del gobierno sobre la falsa muerte de los combatientes, llenó de júbilo a éstos, pero las cosas no andaban muy bien para la guerrilla. Sigue su relato el Che.

«La noticia de nuestra falsa muerte provocó en la tropa una reacción de alegría; sin embargo, el pesimismo iba ganán-

Che Guevara:
«Desde la manigua cubana,
vivo y sediento de sangre
escribo estas encendidas
líneas martianas.
Como si realmente fuera
un soldado (sucio
y harapiento estoy,
por lo menos),
escribo sobre
un plato de campaña
con el fusil a mi lado
y un nuevo aditamento
entre los labios: un tabaco.»



Mientras el pequeño ejército de Fidel Castro iba realizando su lento trabajo de infiltración entre los campesinos, la situación y la posición de este contingente invasor constituía un enigma. (El Che en Sierra Maestra con un campesino.)



dola poco a poco: el hambre y la sed, el cansancio, la sensación de impotencia frente a las fuerzas enemigas que cada vez nos cercaban más y, sobre todo, la terrible enfermedad de los pies conocida por los campesinos con el nombre de "mazamorra" que convertía en un martirio intolerable cada paso dado por nuestros soldados, había hecho de éste un ejército de sombras. Era difícil adelantar, muy difícil. Día a día empeoraban las condiciones físicas de nuestra tropa, las comidas un día sí, otro no, otro tal vez, en nada contribuían a mejorar ese nivel de miseria que estábamos soportando. Pasamos los días más duros cercados en las inmediaciones del central Baraguá, en pantanos pestilentes, sin una gota de agua potable, atacados continuamente por la aviación, sin un solo caballo que pudiera llevar por ciénagas inhóspitas a los más débiles, con los zapatos totalmente destrozados por el agua fangosa del mar, con plantas que lastimaban los pies descalzos, nuestra situación era realmente desastrosa al salir trabajosamente del cerco de Baraguá y llegar a la famosa Trocha de Júcaro a Morón, lugar de evocación histórica por haber sido escenario de cruentas luchas entre patriotas y españoles en la guerra de la Independencia. No teníamos tiempo de recuperarnos ni siquiera un poco, cuando un nuevo aguacero, inclemencias del clima, además de los ataques del enemigo, o las noticias de su presencia, volvía a imponernos la marcha. La tropa estaba cada vez más cansada y descorazonada. Sin embargo, cuando la situación era más tensa, cuando ya solamente al imperio del insulto, de ruegos, de exabruptos de todo tipo, podía hacer caminar a la gente exhausta, una sola visión en lontananza animó sus rostros e infundió nuevo espíritu a la guerrilla.

»Esta visión fue una mancha azul hacia occidente, la mancha azul del macizo montañoso de Las Villas, visto por vez primera por nuestros hombres.

»Desde ese momento las mismas privaciones, o parecidas, fueron encontradas mucho más clementes, y todo se antojaba más fácil. Eludimos el último cerco, cruzando a nado el río Júcaro, que divide las provincias de Camagüey y Las Villas, y ya pareció que algo nuevo nos alumbraba.

»Dos días después estábamos en el corazón de la cordillera Trinidad-Sancti-Spiritu, a salvo, listos para iniciar la otra etapa de la guerra [...].

»Habíamos llegado a la región montañosa de Las Villas el 1.º de octubre. El tiempo era corto y la tarea enorme.

»Camilo cumplía su parte en el norte, sembrando el temor entre los hombres de la dictadura.»

Esta narración escrita por el Che poco después del triunfo de la revolución, da una idea cabal de lo que fue aquella travesía que efectuó la Columna 8 desde el pequeño caserío llamado el Jíbaro ubicado en las primeras estribaciones de Sierra

Maestra, hasta las montañas del Escambray, importantísima operación guerrillera, llena de trampas, dificultades y peligrosas emboscadas, en donde unos pocos hombres mal armados consiguen burlar el cerco de todo un ejército perfectamente equipado con armas modernas y bien movilizado; operación táctica que abrió las puertas del posterior triunfo del ejército rebelde.

Por su lado, el comandante Camilo Cienfuegos, al frente de la Columna 2, siguiendo una línea con dirección similar a la del Che, pero pocos kilómetros más al norte, había avanzado por la provincia de Camagüey, poniéndose en contacto esporádicamente con el Che por medio de una pequeña radio y de unos cuantos chasquis, penetrando también en la provincia de Las Villas después de librar numerosas escaramuzas y combates con fuerzas enormemente superiores y tras eludir cercos, llegó hasta la ciudad de Yaguajay, poniendo sitio al cuartel que la defendía y tomándolo después de recia lucha.

Cuando el Che llegó a las sierras del Escambray, se vio precisado a poner orden entre los comandos rebeldes que actuaban por separado. Él llevaba su nombramiento de comandante en jefe de las fuerzas que operaban en la provincia de Las Villas, extendido por Fidel Castro. Actuando enérgicamente aunó a los combatientes poniéndolos a todos bajo sus órdenes. Cumplida esta difícil tarea —pues estaban divididos en forma tal que poco les faltaba para combatir entre ellos— comenzó a atacar los cuarteles de la dictadura, muchos de los cuales eran verdaderas fortificaciones. Con anterioridad las fuerzas a su mando ya habían cortado las comunicaciones entre la capital de Cuba y Santa Clara. También cumpliendo un plan elaborado por el comando superior se cortaron varias carreteras del interior de la isla y especialmente se inutilizó la carretera central que unía a las principales ciudades entre sí. Para ello debieron levantar muchos caminos y destruir varios puentes de carretera y de ferrocarril. Se cumplía así la estrategia del comandante general que ordenaba dividir la isla. Oriente había caído en buena parte en manos rebeldes. Cienfuegos por el Norte arrasaba poblados y cuarteles y el Che después de unificar las fuerzas del Escambray se preparaba a dominar los cuarteles que eran verdaderas líneas de defensa de la ciudad de Santa Clara. Los partes de guerra rebeldes que nosotros recibíamos, señalaban a Guinia de Miranda-Fomento-Guajay Cabaigüan-Placetas-Remedio-Caibarien. Estas poblaciones defendidas por cuarteles fuertemente armados, eran los bastiones con que contaba Batista para detener la marcha triunfal del ejército revolucionario. Poco a poco, sin embargo, veíamos en nuestros mapas pasar los poblados uno a uno al campo rebelde.

Caídos los cuarteles que defendían a las ciudades de Sancti-Spiritu y Trinidad éstas cayeron prácticamente sin combate.

La moral del ejército batistiano se desplomaba. En un mes había cedido la resistencia gubernamental en Camagüey y en Las Villas. Faltaba la ciudad de Santa Clara, que se descontaba no iba a caer sin fuerte lucha por ser un punto de comunicaciones y la llave de entrada a La Habana. Con seguridad el ejército defendería esta plaza, donde el cuartel Leoncio Vidal con cerca de dos mil soldados trataría de impedir la toma de la capital de Las Villas. Desde Buenos Aires seguíamos con vivo interés los sucesos políticos y las maniobras de guerra que se desarrollaban en Cuba. Los grandes periódicos comenzaban a publicar los éxitos rebeldes, con grandes titulares. El pesimismo con que el público en general tomó el comienzo de la lucha en la isla de Cuba se había transformado en un franco optimismo. Continuamente se formaban manifestaciones callejeras vitoreando a Fidel, al Che y a la revolución cubana. El gobierno, aunque miraba con suma desconfianza tales éxitos, no impedía las manifestaciones del entusiasmo popular. Por nuestra parte puedo decir que estábamos bastante bien informados, ya que recogíamos noticias de muchas partes y algunas del propio campo rebelde. Toda mi familia se sentía feliz por el cariz que iba tomando la revolución cubana. Los hechos evidenciaban que la derrota del dictador Batista era cuestión de pocos días. Corría el mes de diciembre de 1958 y en los últimos días de este mes las noticias presagiaban el derrumbe de la dictadura de Batista, pero faltaba aún la caída de la ciudad de Santa Clara para dejar expedito el camino hacia La Habana.

Después de dura lucha, fueron cayendo las concentraciones armadas que defendían la ciudad: la Universidad, que había sido tomada por las fuerzas del gobierno; la policía, donde los esbirros de Batista se defendían tenazmente porque sabían que en ello les iba la vida; un gran hotel que resultó un verdadero bastión de las fuerzas gubernamentales; unas lomas llamadas de Capiro, donde el ejército se había hecho fuerte y que fueron defendidas tenazmente. Pero el fin ya estaba escrito para las fuerzas del gobierno que defendían Santa Clara.

He relatado esta última parte de la invasión guerrillera desde Sierra Maestra hasta la sierra de El Escambray y luego brevemente la batalla de Santa Clara. Esta batalla ha sido comentada por técnicos militares mundialmente conocidos y sin duda fue la que le dio el golpe mortal al dictador Fulgencio Batista.

Así vimos entonces desde Buenos Aires, el desarrollo de la lucha en Cuba.

Poco tiempo después, siendo el Che jefe del cuartel de la Cabaña redactó un artículo sobre el final de la guerra revolucionaria.

Creo oportuno insertar aquí algunas páginas publicadas por él que darán al lector una visión más amplia y ajustada de cómo se combatió por ambas partes:

«Al retirarse el enemigo de Camajuaní, sin ofrecer resistencia, quedábamos listos para el asalto definitivo a la capital de la provincia de Las Villas (Santa Clara es el eje del llano central de la isla, con ciento cincuenta mil habitantes, centro ferroviario y de todas las comunicaciones del país) está rodeado por pequeños cerros pelados, los que estaban tomados previamente por las tropas de la dictadura.

»En el momento del ataque nuestras fuerzas habían aumentado considerablemente en fusilería, en las tomas de distintos puntos, y algunas armas pesadas que carecían de municiones. Teníamos un bazooka sin proyectiles y debíamos luchar contra una decena de tanques, pero también sabíamos que, para hacerlo con efectividad, necesitábamos llegar a los barrios poblados de la ciudad, donde el tanque disminuye en mucho su eficacia.

»Mientras las tropas del Directorio Revolucionario se encargaban de tomar el cuartel número 31 de la Guardia Rural, nosotros nos dedicábamos a sitiar casi todos los puestos fuertes de Santa Clara; aunque fundamentalmente establecíamos nuestra lucha contra los defensores del tren blindado situado a la entrada del camino de Camajuaní, posiciones defendidas con tenacidad por el ejército, con un equipo excelente para nuestras posibilidades.

»El 29 de diciembre iniciamos la lucha. La Universidad había servido en un primer momento de base de operaciones. Después establecimos la comandancia más cerca del centro de la ciudad. Nuestros hombres se batían contra tropas apoyadas por unidades blindadas y las ponían en fuga, pero muchos de ellos pagaron con la vida su arrojo y los muertos y heridos empezaron a llenar los improvisados cementerios y hospitales.

»Recuerdo un episodio que era demostrativo del espíritu de nuestras fuerzas en esos días finales. Yo había amonestado a un soldado por estar durmiendo en pleno combate y me contestó que lo habían desarmado por habersele escapado un tiro. Le respondí con mi sequedad habitual: "Gánate otro fusil yendo desarmado a la primera línea... si eres capaz de hacerlo."

»En Santa Clara, alentando a los heridos en el hospital de sangre, un moribundo me tocó la mano y dijo: "¿Recuerdas, comandante? Me mandó a buscar el arma en Remedios... y me la gané aquí." Era el combatiente del tiro escapado, quien minutos después moría, y me lució contento de haber demostrado su valor. Así es nuestro Ejército Rebelde.

»Las lomas del Capiro seguían firmes y allí estuvimos lu-

chando durante todo el día 30, tomando gradualmente al mismo tiempo distintos puntos de la ciudad. Ya en este momento se habían cortado las comunicaciones entre el centro de Santa Clara y el tren blindado. Sus ocupantes, viéndose rodeados en las lomas del Capiro, trataron de fugarse por la vía férrea y con todo su magnífico cargamento cayeron en el ramal destruido previamente por nosotros, descarrilándose la locomotora y algunos vagones. Se estableció entonces una lucha muy interesante en donde los hombres eran sacados con cócteles Molotov del tren blindado, magníficamente protegidos, aunque dispuestos sólo a luchar a distancia desde cómodas posiciones y contra un enemigo prácticamente inerme, al estilo de los colonizadores con los indios del Oeste norteamericano.

»Acosados por hombres, que, desde puntos cercanos y vagones inmediatos lanzaban botellas de gasolina encendida, el tren se convertía —gracias a las chapas del blindaje— en un verdadero horno para los soldados. En pocas horas se rendía la dotación completa con sus veintidós vagones, sus cañones antiaéreos, sus ametralladoras del mismo tipo, sus fabulosas cantidades de municiones (fabulosas para lo exiguo de nuestras dotaciones, claro está). Se había logrado tomar la central eléctrica y toda la parte oeste de la ciudad, dando al aire el anuncio de que Santa Clara estaba casi en poder de la Revolución.

»En aquel anuncio que di, como comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de Las Villas, recuerdo que tenía el dolor de comunicar al pueblo de Cuba la muerte del capitán Roberto Rodríguez, *el Vaquerito*, pequeño de estatura y de edad, jefe del Pelotón Suicida, quien jugó con la muerte una y mil veces en lucha por la libertad. El “Pelotón Suicida” era un ejemplo de moral revolucionaria y a éste solamente iban revolucionarios escogidos. Sin embargo, cada vez que un hombre moría —y eso ocurría en cada combate— al hacerse la designación del nuevo aspirante, los desechados realizaban escenas de dolor que llegaban hasta el llanto. Era curioso ver a los curtidos y nobles guerreros, mostrando su juventud en el despecho de unas lágrimas, por no poder tener el honor de estar en el primer lugar de combate y de muerte.

»Después caía la Estación de Policía entregando los tanques que la defendían, y en rápida sucesión se rendían... el cuartel Número 31 a nuestras fuerzas, la cárcel, la Audiencia, el palacio del Gobierno Provincial, el Gran Hotel donde los francotiradores se mantuvieron disparando desde el décimo piso casi hasta el final de la lucha.

»En ese momento sólo quedaba por rendirse el cuartel Leoncio Vidal, la mayor fortaleza del centro de la isla. Pero era ya el día primero de enero de 1959 y había síntomas de debilidad creciente entre las fuerzas defensoras. En la mañana de ese día mandamos a los capitanes Núñez Jiménez y Rodrí-

guez de la Vega a pactar la rendición del cuartel.¹⁵ Las noticias eran contradictorias y extraordinarias: Batista había huido ese día desmoronándose la jefatura de las Fuerzas Armadas. Nuestros dos delegados establecían contacto por radio con Cantillo,¹⁶ haciéndole conocer la oferta de rendición, pero éste estimaba que no era posible aceptarla porque constituía un ultimátum, que él había ocupado la jefatura del Ejército siguiendo instrucciones precisas del líder Fidel Castro. Hicimos inmediatos contactos con Fidel, anunciándole las nuevas, pero dándole la opinión nuestra sobre la actitud traidora de Cantillo, opinión que coincidía absolutamente con la suya. (Cantillo permitió en esos momentos decisivos que se fugaran todos los grandes responsables del gobierno de Batista y su actitud era más triste si se considera que fue un oficial que hizo contacto con nosotros y en quien confiamos como en un militar con pundonor.)

»Los resultados siguientes son por todos conocidos: la negativa de Fidel a reconocerle; su orden de marchar sobre la ciudad de La Habana; la posesión por el coronel Barquín de la jefatura del Ejército, luego de salir de la prisión de la isla de Pinos; la toma de la Ciudad Militar de Columbia por Camilo Cienfuegos y de la fortaleza de La Cabaña por nuestra Columna Ocho y la instauración final, en cortos días, de Fidel Castro como primer ministro del Gobierno Provisional. Todo esto pertenece a la Historia política actual del país.

»Ahora estamos colocados en una posición en la que somos mucho más que simples factores de una nación; constituimos en este momento la esperanza de la América irredenta. Todos los ojos —los de los grandes opresores y los de los esperanzados— están fijos en nosotros. De nuestra actitud futura que presentemos, de nuestra capacidad para resolver los múltiples problemas, depende en gran medida el desarrollo de los movimientos populares en América, y cada paso que damos está vigilado por los ojos omnipresentes del gran acreedor y por los ojos optimistas de nuestros hermanos de América.»

Quiero hacer notar que el Che escribió estas líneas inmediatamente después de la toma del poder por el ejército revolucionario. De ellas se desprende que vio con claridad meridiana lo que hoy es una verdad indiscutible para el mundo de los explotados. Cuando expresó: «Constituimos en estos momentos la esperanza de América irredenta. Todos los ojos —los

15. En el primer momento Casillas Dumpuy, jefe del regimiento Leoncio Vidal, que fuera el asesino de Jesús Menéndez (líder sindical cubano) y que estaba a cargo de la defensa del cuartel no aceptó la orden de rendición, pero luego abandonó el mando escapando disfrazado siendo apresado y fusilado en el acto.

16. Al abandonar Batista el poder, quedó Cantillo como jefe de las fuerzas armadas.

de los grandes opresores y los de los esperanzados— están fijos en nosotros.»

El tiempo dio la razón al Che.

Cayó Batista

Para quienes estaban dentro del escenario de los grandes acontecimientos cubanos era entonces difícil comprender, aquilatar lo que allí estaba ocurriendo, y mucho más para nosotros que sólo contábamos para nuestro conocimiento inmediato con los cables que transmitían las agencias internacionales, que como en fantástico caleidoscopio lo fueron cambiando hora a hora durante los dos días anteriores a la caída del dictador Batista.

Pero por fin llegó la anhelada noticia: ¡Batista había caído! En aquella madrugada del 1.º de enero de 1959, Batista después de celebrar una fiesta en el palacio de gobierno festejando la entrada del nuevo año, había huido del país junto con sus más allegados colaboradores, dejando abandonados a su suerte a muchos de los que lo acompañaron en su fatídico gobierno. Sólo restaba la limpieza de las fuerzas armadas diseminadas dentro del territorio.

El comandante Camilo Cienfuegos en una última embestida había derrotado a su vez al ejército que trató de atraparlos. El 1.º de enero de 1959 los comandantes Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara en una sola operación cerraban sus pinzas sobre La Habana en la cual entraban poco después con su pequeño ejército que arrastró con su entusiasmo y su coraje a gran parte de la población de la isla. La entrada fue realmente triunfal.

Todos los diarios del mundo transmitían en grandes titulares las noticias de esta hazaña.

Tocaron en Buenos Aires largamente las sirenas de los diarios. El pueblo desbordó las calles. La caída de Batista constituía también un rudo golpe para Norteamérica, con cuyo gobierno no comulgaba nuestra población que, en general, miraba con malos ojos cualquier injerencia de ese país en Latinoamérica. Por otra parte, aunque se gozaba en nuestro país de una relativa libertad, el pueblo ya había saboreado el amargo gusto de la dictadura militar, la que se autotituló «Revolución Libertadora» y que hacía varios años desgovernaba la República Argentina.

En nuestra casa aún no habíamos bajado las copas brindando por la caída de Batista, cuando llegó una noticia terrible. Ernesto había caído fatalmente herido en la toma de la capital cubana. Así lo aseguraban los cables provenientes de Cuba. No dimos crédito total a los telégrafos internacionales.

¡Había sido herido tantas veces y había sobrevivido a estas presuntas muertes! Pero para nosotros cada uno de estos golpes nos derrumbaba. Me comuniqué en seguida con Jorge Beruff, responsable del Comité 26 de Julio en la Argentina, que se comunicó con la central de Nueva York, y a las dos horas teníamos la rectificación de lo que publicaron los diarios.

Festejamos esa noche el año nuevo con la alegría de saber que Ernesto vivía y estaba al frente del cuartel de La Cabaña en La Habana.

NUESTRA FAMILIA VIAJA A CUBA DESPUÉS DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN

La euforia se había apoderado de nosotros. Parecía increíble el triunfo de las tropas revolucionarias. Gota a gota había destilado en nuestro ánimo la angustia de más de dos años de guerra. Aunque cada uno trataba de no exteriorizar su preocupación, todos sabíamos que nuestro pensamiento se centraba en un solo punto: la vida de Ernesto.

Ahora todo había cambiado. El 2 de enero de 1959 los diarios traían toda clase de noticias, con buenos augurios. En nosotros comenzaba a ceder la tensión. Al fin podíamos relajar nuestros nervios. Aquella carrera entre la vida y la muerte que corrieron los rebeldes cubanos desde el 2 de diciembre de 1956 al 1.º de enero de 1959, había terminado. El camino quedó cubierto de sangre y de cadáveres. Pero ya no estaba en el poder el asesino Fulgencia Batista. Veinte mil vidas segó durante los años que estuvo en el gobierno. Ahora la situación era distinta: un gobierno revolucionario se acababa de instalar en el poder con el doctor Urrutia a la cabeza y sostenido por el ejército revolucionario con el doctor Fidel Castro al frente.

Comenzaba una nueva lucha para los revolucionarios; la estabilidad gubernamental había que sostenerla a cualquier precio. Por otra parte, tenían que rehacer a toda Cuba.

En Buenos Aires no se hablaba de otra cosa. Yo me sentía como suspendido en el aire. Nuestros parientes y amigos nos acosaban a preguntas y respondíamos todo lo que sabíamos. Pero la verdad es que el mayor interés de nuestra familia era la vida de Ernesto. Y Ernesto estaba vivo y la guerra había terminado.

Llegaban a nuestra casa cientos de felicitaciones por cartas y telegramas. Han pasado catorce¹⁷ largos años y hoy, al

17. Este relato fue escrito en febrero de 1972.

releer estos telegramos y tarjetas de felicitación, la cruda realidad me dice que buena parte de los que entonces felicitaban, hoy que la revolución ha encontrado su cauce, militan en el lado contrario. Para el mundo que nos rodeaba, la caída del ex sargento Batista debía significar volver a un gobierno de tipo «democrático» mediante elecciones de representantes, senadores, presidente, etc.

La experiencia nos ha enseñado que en esta clase de gobiernos, precisamente, es donde se incuban las mayores contradicciones. El estado en que había quedado Cuba era tan desastroso que para poder encauzar esta nación se necesitaba hacer lo que se hizo.

La suerte estaba echada para Cuba; por mucho tiempo esta clase de gobiernos no iban a adueñarse del poder. La revolución cubana habría de convertirse en una revolución socialista y comenzaría con ella la liberación del yugo imperialista en América Latina.

Yo mismo no había comprendido cabalmente el sentido de esta revolución. Y desde Buenos Aires veía todo aquello como una gran nebulosa.

En viaje

El 6 de enero supe, por intermedio del doctor Beruff, que un avión enviado, según decían, por el comandante Camilo Cienfuegos, debía transportar a mi familia a La Habana, junto con algunos exiliados cubanos.

Comenzamos apresuradamente a prepararnos para viajar. Un mes antes no hubiera soñado con hacer este viaje, y ahora teníamos que apresurarnos porque el avión acababa de salir de Cuba con destino a Buenos Aires.

En representación de nuestra familia íbamos a viajar Celia y yo, con mi hija Celia y mi hijo Juan Martín. Mis otros dos hijos, Roberto y Ana María, no podían hacerlo porque sus ocupaciones no se lo permitían.

Y llegó la hora de la partida.

Llegamos al aeropuerto de Ezeiza. Ya estaba allí el avión de aerolíneas cubanas. Me presenté al comandante de la nave y, mientras conversaba con él, observaba cómo iban llegando los exiliados cubanos con las maletas desbordando cosas. Recuerdo que uno de ellos, Luis Conte Agüero (quien después tuvo una desastrosa actuación frente al gobierno revolucionario), pretendía llevar consigo no menos de cien libros.

Yo miraba con alguna preocupación estos bultos y, dirigiéndome al comandante de la nave, le dije: «Amigo, ¿hay que cruzar la cordillera de los Andes elevándonos a más de veintidós mil pies! Si siguen estos cubanos llegando con tanto equi-

paje —me refería especialmente a Conte Agüero— temo que el avión no pueda cruzar la cordillera. No olvide que voy con mi familia.»

El comandante me miró sonriente y me respondió: «Señor Guevara, y usted no olvide que yo también viajo en el avión. ¿Cree que voy a cometer la imprudencia de levantar vuelo cargado con más de lo que me permite el aparato? Le puedo asegurar que no saldremos de Buenos Aires con un gramo más de lo permitido.»

Y así fue. Pocos minutos después nos despedíamos de los amigos y familiares. Tomamos altura sobre nuestra ciudad y pronto enfilamos hacia Mendoza. El cruce de la cordillera se hizo de forma impecable. Yo la conocía bien por haberla cruzado en parte a lomos de mula, cuando sólo tenía veinte años. Ahora, en breves minutos, recorrimos lo que antes tardé varios días en hacer.

Aparecían bajo las alas del avión lugares que inmediatamente reconocí. Y dejamos atrás, con sus cimas nevadas, el Tupungato y el Aconcagua; y minutos después el avión tomaba tierra en el aeropuerto de Santiago de Chile, donde nos esperaban muchos periodistas y curiosos.

Almorzamos en el mismo aeropuerto y levantamos vuelo en seguida. Yo no había efectuado nunca un viaje tan largo en avión. Mientras pensaba en Ernesto, en la gran suerte que había tenido, en lo contento que estaría en La Habana y en todo lo que íbamos a presenciar allí, me entretenía viendo deslizarse bajo las alas del avión esta nueva geografía que no conocía.

Ya de noche, volábamos sobre Perú, y a la madrugada unas cuantas sacudidas nos hicieron saber que el avión aterrizaba. Estábamos en el aeropuerto de Quito. Salimos fuera del avión. Allí hacía un calor insoportable. Estuvimos cuatro horas y después supe que esa demora obedeció a que estaban tratando de arreglar el tren de aterrizaje. El pasaje no estaba enterado. A las seis de la mañana partimos nuevamente y poco después pasábamos a más de veintidós mil pies sobre el canal de Panamá.

Hubo un instante en que desde nuestra nave se divisaban los dos océanos, el Pacífico y el Atlántico. Abajo, una línea quebrada indicaba el canal y unos puntitos negros los barcos navegando. A los costados, puntitos rojos mostraban los techos de algunos chalets. Poco después volábamos viendo sólo agua y nubes.

Cerca del mediodía la azafata, usando los micrófonos, recomendó ajustarse los cinturones, diciendo que dentro de quince minutos llegaríamos a Rancho Boyeros, aeropuerto principal de La Habana. Hasta aquí habíamos volado con mucha visibilidad, pero ahora el cielo se había cubierto y espesas nubes impedían ver el suelo. El avión comenzó a

volar describiendo grandes círculos. Ya habían pasado los quince minutos y pasaron veinte y treinta y el avión seguía haciendo giros. Todo el pasaje comenzó a inquietarse. La azafata no dijo nada más. Yo divisé por entre las nubes, en algunos de sus huecos, unos techitos colorados. De pronto, en un gran claro que se hizo, se zambulló nuestro transporte y segundos después tocábamos tierra sin ningún inconveniente.

Apenas pusieron la escalerilla, salté del avión y, poniendo una rodilla en tierra, besé suelo cubano.

La llegada

Inmediatamente nos rodearon unos cuantos soldados barbudos, con sus uniformes bastante sucios y armados con fusiles o ametralladoras. Vinieron los saludos de rigor y, apresurados, nos dirigimos al interior del aeropuerto, en donde Ernesto nos esperaba. Tengo entendido que quisieron darle una sorpresa y sólo supo nuestra llegada minutos antes.

Mi mujer corrió a sus brazos y no pudo contener el llanto. Un montón de fotógrafos y cámaras de televisión registraron la escena. Poco después abrazaba a mi hijo. Hacía seis años que no lo veía.

Yo no conocía La Habana, nunca estuve allí. Antes de llegar al hotel que había de servirnos de hospedaje, comenzamos a ver los grandes rascacielos. El auto se deslizaba entre una muchedumbre que exteriorizaba su alegría festejando el triunfo de la revolución. Mezclado con esta muchedumbre, un ejército mal uniformado, casi todos sus hombres barbudos y muy quemados por el sol, se confundía con el pueblo. La mayoría se movía con soltura y llevaba sus armas sin preocupación alguna, a veces volcándolas sobre sus cabezas. Muchos de ellos llevaban collares con vírgenes o crucifijos, o semillas de árboles, y algunos hasta con dientes de perro. Llamaba poderosamente la atención su indisciplina, pero había algo que sobresalía de entre todo el panorama y era la inmensa alegría y la euforia que demostraba toda aquella gente en aquellos momentos. Gritaban, cantaban y algunos bailaban. Unos minutos después llegábamos al hotel Hilton, hoy Habana Libre, y nos instalaron en el piso 16.

En el hotel Hilton

Aquella mañana almorzamos con Ernesto en el living del departamento que nos habían adjudicado. Una gran mesa estaba colocada en el centro. No bien hubimos entrado a la habita-

ción, nos salió al encuentro un grupo de soldados y oficiales, quienes con gran camaradería palmeaban a Ernesto y nos saludaban a nosotros. Reinaba en el ambiente una gran alegría. Entre el bullicio de los que entraban y salían íbamos tomando contacto con aquel grupo de combatientes que se habían batido en la guerra revolucionaria junto a Ernesto. Los cubanos, en general, hablan no solamente con la boca sino con las manos. Nos llamaba la atención la euforia con que se comunicaban en un lenguaje apresurado y comiéndose muchas sílabas. Entre gestos, manoteos y carcajadas manifestaban su alegría. La revolución había triunfado y ahora ellos estaban junto al Che preparándose para almorzar en uno de los hoteles más lujosos de La Habana.

Además de aquellos uniformados, un grupo de gente civil se había acercado para saludarnos. Reconocí entre ellos a algunos de los que habitualmente iban al Comité del 26 de Julio en Buenos Aires.

Nos sentamos frente a la gran mesa. Entre nuestro equipaje habíamos traído algunas botellas de vino tinto recordando que a Ernesto le gustaba mucho esa bebida. Se le iluminaron los ojos al ver aquellas botellas con sus correspondientes etiquetas, que eran las mismas que habitualmente estaban en la mesa del comedor de nuestra casa; su vista trajo seguramente a su memoria gratos recuerdos de otros tiempos felices, cuando toda la familia vivía junta en Buenos Aires.

Hubiéramos querido captar en toda su intensidad aquel dichoso momento que pasó para nosotros como un relámpago. Algo imposible de traducir era la emoción que embargaba a toda nuestra familia.

Se sentaron a nuestra mesa aquel grupo de soldados y oficiales, y recuerdo especialmente a Camilo Cienfuegos, quien, con Ernesto, se trataba con gran familiaridad y camaradería. Ya sabíamos que eran grandes amigos.

Resaltaban los barbudos rostros curtidos por el sol de aquellos combatientes, que llevaban en los descoloridos uniformes las huellas del combate.

Hoy, a tantos años de aquel almuerzo, me es difícil reproducir ese momento; perdimos la oportunidad de grabar aquellos heterogéneos conjuntos de voces que estaban relatando hechos vividos. Allí estábamos festejando el triunfo de la revolución juntos con los cubanos que festejaban también ¡la llegada de la familia del Che a La Habana!

Corrían los brindis entre las exclamaciones y las risas. Ahora estábamos frente a los triunfadores, a los increíbles triunfadores, y entre ellos estaba Ernesto. En su aspecto físico, en su expresión, en su alegría, era aquel mismo muchacho que partió de Buenos Aires en una fría tarde de julio hacía más de seis años.

Desde el living, a través de los grandes ventanales de aquel

piso 16 del hotel Hilton, veíamos perderse en la lejanía la edificación del Vedado con sus grandes rascacielos. A lo lejos el Morro mostraba sus imponentes murallas de piedra avanzando hacia la bahía. Atrás resaltaba el verde del apacible mar bajo un cielo azul intenso.

La sana alegría del ambiente nos arrastraba a todos. No podíamos ni siquiera pensar en que aquella cruel guerra aún no hubiera terminado. Como antes en los tristes momentos de la guerra nos pareciera increíble la victoria, ahora nos parecía increíble que esta revolución triunfante pudiera ser derrotada.

Pero frente por frente a nosotros detrás de aquel mar tan apacible —nada más que a ochenta millas de distancia— la punta de lanza de los Estados Unidos de Norteamérica apuntaba al corazón de Cuba.

Un mar de gente

El hotel Hilton lucía una arquitectura moderna; sus salones, muy bien diseñados y decorados, eran de gran amplitud. Y el edificio se elevaba veintiséis pisos.

Habían llegado al hotel muchos extranjeros. La planta baja parecía que hervía de gente; gran cantidad de personas entraban y salían: periodistas con sus máquinas fotográficas, camarógrafos, gente de pueblo, extranjeros muy bien ataviados, militares de otros países, mozos del hotel con impecables uniformes y soldados y oficiales de la tropa revolucionaria que llevaban trajes de campaña y que daban la nota más alegre en el conjunto.

Recuerdo que bajaba en un gran ascensor desde el piso 24. En otro piso subieron un norteamericano y su señora, él vestido con smoking blanco y ella con traje de fiesta. Cuando llegamos a la planta baja se abrieron las puertas automáticas y apareció ante nuestros ojos un soldado barbudo echado en el suelo, atravesado frente a la puerta y con el fusil entre las piernas. El hombre estaba descansando, y como seguramente sería la primera vez que veía un ascensor y un hotel de esa clase, le pareció muy cómodo esperarlo en esta posición. El norteamericano no comprendía y la mujer mucho menos. Se echaron atrás con un gesto de espanto y sólo cuando vieron a la gente cubana que se reía de este espectáculo salieron muy desconfiados de la cabina del ascensor.

Fuera del hotel, en las calles, un gentío inmenso deambulaba.

El pueblo se desborda

La Habana sufría una verdadera ósmosis. Por un lado, todo un ejército revolucionario que llegaba desde diversos puntos de la isla: iban sucios, mal calzados, casi harapientos, con vestimentas distintas, en desorden. La mayoría de ellos jamás había visto una ciudad como La Habana, y muchos ni siquiera una pequeña ciudad. Había entre ellos analfabetos que apenas si se les lograba entender lo que decían; muchos campesinos que se habían jugado la vida día a día y que ahora caminaban entre la población que los aclamaba, los aplaudía y los besaba. Y ellos miraban embobados los rascacielos y todo ese lujo que jamás habían soñado ver. Por otro lado, una invasión de yanquis y gente europea llenaba los grandes hoteles. Querían ver este nuevo fenómeno social y era entonces cuando se producía esa mezcla de gente atildada y «fina» con gente simple y llana, cual eran los soldados de Fidel Castro. Sin ningún convencionalismo, como animales sueltos, caminaban a sus anchas por la gran ciudad. Y además la ciudad era de ellos, porque ellos habían hecho la revolución. Se sentían seguros, aunque miraban desconfiados a toda la gente bien vestida que se les cruzaba por delante.

Conversación con Ernesto

Fueron para nosotros unos días inolvidables. Veíamos a Ernesto todas las veces que él nos lo permitía, o mejor dicho, que sus ocupaciones le permitían poder charlar con nosotros. Pero él siempre encontraba un momento para poder hacerlo.

Una tarde Ernesto fue a visitarnos a nuestro hotel. Aproveché la oportunidad y le pedí que se encerrase conmigo en una habitación. Quería hablar a solas con él, sin que nadie nos molestase. Otras veces había querido hacerlo, pero siempre andaba ocupado, cumpliendo órdenes o zarandeado por sus ocupaciones.

Entramos en la habitación y se sentó muy tranquilo. Había cambiado mucho. Cuando se fue parecía un imberbe, y ahora una barba rala le cubría parte de la cara. Estaba muy delgado y quemado por el sol. Hablaba pausadamente, pero sus ojos eran sus mismos ojos de siempre, escrutadores, burlones. Antes solía apurarse para hablar, las ideas se le amontonaban y no tenía tiempo para expresarlas, y entonces solía charlar

nerviosamente y a veces se tragaba las palabras. Ahora lo veía frente a mí, más aplomado; meditaba antes de contestar, cosa que nunca hizo. Le pregunté qué iba a hacer con su medicina.

Me miró de soslayo, se quedó pensando un momento y luego, esbozando una sonrisa, me contestó.

—¿De mi medicina? Mirá viejo, como vos te llamás Ernesto Guevara como yo, en tu oficina de construcciones colocás una chapa con tu nombre y abajo le ponés MÉDICO y ya podés comenzar a matar gente sin ningún peligro.

Y se reía de su chiste.

Yo insistí en la pregunta y entonces, poniéndose serio, me contestó:

—De mi medicina puedo decirte que hace rato que la he abandonado. Ahora soy un combatiente que está trabajando en el apuntalamiento de un gobierno. ¿Qué va a ser de mí? Yo mismo no sé en qué tierra dejaré los huesos.

No comprendía cabalmente lo que me decía Ernesto. Acababa de entrar triunfante con el ejército revolucionario en La Habana. Esperaba que me dijese que allí se quedaría algún tiempo para hacer tal o cual cosa, pero Ernesto me contestó que no sabía qué sería de él.

Nunca olvidaré esta frase, porque en su contenido está el enigma que tanta gente ha querido descifrar con respecto a su desaparición de Cuba y su aparición en lejanas tierras como combatiente.

Hablamos después de cosas familiares. Le dije:

—Che, viejo, vos ya te has dado el gusto. Saliste por esos caminos del mundo y los has trotado durante seis años; ahora me toca a mí. ¿Por qué no te volvéis a la Argentina, te haces cargo de la familia y me das a mí un fusil viejo para tirarme al monte?

Él se reía. En las horas que estuvimos hablando repasamos muchos viejos episodios familiares y nos pusimos al día en cuanto a noticias nuevas.

Yo lo veía como un hombre distinto. Me costaba reconocer en él al Ernesto de mi casa, al Ernesto cotidiano. Parecía flotar sobre su figura una tremenda responsabilidad. No era *mise en scène*, nunca la supo hacer. Para comprender todo esto que entonces no comprendía, desgraciadamente he necesitado que pasara mucho tiempo y pasar muchas horas reflexionando.

Ernesto, a su llegada a La Habana, ya conocía el fin de su destino. Tenía consciencia de su personalidad y se estaba transformando en un hombre cuya fe en el triunfo de sus ideales llegaba al misticismo.

Pero su manera de ser con nosotros no había cambiado. Fue muy cariñoso en todo momento con toda la familia.

LA HABANA DE ENTONCES

La Habana tenía entonces alrededor de un millón de habitantes. La ciudad vieja fue edificada a la orilla de un brazo de mar, con típicas calles coloniales, angostas y tortuosas. Su edificación se conservaba como hacía trescientos años. La gente que habitaba aquellas casas vivía sin ningún confort, sus albergues eran parecidos a los que nosotros llamamos «conventillos». Muchas de estas viejas casonas estaban semi-derruidas y tenían un aspecto sucio e insalubre.

Por otro lado, una arquitectura moderna, tipo norteamericano, dirigida por buenos arquitectos, se mostraba en los barrios de la gente adinerada, como Miramar, Marianao, El Vedado. Construcciones muy bien diseñadas dentro del estu-pendo marco de jardinería tropical. Barrios lujosos en donde se notaba que allí se había derrochado dinero en sus construcciones. No hay que olvidar que La Habana era un lugar de diversión para los millonarios norteamericanos.

Otras barriadas, algo modificadas y con una tonalidad singular, mostraban todavía su típico aspecto español de la época colonial. Casas de uno o dos pisos, con elegantes columnas sosteniendo corredores frontales, todas ellas pintadas de vivos colores, separadas entre sí por grandes espacios al aire libre.

Y por último, muy cerca del centro de La Habana, mirando al mar, se agrupaba un conjunto de inmensos rascacielos que se destacaban sobre el resto más achatado de la ciudad. Allí tuvimos ocasión de conocer grandes hoteles que lucían al último grito por lo que hace al confort mundial.

Parte de la ciudad está separada del mar por una gran avenida llamada Malecón, paseo donde se volcaba la población en los días calurosos.

A pocos kilómetros de la capital se extendían los balnearios a lo largo de las playas. Cuando nosotros llegamos empezaba el invierno en Cuba y por tanto las playas estaban desoladas, pero pudimos conocer preciosas villas que se alzaban a la orilla de la costa, y que en tiempo de verano se llenaban de turistas de todas partes del mundo.

Los clubes más ricos, que fueron famosos en Cuba, se levantaban sobre la costa del mar frente a la capital, y cuando nosotros llegamos allí pudimos ver gran cantidad de yates anclados en los fondeaderos.

Estábamos presenciando una exuberancia de lujo que posiblemente pronto se terminaría en la capital cubana.

Asistimos a algunos espectáculos cotidianos de La Habana,

como en el lujosísimo cabaret Tropicana, con su cuerpo de baile y sus shows de fama mundial; también a fiestas en lugares nocturnos, donde todavía la gente privilegiada derrochaba su dinero. Todo esto lo he vuelto a ver diez años después, todo cambiado, pues desapareció la clase social adinerada que mantenía esos espectáculos.

La revolución barrió aquellos clubes, balnearios, hoteles, palacios y residencias, que pasaron a ser bienes del Estado, y donde ahora puede recrearse toda una población a la que antes le estaba vedado acercarse. Aquellas construcciones magníficas, aquellos balnearios estupendos y aquellos paseos y clubes náuticos, hoy son de uso popular.

Una tarde visitamos un pequeño y precioso pueblo pesquero situado a pocos kilómetros de la capital de Cuba; se llama Cojímar. Este pueblo, con sus humildes casitas de madera y sus rústicos moradores, tiene un encanto particular. Allí se inspiró el gran novelista norteamericano Hemingway para escribir su magnífica obra *El viejo y el mar*. Parecía que en ese lugar se hubiera concentrado esa quietud y esa paz que ahora faltaba en casi toda la isla de Cuba.

CONFERENCIA DE PRENSA EN EL HOTEL HILTON

Cuando nosotros llegamos a La Habana, tuvo lugar en el hotel Hilton una conferencia de prensa. Un numeroso grupo de periodistas entrevistaba al doctor Fidel Castro. Aproveché la ocasión para oírle hablar.

La conferencia se celebraba en uno de los pisos más altos y en un gran salón. Allí había varios canales de televisión, periodistas de todo el mundo y muchos intérpretes. Yo llevaba la representación de un semanario de Buenos Aires.

En una especie de estrado estaba sentado Fidel. Vestía su traje militar con la insignia de comandante en jefe. Se le veía corpulento y recio. Sentado con toda naturalidad contestaba —con pausa y serenidad— las preguntas que se le hacían, y mientras que con una de sus manos jugaba con su negra barba, con la otra blandía el índice unas veces señalando, otras recalcando y algunas otras amenazando.

Por supuesto lo acribillaron a preguntas, y muchas de ellas capciosas. Fidel contestaba con toda tranquilidad y cada vez que querían hacerlo caer en alguna trampa, la evadía con gracia e ironía. Hizo gala de un conocimiento cabal de la revolución. No era sólo el guerrero el que hablaba; era el estadista, el político, el sociólogo y el tribuno. Acabó con todas las suspicacias de quienes preguntaban y habló con cla-

ridad meridiana. No cabía duda de que conocía con exactitud la situación política, social y económica de Cuba y del mundo entero.

Como en esa época ya se comenzaba a sospechar que el gobierno de Fidel Castro iba a tener un tinte político de izquierdas, como saetas venían las preguntas sobre si su gobierno sería socialista o comunista. Fidel, cuando eran demasiado directas, las evadía con elegancia, pero siempre su contestación era precisa.

Cuando terminó me acerqué a saludarlo. Estuvo muy amable conmigo y, mientras caminaba, iba conversando con la gente que tenía a su alrededor, de las cuales sobresalía media cabeza. Ignoro si llevaba escolta de protección, pero su modo era tan sencillo y tan simple, que a uno le parecía imposible que nadie tuviera intención de atacarlo.

Otras veces lo vi bajar de un jeep y acercarse a un círculo de obreros, hablar con ellos, saludarlos y luego volver a su auto, sin precaución alguna de cuidarse.

Es que Fidel es un hombre que está identificado con su pueblo y es muy difícil que nadie se llegue hasta él sin que los que lo rodeen no se den cuenta de si hay una intención agresiva. Habla el idioma popular y llega al corazón de los cubanos, porque él también lo es y conoce todas las necesidades de su pueblo.

Lo he escuchado en muchas ocasiones y he llegado a la conclusión de que es un genial conductor de su pueblo y además hombre cultísimo y de gran talento.

ERNESTO SE PRESTA A UN REPORTAJE

Los diarios, la mayoría de los cuales habían sido batistianos, venían plagados de noticias. Naturalmente ahora habían cambiado su postura política, tratando de fraternizar con aquella revolución.

Desfilaban por sus páginas infinidad de personajes revolucionarios a los cuales se les hacían reportajes. Allí pude enterarme de muchos actos heroicos efectuados por algunos de ellos a quienes conocía a través de los partes de guerra llegados a Buenos Aires desde el Comité 26 de Julio de Nueva York.

En un periódico de La Habana se publicó una entrevista al entonces comandante Ernesto Che Guevara. El periodista, entre otras preguntas, le hizo la siguiente:

—¿Cuál fue, comandante, el momento más emocionante de su vida de guerrillero?

Ernesto contestó sin vacilar:

—Cuando oí la voz de mi padre en el teléfono, que hablaba desde Buenos Aires. Hacía seis años que yo estaba ausente de mi país.

Me emocioné al leer esta publicación. Comprendí cuál debió de haber sido la decisión de Ernesto que lo impulsó a llevar hasta el fin su permanencia en una guerra por la liberación de uno de los pueblos oprimidos de América. Y este pueblo no era el suyo, sino un pueblo hermano.

Tantos años de separación habían cortado un poco la comunicación entre mi hijo y su familia. Ahora las palabras de Ernesto, precisas y casi secas, denunciaban el inmenso cariño que siempre nos tuvo; no obstante ello, había dejado una hija, mujer, padres, hermanos y amigos para entregarse totalmente a una causa que él creía justa.

EL COMANDANTE CIENFUEGOS

Una mañana recibí una invitación del comandante Camilo Cienfuegos para almorzar con él. Lo hicimos en el bar del hotel Hilton.

Era un hombre simpatiquísimo, menudo, bajo, con movimientos nerviosos; tenía una gran barba que le caía sobre el pecho y los cabellos negros le llegaban a los hombros. Había una extraña vivacidad en su mirada, parecía comprenderlo todo. Antes de que se insinuase una pregunta, él ya tenía pronta la respuesta, y siempre matizada con alguna chanza graciosa o con algún adjetivo punzante.

Esa mañana ocupamos una mesa. En la foto se le ve acompañado de dos cubanos que creo murieron posteriormente en combate. En la mesa estaba también Armando March, gremialista argentino que fuera amigo de la infancia de Ernesto, y el teniente San Martín, argentino que había ingresado en el ejército revolucionario.

Durante el almuerzo tuve oportunidad de conversar largamente con Camilo. Después del almuerzo subió a nuestras habitaciones y seguimos charlando. Como siempre, Camilo se reía y hacía chistes.

—¿Sabe usted —me dijo— que el único hombre que tomó prisionero al Che he sido yo?

Y miraba a los que lo rodeábamos para ver la cara de sorpresa que poníamos. Y entonces contó:

—Habíamos salido con el Che para hacer un operativo. Él iba por un lado y yo por otro. De pronto llegué a un descampado y advertí gente armada que se echaba a tierra y



El periodista uruguayo Gutiérrez traía nuevas de Ernesto, y también muchas fotografías en donde aparecía el Che con Fidel Castro y varios de los oficiales del ejército rebelde.

Podíamos ver a Ernesto vestido con su uniforme militar de campaña, junto al comandante Fidel Castro y a los capitanes Juan Almeida, Ramiro Valdés y «el Chino», examinando un plano dibujado en el suelo.



comenzaba a disparar. Nos cambiamos unos cuantos disparos y de pronto vi que se levantaba un fusil con un pañuelo blanco en la punta. Era la señal de rendición. Salí corriendo y cuál no sería mi sorpresa cuando vi que el fusil era del Che. Él se había dado cuenta antes que yo de que habíamos caído en un error y se le ocurrió la idea del pañuelo para impedir que se produjesen bajas.

Y se reía Camilo y nos decía que cada vez que quería fastidiar a Ernesto le recordaba que una vez lo había hecho prisionero.

Cambiando de tema, me dijo:

—¿Usted sabe, Guevara, quién era Mujal?¹⁸

Como le respondiese que lo conocía poco, prosiguió:

—Era un vendido a los yanquis y al gobierno de Batista, siendo el máximo dirigente gremial de Cuba. ¡Si usted supiera qué ganas le tenía! ¿Y sabe lo que pasó? Precisamente yo, que no podía ni oír su nombre, tuve que defenderlo de un linchamiento.

Y nos contó que Mujal, caído Batista, se había asilado en la embajada argentina y que cuando hubo hecho todos los trámites para salir de Cuba, le dieron a Cienfuegos la misión de custodiarlo y contaba que cuando lo llevaban al aeropuerto de Rancho Boyeros para embarcarlo hacia Buenos Aires, en esos momentos hizo irrupción en el campo de aterrizaje un grupo de hombres que quisieron atacar a Mujal y matarlo.

—¡Yo tuve que actuar violentamente para defender a ese traidor! —dijo.

Por otro conducto supe posteriormente que Mujal partió en el avión. Después de una hora de vuelo el avión tuvo que volver por fallas en un motor. Mujal se vio perdido y se desplomó en su asiento porque ya nadie lo iba a amparar; pero como el avión tenía matrícula chilena, el cónsul de Chile intervino en el aeropuerto, poniéndolo bajo el amparo de su gobierno, salvándolo así de la justicia revolucionaria.

Supe también que cuando llegó a Buenos Aires lo esperaba gente de la embajada norteamericana, quien lo acompañó hasta el hotel Continental, donde entró y salió inmediatamente, después de firmar en el libro de registro. Pocas horas después, Mujal estaba instalado en un hotel de Nueva York.

Le pregunté a Cienfuegos algo sobre su vida. Quería saber cómo se había iniciado en la guerrilla.

—Muy simplemente —respondió—, yo trabajaba en la clandestinidad. En cierta oportunidad tuve que huir a los Estados Unidos y después pasar a México, en donde me conecté con la gente de Fidel Castro.

18. Gremialista cubano que actuó durante la dictadura de Batista, llegó a manejar los gremios obreros a su antojo y cuando murió dejó una fortuna de dieciocho millones de dólares.

Era un placer conversar con él. Sabía por otros jefes guerrilleros que era uno de los hombres más valientes y capaces que había tenido el ejército revolucionario.

EL COMANDANTE JUAN ALMEIDA

Conocí al comandante Almeida

Fue uno de los mejores amigos de Ernesto. Se preparó con él en México y con él desembarcó en el *Granma*. Cuando la sorpresa de Alegría de Pío, también estaba junto a Ernesto cuando éste cayó herido por una bala de ametralladora. Acompañó a Fidel en el asalto al cuartel Moncada. Tenía su larga historia revolucionaria. Se embarcó con Fidel en el *Granma* y combatió en la guerrilla continuamente hasta la victoria final. Fue uno de los primeros en ganar el grado de comandante.

Fue uno de los hombres en quien más confió Fidel Castro.

De estatura más bien baja, delgado, muy sencillo en su modo, matizaba siempre su conversación con algún dicho gracioso. No le daba nunca importancia a los hechos que otros llamarían heroicos. Le parecían sencillamente cosas cotidianas.

Estando un día conversando con él, le dije:

—Comandante, yo tengo con usted una deuda de gratitud.

Me miró extrañado y me contestó:

—¿Conmigo?

—Sí, usted le salvó la vida a mi hijo Ernesto en Alegría de Pío.

Me miró sonriente, hizo con la mano un semicírculo en el aire y respondió:

—Bah, eso no fue nada. Él me salvó la vida a mí muchas veces.

Extrañado, le pregunté:

—A ver, cuénteme cómo fue eso...

Y respondió con toda sencillez:

—Fui herido en varias ocasiones y mi médico fue el Che.

En el hotel Comodoro

El hotel Hilton me pareció demasiado lujoso para estar nosotros hospedados en él. Le pedí a Ernesto que le dijese a Fidel que nos cambiara a otra parte. Me contestó que lo haría, pero

que podía tener la seguridad de que nos mandaría a otro hotel mejor. Y así fue. Nos trasladaron al hotel Comodoro. Un precioso hotel estilo americano, para turistas «restacueros», junto al mar y con piscinas de agua salada. Era, sin duda alguna, uno de los mejores hoteles que había conocido.

Algunas veces Ernesto apareció por encima del edificio, volando bajo, pilotando un helicóptero. Ya nos habíamos acostumbrado a estas cosas suyas. Bajaba con su aparato en medio del jardín. Descendía, charlaba un rato con Celia, su madre, y después se marchaba. Esto lo hizo en varias ocasiones.

En el cuartel de La Cabaña

Estando el Che al frente del cuartel de La Cabaña, una noche fui a visitarlo, y como él no hubiera llegado, decidí esperarlo fuera. Mientras caminaba, por uno de los senderos de acceso lo vi llegar en un jeep. No bien pasó la puerta de entrada, bajó del vehículo y, enfrentándose con un muchachón armado que estaba de guardia, le sacó el fusil y con voz seca y firme lo mandó arrestar.

Yo veía la desesperación en la cara del muchacho y le pregunté por qué lo arrestaba. Me contestó:

—Viejo, aquí nadie puede dormir en la guardia, porque dormirse significa poner en peligro toda la guarnición.

Yo todavía pretendía tratar a Ernesto como si fuera aquel muchacho que se despidió de nosotros en el año 53 en Buenos Aires, pero ahora estaba demasiado compenetrado con el papel que su vida le había asignado y cuando tenía que hablar o actuar lo hacía demostrando una gran seguridad en sus decisiones.

Cuando el Che se hizo cargo del comando militar del cuartel de La Cabaña, su ex esposa Hilda Gadea viajó con su hija Hildita hacia La Habana. Sus relaciones conyugales estaban terminadas, pero mi nieta visitaba continuamente a su padre.

Llegué una vez hasta su dormitorio en el cuartel. Él estaba enfermo y con asma. La chiquita, que entonces tendría un poco más de dos años, jugaba en la misma pieza, y me emocionó recordar con qué cariño la trataba, cómo estaba pendiente de lo que hacía.

Hildita ya hablaba algo. La madre la había enseñado a decirme abuelo, y yo, un poco en broma y un poco en serio, me negaba a contestarle. A mí me tenía que decir Ernesto. Entonces ella se escondía detrás de un mueble, me miraba de reojo y me gritaba: «¡Abuelo, abuelo!», burlándose de mí.

Yo no había presenciado antes ningún encuentro de Ernes-

to con su hijita, ahora los veía juntos por primera vez. Él acababa de regresar de una lucha sin cuartel, de esas que necesariamente endurecen al hombre; pero todo su endurecimiento se desmoronaba frente a la ternura que le inspiraba la presencia de su hijita, dejando traslucir sus sentimientos.

Posteriormente he leído las cartas que Ernesto le escribía. Eran emotivas, cariñosas. En ellas se reflejaba la preocupación por la educación de su niña. Le escribía siempre que estaba fuera de Cuba y la aconsejaba respecto a los estudios.

Un capitán de diecisiete años

Continuamente visitábamos a Ernesto en La Cabaña. Llegué allí una tarde casi anocheciendo. En la puerta del cuartel se encontraba estacionado un jeep y sentado al volante vestido de uniforme un muchacho muy jovencito, casi un niño, luciendo una gran melena rubia y vestido de miliciano. Me fijé un poco más y alcancé a divisar sobre sus hombros el distintivo de capitán.

Nos pusimos a charlar, me dijo quién era. Se llamaba Rogelio Acevedo. Inmediatamente lo localicé. Conocía los hechos de guerra que había oído referentes a él. Le pregunté:

—¿Cómo ingresó usted en las filas del Che?

—Yo tenía entonces quince años y con mi hermano, que tenía catorce, nos escapamos de nuestra casa y nos largamos al monte con una escopeta vieja, buscando a los soldados rebeldes.

Saqué la cuenta. Éste que ahora era capitán tenía escasamente diecisiete años. Facciones muy finas, parecía una niña con su largo cabello rubio.

Por decirle algo, le pregunté cómo lo había pasado en la guerra.

—Yo, muy bien —me contestó.

—¿Le pasó algo malo? —le pregunté.

—A mí, nada.

—¿Nada? —insistí. (Yo sabía que lo habían herido)—. ¿Pero no lo hirieron alguna vez?

Entonces, como queriendo recordar algo ya enterrado en el pasado, me contestó:

—Ah, sí, una granada... —Y abriéndose el uniforme a la altura del pecho me mostró una serie de cicatrices.

—Y a su hermano, ¿le pasó algo?

—A él nada, tampoco.

—Pero cómo, ¿no lo hirieron?

—Ah, sí, de un balazo en la cadera.

Evidentemente no le daba importancia a estos «pequeños

detalles» de la guerra. Era uno de los tantos soldados de la invasión armada, y aunque entró siendo una criatura, se había comportado como uno de los mejores combatientes. Seguí preguntándole:

—¿Y cómo llegó al campamento del Che?

—Un guajiro me llevó hasta él. Y cuando nos vio, nos echó diciéndonos: «Aquí no quiero chiquilines.» Yo me enfrenté, llevaba una escopeta que le había sacado a mi padre y, poniéndome el caño bajo la barbilla, le dije: «Si me echas, disparo.» Al Che le hizo mucha gracia y ordenó que nos llevaran al campamento auxiliar de los «descamisados».

—¿Y esto qué era? —le pregunté.

—Allí iban los que nunca habían combatido, y de allí se sacaban hombres para la guerrilla.

Después me contó que Raúl Castro, viéndose apurado, echó mano a esta reserva que tenía Ernesto, y los dos chicos Acevedo se bautizaron como combatientes, portándose maravillosamente bien. Cuando el Che lo supo, antes que otros se los llevaran, los dos Acevedo pasaron a su campamento como ayudantes. Ellos fueron de los soldados más adictos a él. Y este con quien yo hablaba, que había llegado al grado de capitán, tenía toda la confianza de Ernesto.

Cuando en el año 1969 volví a la isla, aquel chico rubio era todo un fornido hombre. Tenía el grado de comandante y actuaba como jefe político en Camagüey. Mucho hablamos en éste y otros encuentros, pero no todo lo que hubiera querido. ¡Rogelio conocía tantos episodios de la guerra de guerrillas!

Practicando tiro

Cuando Ernesto era un niño le gustaba mucho verme tirar con revólver o pistola. Tenía muy pocos años cuando le enseñé en Alta Gracia a usar armas. Cuando fue mayor solíamos competir algunas veces.

Estando en El Pedrero, y poco antes de subir a la Sierra del Escambray, dirigiéndose a mí, dijo Ernesto:

—¿Qué tal estás, viejo, para hacer unos tiritos?

Hacía tiempo que yo lo venía provocando para una demostración de tiro. Le contesté que me encantaría hacerlo en ese momento. Yo había llegado a ser un buen tirador, pero Ernesto tenía fama de ser un tirador eximio.

Estábamos en una loma a orillas de la población; detrás había un monte y unas laderas. Elegimos como blanco un árbol.

Ernesto sacó su pistola y yo saqué la mía. Él apuntó e hizo

fuego, pero antes de que yo pudiera a mi vez disparar sobre el blanco, se oyó un estruendo en el lugar. Cientos de tiros por todas partes.

¿Qué había pasado? Los soldados se habían dado cuenta de que íbamos a probar nuestras armas, y apenas tiró su jefe hicieron fuego ellos también. Se les presentaba la ocasión de romper con la consigna establecida: nadie debía hacer uso de armas de fuego si no fuera para casos de ataque o defensa.

Vieron a su comandante que rompía la consigna y, como si se hubieran puesto todos de acuerdo, comenzaron a tirar. Aquello parecía un combate. El árbol elegido para blanco quedó acribillado. Pero mi disparo ya era inútil. No había ninguna comparación que hacer. Y me quedé sin tirar.

Esta gente estaba tan acostumbrada a batirse diariamente, que no tomaba ninguna precaución. Todos tenían armas de guerra y ahora disparaban sobre el sitio más alejado de la gente. No pensaron los soldados en esto, y al oír un tiro, después de un par de semanas de estar en paz, no pudieron contentarse y todos hicieron fuego.

Aprendiendo a volar

Ernesto había comenzado un curso de aprendizaje de vuelo. Se entrenaba en el despegue y aterrizaje de un avión, en una plazoleta que había dentro del cuartel de La Cabaña. El cuartel estaba edificado junto al mar. Los murallones que lo circundaban caían a pico sobre el agua y si el despegue o el aterrizaje fallaban por fracciones de segundo, el accidente era inevitable. Varias veces lo vi efectuar esa operación junto a su instructor y si esto hubiera sucedido mucho antes, es decir, cuando vivíamos en Buenos Aires, yo me hubiera horrorizado. Ahora estaba tan curtido, que mis pesimismoes se habían convertido en cosa indiferente. Ernesto había salido de tantos y tantos peligros, que éste que ahora presenciaba era un peligro más y nada más.

ERNESTO NOS RELATA EN EL CUARTEL DE LA CABAÑA CÓMO CAYÓ HERIDO EN EL COMBATE DE ALEGRÍA DE PÍO

Una tarde yo estaba conversando en el cuartel de La Cabaña con el capitán Alberto Castellanos, que fue uno de los hombres que acompañó a Ernesto en el trayecto desde el Jíbaro (pequeña población en la Sierra Maestra) hasta el Escambray.

Mientras Alberto Castellanos trataba de explicarme algunos detalles del combate de Alegría de Pío, donde él no había estado, Ernesto oyó nuestra conversación y se acercó a nuestra mesa y nos contó con precisión y detalle lo que había querido hacer el capitán Castellanos.

Sobre un pedazo de papel nos hizo un dibujo esquemático explicando cómo se había desarrollado el ataque de Alegría de Pío, donde él cayera herido. En este papelito que aún conservo, dibujó con unas líneas el cañaveral, la guardarraya¹⁹ y el monte. Nos relató algunos detalles que después confirmó en su libro *Relatos de la guerra revolucionaria*, escrito posteriormente.

Ellos habían llegado hasta allí después de desembarcar del *Granma* en una playa llamada Las Coloradas y atravesaron manglares y montes ralos. Los había guiado un hombre del lugar, quien una vez que hubo dejado al pequeño contingente de Fidel al pie del monte, volvió atrás y los delató al ejército.

La tropa, aún novicia para esta clase de operaciones, estaba exhausta y casi sin armamento, pues lo habían perdido en la zona pantanosa que atravesaron después del desembarco. En aquellos momentos muchos de ellos se hallaban echados en el suelo y sin botas, curándose las llagas producidas por el agua salada.

A pesar de que algunos centinelas vigilaban el campamento, la guardia rural y el ejército de Batista se acercaron impunemente hasta pocos metros de la desprevenida tropa revolucionaria.

Cerca del monte había un cañaveral dividido por una guardarraya. En ese cañaveral estaba Ernesto con algunos compañeros. Él llevaba una mochila con medicamentos y una pesada caja de acero con balas. Cuando sonó el primer tiro disparado por la gente de Batista, cayó muerto un centinela que estaba de pie sobre un tronco, e inmediatamente estalló un nutrido fuego de fusilería y ametralladoras contra la gente de Fidel.²⁰

La caja de balas la llevaba colgada del cuello y al oír los disparos quiso cruzar la guardarraya que dividía el cañaveral y al dar el salto en el aire, fue alcanzado por una bala de ametralladora que le hizo pedazos la caja y el rebote se le incrustó en el cuello.

Ernesto cayó de bruces sobre el camino y las balas seguían pasando sobre su cabeza.

Me contó Ernesto que Almeida llegó hasta él y quiso levantarlo tomándolo por debajo de los brazos. Él le gritó:

19. Se llama guardarraya a un camino que separa parcelas de un cañaveral, o dos campos de caña.

20. Se ha escrito mucho sobre la determinación de Ernesto que en ese momento, teniendo un botiquín médico y una caja de balas decidió salvar primero la caja de balas.

«Déjame, que me han muerto.» Pero Almeida lo arrastró y, ayudado por Ramiro Valdés lo llevaron a la otra parte del cañaveral. En aquel momento ese sitio era un infierno; los ametrallaban desde el aire y desde tierra y las bombas de napalm ya habían comenzado a incendiar los cañaverales. Ernesto era llevado prácticamente en vilo por Almeida y por Valdés. Recuerdo con precisión que me dijo: «Yo les pedía que me mirasen la herida, pero ellos seguían corriendo llevándome a rastras. Como no lo hicieron abrí mi camisa, buscando la perforación y ¿sabés viejo?, cuando me di cuenta de que no tenía perforación alguna en el pecho y sí sólo una herida superficial en el cuello por donde manaba sangre, me salieron alas en los pies y comencé a correr junto a ellos. El golpe de la bala sobre la caja había sido tan fuerte que me dejó sin respiración, pero ayudado por mis amigos, conseguí escapar del incendio e internarme con ellos en el monte.»

Mientras Ernesto conversaba con nosotros nos contó algunos detalles de la odisea del pequeño grupo que se formó con los restos de los ochenta y dos hombres que invadieron la isla.

Relato aquí algunos de estos detalles, porque en su libro él los omitió.

Nos contó un episodio relacionado con el aparatito inhalador que usaba para el asma.

Su grupo andaba escapando por la costa y allí no había agua potable. En las oquedades de las piedras y en los «dientes de perro», quedaba una ínfima cantidad de agua proveniente del rocío. Con el inhalador chupaban estas pequeñas cantidades y las vaciaban en una media tacita rota que conservaban. Racionada esta pequeña cantidad de agua, les permitió caminar hasta alcanzar el punto donde esperaban encontrarse con algunos compañeros.

Durante varios días caminaron por la costa escondiéndose de día bajo las rocas y andando de noche. La pequeña tropa caminaba desesperada por el hambre y la sed; comían cangrejos crudos que mitigaban un tanto su apetito, pero les daba más deseos de beber agua dulce. Ernesto vio cerca de la playa un bohío y decidió correr el riesgo de llegar hasta él. Un hombre estaba parado frente a su casa y resultó ser un adventista, quien lo recibió muy bien y protegió a todo el grupo. Según Ernesto, ese adventista posteriormente le dijo que él ya los había visto y que le había asegurado a su mujer: «Allí hay unos hermanos que me necesitan.»

Este adventista permitió con su ayuda que el grupo encabezado por Almeida y que lo constituían Ramiro Valdés, Chao, Benítez, y Ernesto, pudiera llegar hasta donde Fidel Castro se encontraba.

Cuando llegué a Cuba en el año 1959 traté de conocer todos estos parajes, pero me fue imposible. En el año 1969 volví y tuve entonces oportunidad de visitarlos. Conocí Alegría de Pío.

Allí todo era distinto, incluso el cañaveral ya no existía y en su lugar sólo había terrenos arados y con algunas malezas. Me costó mucho trabajo identificar los sitios. No iba conmigo ningún testigo ocular de aquellos hechos y los pobladores se habían marchado a otro lado y alguno que encontré, poco o nada hablaba. Un montón de cruces indicaba el desastre. En ellas había inscripciones al pie recordando la triste derrota de Alegría de Pío.

Traje una cápsula de bala explotada, pensando que pudiera ser alguna de las que llevaba Ernesto en su caja de acero.

UN RELATO DEL CHE EN EL CUARTEL DE LA CABAÑA

Estando en el cuartel de La Cabaña, donde él era jefe en el año 1959, me contó, hablando en general de los episodios de la guerra, muchos relatos concernientes a ella. Le pregunté:

—Decime, Ernesto, ¿cuál fue el momento en que te viste más en peligro durante la invasión a Cuba?

Me miró sonriendo y me dijo:

—Cuando vi más cerca de mí la muerte fue en Oriente en una loma de la Sierra Maestra; yo estaba al frente de una guerrilla y hostilizaba al comandante Sánchez Mosquera. Vos sabés que éste fue uno de los hombres más feroces de aquellos que estaban al servicio del ejército de Batista. Cumpliendo una misión de atacar y retirarme, cuando quise hacerlo, un tremendo ataque de asma me volteó. Viendo que no podía correr, me tiré al suelo y ordené a mi gente que se dispersase y me dejaran solo. Tuve que repetir la orden porque nadie quería moverse, pero al fin lo hicieron. Uno de ellos, un muchacho joven, se escondió muy cerca de donde yo estaba y sin que yo supiera esperó para ayudarme. Pasaron las horas, el chico se hizo presente, yo lo reté, pero ya no lo podía mandar de nuevo al campamento porque me daba cuenta de que las tropas de Sánchez Mosquera estaban batiendo el cerro por todos los costados, con la esperanza de hallarme. Nunca supe cómo lo supieron, pero en el frente enemigo ya se conocía el hecho de que no hubiese regresado al campamento.

»Sin hacer el menor ruido, junto con mi compañero, nos quedamos escuchando como la gente de Batista revisaba palmo a palmo todo el monte y así pasaron las horas y también un par de días. Yo tenía un ataque tan fuerte de asma que creí entonces morir víctima de éste. Se me había acabado el calmante que echaba en mi vaporizador y estaba prácticamente a merced del ataque asmático.

»Bueno —me dijo después—, en ese instante creí que no volvía más al campamento, pero no por causa de las balas enemigas, sino porque el asma acabaría conmigo, pero afortunadamente aquella fue aflojando y algunas horas después, ayudado por mi acompañante, con toda precaución, pude retirarme hasta lograr salir del cerco y llegar al campamento donde me esperaban.

VISITA A SANTA CLARA Y EL ESCAMBRAY

Una mañana salimos rumbo a Santa Clara toda la familia, con la intención de seguir hasta la Sierra del Escambray. Era un viaje aproximadamente de trescientos kilómetros. Santa Clara se había hecho célebre por haber sido el último bastión de la resistencia del gobierno. Y allí se libró dura batalla.

Viajábamos en varios automóviles. En el primero, que era de la comandancia, viajaba yo y a mi lado Ernesto, con el chófer. Estaba cansado, con seguridad que habría dormido muy poco la noche anterior. A los pocos minutos de andar recostó su cabeza sobre mi hombro y se durmió. Seguimos así hasta llegar cerca de la ciudad de Santa Clara, donde hicimos una parada frente a un río llamado Falcón. Nos bajamos del automóvil para observar un gran puente de hierro semi-hundido en su lecho. Ernesto nos lo explicó: ese puente lo mandó derribar él. Un ingeniero con soplete oxídrico fue cortando los puntos principales de apoyo de la armadura. El ingeniero le dijo, refiriéndose al puente, que estaba sostenido sólo por un bulón y que con un pequeño golpe se derrumbaría; y así fue, dándole una patada, toda su armazón se vino abajo,

Proseguimos el viaje y a poco andar llegamos a la ciudad de Santa Clara, donde Ernesto nos condujo hasta la casa de su prometida, Aleida March, que había sido su secretaria en el Escambray. Ella ingresó en el ejército rebelde, porque trabajando en la resistencia en su ciudad natal había sido identificada y localizada por los servicios de inteligencia y le quedaban sólo dos caminos: o internarse en la montaña con los rebeldes o ir a la cárcel, lo que suponía torturas y posiblemente la muerte.

La casa de los March era una gran casona, con su fachada pintada de color, como la mayoría de las casas de aquella ciudad. Nos recibieron en un ambiente de gran camaradería y sinceridad y luego salimos a recorrer los alrededores. Calles desiguales en su trazado, casas en su mayoría bajas. El conjunto tenía una gracia y un color desconocidos en la Argen-

tina. Acostumbran en las ciudades y pueblos de Cuba a pintar las fachadas con los más diversos colores.

La ciudad es bastante grande y sólo en su parte central ostenta una edificación importante. En la periferia las casas son chatas y mientras más se apartan del centro más pobres son las viviendas, pero en su conjunto, más alegres y simpáticas. Como ciudad vieja, abunda allí la teja española cubriendo vencidos techos que el tiempo ha ido deteriorando.

Rumbo al Escambray

En el auto de la comandancia, conduciendo Ernesto, seguimos viaje rumbo al Escambray y fuimos atravesando poblaciones quemadas y ametralladas por la aviación y edificios destrozados por las bombas. Observamos sobre un camino un tanque Sherman norteamericano, completamente quemado. Allí nos explicó Ernesto cómo hacía el ejército rebelde para parar los tanques. Colocaban en los caminos por donde debían pasar una serie de rollizos de palmeras formando una pirámide. Cuando los tanques llegaban, al querer cruzar esa barrera piramidal, la tracción oruga comenzaba a girar junto con los troncos. Y cuanto más intentaba el tanque trepar, con más rapidez las palmeras giraban y le impedían hacerlo. Esto le daba tiempo para que algún soldado antitanque, por medio de una bomba molotov, le prendiera fuego. Nos dijo también que los tanques del ejército batistiano habían fracasado en esa guerra.

Seguimos hacia El Pedrero, localidad donde se combatió. Era casi de noche. Decidimos dormir allí para continuar a la mañana siguiente hasta la comandancia del Frente Sur de Las Villas, en plena Sierra del Escambray. Comimos en un galpón junto con oficiales y soldados. Ernesto estaba cansado y se tiró sobre un catre durmiéndose en el acto. Mi hijo Juan Martín, quien entonces tenía catorce años, orgulloso por estar al lado de su hermano, ocupó el catre contiguo.

Yo me quedé conversando con la gente que estaba de guardia. Ernesto dormía y pasaban las horas. Me daba cuenta que el catre que ocupaba Juan Martín impedía dormir a algún oficial. Decidí mandarlo junto a su madre y su hermano, que dormían en una casa cercana.

Eran más de las doce de la noche. Le pedí al novio de mi hija Celia, Luis Rodríguez Argañarez, que llevase al chico a la casa. Juan Martín se levantó semidormido y salió como sonámbulo detrás de Luis. Unos minutos después volvió éste desafortado. «¡Se me perdió Juan Martín!», gritaba. Se le había perdido en la oscuridad en un terreno de sesenta metros.

Se armó un alboroto. Pero, ¿cómo era posible perder al chico en tan poco trecho? La explicación vino después. Mientras Luis lo acompañaba pasó a su lado una columna de soldados y Juan Martín se unió a ellos.

Ernesto se levantó y comenzó la investigación. El primero que dio detalles fue un muchacho miliciano que estaba al frente de una pequeña proveeduría. Dijo que la columna que venía de los cerros llegó allí, donde se les suministró a cada uno de los integrantes su correspondiente tarro de leche y su paquete de cigarrillos y recordaba que le llamó la atención un chiquillo vestido de civil, a quien también le entregara un tarro y los cigarrillos.

Ernesto inmediatamente ordenó a un sargento que fuese a averiguar dónde había acampado esa columna y a los veinte minutos volvía Juan Martín, en el asiento delantero de un jeep, aún medio dormido, apretando entre sus manos el paquete de cigarrillos. La leche se la había tomado.

Yo lo retaba y le preguntaba cómo no se había dado cuenta de lo que hacía, y me contestó, estando aún medio dormido:

«Vi unos soldados a mi lado y los seguí. Se acercaron donde les daban leche y a mí también me dieron. Entonces fui con ellos hasta llegar a un galpón, donde, viendo que éstos preparaban sus camas, me acosté en el suelo y seguí durmiendo.»

Este episodio, que nos hizo mucha gracia, todavía hoy se comenta en nuestra familia.

La comandancia

A la mañana siguiente partíamos rumbo a la comandancia del Escambray. El Che se volvía a La Habana para cumplir con sus otras ocupaciones.

Nos había preparado un equipo de caballos para subir las sierras. Éstos eran demasiado flacos y con muy mala pinta. Cuando fui a subir al que me correspondía, pegó una espantada y quiso sentarse. Entre los soldados se armó un revuelo y no me querían dejar montar al animal, tenían miedo de que me voltease. Me enojé y les dije que en mi país todo el mundo sabe andar a caballo y que nosotros habíamos aprendido a hacerlo al mismo tiempo que a caminar; pero ellos insistían en que eran animales peligrosos. En ese momento llegó un viejo capitán de barba blanca y dijo secamente: «Si el Che les ha dicho que ensillen estos caballos, él sabe lo que hace.»

El pobre mancarrón no era precisamente un potro. Momentos después estábamos todos en marcha hacia la comandancia. Por primera vez conocía las sierras de Cuba. Las del Escambray no eran muy altas. Íbamos trepando por caminos de

herradura, muy sinuosos y en algunas partes escarpados. La vegetación que vimos durante la primera jornada no era muy alta. Llegamos a un apeadero, dejamos que descansaran las bestias y luego seguimos viaje.

Ahora el sendero continuaba entre una vegetación mucho más espesa. Árboles grandes con muchas lianas y troncos musgosos se ofrecían a nuestra vista. Esta era ya la manigua cubana.

Había comenzado a caer sobre la sierra una ligerísima llovizna. Después de varias horas de trepar, llegamos a la parte más alta. La lluvia desdibujaba los perfiles de los cerros y nos iba calando. Marchábamos en fila india y así llegamos hasta una loma a cuyo pie estaba instalado el campamento. La bajada se hizo bastante difícil, porque las piedras estaban muy mojadas y los caballos resbalaban continuamente tendiendo a caerse. Esto para nosotros no era mayor problema y llegamos perfectamente al lugar donde estuvo la comandancia del Frente Sur de Las Villas.

Se trataba de una construcción central de madera; la podíamos tildar de «rancho», con techo de paja y con algunas comodidades dentro. Lo demás eran tinglados y en alguna que otra parte, paredes construidas con rajas de palma. Nos llamaba la atención unas trincheras hechas con piedras y madera. Estas trincheras servían para defenderse de los ataques aéreos, aunque era muy difícil para los aviones localizar estas pequeñas poblaciones porque estaban perdidas entre la espesura del monte.

En este lugar Ernesto había formado el ejército que después salió para tomar una serie de poblaciones y terminar con la ocupación de la ciudad de Santa Clara.

En la cima de un cerrillo próximo, nos dijeron que estaba ubicada la planta emisora rebelde.

Uno de los compartimentos más importantes de la comandancia era la tabaquería. Es sabido que los soldados cubanos son grandes combatientes, pero que no les debe faltar el buen tabaco.

Estábamos en un recinto que había sido el salón principal de la comandancia. Me llamó la atención un teléfono y pregunté a uno de los soldados que nos acompañaba, adónde comunicaba. Me contestó que comunicaba con la emisora rebelde, pero que allí no había nadie. Descolgué el tubo, hice girar la manecilla de llamada y cuál no sería mi sorpresa cuando del otro lado me contestaron con una voz típicamente cubana.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—¿Y tú quién eres? —me contestaron.

—Soy el padre del Che —le respondí.

—¿El padre del Che? ¡Yo te voy a dar! —me espetaron.

Y cortaron la comunicación.

Los dos soldados que nos acompañaban se alarmaron. Pero ¿cómo?, si allí en estos momentos no podía haber nadie. trataron de comunicarse nuevamente, pero ya nadie contestó.

Comencé a preocuparme. ¿Quiénes estarían del otro lado? Si fuera gente contrarrevolucionaria nos podían cazar fácilmente, porque nosotros sólo llevábamos dos soldados de escolta y nuestras armas no eran más que pistolas. Hubiera sido un golpe magnífico para los contrarios tomar prisioneros al padre, la madre y dos hermanos del Che.

Mientras los soldados conversaban entre ellos y agazapándose entre los árboles fueron a averiguar de qué se trataba, yo hice entrar a mi familia en una cueva protegida a modo de trinchera y junto con Luis, mi futuro yerno, decidimos defender la entrada a tiros si se presentaba gente extraña.

A la media hora regresaron sonrientes nuestros dos soldados. Contaron que cuando subieron a la planta encontraron a un grupo de milicianos que habían ido a desarmar el motor y el transmisor y que cuando hablamos por teléfono creyeron que un contingente contrarrevolucionario los atacaría y se estaban preparando para la defensa. Era una equivocación de las dos partes.

Lo cierto es que estuve bastante alarmado. Cuba era un país donde acababa de triunfar una revolución, pero donde podía haber gente contrarrevolucionaria armada.

Posteriormente los hechos me dieron la razón. Allí mismo, en esa misma zona, se mantuvieron muchos meses gente alzada en contra del gobierno de Fidel Castro, logrando esconderse gracias a la espesura de los montes.

Pocos minutos después, volvimos con nuestras cabalgaduras rumbo a El Pedrero. Debíamos andar otras cinco horas para llegar hasta allí. Celia no aguantó tanto tiempo sobre el caballo y al final iba sobre él como una bolsa. Tuve que bajarla entumecida y siguió a pie, caminando como dos horas más. Allí nos esperaban los automóviles e inmediatamente salimos rumbo a Santa Clara, donde Ernesto nos estaba aguardando.

Cuando su madre le contó el episodio de la charla por teléfono con los presuntos batistianos, él se reía a carcajadas. Entonces se le unieron Celia madre y Celia hija, burlándose de mí. Yo les contestaba que no sabía cómo ellos podían estar tan seguros que allí no había gente contraria. Y como he dicho antes fue precisamente en este lugar donde se mantuvo oculta gente contrarrevolucionaria.

Viaje frustrado

Cuando llegamos a La Habana llevábamos poco dinero. El viaje fue apresurado y sólo teníamos escasos dólares.

Nos habían puesto un automóvil a nuestra disposición con un soldado que hacía de chófer, pero Ernesto había dado orden terminante de que la gasolina la pagáramos nosotros y no el gobierno. La gasolina costaba muy cara y se pagaba en dólares. Saqué la cuenta y llegué a la conclusión de que no íbamos a poder estar mucho tiempo usando ese «carro».

Yo tenía interés en conocer toda la isla y, especialmente, en hacer el mismo recorrido que había hecho el ejército revolucionario desde su desembarco en Las Coloradas. Quería pasar por Pilón, La Plata, Uvero e internarme en la sierra y conocer todos los lugares donde se habían desarrollado combates. A Ernesto la idea le pareció magnífica y me expresó: «Pongo un jeep a tu disposición, con un soldado que ya hizo todo ese recorrido, pero eso sí, tenés que pagarte la gasolina y la comida.» Para mí esto era imposible y tuve que dejar pasar esa oportunidad.

Sólo diez años después, en 1969, cuando viajé nuevamente a la isla hice todo ese recorrido, en jeep, en avión, a caballo, en mula y a pie. Pero habían pasado ya muchos años y era muy difícil reconstruir los sucesos. La mayoría de los pobladores ya no estaban allí, y los que quedaban, poco querían hablar de ello. Y de lo que fueran construcciones para viviendas y cuarteles, poco era lo que quedaba en pie.

Disciplina

Una tarde me encontraba en La Cabaña y a pie. Tenía necesidad de entrevistarme con una persona en un lugar apartado de La Habana. Le pedí a Ernesto que me hiciera llevar con alguien. Un comandante que en esos momentos hablaba con él me ofreció su «carro». Yo acepté y salí con un teniente que lo conducía hacia el sitio donde debía encontrarme con la persona aludida.

El teniente, un muchacho joven que había hecho la guerra, no era natural de La Habana, de manera que andábamos dando vueltas buscando la casa donde tenía que ir.

Estábamos en los extramuros de la ciudad, con calles sin afirmar y sólo había una que otra casa en cada manzana. El

teniente, mirando el plano, me dijo que tendríamos que volver atrás, porque se había equivocado.

—Y bueno, dé vuelta hacia atrás con el coche —le dije.

—No, no puedo hacer eso —me respondió.

—¿Y por qué no?

—Porque allí hay una flecha que indica la dirección; no podemos andar de contramano.

Y yo le contesté como lo hubiera hecho cualquier argentino:

—¿Y qué diablos importa la señal, si aquí no hay un alma?

El teniente se puso muy serio. Me miró sorprendido.

—No, esto sería una infracción. Yo soy un funcionario del gobierno y no puedo hacer lo que está penado por la ley.

Me quedé perplejo. Si estos muchachos que acababan de ganar una revolución asimilaban así la disciplina que les imponía el ejército y el gobierno de Cuba, ¡muy lejos habían de llegar ellos y el gobierno!

Ernesto dirige la palabra a los obreros

Una tarde asistía a una conferencia anunciada en un local obrero, donde haría uso de la palabra el comandante Che Guevara. El local estaba atestado de gente, la mayoría vestidos de uniforme y otros con ropas de obreros.

Nunca había oído hablar a Ernesto en público. Él no sabía que yo estaba. Habló cerca de dos horas expresando sus ideas con claridad y exactitud, y en un tono de voz mesurado. No usó la mímica ni el ademán y con las manos apoyadas sobre el pupitre habló como si lo hubiese estado haciendo consigo mismo. Hizo un análisis profundo de los principios de la revolución cubana.

Ya Ernesto se perfilaba como un estadista.

Radio

He dicho en otro lugar que nuestro grupo en Buenos Aires había montado una poderosa estación transmisora de radio, para poder comunicarnos en onda corta con Cuba.

Aproveché mi estancia en La Habana y busqué alguien que tuviera allí un transmisor para poder comunicarme con mis amigos y pronto lo conseguí.

Una tarde estuve hablando desde La Habana con la Argentina sin ninguna dificultad. Los radioaficionados que colaboraron con el 26 de Julio en Buenos Aires me escuchaban perfec-

tamente. Me interesaba este ensayo para poder comunicarme más adelante con facilidad con la isla.

Esa noche, cuando me encontré con mi hijo, me dijo:

—Viejo, vos sos muy imprudente. Te metés en cualquier lugar. Has estado hablando por onda corta con Buenos Aires, en la casa de un radioaficionado que es un hombre contrario a la revolución.

Yo le expliqué que no podía conocer a toda Cuba, que la conversación sostenida ese día era algo intrascendente, sin interés político. La podía oír cualquiera.

Era evidente que ya los servicios de información del incipiente gobierno revolucionario estaban funcionando.

La casa de Batista

Antes de regresar a Buenos Aires, Ernesto me dio una orden para que se nos permitiese visitar la mansión de Batista. Quería saber cómo vivía ese déspota. Pude ver que lo hacía con un lujo asiático, el cual desbordaba desde el portón de entrada hasta los interiores. Todo era impecable, aunque de discutible gusto; pero lujosísimo. Saltaba a la vista la mano de asesores artísticos en la elección de muebles y cuadros. La vajilla era impresionante. Cuando llegamos allí hacía muy pocos días que Batista había huido de Cuba. Ahora sus salones estaban vacíos y una guardia militar cuidaba todo aquello que ya eran bienes del Estado.

Clima tenso

Habíamos llegado a Cuba en un momento inolvidable para nuestra familia, no solamente porque acababa de triunfar una revolución deponiendo a uno de los más sanguinarios déspotas del mundo, sino porque después de seis años de separación y de angustias, volvíamos a encontrarnos con un ser querido.

Nuestro mayor interés era poder estar todo el tiempo posible junto a Ernesto. ¡Teníamos tantas cosas que contarle y tantas cosas tenía él que decirnos! Hubiésemos deseado disponer de mucho más tiempo para estar juntos, pero toda la familia debía regresar en breve plazo a Buenos Aires.

Así pues, nuestra estancia en Cuba nos resultó muy corta. Los momentos libres en que no veíamos a Ernesto, los dedicábamos a visitar la ciudad de La Habana y sus alrededores.

Llegamos a la isla cuando acababa de producirse una verdadera eclosión. Después de muchos años de terror, la población cubana se veía libre del tirano y de sus consecuencias funestas. El pueblo se hallaba poseído de una euforia increíble. La revolución era suya y ahora empezaba una nueva era para la clase oprimida.

Por otra parte, una pequeña oligarquía opresora que gozó de todos los privilegios, acababa de ser liquidada y muchos de ellos temían horrorizados la mano de la justicia revolucionaria.

Todos los días se fusilaba a asesinos a sueldo de la policía de Batista, o a algún componente del ejército que cometió delitos que se pagaban con la vida. Los periódicos venían cargados de noticias con los descubrimientos de centenares de cadáveres que se desenterraban a diario. Eran víctimas de la represión del gobierno batistiano.

Cuando se llega a la culminación de una guerra revolucionaria con las armas en la mano, es difícil aplacar la ira popular. Un clima de odio imperaba en Cuba.

Hubiera deseado conocer bien a fondo el territorio cubano, pero para esto hubiera tenido que disponer de mayor tiempo. Lo que entonces vi fue una nación convulsionada y, por consiguiente, con los ánimos exaltados; se sentía en el ambiente una intranquilidad, un nerviosismo, un estado de tensión que rompía toda calma.

Era aquélla una época muy difícil para Cuba. Quedamos impresionados por la calidad de este gran pueblo cubano, que en aquellos momentos festejaba el término de un largo período de opresión.

LA PARTIDA

Cuando llegué a La Habana le mostré a Ernesto el reloj de pulsera que tenía en la muñeca.

—¿Te acuerdas? —le dije.

—Sí —me contestó—, el reloj de abuelita y me lo vas a regalar.

El quería mucho a su abuela. Ella tenía un viejo reloj de oro; en su tapa delantera llevaba una circunferencia que permitía ver el círculo horario. Era un reloj de los que usaban las señoras hacía setenta años. En la contratapa tenía sus iniciales. Lo llevaba siempre pendiente de una cadenita. El reloj era precioso. Cuando murió mi madre, mi familia me lo regaló y yo hice de él un reloj de pulsera.

—Cuando me vaya —le dije— te lo dejo.

Había llegado la hora de la partida. Mis ocupaciones en Buenos Aires me llamaban. De repente decidí el viaje. Le avisé telefónicamente a Ernesto que me embarcaba esa noche. Fue a despedirme al aeródromo en compañía de Raúl Castro. Allí estuvimos hablando de cosas banales, como suele suceder cuando uno tiene que despedirse de alguien que quiere y que no sabe si volverá a ver.

La revolución había triunfado, pero la lucha seguramente que no había terminado. Si bien ya no se combatía con tropas regulares, yo sabía que la isla no estaba pacificada y además pensaba preocupado que estos dirigentes cubanos eran muy descuidados. Se mezclaban entre la muchedumbre cuidándose poco o nada.

Ernesto detestaba la escolta y siempre que podía se les escapaba. Los propios escoltas me lo contaron. Pero era muy difícil llevarle la contra. Cuando quería andar solo, los dejaba atrás. Pero teniendo en cuenta que la revolución iba a perjudicar grandes intereses de cubanos y extranjeros, había que pensar que también aquellos intereses buscarían el medio de perpetuarse. Y el medio más fácil era la eliminación de los jefes de la revolución.

Habíamos estado un mes en Cuba. ¡Habíamos visto tantas cosas distintas! Y habíamos pasado por bellísimos lugares y captado el desbordamiento de un pueblo que se sentía liberado. Nosotros, en aquellos pocos días nos habíamos contagiado de esa euforia del pueblo cubano. También a nosotros, al principio, nos parecía fácil el camino que tenían por delante los revolucionarios. Pero, meditando nuevamente sobre este tema, se llegaba a la conclusión de que la lucha con las armas en la mano iba a convertirse ahora en una ardua lucha sin tregua y de todo orden para poder lograr su independencia aquella pequeña República que estuvo hasta ayer dominada política y económicamente por el gran coloso norteamericano, del cual la separaban ochenta millas.

En el aeródromo de Rancho Boyeros una gran cantidad de gente esperaba la salida de los aviones. Era un público internacional. Alguien que estaba entre ellos comenzó a mirar a Ernesto y descubriendo quién era con paso rápido se acercó a él y preguntó:

—¿El comandante Che Guevara?

Ernesto asintió con la cabeza, y el desconocido dijo en perfecto lenguaje porteño:

—Permítame, comandante, que un compatriota le estreche la mano.

Ernesto sonrió sin decir palabra y alargó su mano.

Nos interesaba mucho que nos hablase de Ernesto. Gutiérrez había estado con el Che en la Sierra y se había franqueado con él. Nos contó cómo lo veía el ejército guerrillero y el pueblo. El lo veía como un bohemio enamorado de los libros, cabalgando en su mulo «Martín Fierro».



Por supuesto que en la conversación salió a relucir su inseparable mate y su termo de agua caliente que siempre llevaba consigo para poder «cebarse unos amargos». (El Che con el periodista Carlos María Gutierrez)



Nuestro compatriota buscó una libreta en sus bolsillos y sacándola la ofreció a Ernesto diciéndole:

—Por favor, ¿me firma un autógrafo?

Ernesto, mientras se volvía dándole la espalda le contestó:

—No soy artista de cinematógrafo.

Ahora estaba frente a Ernesto y debía despedirme.

—Aquí tienes el reloj de tu abuela —le dije, y me lo quitó dándoselo.

Tomó mi reloj y sacándose de la muñeca el suyo, me lo entregó y me dijo:

—Guárdalo como recuerdo, este reloj me lo dio Fidel Castro, el día que me nombró comandante, después de un combate.

Lo coloqué en mi muñeca. Nunca me he separado de él.

Pocos minutos después, empezaba el avión a corretear sobre la pista de Rancho Boyeros y en breves segundos, de La Habana sólo quedaba un montoncito de luces titilando allá abajo.

Me iba muy triste. Había llegado eufórico y contento y ahora comprendía que la separación con Ernesto debía ser larga. Yo tenía mi trabajo en Buenos Aires y Ernesto sus obligaciones aquí.

Unos instantes más y habíamos dejado Cuba envuelta en la oscuridad.

En Buenos Aires

De nuevo en nuestra tierra —ya un tanto desvaídas las impresiones que me sacudieron— trataba de ordenar mis pensamientos. Había presenciado tantas cosas increíbles que me parecía haberlas soñado.

Ahora se agolpaba en mi recuerdo todo lo vivido en Cuba. Pasaban en desordenada procesión, lentamente:

Luces que hieren los ojos; bocas que ríen y besan; ojos que lloran; gritos de alegría; cuerpos que se contorsionan al compás de música africana; marchas desacompañadas; uniformes gastados y sucios; ropaje de todos los colores; caras tostadas por el sol; caras negras; caras cetrinas; rostros en donde aún no se ha borrado el rictus de odio; pechos hinchidos de coraje; dientes apretados; dedos que aún se arquean sobre el gatillo; muchedumbre que se abraza con frenesí; miradas de miedo; barbas y más barbas; fusiles y más fusiles; cartelones y banderas llevadas en alto; mechales revoleadas al aire por nervudos brazos; y entre el humo de los tabacos y los vapores

de ron, va pasando el júbilo de la increíble victoria exaltado por aquel revoltijo humano, ebrio de entusiasmo.

Y sigo navegando con la imaginación y veo en juicios públicos a criminales de la dictadura, entre los ensordecedores gritos de miles de espectadores, y veo multitudes con teas encendidas rindiendo homenaje al apóstol José Martí, y veo al presidente Urrutia en su palacio y a solemnes magistrados imbuidos de importancia junto a rústicos milicianos que aprietan con manos rudas el fusil que les ha dado la victoria, y veo a Fidel Castro, a Raúl, a Camilo y a tantos otros comandantes llevando cada uno su tremenda historia de heroísmo, al frente de un desarrapado ejército de suicidas; mientras que la muerte acecha detrás de los paredones y toda una generación aplastada por las dictaduras pone sus mejores esperanzas en esta revolución que va barriendo con lo viejo cargado de miserias.

Y todo esto, y aquello y lo de más allá fue tan rápido y caló tanto en mí, que me impidió aislarme de aquel fárrago para poder analizar todo lo que veía y sentía.

Cuba quedaba allá lejos, girando en un torbellino, y en el vértice de este torbellino estaba Ernesto junto a sus compañeros de lucha.

Comprendía que el peligro que representaba la guerra revolucionaria había pasado, pero otro peligro se cernía sobre Cuba y sus habitantes: la reacción de los Estados Unidos de América, que poseía cuantiosos intereses en ella.

Segunda parte

Aquel niño asmático y mal desarrollado que todos los días en la lejana Alta Gracia trataba merced a su fuerza de voluntad de cumplir con sus deberes escolares, parecía imposible que fuera este mismo hombre que desafiando los obstáculos que tenía por delante con ímpetu inigualable estaba hoy ocupando la primera plana de los principales diarios del mundo.

Me propuse analizar su vida y fui recordando su infancia, su niñez, su pubertad..., sus estudios primarios, secundarios..., sus correrías por los cerros de Alta Gracia, sus deportes favoritos..., sus viajes en bicicleta y motocicleta por toda la Argentina y por América: y pasé revista a sus trabajos..., sus amistades..., y analicé todas las cartas escritas a nuestra familia en donde se reflejaba su desarrollo económico político-social.

Las siguientes páginas son el resultado de ese lento trabajo que me propuse hacer.

INFLUENCIAS SOBRE ERNESTO

Mis antepasados

Durante la dictadura del general Juan Manuel de Rosas (1829-1852) muchos argentinos se expatriaron huyendo del ambiente que imperaba en esa época.

Mis abuelos fueron emigrados políticos. Mi madre, que adoraba a mi hijo Ernesto y con quien se deleitaba conversando, le contaba episodios de su vida en California —Estados Unidos— donde ella nació y vivió hasta los doce años. Le hablaba de su padre, Francisco Lynch, quien tuvo que huir desde

su estancia en Baradero, provincia de Buenos Aires, hacia la Banda Oriental del Uruguay, acompañado por varios de sus familiares. No había aceptado pertenecer al ejército de Rosas y eso equivalía a la autocondena a muerte. Se embarcó en Montevideo y pasando por el estrecho de Magallanes llegó a Chile y desde allí, al Perú, donde enfermó de cólera.

Del Perú emprendió viaje al Ecuador donde contrajo viruela. De allí siguió adelante pasando mil peripecias hasta llegar a California, donde se radicó en la naciente ciudad de San Francisco. Allí se casó con una niña de diecinueve años, Eloísa Ortiz, que había quedado viuda con un hijo, y de este nuevo matrimonio nacieron mi madre y sus hermanos.

Por su parte, mi abuelo paterno Juan Antonio Guevara, nacido en la ciudad de Mendoza (República Argentina), por sus ideas políticas se vio precisado a emigrar del país. Cruzó la cordillera de los Andes y se estableció en Chile —por un tiempo— y luego formó con algunos de sus hermanos y varios compatriotas una expedición a los «Placeres de California»¹ lugar donde fueron muchos «mendocinos» y «sanjuaninos»² todos ellos exiliados políticos. Mis abuelos, podría decirse que anduvieron errantes por defender posiciones políticas y creo que esto tuvo notable influencia en la mente del niño Ernesto, el oír hablar de mis abuelos, que en su juventud tuvieron que dejar sus hogares y ganarse la vida fuera del país.

Francisco Lynch, mi abuelo materno, estuvo exiliado más de treinta años e hizo una fortuna trabajando en San Francisco de California, volviendo a su patria una vez que hubo caído el gobierno del general Rosas.

Don Juan Antonio Guevara (mi otro abuelo) era descendiente de los fundadores de la ciudad de Mendoza, correspondiendo su generación a la novena nacida en la Argentina. Sus antepasados más próximos eran chilenos.

Tenía Juan Antonio Guevara veinticinco años cuando llegó a Chile la alucinación del oro californiano. Partió con unos hermanos y varios compatriotas hacia el norte y después de muchas penurias arribaron al sur de México y como iban sin dinero compraron potros en vez de caballos para seguir montados hasta California. Hicieron una magnífica demostración de doma y equitación.

Los «Placeres de California» se trocaron en un rotundo

1. Yacimientos auríferos. El descubrimiento de grandes yacimientos de oro en California, región que fuera mexicana y posteriormente anexionada a sus dominios por los Estados Unidos de América, después de una cruenta, injusta y despareja guerra, alucinó a miles de hombres que se embarcaron en diversas partes del mundo, en busca de aquellas fortunas que parecían poder hacerse de la noche a la mañana.

La historia bautizó con el nombre de «la fiebre del oro» a esta invasión humana que se trasladó a los célebres «Placeres de California», donde pocos consiguieron hacer dinero.

2. Se llama mendocinos a los nacidos en la provincia argentina de Mendoza, y sanjuaninos a los de San Juan.

fracaso. Después del desencanto del oro, mi abuelo se estableció en aquella región donde se casó con doña Concepción Castro Peralta, descendiente de ilustres españoles-mexicanos. Una vez pacificada la Argentina, junto con su esposa e hijos nacidos en California —entre ellos mi padre Roberto Guevara— volvió a su patria.

Mi padre cursó el bachillerato en San Juan —provincia argentina muy cerca de Mendoza—, estudió ingeniería civil en Buenos Aires y se graduó de ingeniero geógrafo en Córdoba. Efectuó grandes mensuras en el país. Marcó el límite entre la provincia de Santiago del Estero y la Gobernación del Chaco en el año 1898, trabajo que duró dos años. Para defenderlo del ataque de los indios lo acompañaba un piquete militar: el Seis de Caballería. Esta mensura fue muy difícil, porque partiendo del aerolito del Campo del Cielo³ en el Chaco,⁴ debían llegar con una línea marcada astronómicamente hasta el cerro de Orán en Salta. En aquel entonces —año 1898— las dificultades para trabajar y vivir en la selva eran muy grandes. Los indios, salvajes indómitos, los atacaban continuamente. En esa zona no existían ríos ni arroyos y el agua había que sacarla cavando a pico pozos de más de ochenta metros de profundidad. Todavía tengo en mi poder las libretas de mensura de mi padre. En una de ellas se lee algo así: «... 48 grados de calor a la sombra. Se ha agotado totalmente el agua. Los carros aguateros hace dos días que debían haber llegado. Los animales empiezan a enloquecer. La peonada economiza todo esfuerzo y están tendidos bajo los árboles. La tropa da indicios de rebelión. Si los indios han atacado los convoyes aguateros, todos estamos perdidos...» Y a renglón seguido: «... Suenan tiros, o son los indios o es el saludo de los aguateros que llegan.»

¡Y llegaron los carros con el agua, después de traerla desde veinte leguas! En la libreta de mi padre reza esta frase: «No todo ha de ser espinas en la vida, algunas veces también hay rosas.»

Todo esto que relato ahora es parte de lo que relaté muchas veces en la mesa de mi casa delante de todos mis hijos, y recuerdo que Ernesto no perdía un detalle de lo que contaba y como yo tenía una gran admiración por mi padre, y conocía la historia de toda su vida, Ernesto, por consiguiente, también

3. En la zona del Chaco argentino llamada Campo del Cielo cayó, se cree que a mediados del siglo XVIII, un aerolito que según la leyenda indígena iluminó de noche y por varios días el cielo. Se conoce su ubicación merced al marino español Rubín de Zelis quien marcó astronómicamente el sitio de su caída. El dato figura en el Archivo de Indias. El general Juan Manuel de Rosas lo quiso desenterrar y no pudo hacerlo porque pesaba varias toneladas. Este aerolito era de hierro magnético y Rosas le hizo cortar un pedazo fabricando con él dos pistolas, las cuales figuran actualmente en un museo de Londres.

4. Provincia argentina.

la conocía. Él se iba empapando en el clima de peripecias sufridas para cumplir con un deber o para salvar la vida.

La imagen de mi padre seguramente quedó muy grabada en su memoria.

Mi padre, en el año 1900, fue jefe de la Quinta Comisión de Límites, que trabajaba en la cordillera de los Andes para dirimir un viejo pleito con Chile. Trabajo penosísimo y arriesgado, ejecutado a muchos miles de metros de altura.

En el año 1902 comenzó la mensura de la provincia de Mendoza, efectuando el catastro que duró quince años. Quince años de penurias, visitando a su familia muy de tarde en tarde, sufriendo sequías, calores, lluvias torrenciales, ciclones, defendiéndose de la puna,⁵ del viento blanco⁶ y de la nieve. Quiero recordar que allí perdió mi padre al ingeniero Eben sen, joven sueco que desobedeciendo los consejos de los baqueanos⁷ escaló el cerro Los Tambillos, de seis mil novecientos metros de altura, para colocar una señal geodésica, lo sorprendió una tormenta de nieve y no se le encontró jamás, a pesar de la búsqueda intensa que se hizo, agotando para ello toda clase de recursos.

Nosotros —hablo de mi madre y mis hermanos— vivimos siempre un poco angustiados por la vida que llevaba nuestro padre. Todo lo narrado configura un clima muy particular del que nadie en mi hogar pudo escapar, porque las conversaciones sobre la vida de nuestros antepasados, por cualquier motivo salían a relucir.

Yo también supe escapar a la vida fácil de las grandes ciudades.

Nuestro viaje de bodas fue al selvático y lejano territorio de Misiones (República Argentina), donde nos establecimos, y donde trabajé varios años. Toda esta nueva serie de relatos que conocieron posteriormente mis hijos, a mi juicio fueron aumentando en ellos el interés por la vida en los confines de la civilización, en plena naturaleza, con las inseguridades y peligros que ello entraña. En la mesa de mi casa se habló durante muchos años sobre el territorio de Misiones. En otro relato cuento la vida que allí se llevaba y muchos de los sucesos que presenciamos que también debimos sufrir.

No podían dejar de ser impactos emocionales para mi familia los «escapados» de los yerbales y obrajes, la policía al servicio de los terratenientes, los capangas⁸ asesinos, las

5. Malestar que produce el enrarecimiento del aire a gran altura, llamado así por los indígenas que habitaron gran parte de la cordillera de los Andes en la Argentina.

6. Así llaman a las tormentas de nieve en la cordillera de los Andes los que conducen los animales atravesando las altas cumbres y que no es otra cosa que una finísima nieve que a modo de lluvia se empeña en caer durante varios días.

7. Práctico de un lugar (vocablo argentino).

8. Guardaespaldas de los administradores de los obrajes misioneros, quienes tienen la misión de impedir que se fuguen los trabajadores de la selva,

bestias feroces, los trabajos peligrosos, los robos y asesinatos, los ciclones en la selva, las interminables lluvias y las enfermedades tropicales.

Hasta aquí un recuento rápido de todo aquello que yo creo pudo haber tenido influencia decisiva en la formación de Ernesto Guevara de la Serna.

Puedo asegurar que su infancia se desarrolló oyendo continuamente todos estos relatos, que fueron formando su subconsciente, que debía aflorar más adelante.

Quiero hacer notar que tanto el Chaco austral, donde tuvo que trabajar parte de su vida mi padre, como Misiones —donde con mi esposa estuvimos varios años— tienen aspecto y clima parecido al de la selva de Bolivia, donde mi hijo Ernesto, ya con el nombre de Che Guevara, mucho tiempo después, tuvo que luchar en las condiciones que son conocidas por todo el mundo.

CELIA DE LA SERNA

Nuestro matrimonio

Mi mujer, Celia de la Serna, vivía con su familia en la ciudad de Buenos Aires; todos ellos eran muy amigos de la familia Echagüe. Yo era como hermano con ellos; no obstante, conocí a la familia de la Serna varios años después de haber conocido a los Echagüe.

Los padres de Celia ya habían fallecido y vivían todos los hermanos en una amplia casa de la calle Junín. Eran entonces cuatro varones y tres hembras. Gobernaba la casa, por ser la mayor de la familia, Carmen, quien posteriormente se casó con el poeta Córdova Iturburu.

Conocí a Celia en la calle Junín y pronto hice buenas migas con ella y con toda su familia. Allí nos juntábamos con los Echagüe. Otras veces íbamos todos a la casa de éstos.

Mientras no fui más que amigo de Celia, todo fue muy bien; pero cuando en su casa se dieron cuenta que entre ella y yo había algo más que amistad, comenzó de parte de algunos de sus hermanos una guerra contra mí.

Celia era menor de edad, pero no aceptó la imposición de su familia y planteó el asunto en su casa con toda decisión.

Se fue a vivir con una tía y poco tiempo después nos casá-bamos. Corría el año 1927. Yo había sido el causante de la escisión familiar.

Había heredado de mi padre algún dinero y con él compré doscientas hectáreas de tierra en Puerto Caraguatay, territorio de Misiones. Allí nos fuimos Celia y yo.

Ella era la menor y no había conocido a su padre, pues él murió cuando Celia tenía muy pocos meses. Su madre, persona educada a la antigua, hizo que sus hijas estudiaran en colegios religiosos, y por esta razón Celia cursó el estudio primario y parte del secundario en el colegio del Sagrado Corazón. Cuando la conocí había estado por tomar los hábitos. Sumamente creyente, lo fue a tal punto que solía ponerse, a manera de cilicio, cuentas de vidrio en los zapatos para martirizarse. No perdía misa, y como la consideraban rica, las monjas del colegio la «trabajaban» para que tomara los hábitos y se quedase con ellas. Pero supo salir sola de este cerco y poco tiempo después me conoció y juntos decidimos nuestra vida. Quedaron atrás los martirios, las mojigaterías y la apretada cerca de parientes y amigos que querían impedir nuestro matrimonio.

Ambos éramos jóvenes. Ella veinte años y yo veintisiete. Decidimos vivir nuestra vida sin que nos importara un comino las charlatanerías mundanas.

Celia, sumamente inteligente, se cultivó mucho. Hablaba el francés como el castellano y manejaba muy bien el inglés. Nos llevábamos perfectamente bien y éramos, además de marido y mujer, verdaderos camaradas, a pesar de que a veces por motivos fútiles solíamos pelear, debido quizá a nuestro carácter parecido.

Las incomodidades no existían para nosotros. Pasábamos por encima de los contratiempos cuando queríamos conseguir algo que nos interesaba.

Los convencionalismos sociales abundaban en la familia de la madre de Celia, pero no consiguieron cambiar su carácter, y en poco tiempo los pocos que tenía se fueron al diablo. Yo, por mi parte, a pesar de que en mi familia sí los había, jamás los tuve.

Mi formación desde niño fue socialista,⁹ y no pretendí presionar a mi mujer, pero ella, poco a poco, se fue colocando en el carril de esta nueva manera de ver el mundo, y en muy poco tiempo me dejó atrás. Impetuosa y avasalladora, no tomaba las cosas a medias, y cuando se enrolaba en una causa no cejaba en la lucha. Nos entendíamos, y juntos nos defendimos de los ataques de la gente de nuestra clase social, para los cuales ahora nosotros nos habíamos convertido en los «diablos rojos comunistas». Sobre mí cargaban la responsabilidad de haber sacado del seno de la Iglesia católica a esta criatura para convertirla en una descreída socialista.

En aquella época tanto en nuestra tierra como en la mayor parte de América, la Iglesia católica marchaba de la mano

9. Mi primer voto en el año 1918 lo di al Partido Socialista y al doctor Alfredo Palacios. Sin estar afiliado a ese partido voté siempre por ellos hasta el año 1962 en que lo hice por última vez, haciéndolo también por los socialistas con el doctor Alfredo Palacios al frente.

del gran capitalismo, y el capitalismo, a su vez, se apoyaba como siempre en los militares, quienes poco a poco se convirtieron en los gendarmes del capital internacional.

El capitalismo colonialista de la República Argentina veía con muy malos ojos a aquellos que se apartaban de la línea de sumisión impuesta por el imperialismo inglés y yanqui. Yo estaba marcado de antemano y a Celia la marcaron después. Mientras tanto, sus parientes hicieron lo posible por atraer de nuevo a la «ovejita» a su grey, pero la ovejita saltó la valla y se les convirtió, con el tiempo, en una capacitada dirigente social que, junto a mí, tuvo una decidida influencia en la educación del que más adelante sería el Che Guevara.

Celia tenía mucha agilidad mental, y sin perder su temperamento femenino demostró en su vida una gran valentía.

Pasamos juntos épocas felices y de abundancia. Juntos pasamos también épocas de mucha privación; los vaivenes de la vida no menguaron su carácter, por el contrario acentuaron su temperamento decidido.

Así fue nuestra vida matrimonial en los primeros años, pero el periodismo mundial, después de los sucesos que llevaron el nombre de Ernesto a la primera plana de los diarios, se lanzó por sus canales de periódicos, revistas, radio y televisión, haciendo sonar su matraca de inventos y mentiras. Algunos «comentaristas» han llegado a asegurar que en nuestra casa mi mujer y yo nos sentábamos a la mesa familiar llevando cada uno de nosotros un revólver en la cintura para dirimir a tiros cualquier discusión.

Pero nada han dicho estos comentaristas del complemento directo que fuimos uno para el otro en todo lo que fuera la lucha por los ideales políticos y sociales.

Celia y su carácter

Había llegado a ser una gran nadadora. En aquella época era muy raro encontrar en nuestro país mujeres que nadasen bien. A ella le habían enseñado sus hermanos, que eran considerados expertos nadadores, y solía entrenarse cubriendo mil metros sin ninguna dificultad. Los hacía en estilo *over arm*, que no permitía velocidad, pero era muy descansado.

Poco después de casarme trabajé en sociedad con mi amigo Germán Frers en el astillero Río de la Plata. En este astillero me habían construido una lancha tipo planeador de mar y continuamente solíamos navegar por el Río de la Plata o por el delta del Paraná.

Recuerdo que un día, estando anclados en el medio del Paraná de las Palmas, apareció Celia en la cubierta del barco

con su traje de baño decidida a lanzarse al agua. Había muchos invitados a bordo, entre ellos mi cuñado Martines Castro, considerado como gran nadador, quien trató de hacerle ver el peligro que corría si lo hacía allí, porque la corriente era muy fuerte. Yo hice otro tanto, pero fue inútil y se zambulló en el río.

Apenas comenzó a dar unas cuantas brazadas, comprobamos que su velocidad era menor que la corriente del río, y ésta la iba arrastrando. Nos dispusimos a efectuar un salvamento, pero para eso teníamos que levar el ancla, poner en marcha el motor y en seguida buscar a Celia. Nos íbamos a demorar demasiado. Mi hermana María Luisa, sin titubear, le lanzó una cuerda, que apenas alcanzó a tomarla por una punta. Comenzamos a remolcarla, estaba totalmente agotada por el esfuerzo, y cuando llegó hasta el barco tuvimos que izarla entre varios porque no podía subir por sí misma.

Nos extrañó que Celia se hubiera cansado tan pronto. ¿Qué había pasado? En aquella época las mujeres usaban faja de goma y ella se lanzó al agua sin sacarse la que llevaba puesta. La goma, en contacto con el líquido, se ciñó y le cortó la circulación; si no hubiéramos actuado tan rápidamente habría corrido serio peligro de ahogarse.

Toda esta escena se desarrollaba ante mi hijo Ernesto, que tenía alrededor de cinco años. Aterrado seguía la operación desde una de las bancadas del yate. Fue una experiencia para Celia, pero ella era imprudente de nacimiento y las experiencias las echaba en saco roto. Para Ernesto también fue una experiencia y después tuvo que acostumbrarse, como se acostumbró toda nuestra familia, a esas temeridades de mi mujer, que no conocía el miedo al peligro.

Una mañana de verano estábamos en un club náutico sobre el Río de la Plata. Hacía mucho calor y por este motivo infinidad de gente se bañaba en el río. El día anterior habíamos salido con Celia y los chicos a dar un breve paseo en mi yate *El Ala*. Cuando entraba de vuelta al club, para tomar la amarra, le expliqué a Celia cómo allí se habían ahogado muchos imprudentes, y le señalé una boya distante unos doscientos metros de la costa. Le decía que este sitio era peligroso porque la corriente empujaba a los nadadores hacia el canal, y la insistencia en querer llegar a la boya había costado la vida a muchos de ellos.

Aquella mañana Celia, como siempre, se lanzó al agua y se dispuso precisamente a efectuar lo que le había indicado el día anterior como muy peligroso y quería llegar a la boya. Mi hijo Ernesto, la noche anterior había sufrido un ataque de asma y por tanto no le habíamos permitido bañarse. Yo estaba en tierra con él, mirando cómo Celia trataba de alcanzar la boya.

Todos veíamos que la corriente se la iba llevando, y la

gente comenzó a gritar pidiendo auxilio, al ver que Celia se agotaba. Pero para llegar a donde estaba sólo lo hubiera podido hacer un gran nadador, pues había que vencer una corriente muy rápida. La suerte quiso que cerca anduviese dando vueltas un navegante con su barquito a vela. Mientras tanto, un hombre que iba remando en un bote quería llegar hasta ella, pero estaba tan nervioso que no hundía los remos en el agua sino en el aire.

El timonel del barco a vela, viendo las señales que le hacían desde tierra, con una maniobra impecable consiguió llegar con la proa de su barco donde nadaba mi mujer, completamente agotada, y la sacó del agua cuando ya no podía dar una brazada más.

Fue otra experiencia para el pequeño Ernesto con respecto a su madre. Todavía lo recuerdo saltando desesperado en la arena al ver que ella se ahogaba. Aquel día Celia, con su imprudencia, les cortó la diversión a todos los que se bañaban en el río.

Tenía un carácter particular. No era precisamente irresponsabilidad, sino que el peligro la atraía. Cuando yo estaba presente no se lanzaba a cosas peligrosas, pero cuando yo no estaba, se divertía venciendo toda dificultad que le exigiera un esfuerzo.

Podría llenar muchas páginas con estos recuerdos, hablando de las imprudencias de mi mujer, pero me tiento una que sucedió en Mar del Plata allá por el año 35.

Ella estaba bañándose en compañía de su hermano Jorge, que era un campeón de natación. En la playa ondeaba la bandera de peligro, vale decir que nadie debía arriesgarse a entrar en el mar. Pero Jorge de la Serna estaba acostumbrado a nadar con mar bravo y se zambulló debajo de una gran ola. Celia lo siguió.

Miles de personas, incluyendo a los bañeros, se incorporaron para ver a estos dos nadadores. En pocos segundos ya estaban mar adentro, pero lo difícil fue volver. Cada vez que querían llegar hasta la playa, el retroceso de las gigantescas olas los arrastraba de nuevo hacia el mar.

Los bañeros de todas las playas ya se habían juntado, previendo un salvamento muy difícil. Celia y Jorge pelearon contra las olas como veinte minutos. Él solo hubiera podido salir, porque era un nadador extraordinario, pero Celia no lograba avanzar contra las olas. Todo el mundo estaba en tensión y los bañeros esperaban la señal de socorro que piden los que necesitan ayuda, que es levantar un brazo, y en seguida ellos tratarían de sacarlos de la difícil situación. Por fin, ambos consiguieron hacer pie en la playa. Les habían hecho pasar un mal rato a los veraneantes y habían enfurecido a los salvavidas, que protestaban por tamaña imprudencia.

Ese día Ernesto también estaba presente, lo mismo que

los otros chicos. Por supuesto, todos siguiendo las alternativas de la difícil lucha de su madre contra las olas y con la nerviosidad y angustia consiguientes. Pero poco a poco se fueron aclimatando a la manera de ser de Celia. Yo por suerte no estuve presente, pues pocos momentos antes de lanzarse al mar, me había retirado de la playa, recomendándole especialmente a Celia que no fuera a meterse en el agua. Pero la tentación del peligro pudo más que su prudencia e hizo justamente lo que no debía hacer.

En el Puerto Caraguatay de Misiones otra vez alarmó a varios nadadores guaraníes que pescaban en la costa del río debajo de mi casa.

Allí el Paraná es muy hondo, tiene más de trescientos metros de profundidad, y seguramente muy peligroso debido a los grandes remolinos que se abren en su cauce, grietas en el lecho del río, porque toda esa zona es de origen volcánico y muy montañosa. Tan peligroso era ese sitio, que los barcos de carga y de pasajeros hacían una Z para evitar acercarse a este lugar. De tanto en tanto allí se abría algún gran remolino que tragaba todo lo que estuviera cerca. Una vez se hundió en sus aguas un remolque cargado con ocho mil bolsas de yerba. Esto da una idea de la magnitud y la fuerza de aquellos remolinos que solían producirse a pocos metros de donde Celia se preparaba para nadar.

Pero ella no tenía miedo al peligro; aquella tarde, estando yo trabajando en el monte, se lanzó al agua. Dos hacheros que trabajaban a mis órdenes la vieron meterse en el agua y luchar contra la corriente. Comprendieron el peligro, y no teniendo sogas, sin perder tiempo ataron unas lianas y las arrojaron a manera de cuerda sobre la cabeza de Celia. Los guaraníes eran grandes nadadores, pero no se animaron a entrar en el agua. Con esa rapidez de imaginación que ellos tienen consiguieron hacerle llegar la punta de las lianas para luego remolcarla hasta la costa.

¡Celia estaba entonces embarazada de seis meses de mi hija Celia!

He contado estas peripecias porque ellas dan una idea de la forma de ser de la madre de Ernesto.

Todos estos relatos fueron motivo de conversaciones y discusiones en mi casa, por tanto Ernesto como los otros chicos estaban acostumbrados a la manera de enfrentar los peligros su madre, sin darles importancia. Esta misma manera de enfrentarse heredó Ernesto, pero con una gran diferencia: calculaba bien cuál era el peligro, lo medía y se enfrentaba a él hasta vencerlo. Jugaba con él. Para Ernesto dominar el miedo era una cuestión de hábito y gozaba cuando algún pusilánime se desesperaba viéndolo hacer una de las tantas barbaridades que solía cometer cuando quería poner en tensión a sus amigos.

Celia como madre y como militante política

Tenía un amor y un gran cariño por sus hijos y muy especialmente por Ernesto. Había sufrido junto a él todas las alternativas por las que pasa un niño asmático, sólo que el caso de Ernesto era excepcional, pues sus ataques de asma fueron numerosos y violentos.

Celia jamás dudó en ir a cualquier parte donde creyera que el clima pudiera aliviar el mal de su hijo.

Cuando éste tenía entre cuatro y seis años, fue quizá el peor lapso que sufrió de asma. Los ataques eran continuos y le impedían ir a la escuela con regularidad. Tenía que faltar muchas veces y por temporadas largas. Celia, con santa paciencia, todos los días sin falta le daba la lección que le hubiera correspondido en la escuela, y así fue creciendo ese amor y compañerismo entre madre e hijo.

Con las demás criaturas fue también muy cariñosa, pero los tenía más «al trote», les permitía menos pillerías y los alentaba en los estudios.

Cuando Ernesto ya era hombre, comenzó a viajar por el mundo. Se escribía continuamente con su madre. Las cartas de Ernesto a Celia, aparte de estar escritas con mucha gracia, relataban todas las alternativas de su agitada vida. Ellas demuestran con claridad cómo él fue desarrollándose en materia política y social.

Se trataban de igual a igual, con «indirectas» de ambas partes, pero siempre se traslucía entre ambos el gran afecto que los unía. Ernesto no tenía secretos para su madre, quien fue siempre su confidente, y a Celia, cada vez que tenía que hacer algo importante en su vida, quien la aconsejaba era Ernesto.

Llegó a empaparse de tal modo en la política revolucionaria que estaba desarrollando su hijo, que pronto llegó a conocerla ampliamente.

Exteriorizaba sus ideas y las expresaba en cualquier parte donde estuviera, sin importarle nada si esto le traería o no consecuencias desagradables.

Viajó al Brasil y se conectó con muchos grupos de izquierda. Allí dio conferencias e informó a muchas personas sobre el sentido de la revolución cubana.

Estuvo también en Chile y en el Uruguay, integrando congresos de mujeres socialistas, y aprovechó la ocasión para hacer política castrista entre el estudiantado.

En nuestro país también dio conferencias sobre Cuba y su gobierno. En una de ellas, que tuvo lugar en la Facultad de

Derecho, grupos contrarios fascistas comenzaron a provocar al estudiantado que escuchaba a Celia y pronto se generalizó una pelea entre ambos bandos que acabó a tiros. Allí demostró Celia su serenidad y su carácter prosiguiendo en el uso de la palabra, como si no hubiera pasado nada. Pero la policía deshizo la reunión.

En el año 1961, a su regreso de Cuba, publicó en el periódico socialista *La Vanguardia*, una serie de artículos sobre Cuba, analizando los resultados de la revolución triunfante en lo económico, político y social.

Arrastrada por el apasionamiento que la caracterizaba, se lanzó en nuestro país a una violenta campaña pro castrista, cuando ya las relaciones con Cuba habían sido rotas. Con tal motivo viajó por las provincias del norte, en donde tuvo que soportar serios incidentes y provocaciones de la derecha.

Trabajó intensamente y fue rodeada muchas veces por políticos oportunistas que veían en ella la proa que les abriría camino en su carrera. Celia no desconfiaba de la gente; para ella todo aquel que se acercaba era bueno y seguía creyendo en él hasta que la estafaba moral o materialmente.

Más de un sinvergüenza que se decía «amigo» no fue sino un agente de los servicios de inteligencia argentinos o del extranjero.

El 23 de abril del año 1967, regresando desde el Uruguay a la Argentina, fue apresada en la ciudad de El Salto, con el pretexto de llevar con ella literatura comunista o castrista.

Inmediatamente tomaron carta en el asunto sus abogados defensores. Probaron que sólo traía papeles íntimos y fotografías de su hijo y de sus nietos. Esas fotografías fueron confiscadas por la policía y ¡jamás las pudimos recuperar! Los libros que llevaba y que sirvieron de pretexto para su detención fueron dos, uno de ellos se titulaba *La reforma agraria en el Uruguay*. El otro era un libro que se vendía en todas las librerías de Buenos Aires.

Ante la falta de cargos para su detención, el juez a quien le correspondía actuar en Entre Ríos ordenó su libertad, pero el poder ejecutivo la puso a su «disposición», triquiñuela de la cual se valen algunos gobiernos aparentemente democráticos para coartar la libertad individual.

Dos largos meses aguantó Celia en la cárcel correccional de mujeres de Buenos Aires —sita en la calle Independencia y Defensa— por el solo delito de ser la madre del Che Guevara. ¡Nunca se le probó haber hecho algo que estuviera penado por las leyes argentinas!

Celia entabló juicio contra el poder ejecutivo. Y un juez (grajo blanco entre los jueces argentinos), el doctor Kennedy, con un valor y decisión que honran su nombre, un día, y por sorpresa, constituyó su tribunal en la misma cárcel y a las dos de la mañana ordenó que de inmediato se la pusiera en

libertad. Sólo así, y sorprendiendo a los gendarmes, se consiguió que Celia saliera de la cárcel correccional de mujeres. Minutos después, los carros policiales la buscaban por todo Buenos Aires. Fue éste un caso muy comentado, y supongo que de los muy pocos en que un juez consiguiera burlar la triquiñuela anticonstitucional del poder ejecutivo, representado en este caso por el presidente José María Guido, a quien una junta militar había colocado en el sillón de Rivadavia como títere.

Celia sufrió demasiado en esos meses de prisión. Su salud estaba minada. Después de haber salido de la cárcel debió vivir en la clandestinidad en Buenos Aires para después atravesar la frontera con el Uruguay, evitando a las autoridades policiales y militares como una delincuente cualquiera y sólo —como he dicho antes— por el delito de ser la madre del comandante Guevara.

Estando ya en el Uruguay, Ernesto le envió pasajes para La Habana y ella los rechazó. Por carta le dijo que se exiliaba en ese país y que continuaría como hasta entonces trabajando por la libertad de los pueblos de América. La cárcel había acabado de convencerla y pensaba que sólo con una revolución total, los pueblos oprimidos podrían conseguir su liberación. De otra manera, pacíficamente, todos los opositores a los gobiernos totalitarios pasarían de la prédica mansa a ser pensionados en las cárceles que para ellos disponen estos gobiernos.

Han pasado muchos años y los presos «sin causa judicial» y «a disposición del poder ejecutivo» llenan las cárceles argentinas, mientras el presidente de turno declama enfáticamente la democracia de su gobierno y lanza grandes diatribas contra los «detractores del orden establecido». Entretanto, jamás soportó el país un estado mayor de despotismo que el actual.¹⁰

Celia, de vuelta del Uruguay, tuvo que vivir oculta algún tiempo en la Argentina, cuidándose de no presentarse en público por miedo a tener que pasar otra temporada en la cárcel.

Su vida fue muy movida. Presentía que no llegaría a la vejez, y siempre me decía que moriría lo mismo que su madre,

10. Este capítulo fue escrito en 1972. El 25 de mayo de 1973 asumió el poder en la República Argentina, mediante elecciones, el doctor Héctor J. Cámpora y esa misma noche fueron liberados casi todos los presos políticos que había en el país. Su gobierno duró muy poco (dos meses) pues presentó, después de viajar a Madrid y entrevistarse con el general Perón, su renuncia a la presidencia. Esta renuncia fue presentada ante las Cámaras legislativas, conjuntamente con la renuncia del vicepresidente electo doctor Vicente Solano Lima. En nuevas elecciones sale electo el general Juan Domingo Perón acompañado de su esposa María Estela Martínez, quien ocupa el cargo de vicepresidente de la República Argentina. Por fallecimiento del general Perón (1-7-74), llega a la primera magistratura María Estela Martínez. Poco tiempo después mediante un cuartelazo es derrocada la presidenta y rige en el país la ley mordaza y vuelven a estar encarcelados miles de opositores al gobierno.

relativamente joven. Y así fue, murió de la misma enfermedad que aquélla, a los 57 años de edad.

Nació en un hogar con holgados recursos económicos y habiendo recibido una educación conservadora —pues había estudiado en colegios de monjas e incluso estuvo a punto de tomar los hábitos— consiguió, no obstante, formar un hogar con hijos totalmente educados en una línea diferente a la de sus padres. Luchó en la vida contra la escasez de recursos económicos y contra el cerco familiar y de amistades que veían en ella una «fiera roja».

Encontró en su hijo, Ernesto el incentivo que necesitaba para el total desarrollo de su vida y encauzarla hacia lo que creía era la verdad.

Inteligente, capaz y valiente, hizo de su vida lo que quiso hacer. Y si bien sufrió las contingencias de la guerra revolucionaria en la que intervino Ernesto, tuvo la suerte de verlo llegar, no solamente al triunfo por medio de las armas, sino al triunfo político.

Pocos días antes de morir ella sintió el impacto de la salida de nuestro hijo Ernesto de Cuba. Salida que la llenó de tristeza y le produjo una gran desazón, pues desconocía las razones.

Sólo meses después las conocimos y supimos de su decisión de volver a tomar las armas para continuar la lucha contra los usurpadores del poder que oprimen a los pueblos «subdesarrollados».

La familia de Celia

La familia de mi mujer era una familia adinerada. Su padre, heredero de una gran fortuna, se graduó de abogado muy joven. Poseía varias «estancias», que las administraba con métodos modernos pero casi todo su tiempo lo dedicaba a la enseñanza como profesor en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. Hombre culto, muy inteligente, amplió sus conocimientos mucho más allá de los límites del Derecho. Militó en las filas de «radicalismo» (en aquel entonces el radicalismo era un partido político de centro izquierda que acaudillaba Leandro Alen). La oligarquía conservadora en el año 1890 recibió el impacto de una revolución efectuada por Leandro N. Alen y los jóvenes radicales; entre ellos estaba Juan Martín de la Serna, abuelo del Che. Aquella revolución, llamada del 90, no logró en ese momento derribar al presidente de la República. Gran parte de sus dirigentes fueron muertos, heridos o presos, pero el gobierno se vio obligado a cambiar de administración y a convocar elecciones.

Puede decirse que Celia no conoció a su padre, pues él murió cuando ella sólo tenía unos meses de edad. Su madre, muy católica y educada a la antigua, educó a sus hijos de la misma manera. Ella murió cuando Celia era aún muy chica, y su casa desde entonces fue dirigida por su hermana mayor Carmen de la Serna, quien después, en el año 1928, se casó con el conocido poeta Córdova Iturburu, en aquella época afiliado al Partido Comunista. Durante este noviazgo en la casa de la familia de la Serna se reunían escritores, artistas, políticos y científicos, algunos de los cuales militaban en partidos de izquierda.¹¹

Los hermanos de Celia eran de tendencia liberal pero completamente apolíticos.

Celia, aún muy joven, comenzó a participar de estas reuniones, perdiendo poco a poco lo adquirido en el colegio del Sagrado Corazón, donde se educara.

Cuando se casó conmigo decididamente tomó la senda del socialismo, que conservó durante toda su vida.

Recuerdo que cuando vivíamos en Alta Gracia, en las reuniones habituales del Sierras Hotel, durante muchos años tuvimos que soportar la agresión directa o indirecta de mucha gente de derecha que le molestaba nuestra manera de pensar y actuar. Ni ella ni yo estuvimos jamás afiliados a partidos políticos, pero nunca abdicamos de nuestra posición socialista.

INFLUENCIA DEL TERRITORIO DE MISIONES SOBRE NOSOTROS

En el año 1926 estaba estudiando arquitectura, pero me faltaba bastante para terminar. Quería casarme con la que después fue mi mujer: Celia de la Serna. Con su familia me llevaba muy mal, y ella también; así, pues, decidimos un buen día cortar amarras y zarpar a cualquier sitio donde yo pudiera emplear mis conocimientos.

Accidentalmente conseguí un contrato de explotación de setenta mil hectáreas en el Alto Paraná, Misiones.¹² Me transfería este contrato un íntimo amigo mío y su hermano. Pedro

11. Los partidos políticos argentinos de izquierda en esa época eran: el Partido Comunista y el Partido Socialista dividido a su vez en varias ramas.

12. Este territorio toma su nombre de los antiguos reductos de indios que en el siglo XVII fundaron los frailes jesuitas de la Compañía de Jesús con fines de evangelización —según ellos—, pero, en realidad, fueron verdaderos colonizadores en provecho propio, aunque justo es decirlo, dejaron excelentes muestras escultóricas, arquitectónicas y pictóricas enseñando a los indios el cultivo de la tierra y diversas artesanías.

León Echagüe, que se entusiasmó con el trabajo que se había de realizar, y convinimos en ir juntos a colonizar esa zona. Yo tenía experiencia, pues había estado en el Chaco argentino y llevaba la ventaja de poder mensurar y dividir cualquier tierra, puesto que había estudiado y trabajado como agrimensor.

Había recibido unos pesos en herencia de mi padre y pensé emplearlos en aquella colonización. Echagüe me pidió una semana de espera, porque quería despedirse de una novia que tenía en Alta Gracia (Córdoba). Y la semana se hizo un mes y luego dos. A mí, entre cartas, telegramas y charlas por teléfono, se me fue pasando el tiempo, y un buen día, viendo que Echagüe no venía, decidí renunciar al contrato y buscarme otro trabajo.

Pero Pedro León Echagüe, poco tiempo después, fue nombrado segundo administrador en un gran establecimiento propiedad de un tío suyo, también sobre el Alto Paraná, llamado Caraguatay.

Echagüe y yo éramos amigos desde que gateábamos. Instalado en Misiones, me escribía continuamente para que fuera a visitarlo, y fue así que, en un viaje suyo a Buenos Aires, le acompañé en su vuelta y fui a conocer el lugar donde trabajaba. Corría el año 1927.

Me atraía no solamente la parte física de esa comarca, sino lo que había en ella de misterioso que absorbía al viajero y a veces lo absorbía tanto que muchos de ellos se quedaron allí para siempre. El gran sabio francés Bonpland visitó Misiones en el siglo pasado creyendo que estaría poco tiempo, mas lo ganó la selva de tal modo que se quedó alrededor de cuarenta años y escribió allí una de las obras más completas y serias que se hayan publicado sobre este pedazo de la República Argentina y también del Paraguay.

El territorio argentino de Misiones (hoy provincia) está enclavado como una enorme cuña entre el Brasil y el Paraguay, limitado por dos grandes ríos, el Paraná y el Uruguay, con una cordillera central de unos mil doscientos metros de altura. Posee la más espesa selva que se pueda imaginar, con árboles de hasta cuarenta metros de altura y además con una intrincada y lujuriosa vegetación llena de arbustos, lianas y millones de helechos. Dentro de ese territorio corren caudalosos ríos y riachuelos interiores. Su temperatura es subtropical y permite el desarrollo de una fauna y flora maravillosas.

Ha sido siempre esta zona un cautivante incentivo para aquellos que salían de las grandes ciudades e iban buscando un poco de paz en el retiro de las lejanas tierras argentinas.

Otros viajeros, exploradores y científicos como el ya mencionado Bonpland, fueron atraídos por esa tierra y a este gran sabio se sumaron Félix de Azara, Martín de Moussi, Humboldt, Bertoni, quienes también fueron atrapados por la

misteriosa selva misionera y escribieron obras que llegaron a todas partes del mundo.

Allí, en el misterioso Misiones, todo es obsesionante: la selva impenetrable llena de enormes arboledas que ocultan el sol, con lianas e icipós¹³ y garabatos; el yaguarete,¹⁴ que desjarreta al toro; el gato onza, el puma, el yacaré, el anta y el oso hormiguero; los «barrereros»,¹⁵ donde concurre a beber toda la fauna salvaje; los arroyos que se abren camino entre la manigua y suelen caer en grandes cascadas hasta las «correderas»¹⁶ del profundo Paraná; los pinares y los milenarios lapachos¹⁷ que caen bajo el filo de las hachas de los obreros; los yerbatales naturales y las grandes plantaciones; los huracanes que devastan lo que encuentran en su camino y los temporales que duran meses produciendo el «cafard» misionero; la tierra pringosa y colorada y la ciénaga del monte; el filoso tacuarembó¹⁸ y los grandes tacuaras¹⁹... todo en el territorio de Misiones atrae y atrapa.

Y atrae como todo lo peligroso y atrapa como todo lo apasionante. Allí nada era igual a lo que nosotros conocíamos, ni su suelo, ni su clima, ni su vegetación, ni la selva poblada de animales salvajes, ni mucho menos sus habitantes.

He descrito tal vez con demasiado detenimiento esta región, porque tengo la absoluta certeza de que el clima crea un ambiente que tiene singular influencia en la psique, no solamente de aquellos que nacieron y vivieron allí, sino en la de los que quedaron en contacto con él durante algún tiempo.

Primitivamente el territorio de Misiones estaba habitado por los indios guaraníes. Los famosos jesuitas españoles colonizaron esa zona y redujeron a los indios, los cuales tomaron de ellos su organización y su religión. Aprendieron de los laboriosos frailes la manera de trabajar, y cuando los jesuitas fueron desalojados por orden del gobierno español en el año 1777,²⁰ estos indios guaraníes, ya incorporados a la religión cristiana, siguieron poblando esas regiones dándole a ese territorio un carácter muy especial.

El «mensú»,²¹ descendiente del indio encadenado a la protección de las misiones jesuíticas españolas, no ha podido aún

13. Enredadera parásita de tallos muy resistentes, que crece en la parte Sudtropical de la República Argentina.

14. Tigre americano.

15. Pequeños pantanos cerca de ríos o arroyos, donde van a beber los animales salvajes.

16. Rápidos del río Paraná.

17. Arbol gigantesco de madera muy dura utilizado en la construcción.

18. Especie de caña que llega hasta veinte metros de altura.

19. Caña fuerte y flexible, más pequeña que el tacuarembó, que crece a las orillas de los ríos del norte argentino; muy usada en construcciones y muebles; con ella los indios hacían sus lanzas y la usaron también los primitivos ejércitos argentinos.

20. Orden que hizo cumplir el enviado especial de España —Bucarelli—, quien expulsó a los misioneros jesuitas de toda América.

21. Una contracción de la palabra mensual, refiriéndose al obrero del monte de Misiones.

liberarse de estar sujeto a ser esclavo del patrón. Lleva la vieja herencia de colonización española en la sangre como un estigma, pero también lleva en su sangre la rebeldía indómita del guaraní. Los nuevos colonizadores, con el rótulo de obrajeros o plantadores, han impuesto otro yugo más servil aún sobre el hombre de la tierra, que sigue siendo el siervo de los grandes señores.

Y así transcurre la vida del mensú: la noche de locura en los pirigundines de Posadas, donde se los contrata con un adelanto (sentencia de esclavitud); el viaje hasta la selva custodiado por gente armada; la vida en el monte, la malaria, la desnutrición, la falta de albergue, el trabajo pesado y peligroso; siempre con el hacha al hombro o con el machete abriéndose paso entre la selva y siempre aumentando su deuda y nunca pudiendo pagarla.

En la proveeduría, propiedad de los patrones y único sitio donde podían abastecerse, se compraban mala comida y mala ropa, se pagaba diez veces más de lo que valía. Con el trabajo se ganaba poco, y el peón quedaba cada día más endeudado. El mensú —como único horizonte para su salvación— veía la huida a través de los montes, machete en mano. La obsesión era llegar al Paraná antes que la «justicia patronal» en forma de «partida»²² con sus «capangas»²³ y sus perros, le cayeran encima y lo mandaran al otro mundo.

Entonces se conocían allí sólo dos clases sociales: los patrones y los peones. Esta desigualdad tremenda y la explotación de que eran objeto los obreros originaba el odio y por consiguiente el clima tenso en que se vivía ensombrecido por latrocinios y asesinatos. El hombre que perseguía a tiros lo que le ordenaban sus patrones, y el hombre que, como fiera, se defendía para poder comer.

Después del viaje que hiciera a Misiones con Pedro León Echagüe y nuestro amigo común Faustino Lezica, volví entusiasmado por esa zona. Pensé que habría allí ancho campo de investigación y que podría trabajar en ese territorio.

Y fue así que cuando me casé en el año 1927, fui directamente a Caraguatay a pasar mi luna de miel con intención de quedarme permanentemente.

En este clima tenso y atrayente nosotros vivimos un tiempo. Yo tenía entonces veintiocho años y no había ido hasta las lejanas tierras misioneras a sumarme a los que explotaban a sus semejantes. Me rebelé contra la explotación de los pobres trabajadores, quienes, para comer, se veían obligados a aceptar cualquier imposición. Tomé la decisión inquebrantable de no pagar con vales sino en dinero efectivo y no aceptar precios

22. Conjunto de hombres armados, que trabajan a sueldo de los patrones, encargados de eliminar a quienes quieren escaparse.

23. Guardaespaldas y jefes de las partidas, siempre a sueldo del patrón.

La defensa de la revolución cubana fue atrapándonos a todos. Mi casa de la calle Aráoz se convirtió en un centro revolucionario. Allí se juntaban simpatizantes con esta revolución y mucha gente de izquierdas.



El periodista Masetti explicó al Che los motivos de su viaje a Sierra Maestra. Quería saber qué clase de revolución se estaba desarrollando en Cuba; a quién respondía y cómo era posible que se mantuviese tanto tiempo sin el apoyo de una potencia extranjera.

Fidel Castro y el Che escuchan el informe del teniente Maracaibo durante la batalla de Pino del Agua.



de proveeduría. Por eso me pusieron el sobrenombre de «comunista» los terratenientes del territorio de Misiones.

Allí mi mujer, Celia de la Serna, gestó a su hijo Ernesto Guevara de la Serna. Debo suponer que para una mujer como ella, nacida en la ciudad de Buenos Aires, criada en la abundancia y acostumbrada a toda clase de cuidados, el traslado al centro de aquella tierra llena de misterio, en donde desde el momento en que uno pisaba sus riberas sentía que la protección de su vida estaba en su machete o en su revólver, influyó poderosamente en ella y debo suponer también que todo lo que pasase por su mente en aquellos momentos pudo influir sobre aquel ser que ella estaba gestando.

Ernesto Guevara de la Serna vivió en el territorio de Misiones poco menos de dos años. Él no recordaba su estancia allí, pero mi mujer y yo, durante muchos años, estuvimos íntimamente ligados a esos parajes que habíamos dejado en el año 1931, pero que yo seguí frecuentando para administrar mi propiedad.

Un hecho fortuito me alejó momentáneamente del territorio de Misiones. El Astillero Río de la Plata, del cual yo era uno de los dueños, no andaba bien. Uno de los socios se había separado y viajé a Buenos Aires para reemplazarlo en su trabajo. Tal reemplazo no debía ser definitivo. Aunque había dejado mi yerbal²⁴ plantado y en orden, no quería alejarme de Caraguatay —le había tomado cariño— y fue así que pensando volver partimos de Misiones para instalarnos en San Isidro, lugar muy cerca del astillero.

Allí fue donde Ernesto comenzó a tener asma y desde ese instante ya mi vuelta al territorio de Misiones, con un niño asmático, se hacía muy difícil. Pero mi salida de esa zona no significó que me desligara totalmente de ella. Nunca olvidamos la selva misionera y siempre estuvo presente en nuestros mejores recuerdos. Como lógica consecuencia, en mi casa la conversación sobre las peripecias y la vida insegura de Misiones fue el tema preferido de la familia Guevara. Mis hijos conocían tanto como nosotros los nombres de los lugares, de los árboles, de los animales, de los pájaros de la región, y como por otra parte mi principal fuente de recursos era precisamente la explotación del yerbal, el que había comenzado a plantar en el año 29, lógico es pensar que el tema Misiones fuera cotidiano en nuestra casa.

Como soy bastante curioso y me gusta investigar, mi biblioteca se fue llenando de crónicas de viaje, de libros científicos y de literatura sobre aquel encantador lugar y sus habitantes.

Mi hijo Ernesto, como mis otros hijos, escuchaba con toda atención los relatos que hacíamos a nuestra familia y a nuestros amigos, sobre lo que habíamos visto, oído y palpado en

24. Plantación de yerba mate.

aquellas lejanas tierras. Ernesto, siendo el mayor de ellos, fue quien con más pasión hizo suyo el terrible problema de los hombres explotados por otros hombres, y creo que este problema influyó notablemente en la gran rebeldía que tuvo después contra los explotadores.

He creído necesario extenderme explicando las condiciones en que vivían los habitantes de este territorio, así el lector podrá comprender un poco este clima misionero donde se gestó mi hijo Ernesto, tema que he tratado de pintar a través de estos relatos.

No puedo hacer una historia completa de esta región tan interesante de nuestra patria, ni de ese pueblo que la habitó y actualmente la habita. Esto merece un libro aparte; pero voy a hacer referencia a muchas de las cosas que allí viví, porque no puedo escapar a la influencia que estos hechos impusieron en mi persona, influencia que también alcanzó a Celia de la Serna y, por consiguiente, también a nuestros hijos mayores.

Primera infancia de Ernesto

Fueron años difíciles pero muy felices. Vivir en medio de la selva misionera con toda una familia y las dificultades y trastornos que ello lleva aparejado, no era aconsejable a nadie y menos a nosotros acostumbrados a las condiciones de la gran ciudad.

Desde nuestra casa, edificada en un recodo del Paraná sobre una alta loma, veíamos dos largas canchas de río y podíamos divisar, mucho antes de que pasaran debajo de nuestra casa, los barcos y lanchones que venían navegando. El Paraná tiene allí más de seiscientos metros de ancho. Sobre la costa de enfrente se alzaba la espesa y deshabitada selva paraguaya, la que en sucesión de lomadas venía a perderse en el río formando una impenetrable maraña de tacuaras, lianas e icipós.

Como todas las zonas cercanas al trópico, las tormentas venían precedidas de una calma chicha, que luego se transformaba en verdaderos ciclones con descargas eléctricas y aguas torrenciales. El espectáculo era alucinante. Toda esa fuerza natural atraía nuestra atención sin podernos desentender de aquel espectáculo maravilloso. Estas tensiones nos hacían olvidar un poco las pequeñas incomodidades que se presentaban a diario en aquella lejana región de nuestro país.

Cuando los días eran tranquilos, solían pasar sobre nuestras cabezas, rozando los árboles, bandadas de miles de loros

silvestres en viaje hacia el oeste, haciendo sonar como matracas sus graznidos.

En estos parajes comenzó a dar sus primeros pasos el Che.

Debido a la gran cantidad de insectos lo teníamos vestido con unos buzos muy livianos que lo protegían de las picaduras de mbarigüis,²⁵ jejenes, uras²⁶ y mosquitos portadores de la peligrosa malaria. Su ángel tutelar, su niñera Carmen Arias, no lo perdía de vista un instante. Ella había llegado con nosotros de Buenos Aires y tuvo al pequeño Teté en sus brazos desde los primeros días de nacido y luego volcó en él todo el cariño de su raza galaica.

Muy pocas personas de Buenos Aires nos visitaban. Aquello estaba muy lejos. Desde la capital federal, yendo en barco, se tardaba una semana en llegar.

Una de las hermanas de Celia, Edelmira, casada con el inglés Moore, llegó acompañada de éste y de sus dos chicos, casi de la misma edad del nuestro. Se quedaron con nosotros una larga temporada. Formaban entre todos una tropillita que correteaba por los alrededores de la casa, en el gran «limpio» que la rodeaba.

En un pequeño *breck*, con su yunta de mulas y el paraguayito que las manejaba, todas las tardes salían los chicos con Carmen. Era el delirio de los mocosos zarandearse dentro de aquel carrito de elásticos durísimos, que iba saltando sobre los pedregosos caminos de la selva, y todas las tardes se oía el bullicio de los niños quienes, gritando y chillando, ponían su nota alegre en la espesura de los montes.

Recuerdo algo que nos hizo reír mucho. Ernestito comenzaba a caminar. Como a nosotros nos gustaba tomar mate, lo mandábamos hasta la cocina, distante unos veinte metros de la casa, para que allí nos lo «cebaran». Entre la cocina y la casa, una pequeña zanjita ocultaba un caño. Allí tropezaba siempre el chico y caía con el mate entre sus manitas. Se levantaba enojado y cuando volvía con una nueva «cebada», de nuevo volvía a caer. Empecinado siguió trayendo el mate una y otra vez hasta que aprendió a saltar la zanja.

Una de las diversiones preferidas era salir conmigo a caballo, montando en la parte delantera de mi montura. Paseábamos por los alrededores de la casa o nos internábamos en el monte. Él no perdía detalle de lo que pasaba en el camino. La abundancia de mariposas de los más variados colores, los pájaros que huían y se internaban en el follaje, los arroyitos que cortaban las sendas, las ratas de monte que corrían a esconderse o alguna lagartija que pasara como disparada delante del caballo, todo aquello iba impresionando la mente

25. Especie de mosquita pequeña que pica dejando inflamada la piel.

26. Mosca grande que deposita sus huevos debajo de la piel de los animales y del hombre, saliendo luego una larva que deja un agujero.

de aquel que después llegaría a ser un profundo conocedor de los misterios de la selva.

Teníamos una lancha que se llamaba *Kid* con su pequeña cabina. Con ella remonté todo el Paraná desde Buenos Aires hasta Caraguatay, y en ella Ernestito comenzó a conocer los deleites de la navegación. Muchas veces navegábamos por el Paraná buscando las correderas para pescar el dorado.²⁷

A todos los niños les encanta pescar o ver pescar. Los fascina la operación de enganchar el pez y sacarlo del agua coleteando.

Otras veces entrábamos con la *Kid* en los arroyos que desembocan en el Paraná, y en estos arroyuelos, que atravesaban regiones totalmente despobladas, podíamos observar aquellos bosques vírgenes que llegaban hasta sus orillas y podíamos ver animales salvajes que nos miraban con curiosidad pero sin miedo, seguramente porque nunca vieron gente.

Es poco probable que Ernesto haya recordado todo lo que allí vio. Era entonces muy pequeño. No tenía aún dos años, pero tengo la seguridad de que todas estas impresiones dejaron profunda huella en su mente.

A fines del año 1929 hicimos una excursión desde Caraguatay hasta las cataratas del río Yguazú. Estos célebres saltos de agua se hallan a unos doscientos kilómetros aguas arriba de Caraguatay. Para llegar hasta allí nos embarcamos en el *Ituzaingó*, viejo barco de pasajeros y carga que semanalmente hacía el recorrido desde Posadas, capital del territorio, hasta Puerto Aguirre, en la frontera con Brasil. Nos hospedamos en el antiguo hotel Adams, donde llegaban turistas que venían de Buenos Aires.

El río Yguazú corre entre la Argentina y el Brasil, y poco antes de echarse sobre el Paraná, formando un gran semicírculo de tres mil metros, cae en maravillosas cascadas cuyas alturas varían de cincuenta a cien metros. Miles de metros cúbicos de agua se precipitan por segundo al vacío entre un atronador ruido y el vapor del agua convertido en gotitas que se eleva a las alturas.

Los insectos. El capataz Curtido

El mbarigüí, el jején, el pique y la ura eran, sin duda alguna, verdaderos enemigos del hombre en el territorio de Misiones.

El mbarigüí es como una mosquita tan pequeña que puede pasar la malla de un mosquitero común; apenas si se la ve. Se

27. Pez que llega a pesar veinte kilos y que vive en las aguas del río Paraná y otros ríos argentinos.

aplica sobre la piel y a la manera de la abeja, clava el aguijón. Al principio sólo forma una ligera ronchita, pero la picazón posterior es tal que el afectado se rasca tanto que por regla general se le infecta el sitio donde le picó.

Llegan a cientos y es fácil imaginarse lo que representa este bichito para el que no está acostumbrado a su picadura. El que se acostumbra, se aclimata y después, aunque el mbarigüí lo pique, sólo le deja un imperceptible puntito, que ya no le molesta. Los forasteros son por consiguiente los que más temen a este terrible insecto.

El jején es más pequeño aún y llegan en verdaderas nubes, pasando toda clase de mallas. Las personas a quienes pican se sienten como febriles y, en el sitio de la picadura —que generalmente son los brazos o las piernas— se les hace como una quemadura.

La ura es una mosca de abdomen blanquecino; así se diferencia de casi todas las demás. Pica y deposita los huevos. Estos huevos producen un gusano que al principio no se siente, pero después se va alimentando debajo de la piel, y cuando llega a ser adulto sale hacia afuera dejando un boquete en la epidermis. En los animales vacunos de la zona cuando se les desuella se comprueban las innumerables marcas de ura que tienen.

El pique es casi invisible. Vive pegado al piso de las habitaciones. Si alguien posa el pie desnudo sobre él se adhiere a la piel cerca de las uñas y allí se introduce. Una vez fecundado adquiere la forma de un pequeño zapallito de dos milímetros, que comienza a crecer y por tanto comienza a producir dolor. Hasta aquí es tolerable, pero el pique fecundado revienta y produce miles de pequeños piquecitos que van haciendo galerías en la epidermis. Los afectados, además del dolor, suelen sufrir verdaderas infecciones a causa de este insecto.

Para evitarle el contacto con estos insectos, a mi hijo Ernesto la madre lo vestía con bombachones o con *overall* de una pieza y mangas largas, así se eludía en parte la picadura del mbarigüí y del jején. La ura era más peligrosa porque se confundía con las moscas. Pero el más terrible era el pique. Todas las noches, mi capataz Curtido llegaba hasta nuestra casa y mientras Ernesto dormía, con toda paciencia comenzaba a sacarle los piques que irremediabilmente se le adherían a los pies todos los días.

La operación era sencilla, pero había que hacerla sin perturbar a la criatura. Tomaba el pie del niño y mientras yo lo alumbraba con una linterna eléctrica, él arrimaba la punta de su cigarrillo hasta el puntito negro que indicaba la presencia de un pique nuevo; éste, al contacto con el calor del cigarrillo, aflojaba sus agarraderas y entonces Curtido, con un alfiler de oro, lo arrancaba. Toda esta operación había que

hacerla sin que el niño sintiera demasiado el calor del cigarrillo, porque si se despertaba era imposible sacarle los demás bichos. Curtido efectuaba la extracción de los piques con tanta tranquilidad —derivada de su experiencia— que no había allí nadie que lo hiciera mejor. Esta operación duraba todas las noches como media hora y la considerábamos absolutamente necesaria.

Huracán

A eso de la medianoche comenzó a soplar con fuerza un viento que por momentos aumentaba su velocidad. Estábamos con mi mujer en nuestra casa de madera en el Puerto Caraguatay, junto al río Paraná. Yo mismo había construido esa casa, de modo que conocía bien hasta qué punto podría resistir el embate del viento; pero no sabía hasta qué punto podría resistir una enfurecida tormenta huracanada, y el viento, que cada vez se hacía más fuerte, amenazaba con convertirse en un tornado. Las columnas, las vigas, las tablas de las paredes y las tejas del techo eran todas de madera, pero sin ensambladuras y sin tornillos, estando sujetas entre sí mediante clavos de hierro galvanizado. Por tanto si alguna de esas uniones cedía era muy probable que cediese el conjunto y en pocos segundos la casa se hundiría.

Ya el viento iba tomando las características de un huracán. Las maderas parecía que iban a quebrarse. Todo el conjunto de la armazón temblequeteaba y recuerdo el silbido del viento en la arboleda circundante y en las rejillas de la casa. Tuve la sensación de que ésta no iba a resistir, en cuyo caso iríamos ladera abajo a dar al río Paraná, que corría unos cien metros más abajo de nuestra habitación.

Yo había oído hablar de los ciclones de las zonas tórridas, pero la verdad es que nunca había estado en el vértice de ninguno de ellos; y ahora tenía la impresión de que nos hallábamos en el mismo centro ciclónico.

Oíamos desde la casa el estallar de las ramas que se quebraban en los montes y el rugido del viento en la espesura, y de vez en cuando como un largo quejido que no era más que un árbol descuajado que se lo llevaba el vendaval.

Mi hijo Ernesto dormía en su cuna al lado de nuestra cama. En un momento pensé salir de la casa con el chico y mi mujer, para tratar de guarecernos en el monte, pero me detuve pensando que si el vendaval llegaba a ser demasiado fuerte nos había de llevar como plumas hacia el río. Entonces recordé algo que muchas veces en mi casa paterna oí contar: durante el terremoto del año 1861 en Mendoza, que destruyó la casi

totalidad de la ciudad y mató las dos terceras partes de la población, una familia entera compuesta por el padre, la madre y varios niños, cuando comenzó el terremoto, y ya habiendo ganado la calle, volvieron hacia adentro siguiendo al padre que corrió a salvar al más pequeño que se encontraba en una cuna. En aquellos momentos se derrumbó la casa mientras el padre se echaba sobre la cama del niño. Según dicen, los techos aplastaron a toda la familia y también a su jefe, quien, con su cuerpo haciendo un arco, cubrió al pequeño, que fue el único superviviente de todos ellos.

No pensé más y me tiré sobre la cuna de mi hijo Ernesto. Mi mujer, fatalista, prefirió no salir de su cama y esperar a ver lo que pasaba. La casa aguantó muy bien.

Al día siguiente ensillé mi caballo y cruzando por la picada el bosque impenetrable que nos separaba de la administración del Puerto Caraguatay llegué hasta ella, donde me recibió el viejo ingeniero inglés Carlos Benson. Éste era un hombre de edad, que había recorrido medio mundo trabajando en su profesión, en obras ferroviarias. Era un verdadero conocedor de los trópicos y un verdadero maestro por el cúmulo de conocimientos adquiridos allí.

Cuando le relaté el tremendo susto que pasé aquella noche, el viejo Benson me contestó:

—Yo no dormí esperando que de un momento a otro se volase mi casa y le aseguro, míster Guevara, que en todos los años de mi vida jamás sentí un huracán igual.

Por el camino había visto infinidad de árboles desgarrados, y algunos de ellos arrancados de cuajo, y pude comprender entonces hasta qué punto una casa de madera podía resistir tamaña presión como la de aquellos verdaderos ciclones. Y me enorgullecí recordando que era yo quien había dirigido la construcción de mi modesta casa, que aquella noche de angustia resistió el furioso vendaval.

El mensú

Una tarde llegó hasta mi casa en Puerto Caraguatay un peón que el capataz Curtido me mandaba desde el monte. Era un hombre alto, de complexión atlética. Seguramente un hachero profesional. Al llegar al techado donde yo estaba tomando mate se quitó con respeto el aludo sombrero de paja.

—Buenas tardes, patrón —me dijo.

Lo recibí tratándolo de usted como acostumbraba hacer. Le pregunté qué le traía. Venía con una orden de pago por noventa y cinco pesos firmada por mi capataz. Miré la orden

y me dispuse a pagarla. El hombre titubeó un poco y luego me dijo:

—Decime, patrón, ¿no tenés un cien?

—¿Un cien? —le contesté—. Pero si la orden es sólo por noventa y cinco pesos.

Sin decir una palabra sacó de uno de sus bolsillos un pañuelo enrollado y de su interior cinco papeles de un peso. Me alargó esos cinco pesos para completar los cien.

—¿Y por qué quiere usted un papel de cien? —le pregunté.

El hombre se cuadró, su mirada se perdió en los montes y con voz grave me dijo:

—Patrón, nunca los he visto.

Traje un papel de cien pesos y se lo entregué al hombrón, quien se quedó mirando el billete. Le daba vueltas entre sus rudas manos.

—Un cien —decía mirándolo como hipnotizado—. Sabés, patrón, jamás podemos llegar a cobrar esa suma.

Hice sentar al mensú y ya más en confianza, entre mate y mate, comencé a conversar con él. Al poco rato me estaba contando toda su historia, la misma negra historia de los esclavos de los obrajes.

La contrata, la compra de ropa y mercadería con el adelanto recibido; el traslado vigilado por los capangas hasta los montes y después... manejar el hacha y el machete durante años... y la proveeduría que todo se lo come. Y ahora... no me supo explicar muy bien cómo fue a parar al Puerto Caraguatay, pero agradecido me mostraba a su modo la satisfacción de tener entre sus manos un papel de cien pesos.

Carmen Arias de Gabela

No podría precisar exactamente cuándo llegó a nuestra casa Carmen Arias, quien con el tiempo pasó a ser como un miembro de la familia. Han pasado muchos años, pero no se me despinta su figura cuando, recién llegada, cogió a Ernestito, que aún no sabía caminar. Estoy viéndola conversar con mi mujer. Era robusta, muy rubia y muy pecosa, de ojos claros, sencilla y parca. Se entendió con Celia apenas cruzaron unas cuantas palabras y quedó como niñera de mi hijo, después fue como madre de los que le vinieron.

No le importaba ni el sueldo ni las comodidades. Se había apegado a nosotros. En una época vivimos con mi madre en un departamento de la calle Santa Fe y Guise, en el primer piso. Han pasado cuarenta años y el edificio está hoy igual que cuando lo habitábamos, sólo que un gran letrero corre sobre los balcones anunciando una academia comercial. Cada

vez que paso por allí —y paso por allí casi todos los días— no puedo dejar de mirar sus balcones; todavía me parece ver a Carmen con Ernesto en brazos tomando el sol.

Carmen, *la Gallega*, como le decíamos cariñosamente, quedó a cargo de Ernestito y no se despegó de él hasta que ocho años después saliera de nuestra casa para casarse con uno de los hombres más buenos que he conocido: don Alfredo Gabela.

Se encariñó tanto con mi hijo que acabó queriéndolo como suyo, y luego se encariñó con todos los que vinieron detrás. Cuando alguno de ellos hacía una travesura demasiado gorda y yo le quería dar una palmada, la palmada invariablemente caía sobre los brazos de Carmen, que siempre se interponía sin que yo pudiera evitarlo. La regañaba y mi mujer hacía lo mismo, le decíamos que malcriaba a nuestros hijos. Ella no contestaba pero lo seguía haciendo.

Nos acompañó en Buenos Aires, mientras vivimos en un buen departamento, pero nos acompañó también en todos los viajes que hicimos al interior. Estuvo en la estancia de los Moore en Entre Ríos, en el Socorro de los Echagüe, en el campo de mi mujer en Villa Sarmiento y en Puerto Caraguatay de Misiones, donde la vida era más difícil tanto por su clima como por la gente que habitaba esas regiones. Como una visión lejana la recuerdo, toda quemada por el sol ardiente, llevando la ropa a la cabeza y lavándola a orillas del río Paraná, porque, según ella, ésa era la manera de lavar en su tierra. Lavaba, planchaba y le hacía la comida a Ernesto, y después lo hizo con todas nuestras criaturas. Luego nos acompañó varios años en la ciudad de Alta Gracia, siempre a cargo de nuestros hijos.

Si yo tuviera que personalizar a la lealtad, no tengo la menor duda que lo haría en la que hoy es doña Carmen Arias de Gabela.

Cuando dirijo mi pensamiento hacia el pasado, se me confunden las imágenes y no puedo despegar en todo ese conjunto unas de otras. Alta Gracia, El Socorro, Galarza, Puerto Garaguatay; todas estas cosas que vi y viví, hoy sólo las puedo recordar hermanadas con la imagen de Carmen Arias, quien por todos estos sitios acompañó a mi familia. Pero cuando pienso en ella evoco inmediatamente toda la chiquillada que formaban mis hijos, al frente de los cuales siempre iba Ernestito. Todos ellos al cuidado de este ángel tutelar que se llamaba Carmen.

Pero un día Carmen, en un viaje que hizo a Buenos Aires, conoció a su media naranja, don Alfredo Gabela. Era también español de La Coruña, como ella, uno de los hombres de corazón más puro y generoso que haya conocido, y la lealtad de Carmen sólo era comparable a la lealtad de Alfredo.

Cuando ella decidió casarse, después de muchas dilaciones porque no quería hacerlo hasta que el «niño Robertito» fuera

más grande, nos dio la noticia que para nosotros cayó como una bomba. Se nos iba con ella parte de nuestra familia. Recuerdo la despedida en la vieja estación de Alta Gracia, ella asomada a la ventana del tren que comenzaba a andar y llorando a mares le decía a mi mujer, señalando a Robertito: «... ¡y cuídemelo bien, señora!»

Muchas veces con Celia hemos recordado esta despedida.

No quiero dejar pasar este pequeño relato sin poner en él una acotación al margen. Hacía ya como dos o tres años que Carmen estaba casada y vivía en Buenos Aires. Manteníamos siempre una estrecha correspondencia, por la que se enteró de que este año yo había tenido serios inconvenientes pecuniarios; toda la producción de yerba mate de Caraguatay en Misiones —que era mi principal fuente de recursos— me la habían robado. Se acercaba el día de Navidad. Una tarde nos llega por el correo una bolsa cargada de toda clase de juguetes, golosinas y frutas, con una carta —que aún conservamos— de Alfredo Gabela, que decía: «No puedo permitir que ustedes pasen las Navidades sin festejarlas como es debido.»

En el año 1962, Ernesto, convertido ya en el «Che Guevara» y siendo ministro del gobierno de Fidel Castro, viajó a Punta del Este en el Uruguay, presidiendo una misión cubana que debía representar a esa nación en las reuniones de la OEA, que se iban a desarrollar en esta ciudad. Por supuesto, toda nuestra familia, que vivía en Buenos Aires, aprovechó la oportunidad de la cercanía de Punta del Este para estar con Ernesto unos cuantos días. Alfredo Gabela también tomó el primer barco que partía para el Uruguay y fue a reunirse con nosotros.

El matrimonio Gabela tuvo siempre las puertas de su casa abiertas para Ernesto. Cada vez que él viajaba desde Córdoba a Buenos Aires, lo primero que hacía era ir a visitar al matrimonio y, ya más hombre siendo estudiante, siempre mantuvo la estrecha amistad que unió a mis hijos con los Gabela.

ADIÓS A PUERTO CARAGUATAY

Poco antes de terminar el año 29 nos dispusimos a viajar a Buenos Aires. Mi mujer estaba por dar a luz a mi hija Celia. Decidimos ir hasta Posadas navegando por nuestros propios medios. Preparamos la *Kid* muy bien. Pusimos en la lancha una balsa salvavidas inflable, similar a la que usó el explorador italiano comandante Nobile en su expedición al Polo Norte. Debíamos tomar precauciones, pues el río Paraná, muy profundo en casi todo su trayecto, atraviesa partes montaño-

sas que reducen su cauce y profundidad en tal forma que sólo con buenos prácticos se puede navegar. ¡Nosotros no íbamos a llevar ninguno! Para mayor seguridad salí a probar la embarcación con mi capataz el día antes de embarcarnos, y lejos del fondeadero se nos quedó sin combustible. Tuvi- mos que fondearla y regresar a pie.

A la mañana siguiente debíamos embarcarnos y llegó el momento de la partida. Esta vez estaríamos ausentes varios meses. Bajamos la empinada barranca de cien metros de altura para llegar a donde se balanceaba graciosamente nuestra lan- cha. Fuimos acomodando bultos, canastos, valijas, utensilios, víveres, sogas salvavidas... debíamos viajar dos días seguidos para llegar a Posadas. Nos ayudaría la corriente, pero a pesar de todo como nuestra *Kid* sólo corría doce kilómetros por hora el viaje se haría largo.

Acomodamos bien protegido el combustible, y dando las últimas órdenes saludamos a los que habían venido a despe- dirnos y traté de poner en marcha el motor... pero nada. Des- pués de pelear con la manija media hora resolví revisarlo: ¡se habían fundido los cojinetes de las bielas! ¿Qué había pa- sado? La tarde anterior mandé al capataz a echar gasolina a la lancha y que la trajera hasta el fondeadero. Efectivamente la trajo, pero fundiendo el motor.

Eran las siete de la mañana, ya el sol comenzaba a levan- tarse, pronto el calor se haría insoportable. Mi mujer no se animaba a subir otra vez la barranca. Entonces decidimos, con Curtido y Emilio Skpposted —un amigo brasileño que tam- bién viajaría con nosotros—, llevar la *Kid* dos kilómetros río arriba hasta el Puerto Caraguatay. ¡Qué puerto! Así le decían, pero era sólo un arenal donde atracaban los botes auxiliares de los barcos. Yo sabía que a las once aparecería el *Iberá*, viejo barco que navegó cincuenta años en el Nilo y que fue traído a la Argentina hacía otros cincuenta. Su propulsión con- sistía en una rueda colocada atrás del espejo de popa como en aquellas estampas viejas que viéramos hace años mostran- do la navegación en el Mississippi.

En fin, debíamos apresurarnos y comenzó la arribada a «bo- talón». Caminábamos lentamente, el calor aumentaba, Celia hipaba dentro de la cabina, ¡que era un horno! Ernestito brincaba en el barco vigilado por Carmen, Curtido cinchaba como burro y yo me hacía arco empujando con el botalón y lanzando infinidad de improperios.

A las once de la mañana aún no habíamos llegado, pero el capitán Congó, viejo amigo, me vio desde lejos y esperó. Poco después llegábamos al arenal. ¡Habíamos tardado cuatro horas para hacer dos kilómetros! Y así, cansados, sudorosos, sucios, tiramos nuestro equipaje sobre las chalupas que venían a bus- carnos para llevarnos al barco, y Carmen, que llevaba a Ernes- tito en brazos, Celia y yo subimos al *Iberá*.

Pocos segundos después decíamos adiós a Puerto Caraguay. Nuestra intención era volver algunos meses después, pero se interpuso el asma de Ernesto y el nacimiento de Celia. Ni Celia madre ni Ernestito volvieron, y yo sólo lo hice algunas veces por motivos de administración.

La estancia de los Moore

Durante los meses de verano solíamos, con mi mujer, pasar una larga temporada en la estancia de los Moore, propiedad de su cuñado, acompañados de nuestros hijos. Nos encantaba el lugar. Nos atraía, como nos atrajo siempre, el ambiente campestre, poco influenciado por las grandes ciudades. La estancia de los Moore, en Galarza, era lo más auténticamente gauchesco de la provincia de Entre Ríos. Se trataba de una propiedad con gran extensión de campo, con mucho ganado y abundante pasto.

En esa provincia la «peonada» se destacaba por ser todos ellos maravillosos jinetes.

Un par de veces al año se efectuaba la yerra²⁸ en los puestos²⁹ adonde llegaban los arreos.³⁰ Allí se les pialaba³¹ para marcarlos, castrarlos y curarlos. Estos trabajos terminaban siempre en una doma de potros. Como soy aficionado a ellos no perdía detalle, sobre todo durante la doma. He podido ver a los gauchos con bota de potro³² y espuela desembarazarse de la chaquetilla, de la rastra³³ y el facón,³⁴ y atándose una vincha,³⁵ para sujetar su pelo, solos, sin ayuda de nadie, voltear un potro, manearlo, ensillarlo y luego de un salto quedar a horcajadas en su lomo. Se hacían arcos los baguales³⁶ corcoveando; la crin al viento y bufando, mientras restallaban sus cascotes contra el suelo. Y los he visto aguantarse sin charquear³⁷ y llevar al animal a talero³⁸ limpio de vuelta a la querencia.³⁹

28. En las estancias cada tanto tiempo se reúne a los animales para marcarlos, descornarlos, castrarlos y curarlos.

29. Se llaman así las partes de campo en que se dividen las estancias argentinas, y las casas donde viven los encargados de cuidar animales, cercas y campos.

30. Conjunto de animales caballar o vacuno que son llevados arreándolos por el campo.

31. Trabajar al animal por sus miembros delanteros o traseros.

32. Animal equino chúcaro que aún no ha sido enseñado como caballo de silla.

33. Cinturón de cuero muy ancho que usan los gauchos en Argentina, adornado con monedas a manera de botones.

34. Puñal de doble filo y puño con cruz.

35. Cinta o pañuelo con que se sujeta el pelo.

36. Animal equino chúcaro criado libre a campo abierto.

37. Agarrarse con las manos del recado o montura, para no caer mientras el animal corcovea para bajar al jinete.

38. Especie de fusta o látigo que usan los gauchos en la Argentina con mango de madera forrado de cuero y lengua de suela curtida.

39. Término argentino que se usa para indicar el lugar donde viven y donde se crían los animales.

Toda esta maniobra llamada «doma» es el preámbulo de la enseñanza del caballo de montar, trabajo cotidiano, en las viejas estancias argentinas, y una de ellas era la estancia de los Moore en Entre Ríos, donde solíamos veranear y donde mi hijo Ernesto comenzó a conocer el campo. Entonces él era muy pequeño, pero quizá se grabó en su mente todo lo que vio en Entre Ríos. Después, en una estanzuela propiedad de mi padre, tuvo ocasión de conocer más a fondo todos los trabajos campestres, porque durante muchos años la visitó continuamente y le tomó gran cariño.

Ernesto Moore, hijo de inglés e irlandesa, era un típico hombre de su raza, pero completamente acriollado. Alto, flaco, huesudo, de ojos azules y muy pecoso. Era la bondad personificada. Había vivido siempre en el campo y se había identificado no sólo con los trabajos campestres, sino con todos los nativos del lugar. Vestía a la usanza entrerriana, con grandes bombachos, faja de lana tejida, bota alta de cuero de potro, camisa de buena tela y un pañuelito anudado al pescuezo. Hablaba como paisano y mateaba tanto como ellos. Solía sentarse sobre una calavera de vaca y conversaba con los peones de una manera agradable y sencilla. A veces se quedaba mirando el cielo y, sentenciosamente, decía: «Mañana va a llover.» Cuando le preguntaban cómo lo sabía, con aire distraído contestaba: «Cantó el gallo a las doce de la noche.» Hablaba de sus conocimientos campestres sin afectación.

Estaba casado con mi cuñada Edelmira de la Serna y tenía entonces dos hijos casi de la misma edad del mío: Ernesto Moore y Juan Martín Moore. El primero un año mayor que Ernesto y el segundo un año menor. Los tres andaban siempre juntos. Amigos inseparables, de muy pequeños peleaban por cualquier motivo, tal sucede con todas las criaturas.

Ernesto Moore padre adoraba a sus hijos, pero quería que se criaran como hombres, tal cual lo habían criado a él; no quería que fueran «nenes de mamá». Sus hijos, desde muy chiquitos, andaban con sus bombachitas y botitas de paisano.

Ernesto, mi hijo, muchas veces solía pelear con el mayor de ellos y comenzaba a patadas y puñetazos. Inmediatamente se unía el menor y entonces eran dos contra uno. Naturalmente yo intentaba separarlos, pero el inglés Moore me decía con un tonito «cachador»: ⁴⁰ «Dejalos pelear, que así se hacen hombres.» A mí no me caía mal eso de que los chicos se hicieran hombres peleando, pero lo que me sentaba muy mal era que tuvieran que pelear siempre uno contra dos, y lo que me caía peor era que el «uno» siempre fuera mi hijo.

Por supuesto los Moore llevaban la mejor parte, y su padre miraba la escena embobado.

Un día decidí aleccionar a Ernestito. Estaba cansado de

40. Bromista irónico.

ver cómo los dos críos se aprovechaban y se unían contra él. Le dije: «Mirá, cuando se te vengan de a dos, cazás al primero que tengas a mano y te le prendés como puedas, a trompazos, a patadas y si se te viene el otro, a mordiscos, porque ellos pelean en yunta.» Y así fue.

En la primera oportunidad comenzó la fiesta y, como siempre, el inglés Moore decía «dejalos pelear», mientras alegremente se preparaba a gozar viendo cómo sus hijos zurraban al mío. Pero esta vez se dio la vuelta a la tortilla: Ernesto, cuando vio que se le venían —como hacían siempre— los dos juntos, se le prendió con los dientes de una oreja al mayor. El chico chillaba a todo pulmón pero Ernestito no aflojaba el mordisco. Entonces el padre quiso intervenir para separarlos. Yo me interpuse diciendo: «Dejalos pelear, ¡que se hagan! hombres!»

El chico gritaba y sangraba por la oreja, y el padre se desesperaba; quizá entonces comprendió la injusticia de la pelea desigual.

Se armó un alboroto en su casa, mi concuñado se quedó bastante serio conmigo, pero desde ese día los hermanos Moore no provocaron más a Ernestito gracias al tarascón que por poco deja a uno de ellos con una oreja menos.

*Portela, pequeña estanzuela de mi madre
donde Ernesto pasó muchos veranos*

Nuestra vieja casona de Portela, en el partido de Baradero, fue edificada por mi padre en un campo de propiedad de mi madre y que fuera de sus antepasados. Se comenzó a construir en el año 1910.

Era una casa grande, con amplias habitaciones. Tenía un comedor que más parecía una sala de conferencias, además once dormitorios y varios baños. Tenía capacidad para albergar mucha gente y por tal motivo, durante los meses de verano, se convertía en un verdadero hotel.

Mi madre sentía adoración por esa estanzuela que era parte de la estancia grande que fuera de su padre. Cuando ella llegó de California, a los doce años, fue a vivir a San Patricio, que así se llamaba aquella estancia. Su padre, don Francisco Lynch, exiliado en los Estados Unidos de Norteamérica en tiempos de la dictadura del general Rosas en la República Argentina, al volver al país se hizo cargo nuevamente de su propiedad. Ésta se componía de una gran extensión de campo con ganado vacuno y caballar, y además muchos rebaños de ovejas.

En aquella época en la Argentina la agricultura sólo se

producía en la medida necesaria para atender las pequeñas necesidades de consumo; el ganado vacuno y caballar se criaba en el campo y el trabajo de los estancieros consistía en mantener sanos a los animales para engordarlos y venderlos a los mataderos o en las ferias.

Las casas de los dueños de las estancias eran bastante precarias y las de los peones mucho más precarias aún.

El trabajo armonizaba con el aspecto físico y social del país, que vivía casi exclusivamente de los productos que se obtenían en el campo. Las industrias se encontraban sólo en las grandes ciudades donde proliferaba el comercio.

Se exportaba ganado vacuno vivo y ya sacrificado y también se exportaba cuero en grandes cantidades.

Se importaba, entre otras cosas, todo lo necesario para las viviendas.

En términos generales ésta era la fisonomía de nuestro país a mediados del siglo pasado. Nuestro campo formó el carácter de los hombres que vivían en su ambiente, donde adquirieron esa característica física que se convirtió después en su idiosincrasia social, que a su vez fue determinante en el desarrollo posterior de la República Argentina.

Mi abuelo, como buen descendiente de irlandeses, tenía un gran amor por la tierra que lo había visto nacer. Desde muy joven se dedicó a la ganadería y llegó a ser un verdadero conocedor de las labores campestres.

Se comprende así el amor que tenía por su propiedad, amor que heredó mi madre, que lo tengo yo y que lo tienen mis hijos. Este pedazo de tierra que aún poseemos es para todos nosotros un lugar sagrado.

Mi abuelo, cuando volvió a la Argentina, se radicó como ya he dicho en la estancia San Patricio distante de Portela unos cinco kilómetros. Mi madre, que entonces tenía doce años, acompañaba a mi abuelo en sus ocupaciones campestres recorriendo los puestos, revisando la hacienda y tomando parte en las faenas cotidianas.

Estos campos y sus pobladores están admirablemente descritos en un libro de un gran escritor argentino, Ricardo Güiraldes, titulado *Don Segundo Sombra* y que hoy tiene fama universal.

Lo que Güiraldes describe son los campos y ambientes en donde vivieron mis abuelos, mi madre y también nosotros. El almacén de La Blanqueda y el viejo puente del río Areco quedan sólo a nueve leguas de nuestra casa de Portela. Mi hijo Ernesto conocía perfectamente toda esa zona.

Ha tenido para mi familia esta pequeña estanzuela una gran importancia en lo que se refiere a nuestro amor por el campo. Este pequeño oasis donde nosotros nos refugiábamos todos los veranos, y donde con el tiempo también nuestros hijos pasaron largas temporadas, tenía una atracción parti-

cular. Yo no sé si era la vieja casona cargada de recuerdos o ese ambiente tranquilo, casi monacal de la Granja Santa Ana, como la llamábamos en aquella época; o si sería quizá ese cariño que se va transmitiendo de padres a hijos, lo que hacía que para nosotros Portela fuera un lugar casi venerable. Era el vínculo, el lazo de unión entre aquellos que fueron mis antepasados y nosotros y nuestros hijos, y también quizá nuestros nietos.

Lo cierto es que aquellos de nosotros que vivíamos en la capital federal, encontramos allí un lugar tranquilo, lejos del ajetreo de la vida bulliciosa de la gran metrópoli; lejos de la intoxicación por gases, lejos de todos los ruidos. Los nerviosismos que supone la vida de las grandes urbes, las responsabilidades y preocupaciones venían a morir apenas se terminaba el asfalto y comenzaban los caminos de tierra.

La casa que edificó mi padre se conserva aún. Hoy tiene otro aspecto, un aspecto desolado y triste. Los revoques estropeados, la pintura deteriorada y un gran vacío en todas partes. Como en todas las casas deshabitadas, el silencio sobrecoge al que las visita y este silencio parece aumentarse ante tantos árboles de sombra que la rodean. Hoy esta casa tan pegada a mi niñez tiene algo de museo y sin embargo para nosotros volver a Portela nos encanta, parecería como que volviéramos a vivir lo que se fue y nos ausentáramos del presente.

En la estancia de mi madre, como ya he dicho, en verano se reunía mucha gente. Parecía más que una estancia, una bullanguera casa de hospedaje.

Recuerdo aquellas salidas a caballo en tropel, diez o quince jinetes, galopando por aquellos campos, a veces en los corrales se efectuaba alguna yerra que terminaba en una fiesta con un ternero asado y un buen vino.

En el campo de mi madre también se hacían tareas agrícolas; se recogía el maíz, se cortaba el pasto y se emparbaba. Los rastrones pasaban cargados con alfalfa, trigo y lino. Todos los años las grandes trilladoras desgranaban y embolsaban el cereal recogido. Los caminos que llegaban al pueblo se atestaban de grandes chatas que iban y venían a la estación del ferrocarril, cargados de sacos.

Los boliches se llenaban de gente cuya única diversión era escuchar algún gramófono y echarse un trago en los mostradores. Muy a menudo los tragos terminaban a cuchilladas. Así era la pequeña «estancia» de mi madre en Portela y su ambiente, en tiempos en que allí se reunía toda mi familia.

En la estanzuela de Portela —muchos años después— mi hijo Ernesto supo cómo las perras daban de mamar a los cachorros, cómo se faeneaba un chancho, cómo se ordeñaba una vaca.

Allí aprendió a fabricar manteca y queso, a curar la ubre

de un animal. También oyó los díceres lugareños: «que si se derrama la leche cuando está hirviendo, se agrieta el pezón de la vaca» y que para curar un animal «agusanao» había que colgarle un sapo del cogote o «dar vuelta la pisada» que quedaba en la tierra.

Allí aprendió también cómo se voltea un animal vacuno, cómo se le castra, cómo se le descuerna y se le marca. Y sintió el olor a cuero quemado cuando el hierro al rojo vivo se estampaba en los cuadriles y escuchó el mugido de dolor de la bestia. Y vio enlazar el potro, traerlo al palenque y maniarlo. Y vio tantas veces ensillar un animal, poniéndole desde la «sudadera» hasta los «cojinillos» y al paisano que de un salto se ponía a horcajadas en el potro, dejándolo corcovear y a talerazo limpio salir por esos campos.

Vio rasquetear, cepillar y tusar a la criolla y aprendió a sacar los nidos de los palomares y a manejar las incubadoras y a conocer y distinguir las razas de gallinas. Y también pudo probar allí los dulces que con las frutas de los montes fabricaba su abuela en las viejas y relucientes ollas de cobre.

Allí pudo empaparse en la vida campestre y conocer el alma del paisano adherido a su tierra. Pudo verlo encorvado sobre la manquera del arado o en las tareas rurales, sobre su pingo, atravesar las pampas al tranco o al galope, siempre parco y estoico, pero siempre severo con él mismo, llevando como única bandera su hombría y su honradez.

Todo esto tal vez ya está un poco lejos, pero no hay duda que influyó en el carácter del que más adelante fue el «Che Guevara». He distraído la atención del lector, porque considero que no se podría hacer la verdadera semblanza de su persona sin antes describir el ambiente donde nació, se crió y se desarrolló.

Desde que Ernesto era una criatura, le encantaba estar con mi madre, y esa amistad duró mientras ella vivió. Ernesto pasaba largas horas en su compañía escuchando relatos de su niñez, de su vida en California, de sus correrías a caballo en compañía de su padre, por estas mismas praderas, pero en tiempos en que no había ni caminos ni alambrados —a campo traviesa—, pernoctando muchas veces en el rancho de algún puestero.

Ernesto conocía mucho mejor que yo y que mis hermanos cómo fue la vida de mi madre, a quien tanto quiso.

Ella conservó siempre el amor por la vida al aire libre. Cuando hablaba con Ernesto de California, donde había nacido, no hablaba de la ciudad de San Francisco, hablaba de los campos floridos, de las colinas de densas arboledas. Siempre tuvo pasión por la naturaleza.

En Portela le gustaba caminar por entre las hileras de los árboles frutales, de los paraísos o de los eucaliptos; llegaba hasta los maizales a recoger choclos o andaba entre los cam-

pos de alfalfa o de lino. Le encantaba estar en los corredores de la casa, donde la vista podía perderse en las grandes extensiones. Su mejor regalo era salir por las tardes en la «americana» de cuatro ruedas y recorrer las cuadras llenas de animales.

Ernesto heredó de mi madre este amor por la naturaleza, la que jugó un papel tan importante en su vida y de la que tanto aprendió al tratar de dominarla.

Portela atrajo siempre a mi familia. Mi madre tenía especial adoración por aquel pedazo de tierra y por aquella casona y Ernesto que tenía adoración por su abuela heredó de ella el cariño por esa propiedad.

Cuando era muy chico corría por las amplias habitaciones bajo la mirada vigilante de mi madre y de mi hermana Beatriz, o se disparaba en su cochecito por los grandes corredores. Todas las mañanas le ensillaban un petiso que estaba atado en el palenque a su disposición. A él le encantaba montar a caballo y recorría no sólo el pedazo de campo que nos pertenecía sino que iba a los puestos vecinos donde tenía sus amigos.

Es comprensible que aquella pequeña estancia atrajera tanto a mi hijo Ernesto. Cuando era chiquito las diversiones eran muchas: ayudar a ordeñar las vacas, recorrer los gallineros dando de comer a las aves, desnatar la leche, hacer manteca, preparar los quesos, escapar hacia el monte donde había toda clase de fruta madura. Cuando fue más grande llevaba sus amigos y pasaban temporadas en la apacible calma de Portela. Siendo ya casi un hombre cuando regresamos de Córdoba a Buenos Aires Ernesto viajaba continuamente a la estanzuela, viajes que para él se habían convertido en una verdadera necesidad.

Y las visitas a la vieja casa de mi madre se extendieron hasta el año en que salió de Buenos Aires para recorrer América.

Hoy todavía la gente del lugar lo recuerda con verdadero cariño.

Viajes por el delta del Paraná durante la infancia de Ernesto

En contraposición con nuestro litoral oceánico, de más de cuatro mil kilómetros de largo, con malos abrigos para la navegación, nuestro país posee ríos navegables para barcos de gran calado, y por supuesto también de pequeño calado, que ofrecen al curioso oportunidad de conocer preciosas regiones, que tienen además la atracción de ser muchas de ellas

poco o casi nada habitadas y donde quien surca las aguas de esos ríos puede recrearse y encontrar una paz absoluta.

Dos grandes ríos corren paralelos de norte a sur, formando lo que se llama la Mesopotamia argentina. Son el Paraná y el Uruguay. El primero, después de cruzar inhóspitas regiones del Brasil, sirve de límite entre la Argentina y el Paraguay. Este caudaloso río, antes de desembocar en el mar, forma con el río Uruguay el famoso estuario conocido como Río de La Plata, que llega a tener un ancho de doscientos setenta kilómetros cuando desemboca en el mar.

El Paraná y el Uruguay forman antes de su confluencia lo que se llama el delta. Es una V enorme que abraza una gran extensión de islas e islotes, zonas inundables y boscosas, atravesada por un verdadero dédalo de pequeñísimos arroyos y arroyuelos, intrincado laberinto que sólo conocen bien los prácticos del lugar. Es el Mekong argentino. Y mientras más se adentra el viajero en estas maravillosas tierras, más despobladas están y sus moradores, dada la seguridad que tienen de escapar a la policía, son muy a menudo delincuentes con cuentas pendientes con la justicia. Viejos cuatrerros o gente pendenciera buscada por los milicos se internan en esas zonas donde se ocultan con bastante seguridad. Algunas veces las grandes avenidas de agua que cubren todo el delta obligan a los pobladores a guarecerse en otros lados.

Allí abunda la caza y la pesca y las islas están cubiertas de bosques naturales y de plantaciones. Sus pobladores se dedican especialmente al corte de madera y al cultivo de frutales y se les llama isleros o isleños.

A todas estas islas se llega fácilmente por medio de lanchones y lanchas. El tránsito en las grandes vías de agua es permanente y en los días de verano mucha gente turista recorre parte del delta del Paraná con sus yates.

Por estos ríos, arroyos y arroyuelos, en un barco de mi propiedad que se llamaba *Ala* y con otro más pequeño que se llamaba *Kid*, hemos cubierto en familia grandes distancias, acompañados de mi hijo Ernesto y de mi hija Celia. Allí aprendió él a manejar el timón, a remar, a pescar, a orientarse entre las arboledas. Para él siempre fueron un deleite las excursiones que a veces duraban varios días en los alrededores de San Isidro y dentro siempre del delta del Paraná. Eran excursiones de fin de semana, pero suficientes para poder descansar del nerviosismo que impone la ciudad de Buenos Aires.

Solíamos navegar también con mi cuñado Martínez Castro, mi hermana María Luisa y sus hijos. Con ellos también nos hemos internado en muchos lugares vecinos del río Paraná.

Algunas veces, cuando disponíamos de tiempo, llegábamos hasta cerca de la laguna de San Pedro, distante doscientos kilómetros de la capital. Cuando salíamos con mi barco llamado *Ala* lo hacíamos cómodamente, porque era una embar-

Corría el mes de diciembre de 1958 y en los últimos días de este mes las noticias presaglaban el derrumbe de la dictadura de Batista, pero faltaba aún la caída de la ciudad de Santa Clara para dejar expedito el camino hacia La Habana. (El Che en la toma de Santa Clara.)



El 1.º de enero de 1959 los comandantes Cienfuegos y Guevara, en una sola operación, cerraban sus pinzas sobre La Habana en la cual entraban poco después con su pequeño ejército que arrastró con su entusiasmo y su coraje a gran parte de la población de la isla. (En la foto, a la izquierda del Che, Camilo Cienfuegos.)



cación de doce metros de eslora y un camarote con cinco camas, pero cuando lo hacíamos en la *Kid* o en el barco de mi cuñado íbamos siempre mucho más apretados. Estas lanchas tenían una sola cabinita con cuatro cuchetas y a veces allí teníamos que dormir ocho personas. Pero estos inconvenientes, para los chiquillos eran parte de la diversión. La vida al aire libre, las tormentas, las alternativas de la navegación no exentas de peligro, la arboleda, la pesca, los cantos de los pájaros y los baños en el río. Todo esto formaba una trama que para los grandes se hacía inolvidable, pero para los niños llegó a ser un factor más en su formación.

La vida a bordo tiene algo muy atrayente para quien se acostumbra a ella. No olvidaré con qué entusiasmo los chicos preparaban sus anzuelitos para pescar desde el barco y con qué alegría sacaban algún pescado del agua. Ernesto era muy chiquito, pero cuando conseguía que le prestasen el timón del crucero se sentía orgulloso y feliz. De más está decir que todas las faenas que se hacen a bordo le fascinaban. La limpieza del barco, el armado de las carpas, la preparación del chinchorro, el ordenar cabos y anclas, el preparar salvavidas y, especialmente, ver cómo se cocinaba en aquellas extrañas cocinitas giroscópicas.

El tambucho con todos sus cachivaches, el camarote con sus mil recovecos, los planos, la brújula, los farolitos de posición, la mesa extensible, el *water closet* especial; todos eran detalles que alucinaban a los niños.

En ocasiones, después de esquivar obstáculos buscando canales y evitando la varadura, nos metíamos por alguno de los tantos canalitos que dividen las islas y bajábamos a tierra en cualquier lugar de la costa y allí montábamos un *picnic* o simplemente nos echábamos a dormir.

Cuántas veces, atracado el barco a la orilla, comenzaban las zambullidas en las aguas de los ríos o la toma del sol en la cubierta.

Los paseos acuáticos fueron para Ernesto parte de su niñez, como lo fueron para mí de mi juventud. No podré olvidar nunca los gratos momentos pasados navegando, como tampoco creo que mi hijo habrá olvidado jamás los ratos felices pasados surcando las aguas del delta del Paraná.

Creo que todo aquello que fuera un deleite en la vida de una criatura no sólo no se olvida, sino que supone los pilares en que se apoya la formación psíquica del hombre. Por eso me detengo en estas narraciones, porque creo que como fueron para mí factores importantes en mi formación de adulto, también lo fueron para Ernesto.

Inconscientemente jamás quise desligarme de los barcos y de la navegación, a pesar de que tuvimos que irnos muy lejos del mar y de los ríos navegables a vivir en sitios donde las montañas imponían su grandeza. Como compensación, cada

vez que bajábamos a Buenos Aires, con algún pretexto, volvíamos a dar unas vueltitas por el río Luján, el Capitán o el Paraná.

Recuerdos de cómo comienza el asma de Ernesto

Yo había regresado de Misiones para trabajar en el Astillero Río de la Plata, el cual teníamos en sociedad con mi pariente y amigo de la infancia Germán Frers. El astillero estaba ubicado en San Fernando, localidad cercana a la capital federal y vecina de la ciudad de San Isidro, donde para mayor comodidad alquilé una pequeña casa a mi cuñado Martínez Castro. Los fondos de mi casa daban a los fondos de su casa, a la que se consideraba como una reliquia colonial, donde había un frondoso parque. Nosotros teníamos la ventaja de poder usar como nuestro ese gran jardín arbolado donde diariamente jugaban mis hijos en compañía de otros muchos chicos, y donde bajo un gigantesco pino jugaba todos los días Ernestito, a quien cuidaba Carmen Arias, mientras en su sillita de bebé tomaba el sol mi hija Celia. Mi hermana María Luisa y mi cuñado Martín tenían tres hijas que fueron para mi hijo como tres madrecitas. Menina, la mayor, le llevaba a Ernesto catorce años.

Nos gustaba mucho bañarnos en el río y en verano lo hacíamos casi todos los días en las playas del club náutico San Isidro. Una fría mañana del mes de mayo y además con mucho viento, mi mujer fue a bañarse al río con nuestro hijo Ernesto. Llegué al club en su busca para llevarlos a almorzar y encontré al pequeño en traje de baño, ya fuera del agua y tiritando. Celia no tenía experiencia y no advirtió que el cambio de tiempo era peligroso en esa época del año. En nuestro país son muy comunes estos bruscos cambios de temperatura.

Cuando llegamos a nuestra casa ya no andaba bien Ernesto y esa noche comenzó a toser.

Yo nunca había presenciado un ataque de asma y cuando lo noté con bronquitis y fatigado llamé a un viejo vecino nuestro —el doctor Pestaña—, quien no le dio demasiada importancia a la enfermedad y diagnosticó bronquitis asmática sin complicaciones, conectando este ataque con una vieja neumonía que Ernesto había contraído en la ciudad de Rosario, a los pocos días de nacer. Dos años después, tal vez el frío había desatado el ataque. Le recetó lo corriente en aquella época: calor, jarabes con adrenalina, cataplasmas y otros paliativos.

Ernesto mejoró, pero el asma, aunque aliviada, no desapareció.

Este ataque le duró varios días. El doctor Pestaña comenzó

a preocuparse por su persistencia. Por fin mejoró bastante, pero en cuanto se le descuidaba en el abrigo, o por cualquier otro motivo, le volvían los ataques asmáticos.

San Isidro está situada sobre la costa del Río de la Plata y por tal motivo es una localidad muy húmeda. Tal vez esto influyera en que allí el chico nunca se pusiera bien totalmente.

El asma se le iba haciendo crónica y para nosotros comenzaba a ser como una maldición. Lo llevamos a Buenos Aires y allí lo trataron varios especialistas; le sacaron varias radiografías y le hicieron muchísimos análisis. Los resultados fueron negativos. Para los médicos Ernestito tenía una bronquitis asmática perseverante y no otra enfermedad.

Comenzó nuestro «vía crucis». No podíamos oírlo hipar y no habiendo atendido jamás a un asmático, mi mujer y yo nos desesperábamos. Además de todos los medicamentos que le dábamos, de noche quemábamos en el dormitorio papelitos Andrews, muy en boga entonces. Llenábase el cuarto de humo, pero el chiquito seguía igual.

Así, probando toda clase de remedios: pastillas, jarabes, inyecciones, fuimos comprobando que hasta el momento los médicos no habían conseguido cortarle los ataques.

Ernesto se iba desarrollando con ese temible mal encima y su enfermedad comenzó a gravitar sobre nosotros. Celia pasaba las noches espiando su respiración. Yo lo acostaba sobre mi abdomen para que pudiera respirar mejor y, por consiguiente, yo dormía poco y nada.

Cuando Ernesto apenas comenzaba a balbucear alguna que otra palabra, decía: «papito, inyección» en el momento en que el asma se le acentuaba. Esto da la medida de cuál sería su sufrimiento al no poder respirar con libertad; los niños tienen terror al pinchazo y él, en cambio, lo pedía porque sabía que era lo único que le cortaba los accesos.

Para las personas sensibles, tener que soportar casi a diario ver sufrir a un hijo con un mal que, aunque no era grave, era casi continuo, es algo que destroza los nervios. Nunca pude acostumbrarme a oírlo respirar con ese ruido particular de maullidos de gato que tienen los asmáticos,

Mientras tanto Ernesto iba creciendo con su mal auestas. Unas veces empeoraba y otras veces tenía períodos de mejoría, pero el espectro del asma estuvo siempre presente en mi hogar.

Toda nuestra vida fue cambiando en concordancia con las necesidades de encontrar un clima apropiado para nuestro hijo. El asma es una enfermedad caprichosa y todos los asmáticos tienen características diferentes. Lo que a uno le hace mal, a otro le puede hacer bien; es cuestión de sensibilización. Allí los pronósticos fracasan. Muchas veces un asmático se siente afectado por tal o cual comida, pero sólo por un tiempo y más adelante otras comidas le hacen mal y las primeras —ya

inmunizado— no le hacen ningún daño. Yo veía que nuestro hijo se iba desarrollando penosamente y que se iban agotando las pruebas.

En Misiones tenía en producción un yerbal, que era mi principal fuentes de ingresos. Aquello era muy húmedo, hacía mucho calor, con muchos cambios de temperatura y además una vegetación demasiado frondosa. Todo esto era realmente lo peor para un asmático. Yo no podía volver allá con mi familia. Descartado Misiones hubiéramos querido vivir en Buenos Aires, porque allí teníamos nuestras familias y mis ocupaciones. Cuando recapacitamos y nos dimos cuenta que lo único razonable era buscar otro clima, escuchamos las palabras de nuestro médico y amigo el doctor Mario O'Donnell, quien siempre nos aconsejaba buscar un clima propicio en vez de tantos medicamentos.

Quiero explicar aquí una característica del asma de Ernesto. Todos los médicos que lo vieron dijeron que muy pocas veces habían atendido un enfermo con un asma tan aguda y algunos dijeron que en un niño jamás la habían visto. Nos habíamos acostumbrado a oír hablar de asma y a ver asmáticos y pudimos constatar que en los asmáticos que conocimos los ataques no tenían ni lejanamente la intensidad de los que torturaban a nuestro hijo.

Comenzamos a cambiar de viviendas

En los corredores de la vieja casona de Martín solíamos pasar largas horas en compañía de su familia y Ernestito pasaba de mano en mano; todos lo querían y mimaban mucho. Él tuvo siempre una marcada predilección por su tía María Luisa y por toda su familia. Fue en esa casa de la calle Alem donde comenzó a sufrir los primeros ataques de asma y quizá la vegetación y la humedad proveniente del Río de la Plata activaron estos accesos. Lo cierto es que en aquella casita fue donde Ernesto tuvo los períodos más bravos de asma. En ella vivimos cerca de dos años.

Yo no quería mudarme, pero en vista de que nuestro niño allí no sólo no mejoraba sino que empeoraba resolvimos cambiarnos a la capital federal y alquilamos un departamento en un quinto piso en la calle Bustamante esquina Peña. Con esta mudanza empezó el lento peregrinaje buscando mejor clima para la criatura.

Abandonamos San Isidro con todo sentimiento. Ya nos habíamos acostumbrado a esa zona donde además vivía mi hermana Maruja con toda su familia.

En la calle Bustamante tampoco anduvo Ernesto bien.

Mejóro algo, pero siguió con su asma a cuestas. Y comenzaron las consultas con médicos y el cambio de medicamentos, y mientras él se defendía de su enfermedad, Celia iba creciendo y por fortuna sin ningún problema asmático.

En aquel departamento de la calle Bustamante nació mi hijo Roberto, ya éramos cinco de familia y había que pensar en una casa más grande. La gran ventaja de ese departamento era su ubicación, pues quedaba a cinco manzanas de los paseos y calles arboladas del bosque de Palermo, adonde Carmen todos los días cargando con los chicos pasaba unas horas al sol. Siempre que pude hacerlo los transportaba en mi auto a los lagos de Palermo, allí alquilaba una bicicleta pequeña y con toda paciencia le enseñaba a Ernesto a andar en ella. Era una gloria verlo pedalear cuando apenas con sus piecitos llegaba a los pedales.

Cuando el tiempo lo permitía solíamos llevar a los chicos a pasear a la quinta de los Gamas situada en los alrededores de Morón. En aquella quinta propiedad de unos amigos de Celia, Ernesto y sus hermanos solían pasar varias horas tomando el sol y al aire libre.

Ya el asma de Ernesto comenzaba a coartar nuestras decisiones. Cada día imponía nuevas restricciones a nuestra libertad de movimientos y cada día quedábamos más a merced de aquella maldita enfermedad. Recuerdo con orgullo la tenacidad con que mi mujer y yo encaramos la defensa contra ésta. Teníamos esperanzas de encontrar un médico que lo sanase o algún medicamento que cortase los ataques, pero descartados médicos y medicamentos empezamos a pensar en el cambio radical de clima. Había que salir de Buenos Aires y de su pésimo ambiente para los asmáticos. Nuestras miradas se dirigieron a las montañas: Mendoza, Tandil, Córdoba..., nuestro destino ambulatorio estaba escrito.

Cortando amarras

Un buen día nos decidimos y cortamos amarras. Tomé pasajes en un tren para toda mi familia, con destino a Córdoba. Yo nunca había estado en esta provincia, pero los médicos aconsejaban su aire seco por su altura.

El día que debimos viajar tuve que terminar varios asuntos urgentes y decidí que mi mujer se fuera con los chicos; yo iría unos días después, pero al despedirlos encontré a Ernesto tan mal que subí al tren y viajé con ellos hasta Córdoba. No llevaba equipaje. Esa tarde había comprado zapatos y mandado los viejos a mi casa. Los zapatos me venían chicos y sólo lo advertí en pleno viaje.

A la mañana siguiente no podía calzarme. En cuanto bajamos del tren tomamos un automóvil y lo primero que hice fue ir a comprar otro par. Así fue mi entrada en la ciudad de Córdoba. Con los pies doloridos, llevando un chico enfermo y con toda la familia a cuestas. Naturalmente, no podía estar muy contento.

Me habían recomendado el hotel Plaza y allí fui a parar. Lo recuerdo como si fuera hoy.

Tomé un departamento para todos nosotros y abrí las ventanas que daban a la plaza San Martín. Entró un aire seco y se inundaron las habitaciones de sol. Enfrente se ofrecía a nuestra vista el espectáculo de una plaza con una verde arboleda tras la cual se asomaba la vieja catedral jesuítica de la ciudad de Córdoba.

Cuál no sería mi sorpresa al notar que Ernesto en ese momento ya no tenía asma. Se sentía el cambio de clima. Ni una nube en el cielo. Una diafanidad que jamás se presentaba en Buenos Aires. La noche anterior durante el viaje, Ernestito no había podido descansar debido a su fatiga, y ahora respiraba a pleno pulmón.

Muche gente me preguntó posteriormente por qué razones me quedé a vivir en Córdoba y a todos les contesté más o menos de la misma manera: qué otra cosa iba a hacer si allí había encontrado el sitio donde Ernesto podía respirar a sus anchas.

Ese mismo día decidimos buscar dentro de la capital o de los alrededores un lugar donde afincarnos. El cambio operado en el chico nos había vuelto optimistas y creíamos que la curación ya era completa y definitiva. Comencé a hacer castillos en el aire con respecto a mi próximo regreso a la capital federal, donde había dejado mis amigos, mi trabajo, y parte de mi familia. La suerte quiso que las cosas no fueran así; si bien es cierto que Ernesto, en el clima cordobés, tenía lapsos que podían considerarse como de ausencia total del asma, en cambio había otras temporadas en que esta enfermedad se ensañaba en la pobre criatura.

Debimos regresar a Buenos Aires, pero a poco de estar en ella, tuvimos que salir disparados de nuevo a Córdoba.

En esta capital atendió a mi hijo por primera vez el doctor Soria, quien después sería su médico de consulta. Era un extraordinario pediatra y hombre para quien la medicina debía ejercerse como un sacerdocio. Nos decía que teníamos que permanecer algún tiempo en el clima cordobés, antes de dar por curado a Ernesto y cuando le preguntábamos cuánto tiempo duraría esa cura, piadosamente nos fijaba una fecha próxima para nuestro regreso a Buenos Aires.

Alquilamos una casa en la localidad de Argüello donde Ernesto lo pasó muy mal porque el asma se le agudizó. Un viejo amigo, el doctor Fernando Peña, continuamente me elo-

giaba el clima de Alta Gracia (pequeña ciudad cercana a Córdoba) levantada al pie de las Sierras Chicas, y en donde él residía desde hacía muchos años.

Estábamos desmoralizados; la gran mejoría que Ernesto había logrado en Argüello se redujo a nada. Los cuatro meses que nos habían anunciado como tope para nuestra estancia en Córdoba se iban alargando y seguramente se seguirían alargando y se convertirían en quién sabe cuánto más. Veíamos cada vez más lejano nuestro regreso a Buenos Aires. Estábamos desorientados. Personalmente me sentía inestable, como en el aire y sin poder concretar nada.

En este ambiente psíquico decepcionante decidimos seguir buscando un lugar propicio para el asma de Ernesto y atendimos el consejo del amigo Peña y nos mudamos a Alta Gracia, donde la familia sentó sus reales por espacio de once años.

Tercera parte

ALTA GRACIA

La biografía de una persona jamás será completa, si no se describe el ambiente físico y social en que ha vivido.

Mi hijo Ernesto vivió en Alta Gracia desde los cinco años hasta los dieciséis. Toda su niñez y toda su adolescencia.

Lo escrito más adelante podrá aparecer como una dislocada sucesión de elementos aislados que describen: paisajes, incidentes, amigos, estudios, peleas, diversiones, enfermedades, pero con todos estos relatos espero bosquejar un conjunto que en síntesis me sería muy difícil expresar.

Dejo al lector el deleite o el trabajo mental de armar la estructura de estos desordenados elementos primarios, mediante los cuales podrá comprender cabalmente cómo se desarrolló la infancia de Ernesto Guevara, teniendo como marco natural aquellos lugares serranos.

El asma de Ernesto incide sobre la vida de mi familia

Habíamos llegado a la ciudad de Alta Gracia, después de haber pasado unos meses en la localidad cordobesa de Argüello, de donde tuvimos que salir rápidamente porque Ernesto vivía allí en un continuo ataque de asma.

Nuestra experiencia primera la hicimos en el hotel de La Gruta, ubicado al pie de los primeros cerros, donde Ernesto pasó una temporada muy buena, tan buena que estimuló nuestras esperanzas de que el clima de montaña de Córdoba terminase con su mal.

Desde el hotel de La Gruta nos mudamos a una casa en la villa Carlos Pellegrini, situada muy cerca, en la falda de la montaña. A esa zona le llamaban la gente del lugar «el alto»

en contraposición con la ciudad vieja a la que llamaban «el bajo».

Alta Gracia representaba para nosotros más seguridad. Aunque los ataques de asma no se le cortaron totalmente a Ernesto, pasaba temporadas en que el mal no aparecía y en esos lapsos se recuperaba rápidamente. Podía ir a la escuela, jugar con los chicos, lo que equivalía a potrear por todas las cercanías y bosquecillos que circundaban nuestra casa y cuando llegaba el verano, llegaba para todos la época de nadar en los arroyos y en las piletas,¹ deporte que para él fue muy beneficioso.

Pero nosotros no nos hacíamos ilusiones con respecto a la curación de su enfermedad. Si bien es cierto que en Alta Gracia podía integrarse al grupo de chicos de su edad que hacían vida al aire libre, también es cierto que a largas temporadas vivía inmovilizado y sufriendo por la bronquitis asmática, que cuando lo cogía lo abatía completamente.

Para Celia y para mí la vida en aquella ciudad no tenía otro interés que el de procurar alivio o cura al mal de nuestro hijo. Yo allí me sentía anulado y preso. No podía aguantar aquella vida entre la gente enferma o entre los que acompañaban a los enfermos.

Tanto Celia como yo teníamos el pensamiento puesto en la vuelta a Buenos Aires. Para nosotros —aunque no fue así— Alta Gracia era un sitio para estar de paso, pero lo cierto es que para mi hijo era el único lugar donde hasta entonces había podido pasar temporadas completamente bien.

Yo hubiera dado mil veces mi vida con tal de que se sanara. A mi mujer le pasaba exactamente lo mismo.

Cuando mejoraba lo veíamos tan lleno de entusiasmo, tan deseoso de ser un chico como todos, de poder correr, trepar, comer lo que quisiera y dormir plácidamente como los demás. Pero el pobre tenía temporadas en que lo pasaba jadeando, siempre con fatiga, con su corazoncito a toda velocidad y su pecho de pollo subiendo y bajando.

Yo sabía que estos ataques en Alta Gracia eran transitorios y en cambio en Buenos Aires eran permanentes. Él allí podía vivir quizá mejor que en ninguna otra parte y en las temporadas buenas, cuando mejoraba, mejoraba también todo el clima familiar. Entonces nuestra casa se llenaba de alegría.

Mientras tanto, yo iba adquiriendo una profunda neurastenia. Mi mujer en cambio tenía más carácter que yo y si a ella también la invadió, por lo menos nunca lo dejó ver.

Entonces yo tenía treinta y cuatro años, era fuerte y sano, había hecho siempre una vida activa y practicaba deportes. Me apasionaban las excursiones acuáticas. Todo esto había quedado ya muy lejos.

1. Piscina.

Tanto a mi mujer como a mí nos gustaba mucho leer y estar al tanto de las últimas noticias, pero allí ambos estábamos atiborrados de lectura. Cuando caía el sol, en aquel sanatorio (así podía llamarse a ese lugar) todos comenzaban a reposar, quietud que imponía la tuberculosis. Sólo un pequeño grupo de trasnochadores se reunía en el hotel principal y allí mataban las horas bebiendo o jugando a las cartas o conversando en corrillos sociales.

Para mí el hotel no tenía ninguna atracción; esa vida de club no me interesaba, en cambio me deprimían los que allí vivían obligados por su enfermedad.

Siempre fui noctámbulo y comenzaba a sentirme bien después que caía el sol. Pero a veces me sentía tan solo en la noche que solía caminar entre los cerros o subía a mi pequeña *voiturete* y salía hacia el campo para sentirme vivir. En este clima mi neurastenia fue tomando cuerpo, pero no había más remedio que aguantar. De allí no podía moverme por el momento. Estaba de por medio la salud y la vida de nuestro hijo.

Habíamos probado en él todos los medicamentos conocidos y él había pasado por las manos de los mejores médicos argentinos. Nosotros veíamos desfilan los años y constatábamos que la recuperación se hacía muy lenta, pero nos alentaba saber que los ataques eran esporádicos y siempre tenían un fin y que Ernesto en cuanto podía resollar un poco, con ese carácter que tenía, se largaba a jugar con toda la chiquillada como si fuera un niño totalmente sano.

Tanto Celia como yo nos habíamos convertido en unos «eruditos» en asma. Habíamos leído todo lo leíble y habíamos probado todo lo que se conocía. Al principio se nos decía que en un año estaría sano, después que en dos, luego que a los siete años (época en que los chicos hacían un cambio), y después que cuando llegase a la pubertad, y así íbamos nosotros pasando nuestra vida en Alta Gracia y él su primera infancia, su niñez, y así pasaría hasta su completo desarrollo..., pero esta maldita enfermedad nunca lo abandonó totalmente. La tuvo que soportar en San Isidro, en Buenos Aires, en Córdoba, en Alta Gracia y la siguió teniendo en Cuba, y en los demás países donde estuvo.

Pero entonces no podíamos adelantarnos a los acontecimientos. Ignorábamos que el mal asmático en Ernesto tuviera semejante insistencia. Y mientras tanto, allí estábamos viviendo y no teníamos más remedio que seguir hacia delante.

No sé quién me recomendó (entre tantas cosas que me recomendaron) que comprase un aparato ozonificador del aire y que lo pusiera muy cerca de la cama de Ernesto.

Como si fuera hoy recuerdo una noche de pleno verano, que hacía mucho calor. Yo había colocado la cama de mi hijo en una habitación que daba a una gran galería y frente a su puerta de acceso. Pensaba que así recibiría aire más puro;

mientras tanto, el aparato de ozono largaba continuamente olor a gas, que iba invadiéndolo todo. Para el chico el tal ozono no modificaba en nada su asma. Quizá debido a la tormenta que se avecinaba, estaba sufriendo el comienzo de un ataque.

Yo no podía dormir y estaba sentado en su cama; él tenía una fatiga tremenda, que ya hacía unos cuantos días que le había comenzado.

Era una noche cruel, el cielo se iluminaba con los relámpagos y los rayos, amenazaba hacer eclosión una tormenta que no acababa de reventar. La humedad era muy grande y se daban todas las condiciones climatéricas propias para que el asma se desatase.

Durante la noche yo había seguido el ritmo de su respiración y había llegado al límite de mis fuerzas y pensaba que era más fácil meterse un tiro en la cabeza que seguir sufriendo lo que en ese momento sufría, ante la impotencia de mejorar a mi hijo. Pero no soy cobarde y la reacción vino inmediatamente y vino esta vez y mil veces para desechar lo que no tenía sentido y ponerme en el único carril posible: tratar de seguir probando todo lo conocido para conseguir que a Ernesto se le fuera el asma para siempre.

Muy duro fue para mí salir del pozo. Lo hice gracias a una verdadera fuerza de voluntad que nunca olvidaré. Me tracé un camino del cual no me aparté. Yo era indispensable en mi familia y era indispensable para la salud de mi hijo. Después de probar tantos médicos y tantos medicamentos y climas, con mi mujer habíamos llegado a una conclusión, y era que lo único razonable con relación a la bronquitis asmática de nuestro hijo, que consistía en seguir medicamentándolo, pero escatimándole en lo posible aquellas drogas que le podían hacer daño y además tratar por todos los medios de fortalecerlo mediante tónicos y ejercicios apropiados como la natación, los juegos al aire libre, las subidas a los cerros, la equitación. Así fue como conseguimos que Ernesto diera un importante paso hacia delante.

Pero el paso más importante lo dio cuando en un verano resolvimos pasar una temporada de tres meses en Mar del Plata, ciudad balnearia de nuestro país, en donde en la época calurosa se volcaba media población de Buenos Aires. Aquella temporada fue determinante para la enfermedad de Ernesto. Después de haber pasado mucho tiempo en un clima seco y de altura, el aire de mar le sentó muy bien y por supuesto también a todos nosotros.

Alta Gracia. La ciudad. Su aspecto. Su evolución. Su influencia

Alta Gracia, vieja población fundada por los jesuitas en el siglo xvii, había tenido un gran prestigio histórico y ahora aún conservaba el arquitectónico, pues estaban intactas las construcciones de aquel viejo reducto, que dio origen al pueblo de Alta Gracia con sus casas, su tajamar, sus celdas, sus grandes corredores, sus silenciosos patios y con su iglesia parroquial, mudo testigo de una época de grandiosidad jesuítica.

Ella mostraba su severa arquitectura con sus frisos, campanarios, torrecillas y muros, en perfecto equilibrio de masas. Había creado a través de años y siglos cierta presencia misteriosa que imponía respeto a todo aquel que llegaba hasta la vieja iglesia. Muy difícil era escapar a esa sutil influencia que aquella civilización ya desaparecida ejercía sobre personas y cosas.

Por apurado que vaya un visitante en automóvil, a caballo o a pie, si cruza por delante o por el costado de la vieja casa del virrey Liniers, que fuera antiguo reducto jesuita, o se para frente a donde se alza la iglesia cargada de años, no podrá dejar de sentir cierto recogimiento transmitido desde sus murallones y sillares de piedra.

Yo puedo decir que durante los once años que viví en Alta Gracia muy pocas veces pasé de largo frente a la iglesia o frente a la casa parroquial, o a los viejos paredones del tajamar, sin detenerme aunque fuera un instante para contemplarlos.

Hoy, después de muchos años de estar ausente, cuando pienso en Alta Gracia, no viene a mi memoria el alegre bullicio de los turistas, sino la solemne arquitectura colonial jesuítica con la suma de tantos años pasados y el abigarrado colorido de tejas y tejuelas que cubren los viejos corredores de piedra, o la quietud imponente del tajamar.

Todo esto era tan distinto, tan diferente del Buenos Aires donde nací y donde me crié. Tuve sin embargo la suerte de no vivir en esta capital continuamente. Grandes lapsos de tiempo me hicieron olvidar la gran ciudad y uno de éstos transcurrió en Alta Gracia. Allí se originó mucho de mi manera de ver, de sentir, de pensar y de actuar.

Todo esto que he dicho y que atañe a mi persona puedo decirlo también de mi hijo Ernesto y de mis otros hijos.

Nunca podré olvidar los once años de Alta Gracia, pero para mí su influencia llegó cuando yo era un hombre, en cambio para ellos podría decirse que la influencia de esa pequeña ciudad, de su ambiente natural y social, fue determinante para su formación y posterior desenvolvimiento.

Bosquejo social

Mientras en el Sierras Hotel —el más lujoso de Alta Gracia— un pituquerío² de alcurnia paseaba su indolencia, por sus salones pasaban grandes personajes de nuestra política y del mundo; y mientras el bridge y la canasta hacían furor, músicos, literatos, pintores y críticos le daban su tono intelectual; y mientras el Sierras Hotel imponía su presencia de «gran hotel continental», abajo, entre la maraña del monte o en las quebradas de los cerros, o entre la población arrabalera, o entre los miles de trabajadores de las minas, imperaba otro clima, el de la miseria.

Éstos vivían en los barrios aledaños al bajo de Alta Gracia. Gran cantidad de casuchas mal construidas, habitadas por gente pobre, que vivía de su trabajo personal; ya sea labrando la tierra o trabajando en las minas de wolframio o de mica, o en la extracción de mármol o de piedra para fabricar cal.

Los jornales que ganaba esta gente eran exiguos e irregulares. Se trabajaba mucho y se ganaba poco.

Las fábricas pagaban mejor a sus obreros, pero eran muy escasas. El peón de campo estaba aún peor pagado que todos los demás.

Los hijos de estos trabajadores, como consecuencia, vivían mal alimentados, mal vestidos, en malas condiciones de salud y con poca enseñanza escolar.

La clase obrera era explotada, como sucede en todos los países capitalistas.

Comían mal, la vivienda era pésima, se trabajaban más horas de las permitidas por la ley, no existía indemnización por despido, efectuaban trabajos insalubres sin ser bien remunerados; en fin, no había entonces leyes que con justicia amparasen al trabajador y éste, como acorralado, vivía con los puños cerrados en posición de defensa.

Muchos niños no acudían a la escuela por falta de ropa adecuada. Por esta razón cientos de criaturas en edad escolar trabajaban como limpiabotas, o vendiendo frutas, huevos, alfajores; o se aglomeraban pidiendo monedas en las estaciones terminales de trenes y paradas de ómnibus, o en aquellos lugares visitados por los turistas. Los «pibes» se hacían rápidos para atrapar lo que pudieran como medio de defensa en su vida y para ello agudizaban la imaginación. Muchos se convertían en ladronzuelos.

En el campo era donde más abundaban los analfabetos. El

2. De pituco, niño de su mamá o niño bien. Persona atildada, de clase acomodada y de modo refinado.

atraso era mayor; pero en cambio tenían más recursos para conseguir alimentos.

Podría decirse que para el hombre de trabajo en aquella época la ciudad de Alta Gracia y sus alrededores no ofrecían muchos medios para ganarse la vida. La pobreza aplastaba todos los barrios obreros y había mucho desempleo.

Poco y nada hacía el gobierno en lo concerniente a ayuda. Esta existía sólo de palabra. Estaban dadas las condiciones necesarias para que la explotación de la clase obrera se diera con facilidad.

En aquella época yo estaba construyendo el campo de golf de Sierras Hotel, en sociedad con mi hermano Federico. Habíamos firmado un contrato con las autoridades de Tierras y Hoteles.

A mí me tocó llevar la parte de construcción y dirección de la obra. Había hecho mi experiencia en Misiones con trabajos de obraje y plantación de yerba mate, y conocía lo mal pagados que estaban los obreros en general y la inseguridad social de los mismos. El hombre trabajaba con mala remuneración; si estaba enfermo que reventara; si necesitaba descanso, que se pagase él las vacaciones; si su mujer tenía familia, que no tuviera hijos. En fin, la explotación del obrero no era un caso privativo de Misiones, ni de Alta Gracia, sino común a toda la República Argentina.

El recurso de la huelga se desvanecía ante la mano fuerte y dura que se traducía en leña y cárcel.

En tal situación comencé a trabajar en Alta Gracia y allí Ernesto conoció la injusticia que se hacía con los obreros, cuando comparaba los salarios que yo pagaba a los trabajadores del golf —salarios de privilegio— con los magros de los demás obreros de la villa.

Los amigos de Ernesto, casi todos, eran hijos de mineros, de peones del campo de golf, de cadies, de mozos de los hoteles; éstos eran sus amigos, y por excepción alguno que otro de la clase media que abundaba entre los habitantes de los chalets de la Villa Carlos Pellegrini.

Recuerdo una familia, compañeros de juego de Ernesto, compuesta de seis chicos, el padre y la madre, que vivían todos en una misma pieza y donde había una sola cama. Como abrigo sólo tenían unos cuantos trapos viejos y papeles de periódicos.

Es entonces cuando posiblemente nace en Ernesto aquella rebelión que nunca lo abandonó: contra la clase social que explotaba y oprimía a la clase pobre.

Recuerdo bien que en todas sus conversaciones y en sus juegos siempre había algún signo que revelaba el problema fundamental de las clases sociales en pugna.

Así pudo, desde su más tierna edad, empaparse en las necesidades que tienen los pobres y pudo sacar consecuencias

con respecto a las pocas posibilidades que tenían de mejorar, debido al desamparo por parte de los gobiernos y a la insensibilidad de los que viven en la abundancia y no quieren ver la indigencia en que otros viven.

Tuvo Ernesto la oportunidad de convivir con la clase obrera que era pobre y vivir entre los ricos. La enseñanza no la echó en saco roto. En Alta Gracia aprendió lo que era la miseria, la palpó junto a sus compañeritos de juego y pudo apreciar la injusticia que se hacía con ellos, relegándolos al más absoluto olvido por parte de las instituciones oficiales.

Tuvo un hogar en donde se debatían toda clase de problemas sociales. Nació oyendo contar la explotación que ejercían los patronos sobre sus obreros (Chaco, Misiones, Córdoba, Buenos Aires) y pudo a diario tocar con sus manos la miseria humana. Además, para poder apreciar el contraste en toda su dimensión quiso la suerte que estuviera en contacto con miembros de las doscientas familias dueñas del país.

Nuestra llegada al Hotel de la Gruta

Cuando llegamos a Alta Gracia por primera vez, nos instalamos en el Hotel de la Gruta, que estaba ubicado al pie de los primeros cerros. Éramos novicios en las sierras cordobesas. Yo había ido al pueblo a comprar algunas cosas y cuando volví me dijeron que Celia, mi mujer, acompañada de Ernesto —que sólo tendría unos cinco años— y los demás chicos, habían salido del hotel a pie para hacer una excursión por las serranías más cercanas. Eran las diez de la mañana, y pleno invierno. Me quedé esperando el regreso, pero llegaron las doce del día, hora del almuerzo en el hotel, y mi familia no aparecía. Empecé a intranquilizarme.

El hotelero y algunos pasajeros trataban de distraerme, pero yo conocía muy bien a Celia y sabía que era imprudente. Temí que cruzando valles y quebradas, se hubiera extraviado, cosa muy fácil para quien no conocía la región montañosa. A las dos de la tarde, muy nervioso, decidí salir en su búsqueda.

En un automóvil de alquiler comencé a trepar por el camino de Los Paredones y trepé hasta donde el auto pudo llegar. Desde allí seguí a pie preguntando en los ranchos si habían visto pasar a mi familia y me largué cuesta arriba en la dirección que me indicaban los pobladores.

Todos me decían que habían visto hacía poco rato una señora con tres chicos.

No comprendía cómo a Celia no se le había ocurrido que los chicos tenían que almorzar y, protestando, comencé a hacer de

«rastreador» y a poco andar, siguiendo el curso de un arroyo, identifiqué las huellas de los zapatos de Celia y de los chicos sobre el pasto mojado y sobre la arena. Seguí aguas arriba caminando y lanzando improperios.

«También a quién se le ocurre, ¡hay que ser desprevenida!» Y mientras seguía protestando, vi de pronto que las huellas de los pasos se arremolinaban contra unas piedras. Me di cuenta que allí habían estado descansando y cuando seguí el rastro sólo encontré la marca de los pies de mi mujer y de dos de los chicos. Entendí que Roberto, el más chiquito, se había cansado y que Celia lo llevaba en brazos.

Apuré la marcha porque la noche se nos venía encima y temía no poder encontrarlos antes del oscurecer. Cabe recordar que en aquella época del invierno en Alta Gracia el termómetro solía bajar hasta diez grados bajo cero.

Seguí a los tropezones, casi corriendo y después de haber andado más de una legua, llegué hasta una explanada de donde divisé a lo lejos un típico ranchito cordobés, bien encalado, con su jorobado techito de paja y unos pocos arbolitos a su alrededor. El rancho debía de ser sin duda uno de los últimos que había en el paraje, pues desde allí hacia arriba comenzaban los cortes, los paredones y los despeñaderos.

Llegué jadeando y allí estaba Celia muy de charla con la dueña de casa, una criolla que con dos chiquitos alrededor, se sonreía con cara de comprender plenamente mi enojo.

—Pero ¿qué te pasó? —le grité desde lejos a Celia.

Celia, muy tranquila y sonriente me contestó:

—Veníamos muy divertidos buscando yuyos, piedras y caracolutos, y cuando nos dimos cuenta, ya estábamos muy lejos. Encontré este rancho y me quedé a descansar un poco.

Esto pinta bien claro el modo de ser de mi mujer. Le encantaba el campo, las excursiones y lo imprevisto. Ella todos los veranos, desde que tuvo uso de razón, iba con sus hermanos a pasar unos meses en una de las estancias del padre y allí hacían auténtica vida de campo. Pero en la sierra era otra cosa. Había que conocer bien los parajes para internarse, porque la vuelta podía ser muy peligrosa. Las quebradas y las lomas inducen a confusión. Perderse en la sierra y de noche en invierno —y mucho más llevando chicos— podría ser un desastre.

Pero Celia era muy poco inclinada a prever las contingencias. Siempre le parecía que las cosas habrían de salir bien y siempre confiaba en su buena estrella. Le pareció divertido el paseo y por supuesto que a los chicos les parecía más divertido aún, y todos se olvidaron de la hora de almorzar.

Yo, demasiado previsor y desconfiado, era el que en estos casos cargaba siempre con el mal rato.

El Hotel de la Gruta

El primer lugar donde nos afincamos en Alta Gracia fue el Hotel de la Gruta. Como he dicho, estaba escondido entre los cerros, pero cerca de la ciudad.

Su dueño era don Víctor Hauser, alemán de origen, pero hotelero de nacimiento; conocía bien su oficio y tenía esa simpatía de los que habían trabajado como hoteleros. Ojos azules, tez blanca, pelo rubio, un poco obeso, vestía siempre muy correctamente. Su saludo era casi militar, se cuadraba y hacía un seco movimiento de cabeza.

El hotel estaba muy bien atendido, su comida no era magnífica pero sí abundante y su clientela se componía de gente que venía a reponerse de alguna afección pulmonar, pero no precisamente tuberculosos. Por este motivo elegimos el Hotel de la Gruta para permanecer en Alta Gracia. Allí habíamos llegado buscando clima propicio para el asma de Ernesto, pero teníamos que huir de todo contacto con tuberculosos.

Los dormitorios daban todos a una gran galería, en parte abierta durante el verano y cerrada en el invierno, y desde la cual podían contemplarse los cerros cercanos; pero si uno dirigía la mirada hacia el poniente, veía descender las lomas hasta que se perdían en las primeras construcciones de la ciudad. Más lejos, aparecía el llano, de modo que la tristeza tan peculiar en los ambientes serranos, allí era disipada por la variedad de paisaje que abarcaba el Hotel de la Gruta.

Fue en ese lugar tan tranquilo donde pasamos el primer año de nuestra estancia en la provincia de Córdoba. Los chicos podían jugar libremente, sin peligro alguno, porque estaba bien cerrado. Muy próximo corría un arroyuelo característico de las sierras, a cuyas márgenes iban mis hijos a jugar todas las mañanas. Podían mojarse en el agua fresca y clara y podían fabricar montículos con la fina arena de sus orillas. Mi mujer y yo dejábamos que los chicos se distrajesen en el arroyo porque estaban siempre vigilados por nuestra niñera, Carmen, quien más que una persona de servicio era para nosotros una persona de la familia.

Por las tardes, a la gran explanada del hotel iban llegando los burreros con sus burritos, y entonces se desbordaba la gran alegría de todos los chicos del hotel que montados en ellos se internaban por los matorrales vecinos.

Ernesto, cuando llegamos a Alta Gracia, tenía poco más de cuatro años, y es allí donde él empieza a tomar contacto con todos los chicos de la zona, y es allí también donde comienza a familiarizarse con toda esa naturaleza bravía que un día para él fuera maestra de tantas enseñanzas.

Muy cerca del lugar, a unos mil metros se levantaba una iglesia donde todos los domingos se oficiaba misa y adonde ese día concurría lo mejor de la sociedad altagraciense, junto a los pobladores de los alrededores.

Mi mujer, que en sus tiempos fuera muy católica (ya por entonces no lo era tanto), los domingos solía ir con los chicos caminando hasta la iglesia, porque no dejaba de ser un espectáculo interesante aquel conglomerado de gente, algunos muy bien trajeados, confundidos con los fieles pobres del lugar.

Villa Chichita: la casa de los fantasmas

Del Hotel de La Gruta debíamos mudarnos porque ya llevábamos en él más tiempo del previsto. Para nuestro bolsillo salía demasiado caro. No era lo mismo vivir en un hotel ocupando dos habitaciones y sus respectivos baños, que vivir en una casa donde dispondríamos de mayor espacio y sin la incomodidad de tanto pasajero que se renovaba continuamente.

Decidimos pues dejar aquel simpático hotelito donde habíamos pasado una larga temporada.

No nos costaría demasiado trabajo encontrar una casa cerca de la montaña. Dentro de la Villa Carlos Pellegrini había muchos chalets desalquilados desde hacía mucho tiempo, porque Alta Gracia, que un día fuera un codiciado centro turístico, ahora estaba de capa caída debido al cierre del casino donde funcionó una ruleta. La ciudad y especialmente la Villa Carlos Pellegrini (El Alto) se habían convertido en verdaderos sanatorios para tuberculosos. Debíamos encontrar alguna casa cuyas dependencias no estuvieran muy contaminadas con la tuberculosis, es decir que no hubieran albergado enfermos del pulmón.

Mi amigo Fernando Peña fue quien efectuó la «adquisición». Se trataba de un chalet de dos pisos, en buen estado de conservación, con pocos vecinos y que hacía ocho años estaba desocupado y su alquiler era baratísimo. La calle que pasaba frente a la casa era el antiguo camino que conducía a las Sierras Chicas y nuestro chalet una de las últimas edificaciones de la zona.

En los alrededores de villa Chichita crecía el monte a su antojo. La calle Avellaneda —así se llamaba la calle de mi casa— marcaba el límite entre la población y el despoblado y era como un escalón después del cual comenzaba una cuesta abajo de tupidos churcales,³ entre los que se alzaba mi casa que de lejos semejava un faro.

3. Conjunto de churquis. En la Argentina se le llama churqui al espinillo.

Yo estaba encantado con la adquisición.

Un día mi amigo Peña, que tenía fama de bromista, me preguntó:

—¿Sabes qué casa has alquilado?

Le contesté con indiferencia que no.

—Pues es la casa de los fantasmas —y me miraba con el rabillo del ojo espiando el resultado de lo que me espetó y gozando anticipadamente del miedo que esperaba encontrar en mí.

Yo me reí. A mí me importaban un rábano las supercherías de la gente del lugar. Pagaba bien poco de alquiler por la casa y estábamos muy cómodos.

Supe después que hacía ocho años que estaba vacía porque nadie se animaba a alquilarla y tras de lo que me dijo Peña, pude comprobar que algunos paisanos al bajar de la sierra y al pasar por delante mirando de reojo, echaban su cabalgadura sobre la acera opuesta alejándose de la nuestra.

Una noche, mientras recostado en mi cama leía un libro, sentí un fuerte golpeteo que parecía provenir de la cocina que estaba ubicada en un subsuelo. Era algo así como si alguien imperativamente sacudiese una puerta. Me quedé escuchando. El ruido cesó, pero a los pocos segundos los golpes se hicieron sentir con mayor intensidad.

—¡Zas! —dije—, ¡el fantasma!

Y pensé que no debía estar lejos la mano de Fernando Peña.

De cualquier modo que fuera había que averiguar. La noche era oscura, el viento aullaba en los árboles, la soledad... los golpes aquellos... no soy aprensivo pero esto ya no me gustaba y recordé algunos chimentos⁴ de los vecinos: que a las doce de la noche se oían ruidos como si arrastrasen cadenas y que otras veces hasta la madrugada se lo pasaban golpeando... En fin todo lo que escuché con desdén se me agolpó en la mente... Salté de la cama, me armé con mi Smith y Wesson⁵ y corrí abajo. El ruido parecía venir de la cocina que estaba construida medio socavada en la ladera, por lo que sus dos únicas ventanitas al quedar en alto apenas si sobresalían del piso exterior. Escuché atentamente. No cabía duda, alguien golpeaba allí dentro con breves intervalos. Abrí la puerta de un tirón y encendí la luz. Nada, absolutamente nada. Revisé hasta el último rincón. Allí no había nadie que pudiera provocar tal ruido. Estaba desconcertado. Si era una broma ya pasaba de broma. Subí a mi habitación y no bien hube comenzado a recostarme cuando de nuevo se oyeron los golpes. Volví abajo lleno de rabia. ¡Fuera lo que fuera, estaba decidido a averiguar el origen de aquel ruido! Llegué a la cocina y escuché de nuevo. No cabía duda, el ruido provenía de

4. En la Argentina, habladurías.

5. Marca de revólver.



Fidel Castro es un hombre que está identificado con su pueblo y muy difícil que nadie se llegue hasta él sin que los que le rodean no se den cuenta de si hay una intención agresiva. Habla el idioma popular y llega al corazón de los cubanos. (Fidel en Buenos Aires con familiares del Che.)

De nuevo en Buenos Aires, Cuba quedaba allá lejos, girando en un torbellino, y en el vértice de este torbellino estaba Ernesto junto a sus compañeros de lucha. (Alberto Gainza y la hija de un escolta del Che. La Habana. 1964.)



allí. Abrí la puerta y encendí la luz. Otra vez nada, absolutamente nada. Me quedé varios minutos esperando ver aparecer algún indicio. Ni un solo ruido fuera del gemido del viento en la arboleda. Cerré fastidiado la puerta y cuando volvía a mi pieza recomenzó el golpeteo. No dudé y entré a la cocina sin encender la luz cerrando la puerta. Y entonces descubrí el misterio de la casa de los fantasmas: no bien hube asegurado la puerta, se hizo sentir un fuerte tamborileo. Encendí la luz y comprobé que el ruido provenía de dos tapas de madera que colgaban de unas bisagras. Estas tapas daban acceso a unas carboneras. El viento se colaba por las ventanillas de la cocina, cuyos vidrios Dios sabe cuántos años haría que estaban rotos y haciendo presión sobre las tapas, éstas comenzaban a temblar y cuando aflojaba la presión del viento cesaban los golpes. ¡Cuando la puerta de acceso quedaba abierta no habiendo presión, se acababan los golpes!

Es sabido que en esa zona a medianoche se levanta un viento norte que suele durar hasta la madrugada y éste era el causante de aquellos fantasmas que tanto dieron que hablar en el poblado.

Ocho años estuvo desalquilada la casa y a mí me vino muy bien su fama de casa embrujada, porque allí pude vivir dos años pagando un alquiler insignificante.

Nuestra casa, fuera de la fama que le habían dado, era una buena casa bien construida y sumamente seca. No había en ella un deje de humedad y aquella mejoría que tuvo Ernesto en el Hotel de La Gruta, allí se acentuó.

Como la casa estaba edificada a distintos niveles por causa de la barranca donde descansaban sus cimientos, los chicos aprovechaban para trepar y bajar escaleras y meterse en cuantos recovecos encontraban. Y los había en cantidad.

Nuestra casa estaba casi totalmente rodeada de un monte silvestre donde crecía el espinillo, el piquillin, el molle, el armo, la carqueja y menta peperita y en donde se ocultaban todos los chicos para jugar a los guardias y ladrones y a toda clase de juegos donde hubiera que combatir.

En aquella construcción parecida a un faro nació mi hija Ana María y también allí empezó a dar sus primeros pasos. Yo estaba pasando por un mal momento pecuniario y el dinero escaseaba. La casa era muy fría. Tenía demasiada altura y demasiadas aberturas, lo que provocaba chiflones. Al caer el sol nos helábamos porque no teníamos ninguna clase de calefacción. Nos sentábamos a la mesa del comedor y la cubríamos con un gran mantel que llegaba hasta el suelo. Debajo de la mesa colocábamos un pequeño calentador eléctrico que apenas si servía para calentar un poco de agua y todos arrimábamos los pies a la improvisada estufa. El resto de la casa era una verdadera heladera, pero en esa heladera estuvimos todos con muy buena salud y Ernesto con poca asma.

Cuando dejamos esa casa nos mudamos a otra mucho más grande y con más terreno, situada casi enfrente y que se llamaba villa Nydia.

Villa Nydia

Eran tiempos bastante malos para nosotros. Me veía obligado a vivir en Alta Gracia, en donde me era difícil conseguir trabajo. Los gastos aumentaban día a día y las entradas eran pocas. Mi mujer tenía un campo en el sur de la provincia que estaba pasando por un larga época de sequía.

La yerba mate, mi principal fuente de recursos, se encontraba abocada a una seria crisis, su precio en el mercado se había venido abajo.

Yo había alquilado una vieja casona tipo chalet que llevaba el nombre de villa Nydia, propiedad del gaucho Lozada, un paisano descendiente de ilustres cordobeses que era también dueño de la iglesia y de la casa parroquial —hoy monumento histórico—. Mi casa tenía un terreno de casi una hectárea de extensión y pagaba por ella sólo setenta pesos mensuales de alquiler. Vieja casona muy amplia, bastante buena, pero muy mal acondicionada. Se componía de tres grandes dormitorios principales, comedor y escritorio y un gran comedor diario. Tenía además piezas de servicio en el fondo y un enorme terreno que era un verdadero potrero.

En esa vieja casa vivimos varios años y ha quedado grabada en mi memoria recordándome viejos y felices tiempos. Allí lo pasamos muy bien, pese a nuestras apreturas económicas.

Como la casa era muy amplia y como nuestras puertas siempre estuvieron abiertas para todo el mundo, llegaba la tarde y se llenaba de chiquilines que, en tropel, pasaban corriendo por el comedor para ir a jugar a los patios del fondo. ¡Fútbol, guardias y ladrones, piedra libre, los indios, la rayuela, la mancha venenosa y tantos otros divertidos juegos de aquella época!

Nuestra casa era conocida entre la gente *high life* con el apodo de «vive como quieras», remedando una vieja película que tuvo resonancia mundial en aquella época. Efectivamente, así era la nuestra. Cada uno vivía en ella como quería, pero siempre en una perfecta unidad familiar, y respetando a los padres. Más que una casa de familia, por las tardes parecía un verdadero club de chiquilines.

A la hora del té caían en bandadas todos los amigos de mis hijos; nuestra pobreza nunca llegó a ser tanta como para tener que negar alimento a nadie. Se comía lo que hubiera y

se repartía entre todos. Lo mismo pasaba a las horas del almuerzo. Raro era el día en que no contáramos con cuatro o cinco «agregados».

Hoy, a tantos años que nos separan de esa época, recuerdo con verdadera nostalgia aquellos años felices.

El nutrido grupo de chicos concurrentes a villa Nydia no pertenecía a una misma clase social; los había, por el contrario, de muy diferentes orígenes, desde algunos pitucos —muy pocos— hasta niños que no tenían ni siquiera para taparse mientras dormían.

Todos ellos eran amigos de mis hijos, pero allí jamás se hizo distinción de ninguna clase; todos se sentaron a nuestra mesa con iguales derechos y eso para nosotros fue una verdadera satisfacción.

Mis hijas, intercaladas entre los varones, tampoco gozaron del privilegio de ser niñas y si bien es cierto que las diabluras más peligrosas no se las dejábamos hacer, saltaban, corrían y peleaban como indios.

Nosotros permitíamos a nuestros hijos que potrearán en los fondos de la casona. Preferíamos no enterarnos demasiado de las cosas que hacían, y que tal vez suponían peligro, pero los dejábamos que se acostumbraran a saber sortearlos ellos mismos.

Roberto se hiere

Un domingo por la tarde, estando con mi mujer en el cinematógrafo, en un entreacto volví a mi casa preocupado porque había dejado una lámpara encendida para evaporar formol. Quería desinfectar una pieza, donde uno de los chicos había tenido escarlatina.

Al llegar a la «catramina» frente a mi casa, oí un griterío que venía de adentro. Entré corriendo y los encontré a todos alborotados; la niñera traía a uno de mis hijos —Roberto— chorreando sangre por una pierna; había caído de un árbol sobre unas filosas cañas cortadas a machete y una de ellas le había interesado el muslo. Mi llegada fue providencial; mientras la niñera taponaba como podía la herida, llevé al chico al médico para suturársela.

Aquellas cañas que lo hirieron tenían su historia.

Incendio en el cañaveral

Estando un año antes en mi escritorio, oí un griterío que provenía de los terrenos del fondo y sentí el ruido característico del fuego en el cañaveral.

Inmediatamente me di cuenta de qué se trataba. Teníamos una plantación de caña en esos terrenos y ahora ésta se había incendiado. Corrí al fondo y con un viejo machete que siempre estaba colgando de la pared, corté todas las cañas encendidas. Supe después lo que había pasado.

Mis hijos y sus amigos habían decidido jugar a las comidas. El jefe de todo eso era, como siempre, Ernesto, quien entonces tenía unos ocho años.

Habían fabricado con unos cuantos ladrillos viejos una cocinita dentro del cañaveral y estaban friendo huevos, cuando en un descuido las llamas de la improvisada cocina comenzaron a quemar las cañas. En pocos segundos el cañaveral quedó hecho una hoguera. Todos salieron disparados menos la más chiquita, Ana María, que sólo tenía diez meses y apenas comenzaba a caminar. Fue entonces cuando el griterío de los chicos llamó mi atención y corrí para apagar el incendio. Recuerdo que Roberto, que sólo tenía cuatro años, fue el único que no huyó y chillaba, arrastrando a su hermana fuera del fuego.

Una cocinera muy gorda que estaba a nuestro servicio, al intervenir, forcejeando para pasar una alambrada quedó lastimada, pero consiguió sacar afuera a las criaturas.

Mi machete acabó con el incendio, pero justamente una de estas cañas que al ser cortadas al sesgo, quedó como un cuchillo fue la causante un año después de la herida en la pierna de Roberto.

Recordando nuestra vieja casa, villa Nydia, viene a mi memoria algo que voy a relatar.

Al dueño lo llamaban el Gaucho Lozada. Tenía un hijo un poco mayor que los míos, al que llamábamos el «pibe» Lozada.

Estando un día parado en la puerta de mi casa lo vi venir caminando hacia nosotros. Él era el encargado de cobrar el alquiler. Yo estaba en deuda, no había recibido dinero desde hacía un par de meses y, cuando lo vi llegar, desde lejos le grité: «¡Tenés una cara de venir a cobrar!» Y el chico, con esa agilidad mental de los cordobeses, me contestó al punto: «Y usted una cara de no pagar...» Acabó la incidencia en alegres carcajadas.

Y así pasaban los días y los años y cuando a mi memoria vienen estos episodios de nuestra vida en Alta Gracia, los re-

cuerdos se agrupan y evoco aquella época tan llena de dificultades monetarias para nosotros. Los chicos se iban haciendo grandes; Ernesto continuaba con asma. Gastábamos mucho en médicos y remedios; teníamos que pagar servicio doméstico, pues Celia no podía manejarse sola con cuatro criaturas. En fin, los colegios, los alquileres, ropa, comida, viajes. Todo eran gastos y las entradas pocas, mi yerbal no daba mucho y el campo de Celia pasaba por épocas malas. Pero por encima de todas estas pequeñas contrariedades de la vida, se hacía sentir la unión familiar. Todos éramos una sola persona. Y en el fondo, estábamos gozando una felicidad que hoy valoramos en toda su dimensión.

Los juegos infantiles

Nosotros, como ya he dicho, vivimos mucho tiempo en una casa que se llamaba villa Nydia, en los alrededores de Alta Gracia, en los comienzos de los primeros cerros. El lugar es verdaderamente hermoso.

Al fondo de nuestra casa teníamos un terreno de más de una hectárea. Como no lo cultivábamos estaba siempre cubierto de yuyos,⁶ por cuyo motivo ni Celia ni yo solíamos ir por allí.

Debo recordar que en aquella época (desde el año 36 al 39) se luchaba en España. Fue una guerra civil que duró casi tres años, y como yo apoyaba el movimiento republicano español en la Argentina, nuestras charlas sobre la guerra eran diarias y nuestros hijos por ese motivo estaban enterados de todos sus pormenores y jugaban a la «guerra española».

Ernesto ideó construir en ese terreno una línea de trincheras cavadas en la tierra y comunicadas entre sí por pasillos subterráneos. Yo no sabía nada de lo que los chicos hacían en aquel terreno y cuando me enteré, en seguida me di cuenta del peligro en que estos mocosos habían estado, pues pudieron tener un derrumbamiento mientras construían las trincheras.

Pero, en fin, nada les pasó y en cambio les sirvió para divertirse y entrenarse como futuros «combatientes».

Las trincheras de nuestra casa eran conocidas por todos los chiquilines del barrio y también por los de otros barrios de Alta Gracia.

Ernesto estaba en pugna ideológica con varias barritas⁷ vecinas. Él era jefe de pandilla y tenía su gente.

6. Maleza.

7. Conjunto de chicos y a veces de grandes que obran como pequeña logia de pueblo.

En el «bajo» de Alta Gracia —así se le llamaba a la parte de la población de esta ciudad donde vivía la gente más pobre— operaba una barra bravísima, que a pesar de ser amigos de los componentes de la barra de Ernesto, se tenían celos por rivalidades. De pronto llegaba un mensajero del «bajo», haciéndoles saber que ese día o al siguiente atacarían. Si los atacantes eran demasiados, los de la barra de Ernesto se defendían en las trincheras. Cuando aquéllos atacaban lo hacían algunas veces a caballo y eran esperados a pie firme y recibidos con una verdadera lluvia de cascotazos y pedradas lanzadas con sus hondas.

Pero estos proyectiles no siempre eran piedras o cascotes. Cuando lo creían conveniente, una y otra pandilla se atacaban poniendo en las hondas bulones y tuercas. Y fue así como al segundo de mis hijos, Roberto, casi le rompen una pierna y Ernesto estuvo sin poder caminar muchos días a causa de uno de estos proyectiles que lo hirió en un pie.

¡¡Estos juegos de niños eran, por cierto, bastante peligrosos!!

Han pasado muchos años, pero aún conservo en la memoria los nombres de algunos de aquellos amigos de nuestros hijos: Ramoncito Palacios y su hermano el Negrito, ambos flacuchines, simpatiquísimos y entrañablemente amigos de Ernesto y Roberto. Juancito Miguez y su hermano Chuno. Leonardo y Martín, al primero de los cuales le decían Nardo. Ambos de origen español. Todos ellos fueron integrantes de la célebre «barra» de la Villa Carlos Pellegrini.

La mayoría de estos chiquilines eran muy pobres; vestían como podían llevando sus pantalones siempre remendados o rotos, alguna camisa descolorida y zapatillas o alpargatas dejando ver algún dedo del pie. Quemados por el sol, curtida la piel por el frío de la montaña y por el viento serrano. Algunos denunciaban su origen, que era la madre patria, España; otros, muy pocos, a Italia, y la mayoría morochos,⁸ hablaban claro de su origen criollo. Pero todos sin duda estaban como cortados por la misma tijera en cuanto a su educación política.

Cuando no se ejercitaban en las trincheras, solían jugar a un pasatiempo que se llama «la pelota podrida», que consiste en lo siguiente: cuando un chico recoge en sus manos la pelota, la tira sobre el que tiene más cerca; si acierta, el tocado debe retirarse y si no acierta, éste toma la pelota y se la tira a otro. Hay un sitio marcado de antemano donde todos están a salvo y nadie puede tirar sobre ellos.

Cuando los chicos jugaban, era un interminable correr de un lado a otro: unos para coger la pelota y otros para ponerse a salvo en el lugar indicado.

8. Ligeramente oscuro de piel.

Todas las tardes en mi casa y en sus alrededores, se llenaba el ambiente del bullicio de las bandadas de pibes que jugaban toda clase de juegos. Unos al peligroso de las trincheras, otros a la pelota podrida, a esconderse, a guardias y ladrones, a «cachurra montá la burra», la rayuela, la mancha y otros mil inventos.

Lo cierto es que había entre ellos una afinidad, un compañerismo, un cariño que se evidenciaba todos los días, y más se evidenciaba cuando alguna «barra» forastera golpeaba a alguno de los «nuestros», entonces sí que la bronca se armaba de veras y tras los golpes venían las venganzas y las amenazas de uno y otro bando.

Algunas veces he comentado todo esto con aquellos chicos que hoy son hombres y sé por ellos que recuerdan con gran cariño todos estos episodios sucedidos años atrás y que hoy, pese a la distancia en el tiempo, siguen considerándose amigos, aunque muy pocas veces se hayan vuelto a ver. Ariel Vidosa, uno de los cabecillas e íntimo amigo de Ernesto, actualmente es profesor de golf en Buenos Aires. Otros han ido desperdigándose en la provincia de Córdoba. Estoy seguro de que ninguno habrá olvidado aquellas correrías en villa Nydia y por toda la Villa Carlos Pellegrini.

La «Catramina»

Compré aquella *voiturete* en Buenos Aires a mi amigo Ernesto Echagüe. Éste debía partir conmigo para Misiones donde pensaba abrirse camino llevado por la fiebre del oro verde.⁹ El día de la partida me vino a ver por la mañana muy temprano y me dijo que el día anterior había vendido «de palabra» su *voiturete*, pero que el comprador no había aparecido. Se me quedó mirando como diciendo «¿y ahora qué hago?» Yo pensaba quedarme una temporada larga en el territorio de Misiones donde había comenzado una plantación de yerba mate, de manera que el automóvil para mí en esos momentos era un engorro, porque no lo podía llevar, pero vi a Echagüe tan afligido, que sin ninguna gana le compré el coche. Nunca hubiera pensado entonces que aquella *voiturete* había de entrar con nosotros en Alta Gracia y salir también con nosotros de Alta Gracia, once años después.

Correspondía la *Catramina* (así la habían bautizado nuestros amigos) a la familia Guevara. Sin ninguna apariencia, desaliñada, con los guardabarros abollados, la pintura descascarillada, los asientos desvencijados y alguna vez hasta sin

9. Se llamó así a la yerba mate.

puertas. En cambio su motor, siempre estaba bien conservado y la *Catramina* lista para partir. Jamás tuve un automóvil más resistente: un chasis reforzado y unos elásticos de camión. No había manera de romperla y cada vez que chocaba el contrario salía malparado y mi viejo *voiturete* con alguna marca más que la habría de llevar hasta el final de sus días. Su capó se levantaba a cada bache. El silenciador ya no existía, de modo que para anunciar nuestros pasos en las esquinas de Alta Gracia, no necesitaba bocina. Allí todo el mundo la conocía como todo el mundo nos conocía a nosotros.

Para mi familia fue más que un compañero, casi un amigo. Salía por la mañana temprano cargada con mis hijos y además, con todos los amigos que cupieran, rumbo a la escuela San Martín. En el volante iba yo o iba Celia, mi mujer, y a mediodía desde lejos se oían las risas y los gritos de los chicos cuando, alborotados, regresaban en el auto de vuelta hacia sus casas.

Con ella recorrí toda la provincia de Córdoba hasta sus más recónditos lugares, donde sólo podían llegar camiones especiales muy reforzados. Además de la provincia de Córdoba, habíamos recorrido en ella la provincia de Santa Fe y buena parte de las provincias de Buenos Aires y Entre Ríos. Cuando llegaba el verano, preparaba mi automóvil para salir con toda mi familia hacia Irene Portela en donde mi madre tenía una estanzuela. Y la *Catramina*, recargada de valijas, herramientas, palas, salía con todos nosotros hacia el sur y llegaba con todos sin inconvenientes.

Desde Alta Gracia hasta Villa Sarmiento, lugar donde tenía mi mujer un campo bastante grande, había una distancia de cuatrocientos kilómetros y la vieja *voiturete* pasaba por todos los polvorientos caminos y cuando llovía, con el barro en los estribos, seguía viaje sin apenas revisarla más que el aceite y las gomas. Atravesé cientos de pantanos y para cuando se nos quedara encajada teníamos previstos los aparejos y a fuerza de cincha y de animales volvíamos a salir. Muchas veces atravesamos el río Quinto,¹⁰ con el agua por encima del piso y el auto chorreante, llegaba a la otra orilla cuarteada por dos buenos caballos.

Una mañana de invierno llegaron a Alta Gracia mis amigos Echagüe. Venían con sus valijas para seguir viaje a Mendoza. En cuanto entraron en mi casa, uno de ellos me dijo:

—Necesitamos que nos prestes el automóvil, porque nos vamos a Chile.

—¿Pero qué van a hacer en Chile? —les pregunté.

—Vamos a unos lavaderos de oro.

Yo necesitaba mucho mi automóvil, pero me alucinaba el saber que mi vieja compañera, la *Catramina*, iba a atravesar

10. Río que corre al sur de la provincia de Córdoba.

la cordillera de los Andes. Y sin más preámbulos, les presté el vehículo. Echaron dentro del automóvil mantas, palas, valijas y sin revisar el motor, partieron rumbo a la cordillera. Como un mes después, cuando volvieron, supe que iban en caravana acompañados por varios raidistas que habían decidido hacer este interesante viaje. La cordillera en su punto más alto tiene siete mil metros. La carretera que la atraviesa era mala y peligrosa y trépaba hasta los cuatro mil metros. Supe después que el único automóvil que llegó a Chile fue nuestra vieja *Catramina*.

Otra vez, viajaba a Córdoba con un amigo, quien notó que por debajo de su capó salía una llamarada. Tuvimos apenas tiempo de parar y largarnos del vehículo y cuando levanté el capó del motor, se elevó una llamarada como de dos metros. Nada tenía que hacer, porque no tenía ni extintor, ni tampoco una pala para echarle tierra, de modo que con toda tristeza me quedé mirando cómo se iba a quemar nuestra vieja compañera que, por otra parte, era el único auto que tenía. Pero de golpe se produjo lo inesperado, las llamas calentaron el radiador, que reventó y lanzó toda su agua hirviendo contra el carburador incendiado y entonces fue cuando alcanzamos a ver una humareda blanca, que no era otra cosa que vapor de agua, que había extinguido casi por completo el incendio. Con un palo apagué el resto y la *Catramina*, con unos pocos pesos de gasto, siguió transportando a toda mi familia a sus quehaceres.

Nuestra vieja *voiturete* se había identificado con nuestra familia. Para los chicos no había automóvil igual, miraban con desprecio los «últimos modelos» que circulaban por el pueblo y mientras ciertas personas les «cachaban» por el aspecto «atorrante»¹¹ de nuestro vehículo; nosotros sabíamos que su «atorrancia» nada tenía que ver con su eficiencia.

Muchas veces nos enterábamos que no tenía agua el radiador cuando su tapa saltaba por el aire debido a la presión del vapor y otras veces también nos enterábamos de que ya no tenía aceite cuando recalentada se negaba a seguir andando.

En este viejo automóvil, inolvidable para nosotros, aprendió a guiar Ernesto. Yo no sabía que él hubiese aprendido a conducirla, cuando lo supe, supe también que cada vez que me ausentaba a la ciudad de Córdoba, Ernesto con su barra de amigos se subían al automóvil y empujándolo como siempre cuesta abajo, se iban en él de paseo. Toda Alta Gracia lo sabía, menos yo.

Al mudarnos a la ciudad de Córdoba, compré otro auto

11. **Argentinismo.** Su origen: Había en Buenos Aires unos parajes donde quedaban abandonados viejos caños colectivos de agua (cuya marca francesa era: A. Torrant) y donde se refugiaban los vagos, a quienes se les llamó «atorrantes» por extensión.

más manejable. Dejé mi *Catramina* abandonada en un terreno baldío de Alta Gracia, a la intemperie y luego lo vendí.

La pobre *Catramina*, después de haberme trasladado durante dieciséis años a todas partes, fue a parar como camioneta de reparto de un gran almacén, donde durante más de diez años siguió haciendo de «burro de carga»

La hoya donde nos reuníamos casi todos los días en verano

Se llegaba a la hoya del tercer paredón por un camino; que más que camino era un atajo en la montaña, y que aunque no bordeaba precipicio alguno era muy sinuoso y con grandes barrancos. La vegetación era la típica vegetación de los cerros cordobeses. Achaparrado, de poco follaje, de ramas tortuosas. Allí a las plantas les costaba mucho crecer, mantenerse y vivir y eso se ve en su follaje, en la madera de su corteza y especialmente en su cerne.

El árbol característico de la zona es el espinillo. Según los libros, todos estos primeros contrafuertes de la montaña cordobesa estaban poblados de este arbusto. En tiempos lejanos, grandes árboles habían cubierto esta región, pero debido a que en todos esos cerros se encontró cal, cuya explotación era un pingüe negocio, los árboles fueron a dar a los hornos caleros. Cabe recordar que para un kilo de cal se necesitaba quemar de cuatro a cinco kilos de madera. Por esta razón los desmontes fueron pavorosos y los cerros quedaron desnudos de vegetación alta. La repoblación era difícil y los arbustos pequeños dominaron la zona.

Antes de llegar a los paredones sobre la margen izquierda del camino aún se podían ver unas ruinas de un viejo horno de cal, en donde la maleza había invadido las derrumbadas chimeneas. Según decía, este horno fue el que abasteció a los frailes jesuitas de la cal necesaria para la construcción de la gran iglesia y del reducto, monumentos que hoy se consideran históricos.

Allí el ambiente era severo e impregnado de paz y belleza serrana, paz y belleza que tanto eché en falta cuando tuve que salir de Alta Gracia.

Los chicos de esos lugares son chicos montaraces. Conocen todos los vericuetos de la sierra, saben caminar entre la vegetación espinosa sin lastimarse ni rasgar sus ropas, suben y bajan lomas con mucha facilidad, han aprendido los nombres de los árboles de la región, de sus aves y de sus animales; en definitiva, son verdaderos baquianos y esto es lo que todos mis hijos llegaron a ser cuando vivimos en los alrededores de Alta Gracia.

La característica principal de esta zona serrana es la gran sequedad del ambiente. Los días generalmente son muy calurosos y sin nubes y por consiguiente el cielo es de un azul muy intenso. El cutis se seca tanto que a veces se producen grietas en la piel; pero cuando llueve, la tierra absorbe inmediatamente toda la lluvia caída y la que escapa por las laderas es absorbida más abajo por los terrenos arenosos y pedregosos. El agua sobrante va a dar a los arroyos que corren hacia la llanura. Todos estos arroyuelos están alimentados por manantiales que brotan entre las piedras con un agua fresquísima. La belleza de la zona hace que sea muy frecuentada por los turistas. Pero volvamos a la hoya y al tercer paredón.

La gente del lugar llamaba al paraje los «tres paredones» porque el arroyo en su camino hacia el llano había formado tres escalones a modo de saltos de agua, el último de los cuales era el más alto de todos.

El agua del arroyo caía desde una altura de cuatro metros sobre una hoya bastante profunda formada por el constante movimiento del agua. La tal hoya no alcanzaba a tener siete metros de largo en su diámetro mayor, pero en la parte más profunda su diámetro no pasaba de dos metros con cincuenta centímetros.

El arroyo allí corría encajonado bordeando la ladera de dos abruptas colinas pedregosas y en una de ellas sobresalía una piedra que dominaba el conjunto con sus cinco metros de altura. En aquel paraje nos juntábamos toda la familia y algunos amigos en los días de verano, pero realmente nuestra temporada de baños comenzaba matemáticamente el primero de septiembre.

En Alta Gracia a esta altura del año el agua del arroyo semejaba un hielo, pero habíamos tomado los baños como un deporte y aunque algunas veces volvíamos con ronquera, nuestra temporada acuática no finalizaba antes del mes de mayo.

Pero no éramos solamente nosotros los que nos bañábamos allí, siempre llegaba gente que iba a refrescarse un poco.

La hoya por la tarde quedaba en sombras y por lo tanto su agua se enfriaba demasiado. Pero por la mañana, en los días de verano era muy agradable.

Recuerdo a Ernesto trepando por la piedra que le servía de trampolín para lanzarse al agua. El salto desde allí suponía un serio peligro. La humedad persistente ayudaba a la proliferación de hongos y líquenes que hacían de la piedra una superficie muy resbaladiza. Si en el momento de dar el salto quien lo daba no estaba bien seguro, corría el riesgo de caer fuera de la zona profunda. Pero Ernesto le había tomado el tranquillo a la zambullida y le encantaba que los espectadores se pusieran nerviosos cuando se lanzaba al agua.

Nuestra temporada de natación se dividía entre la pileta del Sierras Hotel que considerábamos «pituca» y la humilde

hoya donde se solía juntar toda la chiquilinada amiga de mis hijos. Allí el ambiente era de gran camaradería y la «barra» de pequeños «golfistas» se solía reunir al mediodía y entonces retumbaba la sierra con los gritos, las risas y los chapoteos de la chiquilinada. Cuando regresábamos a nuestra casa a la hora del almuerzo, nuestra vieja *Catramina* cargaba con todos sobre los asientos, los guardabarros, y a veces hasta sobre el capó.

Todo esto formaba parte de la «farra» y era un poco más de sabor dentro del gusto por el deporte de la natación.

Bañarse en el arroyo tenía el encanto de hacerlo en agua limpia y fresca y en un ambiente perfumado de «menta peperita» y otros arbustos del lugar.

La hoya de Alta Gracia era conocida por los turistas, quienes dejaban sus huellas escritas con pintura en cuanto piedra fuera apropiada para ello y se podían leer los nombres de enamorados y las fechas de su visita, pero tal vez ninguno de ellos hoy se acuerde del paraje, en cambio nosotros, jamás lo olvidaremos porque allí pasamos días muy felices durante muchos años.

La «Negrina»

Era una perra de raza *schnauzer pinscher*. Un amigo mío me la había regalado y tenía todos los papeles en regla considerándola de gran pedigree.

Cuando llegó al seno de mi familia tenía sólo dos o tres meses. En el acto fue un integrante más de mi casa.

Como todos los animales de su raza, le caía por todas partes un pelo negro y sedoso, especialmente sobre los ojos. Sus orejas, como todas las de los perros de caza, eran grandes y pendían a los costados de la cabeza; su cola muy espesa estaba siempre cuajada de abrojos.

Los chicos más pequeño jugaban toda el día con ella; le tiraban de las orejas, le hacían rulos en los bigotes o la revolcaban por el suelo. Se crió así a lo bárbaro, gozando de la vida salvaje de mis hijos. Cuando se hizo más grande nos acompañó a todas partes. Si viajábamos en automóvil siempre mis hijos tenían que encontrar un lugar para la *Negrina*, aunque ellos viajasen incómodos. La *Negrina* solía dormir a los pies de la cama de mi hijo Ernesto. Muchas veces, cuando mi mujer y yo nos descuidábamos, dormía en nuestra cama, arrellanándose contra el respaldo.

Mientras vivíamos en Alta Gracia, corría detrás de la pandilla buscando ramas que le tiraban o pelotas de golf. Ya es-

taba acostumbrada, merced a su finísima inteligencia, a comprender instantáneamente lo que se le mandaba.

Cada tanto tiempo los chicos se encargaban de sacarle las garrapatas que se le prendían en la panza cuando se escapaba a los pastizales del golf.

Pero la *Negrina* no solamente conocía a mis hijos, sino a todos sus amigos y además a todas las personas que habitualmente nos visitaban. Cuando no estaba en el *hall* de entrada a la casa, estaba en el comedor o en cualquiera de las piezas. Pero cuando la *Negrina* ladraba, era más que seguro que se acercaba un forastero a nuestra casa.

Mi amigo que fuera dueño de la perra, me recomendó que la hiciese servir con un perro de su raza, para no perder su clase en el pedigree.

Un día la perra se alzó y como consecuencia un tropel de perros de la vecindad comenzaron a cercar nuestra casa que daba a los campos de golf. Mi mujer quería «casarla» con un perro de una amiga, que era de la misma raza, y todos los días prometía llevar a la *Negrina* hasta la casa del novio que le había elegido; pero todos los días se olvidaba.

La jauría alrededor de mi casa se hacía cada vez más grande y cuando yo volvía de mi trabajo, tenía que empezar a espantarlos a pedradas.

Cansado, un día empecé a mi mujer: o llevaba la perra a lo de su amiga, o yo la largaba entre el tropel de los canes que no podía apartar de los alrededores de nuestra vivienda.

Así las cosas, una tarde pude ver la trailla completa de perros merodeando alrededor de nuestra casa. Entré en el *hall*, en seguida la perra vino a saludarme. Todos los chicos estaban allí y mi mujer también. Cumpliendo con lo prometido, abrí de par en par la puerta que daba afuera y la perra salió corriendo.

Siempre que recuerdo el episodio no puedo menos que volver a sonreír. Todavía estoy viendo a mi mujer corriendo desesperada detrás del animal para salvarlo de los perros forasteros, pero la *Negrina* le había sacado muchos metros de ventaja y cuando Celia consiguió llegar hasta ella, ya era tarde.

El más feo y arruinado de los perros forasteros, uno barcino, ñato y con las orejas cortadas, la había cubierto de un solo salto.

Mi mujer, furiosa, trataba de deshacer ese idilio y mis hijos, con Ernestito al frente, se reían a carcajadas.

Celia consiguió sacar de allí a su perra y llevarla a la casa de su amiga. Pero... ¡oh vueltas del destino!, unos meses después parió nueve perritos, algunos horrorosos, barcinos y ñatos.

Pasaron algunos años y volvimos a la ciudad de Córdoba. Alquilamos una casa en la calle Chile, muy cerca de un gran

parque que circundaba a la ciudad. Frente mismo a donde vivíamos había una gran hoya donde habitaba gente de muy escasos recursos. Era algo así como lo que nosotros llamamos en Buenos Aires, una «villa miseria».

Mi hijo Ernesto se había hecho amigo de todos los chiquilines que habitaban esa hoya.

Eran muchos los perros que allí había. Esta gente que no tenía medios para poder comer, siempre tenía algo que dar a sus perros.

Recuerdo a un inválido que se había fabricado una especie de carrito con cuatro tablas y unas rueditas ordinarias. Le faltaban las dos piernas y, con todo ingenio, había enseñado a cinco o seis de sus perros a tirar de su carro. Cuando salía de la hoya y su vehículo entraba en el firme, se oía el ruido de las ruedas chirriando sobre sus ejes, y las voces del mutilado acompañadas del restallar de su látigo. Era un espectáculo triste, pero interesante. El hombre pasaba con su carro por delante de las casas edificadas sobre la calle Chile haciendo que sus moradores salieran a mirarlo. Este espectáculo se repetía invariablemente dos veces al día.

De los perros descendientes de la *Negrina* habíamos conservado sólo uno y éste, aunque no de pura raza, había salido bastante parecido a la madre.

Nuestra casa no tenía jardín, sólo un gran patio interior, de modo que la perra y su hijo constantemente estaban en la vereda o en la gran hoya de enfrente junto con todo el perre-río de la villa miseria.

La municipalidad de Córdoba todos los años mandaba las «perreras» para eliminar canes que no estuvieran vacunados contra la rabia. La *Negrina* y su hijo tenían la ficha de identificación que daba la municipalidad.

Una tarde la perra estaba en la vereda de la casa y ante la mirada de los vecinos, un mataperros municipal, con una especie de pulverizador le echó sobre el lomo una rociada de cianuro; la perra inmediatamente, por la picazón que produce este veneno, se lamió el sitio afectado. El resultado fue fulminante.

Recuerdo la furia de mis hijos y, especialmente de Ernesto, que entonces tendría unos quince años. Corrieron a buscar al mataperros pero éste ya se había perdido entre las casas de la hoya. Yo llegué unos instantes después y encontré alborotado al barrio. Sin perder tiempo en mi auto salí hasta la primera farmacia y arrebaté de manos del dependiente una ampolla de hipoclorito de sodio. Llegué a mi casa, cargué la jeringa de inyecciones, pero todo fue inútil, el pobre animal ya estaba boqueando.

Los chicos habían hecho corro alrededor de la *Negrina*. Todo el barrio infantil la miraba entristecido. Ernesto me vio meter la aguja entre las costillas buscando el corazón. El

veneno ya le había paralizado y el antídoto no surtía ningún efecto.

Todos los chiquilines del barrio proferían amenazas contra los empleados municipales. A mí me afectó muchísimo el envenenamiento de la perra. Entré en mi casa y para distraerme me puse a leer en la pieza que me servía de estudio; no podía apartar de mi pensamiento a ese pobre animal que tanto habíamos querido. Un par de horas después sentí ruidos en la vereda, abrí la ventana y se presentó ante mí un espectáculo que jamás se borrará de mi memoria. Una veintena de criaturas de entre cinco y quince años, había formado un cortejo fúnebre. Llevaban en un cajoncito que ellos mismos habían construido el cadáver de la perra y se dirigían a enterrarlo en alguno de los terrenos baldíos de alrededor. Al frente, con la cara ensombrecida por la pena, iba mi hijo Ernesto, serio, trágico, abriendo la marcha. Detrás, cabizbajos, todos los chicos vecinos llevando la triste carga.

Este episodio del entierro de la perra puso para mí en evidencia la solidaridad, no solamente de todos los chiquilines de alrededor de nuestra casa, que habitaban el caserío de la hoya, sino también de todos sus habitantes. La perra, lo mismo que para nosotros, era para ellos una compañera y realmente me conmovió saber que teníamos allí mismo, enfrente, tanta gente con un corazón tan grande.

Una fiesta en el casino de Alta Gracia

A Ernesto le encantaba comer bien cuando su enfermedad se lo permitía. Al regresar de la escuela, lo primero que hacía era meterse en la cocina y allí se tragaba todo lo que estuviera a mano. Era lo que entre nosotros llamábamos «un buen diente». Cuando estaba bien se desquitaba con verdaderos atracones de sus ayunos obligados por los ataques de asma. Le encantaba durante el almuerzo tomar una copita de buen vino. En mi casa nunca hubo lujo, pero nunca faltó comida y a nosotros nos gustaba ver cómo los chicos se «llenaban el buche», pero especialmente gozábamos viendo comer a Ernesto, que no tenía medida y nunca sabíamos cuánto tiempo le duraría esta euforia, porque al presentarse los ataques de asma, lo primero que se afectaba era su apetito.

En el casino del Sierras Hotel —edificio donde antes había funcionando una ruleta— daban una fiesta con una gran mesa bien servida. No recuerdo el motivo, pero sí que estando en ella con mi mujer, de pronto vi que en la puerta de entrada estaban Ernesto con Roberto y parte de la pandilla de Alta Gracia. Aquéllos miraban cómo comíamos unos exquisitos sand-

wiches; les hice seña y entraron junto con sus amigos. Y comenzaron a devorar todo lo que tenían a su alcance.

Una de las señoras que estaba allí, viendo que yo había hecho entrar a esos chicos, me preguntó, indicando a Ernesto y Roberto que estaban cerca:

—¿Quiénes son estos mocosos?

—Pues son hijos míos —le respondí.

Cabe aquí describir la traza de ambos: desgreñados, con la cara sucia, las camisas salidas de los pantalones embarrados y rotos, con las rodillas y las piernas también llenas de barro.

—¿Éstos son sus hijos? —me dijo, y guiñándome un ojo agregó—: Así es que ¿usted es el padre de todos los vendedores de diarios de Alta Gracia?

Varias de las personas concurrentes a la fiesta que conocían bien a mis chicos, se quedaron helados al oír a la señora, creyendo que yo me enfadaría. Como mi mujer y yo comenzamos a reírnos y los chicos, sin dejar de comer, hacían lo mismo, para quedar a tono toda la reunión comenzó a reír a carcajadas, dejando a la señora en un suspenso bastante ridículo.

RECUERDOS DE LA INFANCIA DE ERNESTO

Cuando era chico no toleraba que le impusiesen algo que considerase injusto o que lo retasen sin razón. Se indignaba. Lloraba y se ponía furioso y no había modo de tranquilizarlo. Meneaba la cabeza y seguía insistiendo en que tenía razón. Ya mayor, si bien pudo dirigir y reprimir sus impulsos, su indignación por lo que consideraba injusto se fue acentuando y llegó a tener muchos altercados por defender a cualquier precio su posición.

A los nueve años, en Alta Gracia, le dio tos convulsa. Para él esta enfermedad, combinada con el asma, se volvía mucho más seria. Al sentir que venían los ataques, se quedaba quieto en la cama y comenzaba a aguantar el ahogo que se produce siempre en los asmáticos durante los accesos de tos. Por consejo médico yo tenía a mano un gran balón de oxígeno, para llegado el momento álgido de los accesos de tos, insuflarle al chico un chorro de aire oxigenado.

Él no quería acostumbrarse a esta panacea y aguantaba todo lo que podía, pero cuando ya no podía más, morado a causa de la asfixia, empezaba a dar saltos en la cama y con el dedo me señalaba su boca para indicar que le diera aire. El oxígeno lo calmaba inmediatamente.

Esta manera de comportarse esta criatura frente a la nece-

sidad de un calmante, usándolo sólo cuando ya no tenía otro modo de parar un acceso de tos que le producía ahogo, da una idea clara del control que Ernesto ejercía sobre sí mismo.

Es posible que la misma enfermedad lo fuera endureciendo en el sentido de aprender a dominarse y no dejarse llevar por el arrebató o la sugestión. Supongo que en general el sufrimiento producido por el asma, acaba por crear en los asmáticos una autodefensa, y esta autodefensa acrecienta su carácter para afrontar la inferioridad física que impone el asma.

Esta maldita carga que desde los dos años tuvo que soportar no lo abandonó jamás. En todos sus relatos y en todas sus conversaciones figuraba siempre el tema del asma.

La mina abandonada

Como siempre, cuando los chicos habían hecho alguna barbaridad de esas que ponían en peligro sus vidas, yo lo sabía mucho después, porque tanto su madre como los demás chicos me ocultaban estas cosas.

Había en la sierra más próxima a Alta Gracia —a unos dos kilómetros de esta ciudad— una mina abandonada. Era una de las tantas existentes en los parajes cercanos. Supe que los chicos la habían descubierto. Tenía una entrada pequeña, casi completamente obstruida por el material de desecho y por el arrastre del agua. No sé quién la descubrió, pero sé que Ernesto, en compañía de Roberto y parte de la pandilla, decidieron explorarla, y limpiando la entrada se fueron metiendo por el hueco. Llegó un momento en que no podían seguir más adelante, porque un desprendimiento había tapiado casi por completo la bóveda y sólo quedaba un pequeño agujero sobre el piso que comunicaba con el interior de las galerías. Por supuesto, a los chicos les dio miedo y quisieron volverse; pero Ernesto, decidido, enfrentó el peligro y comenzó a arrastrarse entre el piso y el desprendimiento de la bóveda. Y así cubrió unos cuantos metros hasta poder salir nuevamente a la galería. Los demás chicos lo siguieron.

Para la gente acostumbrada a trabajar en las minas, hacer semejante barbaridad era una locura. Por el menor movimiento se puede completar el desprendimiento y entonces sacarlos de allí hubiera sido muy difícil.

Por supuesto, cuando lo supe ya era tarde para reñirles. Esta locura la hicieron no una sino varias veces.

Ernesto y Zacarías

Una mañana en Alta Gracia, Ernestito le contestó mal a su madre. Yo estaba leyendo en mi escritorio y me levanté para reprenderlo, pero ya mi mujer lo «había sacado cortito» del comedor y él, viendo que esta vez ligaba,¹² como una flecha salió a la calle. Saltó por encima de unas zanjas abiertas por Obras Sanitarias y se perdió en la ladera de los cerros llenas de árboles, arbustos y malezas.

Fueron inútiles las imperiosas llamadas de Celia; estaba enfadado y no quería oír nada.

Cuando mi mujer le gritaba que volviese a casa, desde el monte contestaba que no volvería.

En esa época estaban colocando los desagües, las cloacas y las aguas corrientes en Alta Gracia, y toda una cuadrilla de obreros trabajaba frente a nuestra casa abriendo zanjas y colocando caños. Como es natural, los peones se divertían con el incidente y cuando mi mujer quería llegar hasta donde estaba el chico, ellos le señalaban el lugar donde se ocultaba.

Celia no podía atraparlo, muy convencido de mi agilidad salté las zanjas y comencé a perseguirlo monte adentro, pero cuál no sería mi sorpresa cuando apenas le alcancé a ver los talones, porque ya se había perdido en la espesura.

Después de varias tentativas infructuosas, cansado, decidí correrlo a caballo. Ensillé uno tostado muy bueno que tenía atado cerca de mi casa y metiéndole espuelas, apenas vi a Ernesto en la falda del monte tratando de esconderse le di dos rebencazos al animal y enderecé a lo más espeso del matorral. Pero todo fue inútil. Ernesto se me escapó de nuevo y yo sólo conseguí desgarrar mis bombachas, rasguñarme las piernas y los brazos con las espinas de los arbustos y enfuercerme.

Había comprobado dos cosas: que yo ya no era lo suficientemente ágil como para alcanzar a un chico montaraz y que mi hijo Ernesto era una liebre corriendo en el monte.

Mientras tanto, la peonada de Obras Sanitarias se divertía en grande y retrasaba su trabajo espiando el resultado de la corrida.

La tarde avanzaba y yo comenzaba a preocuparme. En eso, llegó hasta mi casa Zacarías.

Éste era un muchacho de unos quince años, morochito, delgado, con piernas de alambre, que se había hecho famoso como corredor de fondo en las carreras denominadas Mara-

12. Recibir una paliza.

tón de Córdoba. Alguna vez también se anotó en carreras efectuadas en Buenos Aires.

Zacarías era muy pobre, se ganaba la vida vendiendo alfajores. Salía por la mañana temprano de su casa con la canasta llena y al atardecer regresaba. La situación monetaria del pueblo altagraciense no era de lo más propicia para comprar artículos de lujo. Solamente los ricos podían hacerlo, porque a los pobres apenas si les alcanzaban sus magros jornales para mal llenar el buche. Casi siempre, cuando llegaba a su casa le sobraba a Zacarías la mitad de la canasta.

Los alfajores valían cinco centavos cada uno; no eran muy caros, pero bien sabía Zacarías que los que más apreciaban los alfajores fabricados por su mamá eran los que menos dinero tenían para comprarlos y muchas veces el mismo Zacarías regalaba alguno de ellos a sus harapientos amiguitos de los alrededores de su casa.

Ese día se le presentó la gran oportunidad.

Yo no podía alcanzar a Ernesto ni a pie ni a caballo y preocupado porque se venía la noche encima, se me iluminó la mente al ver a Zacarías y sin pensarlo mucho, lo llamé.

—¿Vendiste mucho hoy, Zacarías? —le pregunté.

—Muy poco.

Contestó mientras levantaba la cabeza y miraba desconfiado.

—¿Te gustaría ganarte unos cinco «mangos»?¹³ —precio que correspondía al importe total de la canasta, es decir cien alfajores.

—¡Vaya, que si me gustaría! —contestó, mirando con ojos interrogantes.

Entonces le expliqué: si conseguía atrapar a Ernesto que hacía más de cuatro horas estaba escondido en la maleza, le pagaba cinco pesos.

Trato hecho y Zacarías, silbando y loco de contento se fue metiendo entre los arbustos.

Había que esperar el resultado, para esto me escondí en un sitio apropiado. Pasó una hora y volvió Zacarías, sudoroso, jadeando, con aire desconsolado. Le pregunté:

—¿Y qué te pasó?

Me contestó perturbado:

—Ya lo tenía cerquita, puse la canasta en el suelo y le grité que lo convidaba con un alfajor.

Ernesto, a varios pasos de distancia, desconfiado, le contestó:

—Tírame el alfajor.

Pero Zacarías insistió en que viniera a buscarlo y así —según contaba él, tira y afloja— estuvieron varios minutos con-

13. Pesos.

**Celia tenía un amor y un gran
cariño por sus hijos y muy
especialmente por Ernesto.
(El niño en Morón,
provincia de Buenos Aires.)**



Vivir en medio de la selva misionera con toda una familia y las dificultades y trastornos que ello lleva aparejado, no era aconsejable a nadie... En estos parajes comenzó a dar sus primeros pasos el Che.



versando, hasta que por fin Zacarías se decidió y abandonando la canasta salió corriendo hacia lo espeso del monte.

—Y lo corrí lo más ligero que pude —dijo—, pero cada vez que ya casi lo alcanzaba, Ernesto se me escapaba, haciéndome burlas.

Y así, desanimado, con su canasta al brazo y muy cansado, se presentó Zacarías ante mí, pensando seguramente en que había perdido la tarde, pues lo lógico era que yo no le pagase lo convenido.

Le pagué los cinco pesos a Zacarías y salió cuesta arriba con la cara iluminada de contento.

La preocupación me fue invadiendo seriamente. Era casi de noche y Ernestito que sólo tenía nueve años de edad, no podía estar perdido en este matorral que tenía una extensión por lo menos de doscientas hectáreas. Yo no sabía qué hacer, pero llegó mi mujer que había estado observando las peripecias de la pesca de Ernesto, y me dijo sin que en su cara se denotase ningún miedo:

—Yo lo conozco mejor que vos, vete tranquilo y no le des importancia. Seguro que esta noche, cuando tenga hambre volverá a la casa.

Y así fue.

Yo me fui a dar una vuelta por el pueblo y a mi regreso ya entrada la noche, Celia me salió al paso y mientras picarescamente me hacía seña de que estuviese tranquilo, en voz baja me decía:

—Ernesto ya entró por la puerta trasera de la casa, se metió en la cocina, se escondió en su cuarto y ahora está durmiendo.

Este episodio me hizo reflexionar. ¿Cómo era posible que Zacarías, un corredor profesional que tenía quince años, no pudiese alcanzar a mi hijo que sólo tenía nueve? ¿Es que sería tan malo Zacarías como corredor o es que Ernesto era un chico excepcional? Pero entonces comencé a recordar todos los juegos, con la pandilla, las excursiones por los cerros, las correrías en el barrio jugando a guardias y ladrones y las incursiones dentro del monte que conocía como sus manos, y repasando todo esto llegué a la conclusión de que tanto Ernesto como todos los amigos que formaban la «barra», tenían no solamente buen entrenamiento físico, sino la destreza necesaria para correr en cualquier parte.

Una cosa era la pista de carrera con sus andariveles y su ordenamiento, y otra cosa era escapar a los saltos entre los arbustos, esquivando y sorteando ramas llenas de espinas, metiéndose en el hueco de alguna horqueta o escondiéndose entre lomadas y riscos para escapar a la manera de los animales del monte. Agilidad de piernas, destreza para escabullirse, buena vista, oído fino y decisión instantánea, eso era lo que tenían Ernesto y sus amigos de Alta Gracia.

Yo no sé qué será de la vida de todos aquellos compañeros de correrías de Ernesto. Tal vez la mayoría habrá olvidado cómo se caza un pájaro, cómo se coge un nido, cómo se sigue un rastro o se esquivo a un perseguidor. Pero ha querido la suerte que este niño entrenado originalmente entre los cerros allagracienses, a pesar de llevar en contra los terribles ataques de asma, llegara con el tiempo a ser un verdadero experto conocedor de la selva y de la montaña y un maestro en el difícil arte de atacar, eludir y escapar cada vez que las circunstancias del combate lo exigían.

Los amigos de Ernesto lo llevan en andas

Nosotros vivíamos en la Villa Carlos Pellegrini. Esta villa no era más que una continuación de la ciudad de Alta Gracia y en un principio fue determinada por el Sierras Hotel, alrededor del cual, en épocas lejanas, se había loteado, vendido y edificado transformándose los bosquecillos en un barrio constituido por chalets con buenos techos de tejas, la mayoría de un solo piso y con bonitos jardines. Lindero a la Villa Carlos Pellegrini funcionaba un campo de golf de cuarenta y dos hectáreas. Después del campo de golf comenzaban las primeras estribaciones de los cerros.

La zona en general era ondulada y ligeramente montañosa y por lo tanto las calles eran irregulares, con suaves declives. Estas condiciones de edificación de la villa le daban cierta elegancia; las casas se divisaban desde distintos planos y desde distintos ángulos; no había calles pavimentadas, todas ellas estaban construidas con elementos naturales de la sierra, que eran piedras calizas y arena, y por tener un suelo firme, podían ser transitadas.

Nuestra primera casa estaba ubicada en la calle Avellaneda. La que arrancaba del Sierras Hotel e iba bordeando colinas a cuya derecha se derramaban bosquecillos de aromos, espinillos, menta peperita, que daban al ambiente un agradable perfume.

Nuestra casa disfrutaba de las dos vistas: hacia el oeste, la sierra propiamente dicha y hacia el este, la campiña.

La primera de las casas que habitamos se llamaba villa Chichita y después nos mudamos a otra que quedaba enfrente, villa Nydia, en la que vivimos durante muchos años. Ambas habían sido levantadas en la falda de un cerro.

Ernesto comenzó a tener contacto con todos los muchachitos de los alrededores, me refiero aquí a los chicos de gente pobre. Nuestra casa de la calle Avellaneda era una de las últimas de la Villa Carlos Pellegrini; después comenzaba el rancherío. Justamente en estos rancheríos habitaban los ami-

gos de Ernesto; eran hijos de obreros, de mozos de hotel, de cadies, de mineros.

No podría decir cuándo comenzó a formarse este conglomerado heterogéneo de chiquilines que con el tiempo vinieron a formar parte de nuestra familia, pero sí puedo afirmar que quien los agrupó fue mi hijo Ernesto. Tenía una especial seducción para poder manejar a todas las criaturas de su edad, y a veces a chicos mucho mayores que él.

El asma solía obligarlo a estar quieto; él aprovechaba esta quietud física para leer y releer. Y cuando Ernesto llegó a los doce años, poseía una cultura correspondiente a un muchacho de dieciocho. Su biblioteca estaba atiborrada de toda clase de libros de aventuras, de novelas, de viajes. Allí se encontraba a Salgari, a Stevenson, a Julio Verne y Alejandro Dumas, y en general, a todos aquellos autores que fueron recreo y guía de muchas generaciones. Abundaban en su biblioteca los libros de viajes y especialmente de expediciones a regiones desconocidas.

Sobre los demás chicos ejercía ese dominio que da la cultura, pero su ascendiente sobre ellos radicaba más bien en esta gran simpatía que desbordaba en él y de su gran bondad. Sus amigos lo querían entrañablemente y él se daba sin titubear por cualquiera de sus compañeros de juego.

Recuerdo un episodio que nunca se borró de mi mente.

Yo estaba leyendo en una de las galerías de mi casa, galería que daba al llano. Desde esa galería podía observarse un tortuoso camino que hacía de calle y que desembocaba en la de Avellaneda, donde teníamos nuestra casa. Vi avanzar un montón de chiquilines muy lentamente. Llamó mi atención ver como entre todos traían a alguien cargado. Ese alguien era mi hijo Ernesto. Supe luego que había sufrido un fuerte ataque de asma y no podía caminar. Ernesto tendría entonces unos diez años y los chiquilines que lo acompañaban, que eran como ocho o nueve, entre todos, turnándose, lo llevaban en andas hasta mi casa.

Entonces tomé aquello como una demostración de amistad. Hoy puedo agregar que, además de amistad, demostraron el gran sentido de camaradería y espíritu humanitario que animaba a todos ellos. Estas cualidades suelen pasar inadvertidas en los poblados o en las grandes urbes. Pero fueron el pivote sobre el cual rodaron todas las agrupaciones rebeldes denominadas guerrillas. Espíritu humanitario y sentido de solidaridad son condiciones imprescindibles para esta clase de lucha de liberación. Naturalmente, además de éstas se necesitan otras condiciones, que tal vez más de uno de esos chicos las tuviera, pero posiblemente no se les presentó la ocasión de desarrollarlas.

Hoy quizá si alguno de ellos llega a leer estas líneas, apenas si recordará el episodio que relato.

Los chicos y las pelotas de golf

Habitábamos un chalet cuyo dueño se llamaba Fuentes Pondal; estaba situado a la orilla misma del campo de golf. Sólo había que atravesar una pequeña cerca de cuarenta centímetros de altura y ya estábamos dentro de los *links*.

Nunca me había gustado el golf. No lo consideraba un deporte. Yo que había practicado muchos, me hubiera sentido avergonzado de jugar al golf. Me parecía apenas un entretenimiento para señoras.

Pero tuve que ampliar por contrato este mismo campo de golf que lindaba con nuestra casa y por tal motivo me vi obligado a practicar dicho deporte. Entonces tuve que reconocer que jugando a nivel de deportistas era también un ejercicio violento.

Mis hijos, chiquilines entonces, lo conocían muy bien y lo conocían tan bien porque lo practicaban todos los días junto a los hijos de los cadies que a su vez lo aprendían de sus padres. Tanto Ernesto como Roberto pasaban largas horas con sus amigos, divirtiéndose con este juego.

Había en los alrededores del campo de golf una verdadera trailla de chicos que conocían no solamente ese campo sino todos los terrenos adyacentes. Pero estas cercanías no eran, ni más ni menos que un apretado bosque de piquillines y aromos que impedían, cuando una pelota caía por allí, que se la encontrase rápidamente.

Este hecho iluminó la mente de la «barra» golfística a la cual pertenecían mis dos hijos. En las horas libres de estudio se iban hasta el hoyo uno y desde el alambrado comenzaban a calar¹⁴ las aptitudes de los jugadores nuevos. Al hotel de Alta Gracia concurrían muchos turistas, algunos de los cuales iban a jugar al golf. En cuanto se paraban en los «tes» de salida, toda la barra analizaba sus movimientos y al instante sabían a la perfección si era un buen jugador o simplemente un chambón.¹⁵ Si era buen jugador, nadie se ocupaba de él y si era un chambón, la barra entera, escondiéndose entre el ramaje y la fronda, acompañaba al jugador durante el recorrido. Cuando el chambón chingaba¹⁶ un tiro, ellos ya habían medido con exactitud la distancia de tal tiro y sabían perfectamente dónde iba a caer. Apenas tocaba el suelo, la pelota ya había desaparecido en las manos de la chiquillería, ¡que ahora tenían con qué jugar al golf!

14. Investigar a fondo. Se cala la sandía para saber si está madura.

15. Sin destreza.

16. Erraba.

Cuando el cady, atendiendo su obligación, iba a buscarla en el sitio donde debió caer, ya no estaban ni la pelota ni la pandilla de chiquilines. Alguno de ellos, más travieso, o como decimos en nuestra tierra más caradura,¹⁷ iba después a vender esas mismas pelotas más baratas a los jugadores. Y hubo más de un caso en que el jugador que perdía una pelota, tuvo que comprar la misma, varias veces.

Un cady que había advertido la avivada¹⁸ de la barra, un día los amenazó con darles una tremenda paliza si los veía en el monte.

Se reunió el cónclave y después de deliberar un rato, resolvieron los chicos darle ellos la paliza al cady.

«Éramos diez —me contaba Roberto, que entonces tenía sólo nueve años—, decidimos armarnos con palos y en cuanto encontráramos al cady lo atacaríamos con ellos. Una tarde lo vimos venir y en seguida, todos así armados, nos metimos en el campo de golf. Ernesto iba el primero, yo el segundo. Llegamos hasta el cady que nos miraba y se sonreía, mientras nosotros con nuestros palos lo amenazábamos. ¿Sabés, viejo, lo que había pasado? Al ver que el cady se reía, me di vuelta y vi que todos nuestros compañeros habían desaparecido.»

La pileta del Sierras Hotel

Cuando llegaba el mes de noviembre, en Alta Gracia también llegaba la temporada de natación. El Sierras Hotel tenía una espléndida pileta.

Como yo les había enseñado a nadar a mis hijos, ingenuamente creía que debía seguir cuidándolos mientras se bañaran, pensando que podría ocurrirles cualquier accidente y que por lo tanto les podría ayudar.

Les había inculcado mis pocos conocimientos de natación; y digo pocos porque siempre nadé muy mal y con un estilo «troglodita», en cambio ellos habían seguido aprendiendo de las personas que nadaban mejor que yo y habían alcanzado un buen nivel en ese deporte.

Ernesto tomaba lecciones de un gran nadador de aquella época, el campeón argentino de estilo mariposa, que se llamaba Carlos Espejo. A éste le había caído en gracia el chico y le enseñaba gratis.

Sin duda alguna, la natación le hacía mucho bien para su asma, siempre que lo hiciese moderadamente. Le daba mayor capacidad torácica ensanchándole los pulmones; pero los mé-

17. Fresco. Que no se altera por lo que piensen de él.

18. Pasarse de listo, de vivo.

dicos me habían recomendado que no le permitiera excederse porque ello significaría esforzar su corazón y es sabido que los asmáticos deben cuidar bien este órgano, porque el asma lo obliga a trabajar mucho.

Cuando íbamos a la pileta, los ejercicios de natación de Ernesto y de todos mis hijos, que también nadaban bastante bien, eran normales. Pequeñas carreras de crol o de pecho, zambullidas desde la orilla o desde los trampolines. La pileta estaba siempre llena de chicos y grandes, y, además de poder tomar el sol, la gente se divertía allí.

Pero lo que yo ignoraba era que Ernesto, desde mucho tiempo atrás, venía practicando entrenamiento de más de dos horas diarias. Cuando iba a la pileta con ellos, no me retiraba hasta que el último hubiera salido del agua; siempre estaba cuidándolos, pero lo que no sabía era que a la tarde se escapaban y se iban a entrenar. Yo, muy ingenuo, creía que debía estar presente en la pileta por si alguno corría peligro, sacarlo del agua. Lo cierto es que si esto hubiera ocurrido, lo probable es que ellos hubieran tenido que sacarme a mí.

Estando una tarde en mi casa, alguien que llegaba del Sierras Hotel me comentó que Ernesto hacía más de una hora y media que estaba entrenándose en la pileta.

—¿Cómo en la pileta? —dije—, si yo no le he dado permiso para ir allí?

Y cuando pensé que ya llevaba más de una hora y media nadando, me alarmé. Su asma no le permitía hacer esas cosas.

Fui inmediatamente al Sierras Hotel y pude ver cómo un montón de chiquilines que oficiaban de ayudantes del «futuro campeón» —reloj en mano— controlaban los tiempos mientras discutían entre ellos si tardaría tanto o cuanto en hacer sus cien piletas.

Cuando vi aquello y oí a los chicos, se me cayó la venda de los ojos y comprendí cuán ridículo es, a veces, el cuidado excesivo de los hijos. Estaba desorientado y opté por hacerme el tonto. Y mientras Ernesto, que me había visto, continuaba su raid sonriente, yo, haciéndome el desentendido, seguí el raid como si supiera hacía mucho tiempo que mi hijo venía practicando estos entrenamientos.

Todavía me parece verlo nadando en estilo mariposa, esforzándose por superarse, los mofletes hinchados, todo congestionado por el sol y entrando y saliendo del agua avanzando a saltos como una tonina.

El tiempo se encargó de darle la oportunidad de hacer valer todos sus conocimientos de natación. Durante la invasión del ejército rebelde a Cuba, muchas veces tuvo que atravesar ríos a nado.

Cuando desembarcó en Las Coloradas, a pesar de la poca profundidad del agua, tuvo que nadar y cuando comandaba el pequeño contingente de hombres que desde Sierra Maestra

llegó al Escambray, tuvo que atravesar kilómetros de manglares cubiertos por el agua de mar y otras veces brazos de agua abiertos y de gran profundidad.

La guerra paraguayo-boliviana

En nuestra casa se hablaba continuamente de política, lo hacíamos Celia y yo con los amigos que frecuentaban nuestro hogar.

Por aquel entonces el mundo democrático estaba conmovido por causa de la guerra desatada entre el Paraguay y Bolivia. Este país (entre los años 1931-1934) alentado por las compañías petroleras norteamericanas y ensoberbecido por tener un ejército entrenado por el general Kunt —uno de los jefes alemanes que luchó en la guerra europea de 1914— con un pretexto cualquiera invadió el Chaco paraguayo con el propósito de anexionárselo. El proyecto de este jefe no era descabellado y muy poco faltó para que se cumpliera.

El Paraguay pasaba por un período de pobreza. Su ejército estaba prácticamente desarmado. Bolivia, en cambio, contaba con dinero norteamericano y asesoramiento dirigido por un militar nazi; sus tropas se encontraban perfectamente armadas y equipadas. Sólo el heroísmo del estoico pueblo paraguayo pudo contener la invasión boliviana.

Para Bolivia esta guerra tenía un doble propósito. Si derrotaba al ejército paraguayo le haría retroceder hasta el río Paraná, y habría conseguido así la ansiada salida al mar utilizando el mencionado río y además el dominio del Chaco paraguayo, que le aseguraba una inmensa fuente de riqueza, el permitirle extraer del subsuelo grandes cantidades de petróleo. Las compañías norteamericanas se encargarían de su extracción.

El mundo democrático se indignó ante el avance prepotente del ejército boliviano y yo me indigné más que todo el mundo, porque como había vivido en el territorio argentino de Misiones¹⁹ tenía muchos amigos paraguayos y había aprendido a comprender a este pueblo. Mi indignación llegó a un punto tal que consideré seriamente tomar las armas en favor del Paraguay.

Ernesto entonces, a pesar de ser muy pequeño, seguía con vivo interés las alternativas de esta guerra que tanto apasionaba a sus padres. Escuchaba con atención todo lo relativo a ella y en un mapa, pinchando banderitas, seguía los movimientos militares.

19. En este territorio argentino habitan muchos paraguayos.

Cuando salía con sus amigos en tropel a jugar a la guerra, ésta era entonces la guerra paraguayo-boliviana.

En esta contienda nosotros no podíamos estar sino del lado paraguayo. El general Kunt representaba a la odiosa casta militar nazi y el general Estigarribia, jefe supremo de las fuerzas paraguayas, había combatido contra Alemania en el año 1914 como oficial del ejército francés.

Este apasionamiento de mi mujer y mío, necesariamente tuvo que influir en el niño Ernesto y en todos sus amigos. El Paraguay se defendía contra una invasión que no había provocado, y en muy inferiores condiciones numérica y de armamento. Todo el mundo sabía que detrás de Bolivia estaba el imperialismo yanqui.

Esta desigualdad en la lucha fue un factor desencadenante para Ernesto y su «barra» despertando en ellos una profunda simpatía por los más débiles.

Era, sin duda alguna, la invasión boliviana una muestra de cómo los países imperialistas provocaban y desataban contiendas en donde a ellos les convenía, conforme a sus intereses.

La guerra terminó con la aplastante derrota del ejército boliviano infligida por el pueblo paraguayo en armas. Aquella vez nuestras esperanzas se vieron colmadas por el éxito y los niños también se alegraron.

La guerra civil española

Cuando comenzó en España la guerra civil Ernesto era pequeño. Por aquel entonces yo estaba íntimamente relacionado con los republicanos.

Tanto en Alta Gracia como en otros puntos de la provincia de Córdoba y en toda la República Argentina en general, se abrieron comités de ayuda a la República española. Teníamos la seguridad de que el gobierno de España combatía contra una coalición imperialista que apoyaba al general Franco, sucesor del general Mola, quien fuera el jefe del ejército revolucionario.

Inglaterra hacía la vista gorda y Francia se limitó a poner a buen recaudo en deplorables campos de concentración a los refugiados españoles que cruzando la frontera llegaban escapando a la persecución franquista.

Italia y Alemania también ayudaron de diversas maneras al ejército franquista que aspiraba a imponer en España una dictadura fascista al estilo de Mussolini.

En cambio, la mayoría de los países de América contaban con entusiastas sostenedores de la República española, que recibía alguna ayuda de la Unión Soviética, especialmente en

lo que se refería a la aviación, donde los «Chatos», rápidos aviones de caza, sostenían continuas batallas contra los Messerschmitt de fabricación alemana.

Con algunos amigos de Alta Gracia habíamos fundado un comité de ayuda al gobierno republicano español; en este comité trabajaron muchas personas liberales y de izquierda. Nos conectábamos continuamente con otros comités de la capital cordobesa y de la ciudad de Buenos Aires.

Sólo contaba nueve años de edad entonces mi hijo Ernesto. Se interesaba muchísimo por todo lo concerniente a la guerra civil española.

El médico español doctor Juan González Aguilar fue uno de los amigos personales del presidente Azaña y llegó a ser el jefe de la Sanidad naval de su país. Había mandado su familia a Buenos Aires y ésta se radicó en Alta Gracia, donde pronto hicieron amistad con un núcleo de personas que trabajaban ayudando a la República española.

Cuando se derrumbó la resistencia republicana el doctor Juan González Aguilar cruzó la frontera y pasó a Francia donde estuvo en un campo de concentración. Un tiempo después se exilió en la República Argentina. La casa del doctor González Aguilar era un verdadero comité republicano español donde se reunían gran número de exiliados.

Nosotros habíamos intimado con los González Aguilar y Ernesto se hizo muy amigo de sus hijos mayores. En su casa pudo tomar contacto con muchos combatientes republicanos y así fue que siendo un niño Ernesto apoyó con todo entusiasmo a la República española. No faltó a un solo acto de los que se hacían con propósito de ayuda y mientras tanto, iba empapándose a través de periódicos y libros de los pormenores de esta contienda.

En mi casa también se reunía mucha gente liberal que trabajaba por esa causa apoyando y efectuando actos públicos y fiestas para recolectar fondos o reunir alimentos.

Ernesto recortaba prolijamente las noticias de los diarios y en su cuarto en un gran mapa de España seguía el movimiento de los ejércitos pinchando banderitas en uno y otro frente. Creo que en esa época comienza en él a desarrollarse la rebeldía contra toda dictadura que oprima a los pueblos.

Y así, en aquel clima de tensión en que vivían los exiliados españoles, todos nosotros fuimos enterándonos de los pormenores de aquella guerra fratricida. Ernesto fue conociendo a muchos de los combatientes que tomaron parte en ella. Éstos se distinguieron por el derroche de coraje, derroche que conmovió al mundo entero. Es difícil escapar a la atracción que ejerce el medio ambiente cuando se tiene poca edad y creo que Ernesto en esa época empieza a desarrollar su carácter combativo.

Los exiliados españoles nunca pensaron que el gobierno de

Franco iba a ostentar el poder por tanto tiempo y pensando volver pronto a España desarrollaban una intensa propaganda proselitista y su labor fue ardua y tenaz. A medida que se desarrolla la guerra civil Ernesto comienza a conocer el porqué de aquella guerra. Para él ya los exiliados españoles eran sus hermanos.

Por aquella época mi cuñado Córdova Iturburu, casado con una hermana de mi mujer, había sido enviado por el diario *Crítica* de nuestro país como corresponsal de guerra a España, donde permaneció más de un año. Todas sus crónicas y artículos los enviaba a nombre de su señora, Carmen de la Serna, quien con su familia vivía en mi casa de Alta Gracia. No pasaba una semana sin que llegara correspondencia de *Policho*, como le decíamos a Córdova Iturburu. Esta correspondencia, después de ser leída por Carmen y por todos nosotros, ella la despachaba a la dirección del diario *Crítica* de Buenos Aires. Aquella correspondencia era enviada a mi casa y no al diario, debido a razones de seguridad, pues se temía que el correo pudiese sustraer importantes documentos.

Policho, además de mandar sus artículos con impresiones personales mandaba también algunos ejemplares de diarios de escasa tirada que se editaban dentro de las filas republicanas. Recuerdo algunos ejemplares del *Mono Azul*, en donde colaboraban muchos de los que más adelante llegaron a ser grandes escritores y poetas españoles, algunos de los cuales posteriormente se establecieron en la República Argentina. El *Mono Azul*, nos brindó la oportunidad de leer por primera vez los poemas de Rafael Alberti, poeta a quien después conocimos personalmente y a quien tanto admiramos.

A la casa de don Juan González Aguilar continuamente llegaban jefes republicanos, oficiales, combatientes, profesionales, literatos, poetas. Y a mi casa también llegaban algunos de ellos. En este ambiente nos íbamos enterando de todo el proceso de la guerra civil española y como mi mujer y yo éramos personas de tendencia socialista, pronto fraternizamos con todos aquellos exiliados que llegaron a nuestro país con la esperanza de volver en poco tiempo a su tierra.

Mi hijo Ernesto iba creciendo en aquel ambiente y no sólo se pudo enterar de los incidentes de la guerra civil, sino también de la nueva literatura que nacía en las trincheras. No es de extrañar, pues, que siendo un niño pudiera identificarse con la vanguardia de la España republicana.

El general Jurado

El general Jurado, militar español republicano, fue el héroe de la batalla de Guadalajara librada durante la guerra civil española en el año 37, donde derrotó a las tropas italianas que actuaban en España al mando del célebre general italiano Roatta.²⁰

Arribó a la ciudad de Córdoba como tantos exiliados políticos españoles y de allí pasó a Alta Gracia, donde nosotros vivíamos, tratando de encontrar algún trabajo.

El general Jurado combatió durante toda la guerra en España y después, al ser derrotados los republicanos, con toda dignidad empezó para él otra ardua lucha; la lucha por la vida y en tierras extrañas.

El general no podía conseguir trabajo, pues para los mismos argentinos en esa época era difícil y para los extranjeros mucho más.

No se amilanó por sus fracasos. Después de escuchar muchas promesas y de calentar asientos en antecámaras de directivos, el pobre fue a caer en una compañía de seguros de vida.

Esta ocupación nueva, como corredor de seguros, la tomó con buen humor. Un día me dijo: «Pues fíjese usted las vueltas que da el mundo, yo que desde los catorce años he estado peleando en el ejército español y calculo haber matado mucha gente; ahora, por una ironía del destino, estoy haciendo seguros de vida.» Y se reía festejando su chiste.

Nos hicimos muy amigos y me contó muchos pormenores de la guerra civil española, donde actuó dentro de las filas republicanas, con el grado de general.

Ernesto entonces tenía alrededor de diez años y seguía los relatos de Jurado absorto y sin perder detalle de sus narraciones. El general era de las personas que honraban la mesa de mi casa y había captado el clima propicio que existía entre nosotros, para explayarse sobre el tema de la guerra civil hablando con toda naturalidad, sin ninguna afectación, a veces casi parecía que lo hiciera con toda inocencia. Jamás

20. La ofensiva italiana ordenada por Mussolini, que tenía por objeto tomar Madrid, se inició el 8 de marzo de 1937 y al principio los italianos al mando del general Roatta, encontraron muy poca resistencia republicana.

Embriagados por los primeros triunfos festejaban la pronta entrada en Madrid. Mussolini saludaba a las brigadas italianas que estaban en España asegurándoles el triunfo total.

El comando del ejército republicano colocó al entonces coronel Jurado, al frente del IV Cuerpo de Ejército que estaba compuesto por tres divisiones: la Líster, al mando del comandante Líster, la División 12, mandada por Nino Napetti, y la División 14 bajo las órdenes de Cipriano Mera.

La contraofensiva ordenada por Jurado se inició el 12 de marzo; el 18 contraatacaron en todos los frentes y derrotaban al ejército fascista italiano poniéndolo en fuga.

hablaba de él como personaje principal y contaba episodios electrizantes de esa dura contienda. Sólo cuando lo «cargaban» con preguntas acerca de su persona, entonces contaba algo de sus hazañas, poniendo énfasis en todo aquello que se relacionara con sus subordinados.

Cuando hablaba en nuestra mesa, más nos parecía estar en presencia de un buen burgués negociante e inofensivo, que frente a un hombre de guerra. Acostumbrados como estábamos a nuestros militares de corte prusiano, que no conocí en las guerras sino de nombre, pero que no abandonaban jamás su ceño adusto, Jurado, tan sencillo, se nos apareció más como un civil que como un militar. Siempre sonriente, hablaba con claridad y exactitud repudiando toda clase de bravatas.

Ernesto, que entonces era una criatura, captaba a la perfección el contraste y creo que el modo de ser del general Jurado fue para él una guía de lo que debe ser un hombre de combate. Le tenía una gran admiración.

Jurado durante un almuerzo nos relató cómo se había desarrollado la batalla de Guadalajara. Habló del desprevenido avance de las tropas italianas por el valle al son de fanfarrias, cuando creían despejado el camino a Madrid. Nos contó cómo los milicianos apostados en las crestas de las montañas que circundaban ese valle iban dejando entrar al enemigo, hasta que se mandó atacar, y luego describió la descolgada de soldados republicanos bajando las laderas y describió también la sorpresa y el pánico de las brigadas italianas atrapadas en un cerco, lo que determinó el desbande y huida general.

Nos habló Jurado sobre el afán de los milicianos por coger prisioneros y nos dijo que por perseguir a los que huían no oyeron las órdenes de sus jefes dándoles el alto, pues arriba los esperaba una veterana brigada de moros y españoles que hicieron certeros blancos entre los republicanos que trepaban sin protección alguna.

Todos nosotros escuchábamos con atención a Jurado, pero Ernesto lo hacía con mucho más interés. Este general, sin afectación ni postura, nos hipnotizaba con los relatos de aquella guerra fratricida donde se hizo derroche de coraje por ambas partes.

No fue solamente el general Jurado quien nos hablara de la guerra civil española. Por mi casa pasaron muchos republicanos y también por las casas de gente amiga, donde pudimos empaparnos bien de los pormenores de la contienda que sacudió a España en esa época. Pero el general Jurado era con quien más alternábamos.

Cuando yo observaba la atención con que mi hijo Ernesto escuchaba al veterano militar, lejos estaba de pensar que este chiquillo pudiera repetir algunas de estas hazañas en lugares muy lejanos y hoy pienso cuánto le habrán servido las lecciones que sin saberlo, le estaba brindando un militar español.

Accidentado paseo en la montaña

Un día mi amigo el doctor Fernando Peña, dueño de un viejo Ford bastante destartado, me pidió que llevase en su vehículo a unos parientes porteños²¹ a conocer el observatorio nacional, ubicado a mil cuatrocientos metros de altura en el punto más alto de las Cumbres Chicas.

Se trataba de un paseo muy agradable que yo había realizado infinidad de veces con mi auto, mucho más destartado que el de Peña, de modo que para mí el viaje no ofrecía inconvenientes.

Salimos de Alta Gracia con un día divino. Un cielo azul sin una nube y una temperatura deliciosa. El paisaje me cautivaba a pesar de haberlo visto muchas veces y cada vez que se presentaba la ocasión me encantaba volver a contemplar estas sierras arboladas, con un camino de cornisa que iba mostrando bosquecillos, valles y abismos. Pero ese mismo camino, cuando ya se adentraba en las grandes alturas, donde el paisaje se tornaba duro, frío y seco, iba cortando ásperas serranías en donde se sentía latir un silencio ancho y profundo que anonadaba.

Aquella soledad impresionante era rara vez turbada por algún vehículo que se perdía rápidamente en las curvas cerradas del camino de cornisa.

Nunca llegó a cansarme este recorrido y por el contrario cada vez me gustaba más, porque siempre encontraba cosas nuevas dentro del panorama serrano.

El auto, bastante chico, iba demasiado cargado; llevaba encima cuatro turistas, a mi hijo Ernesto y a mí.

Fuimos remontando lomas y más lomas y tras una subida áspera llegamos al observatorio. Los parientes de Peña entraron al edificio, que era una gran cúpula redonda, para mirar por el telescopio; Ernesto y yo nos quedamos fuera. Éste comenzó a juntar toda clase de piedras de los más variados colores, que abundan en toda la zona, y las fue metiendo en el coche.

Cuando los turistas regresaron de la visita al observatorio, nos dispusimos a regresar. Como viejo conocedor de la montaña, antes de comenzar el descenso probé los frenos del automóvil y cuál no sería mi sorpresa cuando comprobé que no funcionaban. Estábamos a mil cuatrocientos metros de altura; el camino era muy sinuoso y con pendientes muy acentuadas,

21. En Argentina se llama así a los nacidos en Buenos Aires por ser el puerto más importante del país.

con curvas peligrosas y viajábamos en un carromato viejo y sin frenos.

Hice mi composición de lugar: arriba no nos podíamos quedar. Esperar que alguien nos recogiera era aventurarse a tener que pasar la noche allí. Entonces decidí bajar frenando el coche con el motor.

Era peligroso, pero si aguantaba la caja de velocidades, podríamos hacer muy bien el descenso.

Al principio todo anduvo muy bien. Pero, como se hacía muy aburrido el andar tan despacio, se me ocurrió la peregrina idea de pasar de primera a segunda velocidad. Íbamos por un trecho recto con gran pendiente que terminaba en una curva cerrada que bordeaba un precipicio. El coche fue tomando velocidad y cuando quise volver a colocar la primera fue imposible.

Apreté a fondo los dos frenos, pero el auto seguía cada vez más ligero. Sólo conseguí pasarlo a punto muerto y entonces el vehículo aumentó aún más su velocidad; por aquella cuesta abajo iba como un bólido.

Han pasado muchos años desde que ocurrió este episodio, pero lo recuerdo como si fuera hoy por los momentos desesperados que pasé. Me daba cuenta que no podía dominar el automóvil y que inexorablemente iríamos a parar al abismo cuando tomáramos la primera curva. Mi cabeza comenzó a evocar cosas pasadas y a repasar toda mi vida vertiginosamente.

Dominando toda mi desesperación una sola idea me atenazaba: ¡mi hijo! De mí ya no me importaba un comino y creo que a los turistas no los tenía en cuenta; sólo quería salvar a la criatura del desastre y para colmo llevaba el auto cargado de piedras que él mismo había colocado dentro. Cosa curiosa, este insignificante detalle me obsesionaba, sin pensar que en el vuelco, el llevar o no piedras dentro del automóvil, cayendo fuera del camino hacia el abismo, desde quién sabe cuántos metros, en nada alteraba el accidente. Pero pensaba en ellas como si fueran eje de todo lo que podía pasar si yo no conseguía dominar el coche.

Me sirvió la experiencia recogida en muchos años de sierra. Hice lo único que se podía hacer: vi a lo lejos dos alcantarillas distantes muy pocos metros una de otra, y poco antes de llegar a la violenta curva. Instantáneamente decidí jugármelo todo y en cuanto llegué a la primera de ellas, saqué el auto a la banquina y lo metí en la fosa de la alcantarilla. Pegó un tremendo brinco el vehículo y se frenó bastante; esto me dio tiempo para repetir la operación en la segunda alcantarilla donde se sujetó aún más. Ya a menor velocidad, tomé la curva fuera del camino con los guardabarros rayando la valla de piedra que lo defendía del abismo. Defensa más para la vista que real, puesto que la valla era pequeña y vieja.

Recuerdo el chirriar de las latas contra las piedras sacando chispas. Tuvimos suerte. Entre que volcábamos o no, el coche se enderezó y entonces lo metí en la cuneta contraria, donde llegó ya sin fuerza, lo que me dio la oportunidad de frenarlo del todo contra la pared de la montaña. Allí quedamos largo rato parados reponiéndonos del susto. Los turistas habían perdido el habla y estaban blancos como el papel y yo con la pierna correspondiente al freno temblando y acalambrada por el esfuerzo para tratar de detener el coche.

Se me abrió el cielo. Había salvado mi criatura del desastre. Seguimos viaje muy despacito y con el cambio en primera.

Cuando llegamos al llano, llevé el automóvil a su dueño, increpándolo por la ocurrencia que había tenido de hacernos viajar con ese cachivache sin frenos. Olvidaba que mi propio auto estaba en peor estado. Supongo que a los turistas se les habrá borrado el paisaje pero siempre se acordarán, en cambio, de la curva y del abismo en donde por poco fuimos todos a parar.

Mi amigo Peña, por toda contestación, me miró sonriendo y me dijo:

—¿Sabés que me olvidé de comentarte que el automóvil no tenía frenos?

Viajes a Portela y a Mar del Plata con toda la chamuchina

Todos los veranos solíamos partir hacia el sur, para tomarnos un descansito en alguna parte tranquila, generalmente Mar del Plata o Portela. Mi madre, como he dicho, tenía en Portela una pequeña estanzuela, donde en el verano solíamos encontrarnos casi toda la familia. Según anduviera nuestro bolsillo, íbamos a un lado o al otro. Cuando lo hacíamos a Mar del Plata, que es el más importante balneario argentino, no podíamos estar allí más de un mes, pues como éramos bastantes de familia y los hoteles muy caros, nos salía por un dineral.

Cuando no andábamos muy bien de fondos, íbamos a Portela y algunas veces a las dos partes. Allí teníamos aseguradas casa y comida y hacíamos una auténtica vida de campo.

Cuando salíamos de Alta Gracia con rumbo a alguno de los puntos referidos lo hacíamos en nuestra *Catramina*, de la cual ya he hablado en otras páginas, pero cedo a la tentación de describirla someramente.

Era una *voiturete*, fuerte como una locomotora, con un motor increíblemente bueno, con los guardabarros que se le caían a pedazos, con el capó siempre bailando, los asientos despanzurrados, la carrocería abollada y muchas veces con alguna puerta de menos.

En aquella época el camino aún no estaba pavimentado y era simplemente de tierra, de modo que cuando había sequía caminábamos entre una nube de polvo y, cuando había llovido, teníamos que ponerles cadenas a las ruedas y cruzar toda clase de pantanos, muchas veces sacando el auto tirado por caballos o bueyes. Tal era el recorrido desde Córdoba a Buenos Aires y este recorrido tenía como setecientos cincuenta kilómetros de longitud.

Si nos llegaba la noche antes de salir de la provincia de Córdoba dormíamos en Villa María y si ya estábamos sobre la provincia de Buenos Aires, generalmente hacíamos un alto en Pergamino o en San Nicolás. Para nosotros era todo un engorro, pero para los chicos —especialmente para Ernesto que, siendo el mayor, también era el que más gozaba el viaje— todas esas incomodidades se convertían en un verdadero jolgorio.

Las peleas de ellos comenzaban cuando empezábamos a llenar las valijas. Entonces venía la discusión sobre quién se llevaba la mejor, o dónde ponía uno tal ropa y otro tal otra. Luego las divergencias se centraban en la elección de los asientos. Unos querían viajar en el de delante, otro junto a la puerta y otro en cualquier sitio. La cuestión era estar en desacuerdo y pelear por cualquier motivo.

Naturalmente, las peleas no llegaban muy lejos; a los pocos minutos ya estaban divirtiéndose como locos en una incomparable camaradería. Eso sí, el que llevaba la batuta siempre era Ernesto, que tenía sobre los otros un gran ascendiente.

Como en el recorrido total entre Alta Gracia y Buenos Aires se tardaba de dos a tres días, se comprenderá cuánto les gustaba a todos los chiquilines esta travesía. Pocos eran los que en nuestro país hacían viajes tan largos y mucho menos aún los que los hacían viajando en autos que estaban en tan precarias condiciones. Al decir esto me viene una especie de remordimiento, recordando que nuestra querida *Catramina*, que nos trasladó a través de tantos cientos de miles de kilómetros, jamás nos dejó plantados. Muchas pinchaduras de gomas, algunas averías de motor que yo arreglaba o algún pequeño deterioro que lo subsanábamos; lo cierto es que ella, como buena compañera, nunca nos dejó en la estacada.

Como éramos muchos para viajar con equipaje en la pequeña *voiturete*, teníamos que acomodar los bultos y valijas donde pudiéramos; y donde mejor podíamos era asegurándolos en los estribos y parachoques. Me acuerdo de algo que nos hizo reír a todos.

Estando de viaje pasamos por una pequeña ciudad de campaña y, debiendo bajar del automóvil, lo hice como si estuviéramos en pleno campo; me tiré al suelo por encima de las valijas que obstruían las puertas y fui a dar de cabeza a la vereda. No reparé que había gente y ésta, al ver aquel

auto que parecía de circo, cargado hasta los topes y con gente tan extraña que salía de cabeza, se amontonó y comenzaron a reírse a grito pelado.

El coche no tenía capota sobre el asiento trasero y remediamos el defecto colocándole una lona atada con sogas al respaldo. Es fácil imaginar la facha del vehículo, con esa heterogeneidad de bultos, con una población de chicos jarañeando, con un aspecto de transporte de circo barato y echando humo por todos lados. Pero mis hijos no se cambiaban por nadie, ni cambiarían la *Catramina* por ningún auto rastacuero. El conjunto armonizaba y, en fin, el viaje siempre constituía una odisea: entre gomas emparchadas, bujías cambiadas, faros que se apagaban o cables que se desconectaban, seguíamos viaje llegando a destino con cinco o diez horas de retraso, pero llegábamos. Aunque a veces echando humo y con tanto ruido que el auto parecía una matraca, embarrados hasta las orejas; pero siempre contentos, transportando una trailla de muchachos en ambiente de jaleo, y entre peleas y risas, sin que nos importara un comino del «qué dirán» de las gentes.

ACCIÓN ARGENTINA

Poco después de la derrota de los republicanos españoles comenzó la guerra europea. La doctrina de Hitler significaba para los países latinoamericanos un serio peligro. En *Mein Kampf (Mi lucha)*, el dictador nazi explicaba sin ambages su tesis y señalaba a los alemanes el camino de la conquista de todos los países subdesarrollados de América.

El pueblo argentino conocía las intenciones de Hitler; pero donde creció con más fuerza la resistencia al nazismo fue en la clase proletaria de nuestro pueblo, la que se colocó sin titubear de parte de los aliados, no por defender un capitalismo contra otro capitalismo, sino porque en el fondo comprendió que estaba defendiendo la autonomía de nuestro país, aparentemente libre pero que peligraba caer bajo la bota del ensoberbecido ejército alemán nazi.

La mayoría de los pueblos de América Latina comprendieron también la situación y por este motivo se pusieron de parte de los aliados.

El clima de peligro de una invasión iba tomando cuerpo día a día en la República Argentina y fue entonces que nació una entidad llamada Acción Argentina, fundada por un grupo de ciudadanos de diversas tendencias políticas, unidos por un verdadero credo nacionalista-antifascista.

En su declaración fundamental, esta entidad denunciaba intentos de invasión al país por fuerzas extranjeras e invitaba a los ciudadanos libres a unirse para formar núcleos que se opusieran a tales intentos.

El gobierno de Hitler, con toda inteligencia, había introducido dentro de nuestro país células nazis que venían trabajando internamente para poder accionar —en determinado momento— si la guerra llegara hasta nuestras playas.

Estaba demasiado fresco en la mente de la población argentina el bombardeo alemán a Guernica, y sus ruinas aún latentes señalaban al imperialismo nazi como el mayor peligro para los pueblos de América.

Éste era mi pensamiento al embanderarme en las filas de los aliados y creo que éste era también el pensamiento de la mayoría de las personas que fundaron la Acción Argentina y trabajaron dentro de ella.

A mí me tocó crear el comité de la Acción Argentina en Alta Gracia. En muy poco tiempo tomó cuerpo y llegó a ser uno de los más importantes de la provincia de Córdoba.

Ernesto había hecho sus primeras armas «revolucionarias» cuando apenas tenía uso de razón, apoyando al gobierno republicano español, sin comprender todavía bien a fondo el porqué de tal apoyo. Seguía con especial interés las fluctuaciones de la guerra civil española y en un mapa con banderitas iba marcando las líneas de ataque y de defensa de los ejércitos.

El segundo paso lo dio Ernesto cuando al comienzo de la guerra europea se adhiere a la Acción Argentina y empieza a trabajar, siendo una criatura, contra el avance de la penetración nazi en América. Todos los afiliados tenían sus carnets que los identificaba como tales. Ernestito tenía el suyo perteneciente a la «Juventud» de aquella agrupación, el cual lo exhibía con orgullo.

Mi hijo Ernesto captaba todas las noticias que nosotros los hombres comentábamos en los círculos de nuestra institución. Allí se hablaba de una posible invasión nazi a nuestra patria y de sus consecuencias. La juventud de esta institución se puso en movimiento y cuando yo salía de viaje por sierra cordobesa en busca de pruebas sobre infiltración, casi siempre me acompañaba Ernesto. A pesar de su edad fue uno de los que con más entusiasmo y responsabilidad ayudaron en la investigación.

Llegaron a nuestra institución muchas denuncias probatorias de la infiltración nazi en la provincia de Córdoba, infiltración que ya constituía un serio peligro. Se pudo averiguar que procedentes de Bolivia habían entrado camiones cargados de armas largas, los cuales fueron hasta el valle de Calamuchita sin que el gobierno provincial se enterara. En este mismo valle, daba la «casualidad», era donde se entrenaban los

ex tripulantes del *Graf-Spee*, acorazado alemán de bolsillo, que habiendo hecho destrozos entre la marina mercante inglesa fue hundido por su propio capitán frente a la ciudad de Montevideo, después de haber sostenido un duro combate con fuerzas muy superiores de la marina de guerra inglesa, en cuyo combate quedó casi totalmente inutilizado. Los tripulantes del *Graf-Spee* fueron internados por nuestro gobierno en el valle de Calamuchita. Los entrenamientos consistían en ejercicios, llevando bastones en vez de fusiles.

La Acción Argentina pudo constatar muchas de las denuncias. Pudo averiguar que en la provincia de Córdoba cerca de cada puente de ferrocarril o de carretera siempre había una casa habitada por un alemán nazi, que con cualquier pretexto tenía dinamita. Se comprobó que un fotógrafo alemán a sueldo de un «fondo de cultura» argentino, había efectuado un levantamiento aerofotométrico de la zona serrana de Córdoba. Yo pude localizar en el valle de Calamuchita piedras recientemente pintadas de blanco que obedecían a puntos de control para ajustar el catastro aerofotométrico. También pude averiguar que en Calamuchita, en un paraje despoblado, y en un cerro mocho, se había construido un perfecto camino de acceso a su cúspide, y otro de bajada. Nadie pudo decir quiénes lo habían construido ni con qué objeto; pero todos los pobladores del lugar vieron durante varios días ondear la bandera svástica sobre el cerro. La única explicación razonable era que se pensó utilizar ese camino para una eventual instalación de baterías de cañones de largo alcance. Desde el cerro se dominaba todo el valle de Calamuchita.

También supimos que en un hotel de La Falda (localidad serrana) funcionaba todas las noches un poderoso transmisor de radio, que se comunicaba en clave con Berlín. Para comprobar esta denuncia salimos de Alta Gracia un grupo de personas y nos acompañaba Ernesto, que entonces no tenía más de doce años. Cuando llegamos, el hotel estaba bajo fuerte custodia policial.

El gobierno provincial nada sabía sobre todo esto, e «ignoró» aquellas actividades aparentemente inocentes sin hacer investigación alguna, pero el gobierno nacional que presidía el doctor Ortiz decidió seguir adelante con las averiguaciones.

Alarmados por estas comprobaciones elevamos a la comisión directiva de Acción Argentina en Buenos Aires la denuncia correspondiente. Por su parte la Cámara de Diputados de la nación se abocó a la tarea de averiguar la infiltración nazi en la Argentina, nombrando una comisión especial que investigase las actividades antiargentinas. Esta comisión produjo su informe del cual se desprendía que: entidades alemanas que respondían al Partido Nacional-socialista alemán disfrazadas con rótulos comerciales o de turismo estaban actuando

en nuestro país como espías desarrollando actividades que hacían «peligrar la seguridad del Estado».²²

Era evidente que en aquella época el nazismo había echado raíces en la República Argentina y obraba sin que nadie lo estorbase, hasta que el doctor Roberto Ortiz (presidente de la República) tomó a su cargo la investigación de las actividades nazis, pero debido a una ceguera que le imposibilitó para actuar como presidente, tuvo que abandonar el poder, sucediéndole el vicepresidente doctor Ramón Castillo, quien poco después fue derrocado por un movimiento militar (año 1942) y después de varios cambios de militares en la presidencia llega al poder el general Juan Domingo Perón. Desde la desaparición del doctor Ortiz de las esferas gubernamentales y durante los gobiernos militares el nazismo volvió a actuar en nuestro país a su arbitrio.

Poco después de la derrota del ejército alemán en Europa, muchos de los jerarcas del Nacionalsocialismo entraron en nuestro país por la pequeña localidad de Villa Gesell-balneario, sito al sur de la ciudad de Buenos Aires. Vinieron desde Alemania embarcados en varios submarinos y desembarcaron utilizando balsas de goma. Este episodio lo recuerdan los viejos pobladores del lugar quienes dijeron que los nazis se internaban en nuestro territorio sin que nadie lo impidiera.

22. La Cámara de Diputados de la República Argentina reunida en sesión secreta en el mes de enero del año 43 publicó un informe de la Comisión Investigadora de las Actividades Antiargentinas, al que no se le dio la correspondiente difusión.

Esta comisión estaba presidida por el señor Juan Antonio Solari y compuesta por diputados de varios sectores políticos. En este informe quedó bien claro que: algunas entidades alemanas disfrazadas por siglas comerciales o de turismo (ferrocarriles) estaban actuando en nuestro país como espías comerciales y militares en actividades que hacían: «peligrar la seguridad del Estado».

«La Comisión Investigadora de las Actividades Antiargentinas de la Cámara de Diputados de la Nación llegó a la conclusión de que:

«La Oficina de Información de los Ferrocarriles Alemanes (R.Y.D.) "Oficina" que dirigía el agente nazi Godofredo Sandstede, era primordialmente una base de operaciones desde la cual se regían actividades antiargentinas y antiamericanas, en íntima conexión con la Organización Central de los Alemanes del Extranjero (Auslands Organisation, que dirige E. W. Bohle) con la jefatura del Partido Nacionalsocialista alemán de Berlín y la Embajada de Alemania en la Argentina.

«La Oficina de Turismo fue creada para servir de pantalla y encubrir con el pretexto de turismo la labor de espionaje administrada por el agente Sandstede —agregado de prensa de la Embajada de Alemania en Buenos Aires— y avanzada de la penetración nazi-fascista en Sudamérica.»

El informe categórico de esta comisión, dio pie a que se tratara de privar de sus inmunidades diplomáticas a varios «agregados» de la Embajada alemana en la República Argentina; procedimiento que no se pudo efectuar por rechazarlo el gobierno alemán.

Tanto Sandstede como otros funcionarios salieron del país «invitados» por su gobierno para viajar a Alemania sin oposición de nuestro gobierno. El poder ejecutivo se limitó a considerar persona no grata a uno de los más notorios espías alemanes, que tuvo el cargo de agregado naval nazi en la Argentina.

Todo esto no cortó de plano con aquellas actividades. El gobierno de Hitler había decidido utilizar a la República Argentina como base para la ocupación militar de América y si bien falló el proyecto inicial, los trabajos que entonces hicieron los alemanes nazis en nuestro país fructificaron años después en toda América.



Ernesto con su madre y la señora Gamas.

Cuando el tiempo lo permitia soliamos llevar a los chicos a pasear a la quinta de los Gamas situada en los alrededores de Morón.

Ernesto en brazos de la señora Gamas.



Su ángel tutelar, su niñera Carmen Arias, no lo perdía de vista un instante. Ella había llegado con nosotros de Buenos Aires y tuvo al pequeño Teté en sus brazos desde los primeros días de nacido y luego volcó en él todo el cariño de su raza galaica.



Ernesto pasaba temporadas en que el mal no aparecía y en esos lapsos se recuperaba rápidamente. Podía ir a la escuela, jugar con los chicos, como si fuera un niño totalmente sano. (En el centro de la foto, con sus primos.)



Algunos de ellos se afincaron en la República Argentina y otros huyeron hacia Bolivia y Paraguay, donde fueron apoyados por los gobiernos militares y muchos de ellos aún residen en esos países.

Ernesto además de enterarse de nuestras actividades pudo ver personalmente las piedras pintadas, el cerro mocho, las casas de los alemanes, los entrenamientos con bastones y muchas cosas más. Todo el tiempo que disponía fuera de sus estudios y juegos lo dedicaba a colaborar con nosotros.

Aquel brote de lucha por nuestra independencia que estaba amenazada y que dirigió la Acción Argentina, tuvo una poderosa influencia en él. Ernesto tenía once años cuando comenzó la guerra europea y diecisiete cuando terminó. Ya había sentido el impacto de la guerra española a través de los combatientes que llegaron a Alta Gracia en calidad de refugiados. Cuando se desata la guerra europea, Ernesto, ya con otros horizontes político-sociales debido a lo que aprendió en la guerra civil española, pudo calar bien a fondo el sentido de la guerra europea, y pudo debido a su militancia en la «Juventud» de Acción Argentina actuar junto a nosotros, que profundamente preocupados por el posible triunfo del ejército nazi-fascista estábamos dispuestos a defender nuestro país a cualquier precio.

Narro todo esto que es historia pasada, no tanto para resaltar la importancia de lo que fuera quizá un frustrado proyecto del ejército alemán, sino para poner en evidencia el carácter de Ernesto y su inclinación por todo lo que fuera luchar defendiendo ideales y además porque considero que en el mundo entero y especialmente en nuestra América Latina ha habido un resurgimiento del nazi-fascismo, que apoyado por el capitalismo colonialista sostiene gobiernos dictatoriales que están usando los mismos métodos que usaron los italianos y alemanes durante los gobiernos de Hitler y Mussolini.²³

23. Fue escrito en el año 1977. La política de intromisión directa de los gobiernos norteamericanos para apoderarse de las riquezas naturales de los pueblos subdesarrollados de la América Latina de cuarenta años a esta parte ha sufrido cambios de forma pero no de fondo.

Los Estados Unidos de Norteamérica necesitan imperiosamente las riquezas naturales del continente americano para poder subsistir como primera potencia mundial y mucho más hoy que han sufrido serios reveses militares en Asia y temen sufrirlos nuevamente en África y en Medio Oriente.

Es para esta nación un grave problema la escasez actual de energía y de proteínas. América posee además de inmensos yacimientos petrolíferos y enormes riquezas minerales, tierras suficientes como para poder ser el mayor granero del mundo. Razones valederas para que los Estados Unidos no quiera soltar su presa.

La invasión armada a los países subdesarrollados es actualmente un método demasiado peligroso, porque pudiera traer serias reacciones de otras potencias.

Según sea el pueblo que los Estados Unidos quiera sojuzgar, será el método usado para ello.

Pero por regla general la primera fase es de penetración pacífica: inundación de capitales que sustituyan a los nacionales. Trabajo ideológico en las fuerzas armadas. Corrupción de las fuerzas políticas y sindicales. Preparado así el campo, la última etapa después de haber producido un caos económico,

Ernesto y la Acción Argentina

Cada vez que se efectuaba un acto organizado por la Acción Argentina o teníamos que hacer una averiguación importante Ernesto me acompañaba.

Él se sentía orgulloso de pertenecer a la «Juventud» de esta institución.

Una tarde debíamos viajar a la ciudad de Córdoba, allí tendría lugar un gran mitin y hablarían al pueblo los máximos dirigentes de esta institución y estarían representadas todas las filiales de la provincia.

será instigar y apoyar golpes de estado para que tomen el poder militares vendidos al imperialismo yanqui.

Hemos visto en el continente americano cómo los Estados Unidos de Norteamérica, cumpliendo proyectos hábilmente dirigidos, han conseguido quebrar los sistemas democráticos de gobierno de aquellas naciones que quieren sojuzgar; imponiendo militares en el poder que responden a esa gran potencia.

El Cono Sur de América preparado por el Servicio de Inteligencia norteamericano ya ha caído en la red de América del Norte.

A mediados del año 1977 están gobernadas por militares de corte nazi-fascista las siguientes naciones: Argentina, Brasil, Bolivia, Chile, Paraguay, Uruguay, El Salvador, Ecuador, Guatemala, Nicaragua y Honduras.

En Haití y Santo Domingo si bien los gobernantes no son militares están respaldados por un ejército del mismo corte nazi-fascista. Y el Perú va siguiendo el mismo camino.

El miedo al comunismo internacional aúna a los chacales militares guardianes pretorianos del capitalismo nacional e internacional.

Pero hay algo que es un mínimo común denominador de todos estos gobiernos militares nazi-fascistas y es la represión brutal al pueblo que quiera levantarse contra ellos.

Una vez llegan al poder las fuerzas armadas comienza la represión masiva y despiadada en donde los militares asumen el papel de policías torturadores, usando los más sádicos métodos inimaginables cuya sola descripción repugna a los seres normales. Miles y miles de personas han pasado por las cámaras de torturas y miles de ellas finalmente han sido asesinadas. Miles y miles son los desaparecidos sin que se haya sabido y quizá jamás se sepa dónde han ido a parar sus cuerpos. Las cárceles están abarrotadas de presos políticos acusados de subversión o simplemente detenidos a «disposición del poder ejecutivo y periódicamente son asesinados haciéndoles pasar como quebrando la «ley de fuga».

Los abogados defensores de los presos políticos, que no han caído asesinados por las balas militares o policiacas, han debido abandonar sus países. La represión alcanza no sólo a la oposición sino a todos sus familiares.

Han pasado más de cuarenta años desde que el nazi-fascismo fue derrotado militarmente en Europa pero no destruido.

En el año 1945 huyeron de Alemania parte de los jefes del nacional-socialismo. Algunos de ellos llegaron en submarinos a la localidad de Villa Gesell, balneario de la República Argentina donde desembarcaron sin que el gobierno los estorbase, y el nazismo desarrollado en nuestro país, se encargó de ponerlos a buen recaudo distribuyéndolos poco a poco en nuestra patria y los países limítrofes. Ésta fue la semilla nazi-fascista que hoy está fructificando dentro de Latinoamérica.

Los Estados Unidos de Norteamérica, que han respaldado y respaldan a todos estos gobiernos militares nazi-fascistas de América Latina, fue la nación que creó los tribunales de Nuremberg donde se encarceló y se ajustició a gran cantidad de jefes nazis por sus «crímenes de guerra».

Increíble paradoja: la nación que creó los tribunales de Nuremberg es la nación que hoy apoya a los gobiernos que han cometido crímenes mucho más sádicos y espantosos que los que se cometieron durante los regímenes nazi-fascistas de Europa.

Yo debía abrir este acto en una plaza pública central.

Pero aquella mañana del día en que debíamos viajar, Ernesto amaneció con un fortísimo ataque de asma. Todos los remedios que se le suministraban fueron inútiles. Estaba desesperado porque la madre no quería que fuera y me pidió que interviniese para que lo dejaran ir. No quería perderse un acto en que yo hablara. Me dio pena dejarlo en la casa y llevando con nosotros los remedios habituales nos fuimos todos a la ciudad de Córdoba.

Ernesto se sentía feliz. Iba a cumplir con su obligación con la Acción Argentina y además iba a poder oír a su padre hablar en público.

Este episodio me mostró dos cosas importantes para mí: que Ernesto tenía gran responsabilidad en su trabajo y que me tenía un gran cariño.

Mar del Plata

Ninguno de mi familia conocía Mar del Plata. Ese inmenso balneario situado a cuatrocientos kilómetros al sur de la ciudad de Buenos Aires, durante la época de verano se convertía en una populosa ciudad. Allí se concentraba gente de todas las capas sociales de la ciudad de Buenos Aires. Sus salas de juego y especialmente sus mesas de ruleta se habían hecho famosas en todo el mundo. En verano cientos de miles de personas salían diariamente de la ciudad de Buenos Aires rumbo al Mar del Plata en automóviles, ómnibus, trenes y aviones. Las playas durante la temporada de baño se convertían en un verdadero hormiguero humano y en sus casinos se jugaban todos los días astronómicas cantidades de dinero.

Este balneario no me interesaba. Me mareaban las grandes muchedumbres y los juegos de azar no me atraían absolutamente nada.

No recuerdo qué médico nos alentó para que lleváramos a Ernestito a pasar una temporada junto al mar. Indudablemente, el mejor sitio era Mar del Plata.

Un día nos decidimos y toda la familia partimos rumbo al gran balneario. Llegamos a la estación terminal del ferrocarril una mañana muy temprano. Toda la familia trepó en un «mateo»²⁴ tirado por dos caballos y nos pusimos en marcha hacia la playa. Los chicos estaban locos de contento. Nunca olvidaré aquel cielo tan azul lleno de sol, ni aquel aire marino saturado de sal, ni aquel mar verde que se asomaba entre las grandes

24. Así le llamaban en Buenos Aires a los carruajes de alquiler con tracción animal.

arboladas por donde íbamos pasando. Todo aquello era distinto de Buenos Aires y de todas las ciudades que habíamos conocido. Se confundían las grandes mansiones hechas a todo costo con infinidad de chalets y pequeñas casas de abigarrado colorido. Aquello era una demostración de arquitectura internacional. Se abrían grandes avenidas arboladas y hermosas calles bien trazadas. Yo no perdía detalle constructivo y comenzaba a interesarme esta ciudad balnearia digna, en verdad, de conocerse.

Los chicos seguían con curiosidad infantil todo el recorrido del pequeño coche tirado por los dos caballitos. Ernestito, el mayor de mis hijos, era el que más aprovechaba aquel viaje. Él, aún no había cumplido los seis años. Después de dar una vuelta por las playas nos dedicamos a buscar alojamiento en algún hotel y lo hallamos en uno llamado Regina. En la azotea de ese hotel alquilamos un pequeño apartamento de cuatro piezas que tenía además a nuestra disposición toda la azotea de la casa. Allí vivimos un par de meses y lo pasamos muy bien.

Por supuesto, que el interés principal para nosotros consistía en los baños de mar. A pesar del agua generalmente muy fría, para nosotros el programa preferido era ir a bañarnos y aguantar la «cachetada» de la ola mientras brincábamos en el agua salada. Para los niños se completaba la diversión revolcándose en la arena y haciendo castillitos con ella.

Aún recuerdo la impresión que les causó el mar a nuestros niños, quienes no estaban acostumbrados a un agua tan fría. Al principio, ateridos, brincaban y saltaban mojándose apenas hasta las rodillas, pero poco a poco se fueron acostumbrando y al poco rato no había manera de hacerlos salir del agua.

Difícil hubiera sido para nosotros imaginar lo mucho que nos habría de gustar ese balneario que fuera con el tiempo algo tan atractivo para toda la familia que se convirtió en una verdadera necesidad el ir hasta allí todos los años. En el mes de diciembre o enero partíamos hacia Mar del Plata, donde nos quedábamos todo el tiempo que el bolsillo nos lo permitía. Veranear en Mar del Plata significaba gastar mucho dinero.

No solamente los niños se divertían en el mar; para ellos se ofrecían infinidad de diversiones: cinematógrafos, teatros de títeres, circos, pistas de patinaje, calesitas, tiro al blanco, petisos de montar... Teniendo dinero en el bolsillo (nosotros no teníamos mucho) Mar del Plata sin duda alguna era un sitio ideal para veranear con chicos.

Pero lo más importante para nuestra familia no fue precisamente las diversiones que encontraban nuestros hijos en ese gran balneario; lo que tuvo trascendental importancia fue que Ernesto apenas llegado y probado unos baños de mar ya se había sentido mucho mejor de su asma.

Evidentemente el cambio de aire le había sentado muy bien.

Es cierto que el asma no se le fue del todo, pero lo molestaba tan poco que podía correr, saltar, jugar y pelear con los otros chicos. Fue tal nuestra ilusión que con mi mujer comenzamos a hacer castillos en el aire sobre la posibilidad de instalarnos a vivir permanentemente en Mar del Plata. Pero aquello había que tomarlo con toda cautela. La mejoría de Ernesto podía ser sólo el producto de un cambio brusco de clima. Para decidirnos a cambiar Alta Gracia por Mar del Plata teníamos que estar en esa ciudad durante mucho más tiempo.

El aire de mar no suele ser muy bueno para todos los asmáticos, pero en el caso de Ernesto los resultados fueron indudables. No fue sólo aquel viaje la única prueba que hicimos. Posteriormente volvimos muchas veces a Mar del Plata y pudimos constatar que siempre mejoraba su asma, y que su mejoría se acentuaba cuando regresábamos a Alta Gracia.

Desde los cinco años hasta que Ernesto se fue de su patria, periódicamente viajaba a Mar del Plata y pasaba allí varios días.

Allá por el año 1945 estaba toda nuestra familia en Mar del Plata. Una noche con algunos amigos decidimos ir a la ruleta. Ernesto entonces tenía diecisiete años y se le había antojado ir con nosotros. Se consiguió un carnet prestado para que lo dejaran entrar. La dirección del Casino exigía tener veinte años cumplidos para permitir la entrada al salón a los jóvenes. Ernesto con sus diecisiete años apenas si representaba quince. Como insistía en ir, entre chanzas y risas el grupo que le rodeaba lo maquilló un poco, le arreglaron el cuello, y le pusieron una gran corbata para que aparentara más edad. Con estos recaudos Ernesto se lanzó hacia la puerta de entrada. Todos estábamos pendientes de lo que iba a suceder. Los porteros acostumbrados a la «colada» apenas lo vieron encontrándole cara de «pibe» le cerraron el paso. Ernesto volvió hecho una furia lanzando toda clase de improperios. Nosotros nos divertíamos en grande con el episodio y lamentando que Ernesto no pudiera divertirse esa noche nos dirigimos hacia el salón principal. Pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando ya dentro, a quien primero encontramos fue a Ernesto frente a una mesa de ruleta. ¿Cómo hizo para entrar? No lo supimos nunca.

Siguió siempre Ernesto teniendo un gran interés en aquel balneario y siendo ya hombre continuamente volvía a Mar del Plata y lo hizo hasta que partió del país.

Cuando Ernesto viajaba con Alberto Granada, en el año 1950 rumbo a Venezuela, volvió a pasar por aquel balneario y escribió en su diario de viaje lo siguiente:

«Alberto conoció esa noche a un viejo amigo mío, el mar.»

«A un viejo amigo mío», así llamaba Ernesto al mar y ese amigo que conoció en su niñez cuando llegamos a Mar del Plata en aquel cochecito tirado por caballos, lo acompañó

muchas veces en su vida a través de tantos viajes que, ya habiendo encontrado su destino, tuvo que hacer por todo el mundo.

La motocicleta

Compré una motocicleta de poca cilindrada para mis hijos Ernesto y Roberto. Tenía un solo cilindro y era bastante vieja. La llevé a mi casa y les expliqué cómo se hacía para manejarla.

Ellos sabían que cuando yo tenía diecisiete años me lo pasaba haciendo toda clase de piruetas en motocicleta y que además tenía la pretensión de ser un corredor. Para mí era el deporte ideal y, junto con algunos amigos, rato libre que teníamos lo dedicábamos a las excursiones en moto.

Cuando terminé mi explicación teórica, quise enseñar prácticamente lo que había dicho. Subí en la motocicleta, hice arrancar el motor y muy airoso salí acelerándolo. Pero no me fijé en un colchón de arena que había en el camino, donde la rueda delantera se trabó y la moto se volvió hacia adelante. Yo salí por el aire, dando mi cabeza contra el suelo.

Nunca olvidaré la risa de toda la barra de chiquilines que habían ido a tomar lecciones de cómo se manejaba una motocicleta. Y los que más se reían eran mis hijos.

El episodio sirvió como ejemplo y cada vez que yo quería teorizar, ellos me recordaban la lección de aprendizaje de moto.

Mi porrazo les sirvió de experiencia y al poco tiempo los chicos manejaban el artefacto a la perfección y con él adquirieron el dominio de la máquina y del camino.

A Ernesto aquella pequeña motocicleta le dio oportunidad de conocer nuevos parajes y algún tiempo después —ya hombre— hizo colocar a su bicicleta un pequeño motorcito e inició con ella un raid por el norte argentino, ¡¡recorriendo alrededor de cuatro mil kilómetros!! Se despertaba en Ernesto una curiosidad por nuevos horizontes —curiosidad que no lo abandonó nunca— y que más adelante completaría con interés científico y social.

Aquella pequeña motocicleta, sin duda alguna, fue el comienzo de experiencias que le llevaron a ser un maestro en el arte de transitar caminos.

ALGUNOS RECUERDOS

Huelga de luz

La compañía de luz de Alta Gracia, cuya casa matriz era la célebre firma suiza Erliska, disfrazada en la provincia con la máscara de una sociedad anónima cualquiera, estaba cobrando por el kilowatio de electricidad cuatro veces más de lo que valía.

El intendente deseaba que se rebajase el costo de la electricidad, pero no podía hacer frente a las obligaciones contraídas por el gobierno.

Tenían fama los cordobeses de no aceptar sumisamente los impuestos, cuando creían que eran muy altos e injustos. Se formó una comisión de vecinos y resolvieron hacer el boicot a la compañía de electricidad. Éste consistía en obligarla a rebajar el precio de la corriente por medios coercitivos, pues estaba respaldada por miles de millones de dólares que aseguraban su resistencia por mucho tiempo a cualquier huelga de consumo.

Se ensayó al principio no encender luz ni usar ningún artefacto eléctrico como medida de fuerza de la población. Pero esta medida no afectaba mayormente al trust.

La solución la encontraron los chicos de Alta Gracia. Existía una ley municipal que obligaba a la compañía de luz a reponer en las calles del pueblo, dentro del mismo día, cualquier bombilla en malas condiciones. Una bandada de chiquilines, entre los que se encontraban mis hijos Ernesto y Roberto, recorrían la ciudad «bajando bombillas a hondazos». El intendente hacía la vista gorda y aplicaba la multa de diez pesos por cada infracción (dos dólares en aquella época). Esta medida fue la única que entendió el trust eléctrico mundial.

Intervino la policía. Me avisaron para que intercediera ante mis hijos, que andaban metidos en este asunto. Entonces decidí comprobarlo.

Efectivamente, vi cómo rompían las bombillas a la primera pedrada de su honda. Su baquía había llegado al punto de hacerlo casi sin apuntar.

Como el comisario también hacía la vista gorda, fue necesaria la intervención del gobierno de Córdoba para acabar con la actuación de los chicos. Terminadas sus correrías terminó el boicot de la población altagraciense.

La compañía de luz, como siempre, cobró el precio exigido. Se impuso el derecho del más fuerte.

La cosecha de uva

En el mes de febrero, cuando ya comienza a declinar el verano, algunos plantadores de viña efectúan la cosecha de uva.

Yo ignoraba que hubiera viñas en Alta Gracia; supe después que eran muy pocas y que estaban cerca de los primeros cerros.

Me enteré de ello cuando Ernesto, que tendría entonces unos once años, y Roberto nueve, se presentaron ante mí para pedirme permiso, que ya les había dado su madre, para ir a juntar uva en la finca de un agricultor de los alrededores.

La conversación fue más o menos así:

—Viejo, queremos que nos des permiso para ir a cosechar uva en lo de (Fulano). Mamá ya nos lo dio.

Y allí estaban, Ernesto con sus once años y Roberto con nueve, frente a mí con aire interrogante.

—¿Y quién es ese fulano? —les pregunté.

—No sabemos, pero otros chicos ya han ido y les pagan cuarenta centavos por día para cortar uva de la viña y colocarla en los canastos. Viejo, ¿nos dan permiso para comer toda la uva que queramos mientras dure el trabajo!

—¿Y por cuánto tiempo es ese trabajo? —inquirí.

—Mientras dure la cosecha, más o menos un mes —me respondieron.

Reflexioné un instante. En el mes de febrero los chicos no tenían que ir a la escuela. Es cierto que mis hijos eran un par de criaturas y tendrían que dormir en las casas del plantador, es decir, que ya no estarían bajo mi directa vigilancia o la de mi mujer.

Siempre he creído que la mejor manera de educar a los hijos es darles la oportunidad de hacerse hombres. Y entonces pensé que esa oportunidad había llegado.

Les di el permiso y los dos salieron como bolidos a preparar su equipaje. Me causaba muchísima gracia la decisión de aquellos mocosos, pero pensé que yo podía vigilarlos yendo de vez en cuando hasta el sitio de la cosecha.

Lo que más me preocupaba era el asma de Ernestito. En mi casa se le cuidaba dándole buena comida y, si lo necesitaba, aplicándole algún remedio. Allá, lejos, ¿quién sabe cómo le iría!

Después de hacerles algunas recomendaciones, partieron a su primer trabajo. Estaban encantados, iban a ganarse unos

pesos por sus propios medios y además podrían comer toda la uva que les diera la gana.

Con seguridad que esta última parte del programa era la que más les entusiasmaba.

Averigüé quién era el referido plantador y supe que se trataba de un hombre serio que vivía con su familia.

Cuatro días después llegaron los dos «trabajadores» de vuelta a nuestra casa; venían con las caras largas, todo sucios y sudorosos. Se notaba que habían regresado a pie y mostraban la fatiga de la larga caminata. Ernesto además traía auestas un buen ataque de asma.

—¿Cómo? —les pregunté—. ¿Qué pasó?

—Es un gaucho de m... —dijo Ernesto refiriéndose a su patrón, con aire enojado—. Trabajamos tres días lo más bien. Pero yo no sé si por haber comido demasiada uva me empezó a dar asma. Traté de seguir trabajando, pero me fue imposible y entonces decidimos volver. Cuando le pedí que nos pagara lo que nos debía, el muy sinvergüenza nos dio sólo la mitad, porque, según él, no habíamos cumplido con el contrato. Es un hijo de una gran... y yo quiero que vengas con nosotros para romperle el alma.

Estaba enfurecido, la injusticia cometida por su patrón le parecía intolerable.

Tal vez fue éste el primer impacto que tuvo Ernesto sobre la manera como tratan muchos patronos a sus obreros.

No se borró de mi memoria este episodio y muchas veces he tenido ocasión de comentarlo en nuestra casa. Después he podido comprobar, cuando Ernesto ya fue hombre, que esa misma indignación que tuvo de niño frente al plantador de viña, la mantuvo durante toda su vida ante los explotadores de la clase trabajadora.

Educación de la voluntad para reprimir el miedo

Ernesto desde muy pequeño tenía una verdadera atracción por el peligro. Lo buscaba y se entretenía vencíéndolo. Esto lo hacía muy a menudo y había adquirido un verdadero dominio de sus nervios, lo que le daba una gran serenidad para poder actuar sin vacilaciones.

Cuenta su amigo Alberto Granado que cuando Ernesto iba a visitarlo a su casa en Río Primero (cerca de Alta Gracia) solían salir juntos a pasear con varias personas amigas y recuerda como éste se entretenía en poner nervioso a todos los que iban con él.

Allí había un puente de ferrocarril sobre un arroyo. El puente tenía más de veinte metros de altura. Ernesto hacía equi-

librio sobre el pretil y luego cogiéndose con las manos, dejando las piernas en alto y de espaldas al abismo. Los amigos se tapaban los ojos para no verlo caer y si entre los espectadores había niñas, entonces exageraba la nota y los equilibrios eran más arriesgados.

No hace mucho Alberto Granado me mostró una fotografía de Ernesto en donde se le ve atravesando una gran cañada a una altura de cuarenta metros sobre el suelo, caminando sobre un caño de agua de unos cuarenta centímetros de circunferencia. El tal caño corría horizontal, pero era peligrosísimo tratar de caminar sobre él, porque siempre estaba mojado y resbaladizo.

En Alta Gracia, como he dicho en otro lugar, nos bañábamos en una hoya del primer paredón. Allí sobresalía una enorme peña como de cinco metros de alto. Siempre resbaladiza y húmeda. El peñasco daba sobre la misma hoya. Ernesto subía por la ladera del cerro, se aseguraba bien con los pies y dando un salto salvaba la distancia que mediaba entre la piedra y el centro de la hoya y se zambullía de cabeza. Esto lo hacía en verano varias veces al día. Si calculaba mal el salto, o resbalaba, o entraba torcido al agua, el accidente era seguro; pero él gozaba con vencer esos obstáculos.

Durante la invasión del ejército rebelde tuvo necesidad de intervenir muchas veces en situaciones peligrosas; se cuentan de él muchas anécdotas. Voy a contar aquí algo que me relataron con relación al actual comandante cubano Joel Iglesias.

Este tenía entonces dieciséis años y estaba incorporado al ejército rebelde. Luchó junto al Che en muchos combates. Había conquistado el grado de capitán. Ernesto lo quería muchísimo y siempre lo tenía cerca de él.

El célebre comandante Sánchez Mosquera, del ejército de Batista, se retiraba de una altura, acosado por las tropas del Che. Mientras lo hacía, había dejado una retaguardia cubriendo su retirada. En estas circunstancias, Ernesto ordenó a Joel acosar a esa retaguardia. Éste salió entonces con dos soldados rebeldes y entró corriendo en un pequeño desmonte, circundado por varias piedras altas. No pudo ver a unos emboscados que, parapetados detrás de las piedras, abrieron fuego sobre él. Eran soldados de Batista.

Joel cayó seriamente herido por varios balazos y ante lo inesperado de esta emboscada, los compañeros de Joel a su vez se cubrieron entrando en la maleza y disparando sus carabinas sin ver al enemigo que estaba detrás de las piedras. Trataban de impedir que remataran a Joel, que estaba boca abajo, pero no podían porque para hacerlo los soldados de Sánchez Mosquera tenían que salir de su protección.

Llega Ernesto, a quien le habían comunicado la caída de su ayudante. En una fracción de segundo comprende la situación y sin titubear decide lo que debe hacer.

No se podía esperar, pues en cuanto se retiraran los soldados matarían a Joel. El Che saltó de la espesura y cayó sobre el herido. Había salvado unos cuantos metros, pero se encontraba en el ángulo de tiro de los soldados contrarios. Hubo un momento de suspenso. La gente de Ernesto esperó el nutrido fuego que se abriría sobre él. Pero, con toda sorpresa, lo vieron levantar rápidamente al herido, cargarlo al hombro y desaparecer dentro del monte. Un segundo después, atronaban la selva los disparos de los soldados. Pero ya era demasiado tarde.

Pasadas unas horas estos soldados fueron hechos prisioneros por los guerrilleros. Cuando les preguntaron por qué no tiraron sobre Ernesto, dijeron que fue tan inesperada su aparición —poniéndose al alcance de un fuego cruzado— que cuando se recobraron de su sorpresa, ya nada tenían que hacer.

La responsabilidad de Ernesto

Un verano la familia de mi hermano Paco fue a pasar la temporada de calor a Alta Gracia, alquilaron una casa en la misma manzana que la nuestra. Mi mujer y yo debíamos viajar a Buenos Aires y nuestros chicos debieron quedarse a cargo de mi cuñada.

Hace poco, una de sus hijas, hablando de Ernesto, me decía que su madre se aterrorizó al darse cuenta de la responsabilidad que asumía al aceptar el cuidado de mis hijos, porque Ernesto tenía fama de travieso y rebelde —no lo iba a poder dominar—. Ella lo recordaba como un chico muy simpático, de gran generosidad, pero inquieto y siempre amigo de hacer travesuras. Según ella, no obedecía a nadie que no fuera a sus padres.

Mientras estuvo a su cuidado, mi cuñada, atendiendo a una petición de mi mujer, trató de darle lecciones de inglés a Ernesto. Éste se negó rotundamente y como ella le respondiera tratando de exigirle obediencia, él se escapó y se encerró en un cuarto de baño. Fueron inútiles los ruegos y las amenazas para que abriera la puerta, y cuando consiguieron forzarla el chico había desaparecido por la ventana.

Aquellos recuerdos de mi sobrina me divertían mucho porque a mi vez recordaba las clases de inglés en nuestra casa paterna, donde mi madre nos obligaba a tomarlas de boca de una institutriz irlandesa. Yo tenía entonces la misma edad de Ernesto —unos diez años— y recuerdo que las tales clases de inglés se convertían en una batalla campal entre la irlandesa y mi hermana Susana y yo que combatíamos juntos.

Pero según contaba mi sobrina, lo increíble fue que cuando

mi cuñada reprendió a Ernestito por su actitud, siendo el mayor de todos se dio cuenta que en ausencia de sus padres él quedaba como jefe de la familia, y repentinamente cambió de conducta y a partir de ese momento dio a los demás chicos el ejemplo de comportamiento, mostrando así su gran responsabilidad.

Pelea de Ernesto con Chicho Albornoz y el Negrito Zamora

Ernesto no era camorrista, pero si lo buscaban sabía pelear como un perro bull-dog, y una vez que se liaba, nadie podía separarlo.

No recuerdo por qué circunstancia, un día se agarró con uno de los tantos amigos que componían su «barra», el Chicho Albornoz.

Estaban jugando a los guardias y ladrones. Seguramente el Chicho era ladrón y Ernesto guardia. Por cuestiones del mismo juego comenzó la discusión y la riña. El Chicho tenía aún puesta una «esposa» en la muñeca, similar a la que usaba la policía para detener a los presos. Cuando comenzaron los sopapos toda la barra les hizo rueda. El Chicho no pudo desprenderse del aro de hierro y cada vez que le daba una piña a Ernesto, pegaba dos veces —una con el puño y otra con la «esposa» que pendía de su muñeca—. Ernesto le daba fuerte al Chicho y éste contestaba furioso y así estuvieron un buen rato, hasta que mi hijo consiguió voltear al Chicho y lo dejó fuera de combate.

Había ganado la pelea, pero tenía toda la cara hinchada y macerada por los cadenazos y trompadas. Estaba desfigurado.

Volvió a su casa Chicho con los ojos morados y Ernesto a la suya todo maltrecho, pero muy ufano. Había ganado, pero ésta era una victoria «a lo Pirro».

En otra oportunidad y también por motivos fútiles, se peleó con el Negrito Zamora que peleaba mal, pero era taimado y terco. A los pocos segundos, Ernesto lo estaba revolcando por el suelo, pero el Negro, en una de esas vueltas, consiguió clavarle los dientes en un carrillo y se agarró a él con toda su fuerza.

Fue inútil la ayuda de los compañeros que intentaron toda clase de recursos para separarlos. El Negrito seguía prendido como un perro y así estuvieron varios minutos, hasta que algunos de los curiosos corrió a mi casa a avisarme lo que pasaba. Tuve que forzarle las mandíbulas al Negro, para hacerle soltar su presa. Ernesto, por poco sale con un moflete de menos, tenía la cara tan macerada que le quedó color violeta por muchos días.

Peleas como éstas que he contado eran muy comunes entre Ernesto y los amigos componentes de su barra.

Así eran las peleas entre estos chicos. Se agarraban con toda furia, pero al día siguiente parecía que nada había pasado y quedaban tan amigos como siempre.

Ernesto estudia dibujo por correspondencia

Yo había olvidado totalmente este *hobby* de Ernesto. Hace muy poco encontré entre papeles que él había dejado en casa de mi hermana Beatriz una gruesa carpeta llena de dibujos hechos por él en Alta Gracia, cuando estudiaba por correspondencia en una academia que se llamaba Oliva.

Esta academia funcionaba en Buenos Aires y aquellos dibujos que encontré fueron hechos en el año 1942. En esta carpeta estaban los dibujos de Ernesto con sus correspondientes correcciones hechas por los profesores del instituto.

La carpeta tuvo la virtud de despejar mi memoria y recordé con precisión cuando comenzó él con sus estudios en la ciudad de Alta Gracia. Ernesto no tenía facilidad para dibujar, pero tal vez por eso mismo comenzó con una dedicación muy grande. Había decidido aprender a dibujar costara lo que costase y lo estaba haciendo, demostrando así su carácter y su tesón.

Aquel cursillo de dibujo duraba bastante tiempo para poder aspirar al título que le daban en la academia.

Muchas veces he pensado de dónde sacaba tiempo para hacer esas cosas. Estudiaba en el colegio nacional, leía toda clase de libros, novelas, aventuras y toda clase de literatura. Además, estudiaba filosofía y arqueología. Sin dejar los estudios jugaba al fútbol y al rugby; hacía excursiones a pie y a caballo, nadaba y practicaba alpinismo y, de vez en cuando, en bicicleta o a pie recorría buena parte de la provincia de Córdoba.

No terminó los estudios de dibujo. Había que pagarlos y en esa época yo andaba bastante escaso de fondos. Buscó cualquier pretexto y puso punto final a sus estudios en la academia.

El asma de Ernesto angustiaba a nuestra familia

Era tal la angustia que soportábamos a causa de esta persistente enfermedad que no abandonaba al niño, que pensando mejorarlo hacíamos toda clase de pruebas. Seguíamos los

consejos de médicos o profanos. Inventábamos toda clase de remedios caseros y apenas salía una propaganda en los diarios asegurando una panacea contra el asma, en seguida la adquiríamos y se la administrábamos.

Cuando me recomendaban este o aquel cocimiento de yerba o yuyos para mejorar un asmático, apenas habían terminado de indicarme el remedio cuando ya lo estaba preparando para que lo tomara Ernesto.

La desesperación nos llevó hasta caer en el curanderismo. Y aún peor: recuerdo que alguien me dijo que dormir con un gato dentro de la cama aliviaba mucho a un enfermo de asma. No lo pensé dos veces y una noche pesqué un gato vagabundo y se lo metí a Ernesto en la cama, el resultado fue que a la mañana siguiente el gato había muerto asfixiado y Ernesto seguía con su asma a cuestas.

Con el fin de averiguar cuáles eran los factores desencadenantes de la enfermedad decidimos anotar todos los días lo que comía, la ropa que usaba, los objetos que había a su alrededor, la temperatura ambiente, la humedad, la presión atmosférica. Con todos estos datos creíamos poder saber cuáles eran esos factores.

En aquellos tiempos aún se usaban poco los tests para investigar rápidamente qué era lo que provocaba el ataque a un asmático. En vista de que las pruebas que estábamos haciendo (que duraron mucho tiempo) no solamente no dieron «con el factor desencadenante» sino que acabaron por despistarnos, comenzamos a probar de todo.

Cambiamos el relleno de los colchones, de las almohadas, reemplazamos las sábanas de algodón por sábanas de hilo o nylon. Quitamos de las habitaciones toda clase de cortinajes y alfombras. Limpiamos de polvo las paredes. Evitamos la presencia de perros, gatos y aves de corral. Pero todo fue inútil, el resultado fue decepcionante y desalentador. Frente a la persistencia del asma sólo habíamos conseguido saber que la podía desatar cualquier cosa, en cualquier época del año, con cualquier alimento, y el saldo de todo nuestro empeño fue saber a ciencia cierta que lo más conveniente para su enfermedad era el clima seco y de altura en que vivíamos²⁵ y hacer ejercicios respiratorios, especialmente de natación.

Reproduzco aquí un par de hojitas tomadas al azar de la libreta de apuntes diarios. Estas amarillentas hojitas dicen así:

«Día 14: mañana limpia y seca, a la tarde seminublado y calor. Amanece bien. Duerme con la ventana cerrada.

»Se baña en la pileta. Toma vaselina líquida. Toma medio minuto de baño de sol. Se le da una inyección de calcio glucal intravenosa. Anda todo el día bien.»

«Miércoles 15: mañana seminublada —sequedad ambiente—,

25. En aquella época vivíamos en la ciudad de Alta Gracia.

amanece muy bien. Durmió con la ventana abierta. No va a la pileta. Come con mucho apetito, igual que días anteriores. Anda muy bien hasta las cinco de la tarde.»

Estos apuntes fueron hechos en el mes de noviembre del año 38, es decir, ¡hace casi veinte años! Aquellos días eran los días buenos para Ernesto. No estaba sufriendo un ataque de asma. Al releer estas páginas me tienta examinar las escritas en días en que el asma llegaba a su punto máximo. ¡Entonces las anotaciones de las libretas se tornan en algo angustioso!

Cuarta parte

RETORNAMOS A CÓRDOBA

Habíamos vivido once años en los alrededores de Alta Gracia. Mis hijos estaban acostumbrados a vivir al aire libre, en contacto con la naturaleza, corriendo entre los matorrales que circundaban nuestras casas o entre las ásperas serranías. Nada tenían que envidiar a los chicos serranos de la zona.

Nosotros teníamos muchos amigos en aquella ciudad y estábamos acostumbrados a ella; pero como mi hijo Ernesto se había matriculado en el colegio nacional Dean Funes de la ciudad de Córdoba, y como también mi hija Celia lo había hecho en el liceo de señoritas, se hacía necesario mudarse a la capital cordobesa para evitar el continuo traqueteo de los chicos viajando en ómnibus. Por otra parte yo acababa de asociarme con un conocido arquitecto cordobés y había alquilado una oficina en pleno centro de la ciudad de Córdoba, y para mí también se hacía pesado el tener que ir diariamente a esa ciudad.

Chile, 288

Una vez que decidimos mudarnos a la ciudad de Córdoba busqué una casa que no estuviera en el centro y que su ubicación permitiera que mis hijos pudieran corretear a sus anchas. Nada mejor para esto que la casa de la calle de Chile, 288. Era un edificio nuevo de dos plantas, bastante cómodo para nosotros, que tenía un gran comedor-living en la planta baja y tres dormitorios en la planta alta con garaje y terraza.

Alquilamos aquella casa, que poseía grandes ventajas; estaba al borde de un gran parque con enormes espacios libres y frondosas arboledas. Allí funcionaba el Jardín Zoológico Provincial y era sede también de algunos clubs deportivos.

Aquello significaba para nosotros —que veníamos de gozar once años de sol, luz y aire puro— tener la oportunidad de seguir viviendo al aire libre. Y todo eso nos quedaba a unas veinte manzanas del centro de la ciudad.

Nos trasladamos a la nueva casa en los primeros años del año 43. En el mes de mayo de ese año nació en ella mi hijo Juan Martín.

Allí vivimos más de tres años.

Cuando alquilamos la casa no advertimos algo que con el tiempo resultó ser una seria preocupación. Estaba asentada sobre un suelo de pésima calidad para la edificación. La tierra era soluble en el agua y para construir allí se necesitaba llegar a terreno firme, y esos terrenos solían encontrarse a más de veinte metros de profundidad. Por esta circunstancia¹ la pared de la fachada de la casa se fue saliendo de su vertical y se desprendió del suelo del primer piso y del que hacía de azotea, dejando al descubierto una profunda grieta.

Nuestro dormitorio daba a la fachada. Recuerdo que desde mi cama, por la noche, veía las estrellas a través de la grieta del techo. Retiré de la pared frontal la cunita de Juan Martín, pero dejé mi cama en su sitio. La habitación de los otros chicos también tenía su grieta y sólo tomé la precaución de retirar sus camas de la pared en peligro de que se derrumbara.

Como la casa nos resultaba cómoda no queríamos mudarnos y decidimos aguantar lo que pudiéramos.

Frente de nuestra casa los terrenos existentes eran aún mucho peores. Se había formado allí una gran olla que las aguas pluviales año a año ahondaban. Como aquellos terrenos no eran aptos para edificar, se los consideraba sin dueño, y allí se fue instalando toda una población muy pobre; una verdadera «Villa Miseria»; con construcciones precarias hechas con tableros, lata y parches de cartón, sin agua ni luz eléctrica.

El barrio tenía una serie de chalets y buenas casas mezcladas con otra serie de viviendas baratas que se estaban derrumbando, y frente —calle por medio— vivía una población pobrísima en verdaderas covachas, tal era el barrio de nuestra casa de la calle Chile.

El Lawns Tennis Club de Córdoba abría sus puertas dentro del gran parque vecino a nuestra casa. Nos hicimos socios de esta institución y mis hijos además de practicar tenis se bañaban en la piscina, jugaban al ping-pong o se reunían con amigos. Tanto Ernesto como Roberto llegaron a ser buenos jugadores de tenis. El encargado de mantener en condiciones las canchas tenía una hija un poco mayor que Ernesto. Ella se pasaba el día practicando su deporte favorito, y

1. Sólo las casas muy costosas podían construirse sin que se hundieran sus cimientos. A la nuestra, sencilla, como a casi todas las de aquel barrio, se le iban hundiendo los cimientos.

como se había hecho muy amiga de mis hijos solía jugar con ellos. Esta niña pronto llegó a ser campeona femenina de la provincia de Córdoba participando después en campeonatos nacionales e internacionales. Tanto Ernesto como Roberto aprendieron de ella el modo de jugar y ambos llegaron a ser buenos jugadores.

Los hermanos Alberto, Tomás y Gregorio Granado (conjunto inseparable de mi hijo Ernesto) jugaban al rugby en un club nuevo llamado Platense. Raras veces conseguían juntar los catorce jugadores necesarios para integrar el equipo de rugby, pero esto no les importaba demasiado, les gustaba este deporte y lo practicaban como fuera divirtiéndose mucho.

Roberto alguna vez también integró el equipo.

Cuando vivíamos en Alta Gracia mis dos hijos practicaban el fútbol con equipos de «rejuntados» que convertían cualquier terreno en cancha, pero ahora se daban el lujo de jugar al rugby en cancha propia.

La casa de la calle Chile, si bien no se podía decir que fuera «la casa del pueblo» —como se decía de las que tuvimos en Alta Gracia—, su condición popular no había caído mucho. Allí se reunían sin previo aviso compañeros de los chicos que estudiaban en el colegio nacional Dean Funes, amigos de los clubs deportivos y también algunos moradores de la «Villa Miseria» vecina.

La familia Aguilar, que durante muchos años vivió cerca de nosotros en Alta Gracia, también se había mudado a la ciudad de Córdoba y muy cerca de nuestra casa. Carmen, Paco y Juan Aguilar eran íntimos amigos de Ernesto, Celia y Roberto. Pepe Aguilar era compañero inseparable de mi hija Ana María, de modo que aquella amistad que nació en Alta Gracia continuó en la ciudad de Córdoba. Cuando la familia González Aguilar no estaba en mi casa, nuestros chicos estaban en la casa de ellos.

Ernesto se iba haciendo hombre. Su inclinación natural por el estudio y la lectura siguió aumentando. Ahora su biblioteca se enriquecía con libros importantes y siempre encontraba el momento para aislarse y concentrarse en la lectura. Tenía una condición poco común que resaltaba su personalidad: la lectura y el estudio a los que dedicaba mucho tiempo no le impidieron practicar deportes, seguir jugando como siempre al ajedrez, alternar con sus amigos o realizar excursiones. Era realmente un mago en el empleo del tiempo. Muchas veces yo pensaba de dónde lo sacaba para hacer tal o cual cosa, porque a medida que iba creciendo se iban aumentando sus conocimientos y nunca dejaba por hacer nada que tuviera que hacer.

Ernesto y su círculo de amigos

Mi casa de la calle Chile continuó abriendo sus puertas a los amigos de mis hijos, tal cual en Alta Gracia abrió siempre sus puertas a todos ellos, sin hacer excepción alguna. Ernesto, como siempre, era el eje de las reuniones. Con esa lealtad que lo caracterizaba, jamás cambió ninguno de sus amigos por otros de mejor condición social. Siempre tuvo la virtud de amalgamar al heterogéneo conjunto que lo rodeaba imponiendo su presencia sin hacerlo sentir a los demás.

Cuando Ernesto comenzó a frecuentar otros círculos sociales comenzaron también a gustarle las reuniones de jóvenes y niñas en donde se bailaba o se oía música o se charlaba. Era poco amigo de las grandes reuniones sociales, siendo más bien retraído; sólo se mostraba comunicativo cuando estaba en su pequeño núcleo de amigos íntimos. No obstante poco a poco fue aclimatándose a esta clase de reuniones. No le gustaba mucho la música y bailaba muy mal, pero cuando se trataba de alternar con gente inteligente e ilustrada lo hacía demostrando una gran cultura.

En verano

En los veranos dejábamos la casa de la calle Chile y alquilábamos por una temporada alguna casa en Alta Gracia, y allí volvía Ernesto a frecuentar todas sus viejas amistades. Recuerdo la casa Ripamonti que alquiláramos en esta ciudad. Allí se repetían las viejas reuniones de antes; sólo que ahora los chiquillos se habían vuelto hombres y todos ellos iban perfilando su personalidad.

Yo había comprado una casa para fin de semana en la localidad de Villa Allende, muy próxima al Golf Club de esta población. Villa Allende era uno de los sitios preferidos por los cordobeses para veranear o pasar los fines de semana. Su atractivo principal era el Club de Golf. Como Ernesto había comenzado a practicar este deporte cuando apenas tenía seis años, ya a los quince era buen jugador. En el club de Alta Gracia podía practicar siempre que quisiera porque lo hacía a las horas en que nadie jugaba. Con este entrenamiento, en Villa Allende podía demostrar su destreza frente a los buenos jugadores. Este deporte le encantaba.

Poco antes de regresar a Buenos Aires, durante dos veranos consecutivos alquilamos un rancho —que más bien pare-



A medida que se desarrolla la guerra civil española Ernesto, aún pequeño, comienza a conocer el porqué de aquella guerra. Para él los exiliados españoles ya eran sus hermanos.
(Llegada de refugiados a la frontera francesa.)

cía una tapera— en plena sierra cordobesa y en un agreste lugar denominado Pantanillo. Se trataba de un par de piezas con techo de zinc a orillas de un arroyo. Hasta allí sólo podíamos llegar usando como transporte el caballo o directamente a pie. Tal era lo abrupto del lugar. Mi cuñada Carmen de la Serna, casada con el poeta Córdoba Iturburu, alquilaba también otra casita pero mucho más comfortable que la nuestra y a pocos metros de ella. A la casa de Carmen concurrían mucha gente de letras o artistas y se hacían reuniones muy interesantes. Recuerdo haber leído en algún lugar cartas cambiadas, cuando ya Ernesto vivía en Cuba, entre el gran escritor argentino Ernesto Sábato y el que ahora se le conocía mundialmente como Che Guevara. Sábato era uno de los tantos escritores que visitaba la casa de Córdoba Iturburu en Pantanillo, donde nos reuníamos toda la familia, y allí conoció a Ernesto. A mediodía, en una gran olla que se abría en el arroyo que pasaba al pie de nuestro rancho, se reunía todo un grupo de gente joven que se divertía tomando sol, nadando y cantando.

En casa de los González Aguilar, en el año 1950, en el casamiento de Carmen, Ernesto conoció a una niña cordobesa que se llamaba Chichina Ferreyra. Era muy bonita y simpática. Tenía una gracia particular. Apenas se conocieron, ambos se enamoraron. Para todos los amigos aquel *flirt* terminaría en noviazgo y el noviazgo en matrimonio. Como era natural, Ernesto comenzó a visitar la casa de la familia Ferreyra, en cuya casa se reunían gente de la «alta sociedad» cordobesa, que contrastaba con el aspecto de Ernesto, quien siguió usando sus pantalones sin planchar y yendo generalmente en mangas de camisa y sin corbata.

Los fines de semana Chichina reunía a sus amigos en un precioso lugar serrano llamado Malagueño, donde su familia poseía una gran calera y suntuosas viviendas. Como era presumible, la presencia de Ernesto en la casa de Chichina no cayó bien a sus padres, cuando ellos se dieron cuenta de que entre ambos existía algo más que una amistad. Ernesto siguió yendo a Chichina sin importarle la opinión de su familia, y la visitaba con el atuendo de siempre, y sin ambages de ninguna clase confesaba su modo de pensar nada de acuerdo con aquella familia acostumbrada a vivir con todo lujo. Sin embargo, algunos de sus familiares aquilataron su valor y le brindaron su franca amistad.

Nuestra familia, que tenía simpatía por Chichina, no creía que fuera la persona indicada para casarse con él. Estaba educada de un modo muy distinto del que educamos a nuestros hijos, y yo suponía que si este matrimonio llegaba a realizarse sería muy difícil que anduviera bien, puesto que para Chichina representaría algo nuevo que contrastaba con su educación.

Nosotros dejamos la ciudad de Córdoba en el año 1947 y nos trasladamos a la ciudad de Buenos Aires, donde fuimos a vivir a la casa que fuera de mi madre. Ernesto había abandonado también la ciudad de Córdoba y se había unido al resto de su familia, inscribiéndose en la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Quedaba atrás Córdoba a una distancia de setecientos kilómetros, pero Ernesto, a pesar de tener que cumplir con su empleo en la Municipalidad de Buenos Aires, y con sus viajes como enfermero de la flota mercante del Estado, cada vez que podía apuntaba hacia el norte donde se veía con su novia Chichina Ferreyra. Y esto continuó hasta el año 1952. A principios de este año Ernesto anunció a Chichina su próximo viaje por América con Alberto Granado. Como es natural poca gracia le hizo a Chichina esa separación, y cuando Ernesto regresó a la Argentina después de nueve meses de ausencia, ella se había comprometido con otro.

Carta de Ernesto desde la provincia de Córdoba

(Escrita a mano.)

«21 de enero [no dice el año pero es de 1947].

»Mi querido viejo:

»Recibí tu giro el otro día y por cierto que me vino muy bien. No te contestaba porque mi situación estaba en el aire.

»Ya me cortaron el gañote y me mandaron a Villa María. Lo que me gusta es que tendré que actuar como sobrestante y voy a poder aprovechar el tiempo para tratar de ascender. Por ahora voy a tener un trabajo enorme porque el laboratorista que estaba antes era un vago de primera y tengo que hacer ensayos atrasados correspondientes a diez kilómetros de camino, pero después de unos diez días de trabajo espero mejorar un poco y tener tiempo para estudiar.

»Estoy esperando noticias de Osvaldo Payer, que fue al Uruguay para pedir los programas. Si se puede rendir libre me voy a quedar todo el invierno, pues calculo que ahorraría entre ochenta y cien pesos mensuales. Tengo doscientos de sueldo y casa, de modo que mis gastos son en comer y comprar unos libros con que distraerme. Mi dirección es Vélez Sarsfield... Villa María.

»Estoy a unas diez cuadras del centro.

»Chau y cariño de

ERNESTO»

Quinta parte

ERNESTO. SUS ESTUDIOS SOBRE GRAFOLOGÍA

En mi casa encontré una carpeta muy gastada donde había una gran cantidad de cartas y papeles bien ordenados

Yo sabía que esta carpeta había pertenecido a Ernesto, y pensé que serían documentos que él guardaba porque tendrían datos interesantes.

Pero cuál no sería mi sorpresa cuando al revisar con detenimiento esos papeles encontré algunos estudios grafológicos bien realizados y con sus correspondientes muestras originales.

Yo practicaba la grafología desde hacía muchos años. Ernesto lo sabía y le encantaba verme trabajar analizando escrituras, pero yo ignoraba que él hubiera hecho estudios de esta naturaleza y ahora me encontraba con sus trabajos a la vista.

Como todo lo que hacía, había abordado la grafología seriamente. En esta carpeta encontré frases escritas por él, repetidas en diferentes años. Se ve que cada año que pasaba volvía a efectuar un análisis de su propia escritura.

Me llamó la atención una serie de páginas, que en cada una de ellas y escrita a mano con su particular letra, decía lo siguiente:

«Creo tener la fuerza suficiente —y lo siento en estos momentos— para subir al patíbulo con la cabeza erguida. No soy una víctima, soy un poco de sangre que fertiliza la tierra de Francia. Me muero porque tengo que morir para que el pueblo perdure.»

Creo que estas palabras fueron dichas por alguien importante que murió en el patíbulo en Francia. Evidentemente ellas impresionaron a mi hijo, pues las repitió durante varios años para analizar su letra. También yo quedé sorprendido por aquellas frases, y hoy pienso que Ernesto tenía afinidad en su manera de pensar con esas ideas.

Jugador de ajedrez

Le enseñé los primeros movimientos cuando era muy pequeño. Recuerdo que me dejaba ganar y él se ponía furioso. «Así no quería jugar.» Poco a poco fue progresando, y cuando estudiaba Medicina practicaba con buenos jugadores. Pero yo no estoy autorizado a juzgarlo como ajedrecista, porque soy muy malo, a pesar de que también he practicado bastante ese juego.

Sabía que en Cuba jugaba con grandes ajedrecistas. El maestro Najdorf¹ de la Argentina, me había dicho en el año 1962 que Ernesto era un jugador de primera categoría. Posteriormente hizo declaraciones en un diario de Buenos Aires en un artículo donde dice que el Che tenía una biblioteca ajedrecista compuesta por más de quinientos volúmenes. Y agregó:

«¿Cómo jugaba? Era un jugador bastante fuerte. Prefería el juego agresivo y era dado a los sacrificios, pero bien preparados; por lo que puedo ubicarlo como de primera categoría.»

Dijo Najdorf que jugó con el Che en Cuba, donde lo había invitado a jugar diez partidas simultáneas, que se realizaron en un club de ajedrez donde participaron algunas personas del gobierno. Y agregó:

«Con el Che yo llegué a estar un poco mejor y le ofrecí tablas. Las rechazó con estas palabras:

»—Mire, maestro, siendo estudiante de Medicina, yo perdí contra usted en una exhibición que dio contra quince tableros, en el Hotel Provincial de Mar del Plata, y ahora prefiero perder, o buscar el desquite.

»Acepté la invitación a la lucha y tuve que ganarle.»

Sus trabajos en Vialidad Provincial

Nuestra familia vivía en 1946 en la calle Chile, 288, de la ciudad de Córdoba. Ernesto estaba dando sus últimas materias del quinto año de bachillerato en el colegio nacional Dean Funes.

Un amigo mío, ingeniero vinculado a la Dirección Provincial de Vialidad, podía conseguir que emplearan a Ernesto en esa institución. Le pedí que lo hiciera y pedí también un puesto para Tomás Granado, íntimo amigo de Ernesto.

La Dirección de Vialidad de Córdoba se encargaba de las

1. Najdorf ha sido varias veces campeón argentino y ha participado en torneos internacionales clasificándose siempre muy bien.

construcciones de todas las obras viales de la provincia. A los pocos días ambos trabajaban allí en la parte de análisis de materiales.

Algunos años después, estando en Buenos Aires, me encontré con mi amigo y él hizo un comentario sobre el nombramiento de mi hijo y de Tomás Granado. Me dijo que cuando le pedí el favor creyó que le creaba un compromiso, porque para prestar servicios en Vialidad se tenía que estar especializado, pero como éramos muy amigos los aceptó. Y ahora viene lo interesante del caso. Me aseguró que tanto Ernesto como Tomás fueron de los mejores empleados que él había conocido en esa repartición.

Ernesto trabajó muy poco en la ciudad de Córdoba y lo destinaron por un tiempo a Bell Ville y Villa María.

Transcribo algunos interesantes párrafos de algunas cartas que nos enviara en aquella época. A fines del año 1946, me escribe desde Villa María:

«Mi querido Viejo, veo que andás muy asustado por lo de la camioneta. La compañía no me hace ninguna "gauchada",² la gauchada la hago yo a ella, porque la obligación que tiene es darme un vehículo y peones que saquen las muestras, y al peón no lo veo ni cuadrado.

»Desde hoy mi situación incómoda es con la comida, porque la compañía me la ha pagado, y eso es muy parecido a una "coima".³ Lo único que me queda por hacer es consultar con el jefe (que es un coimero de primera) y hacer lo que me diga él. Esta famosa Vialidad resultó ser un antro de coimeros.

»Me contaba el encargado que yo era el único laboratorista que él había conocido en veinte años que no aceptaba la comida y uno de los dos o tres que no coimeaba.

»Vos tenéis miedo de que le tuviera demasiada consideración, pero yo les he hecho arar y recompactar un buen "cacho"⁴ de camino, y ahora estoy haciendo unos ensayos atrasadós. Si fallan van a tener que arar ochenta centímetros (de profundidad) de camino y recompactarlo en tres capas, de modo que tienen un "chucho"⁵ bárbaro. (Me parece que hay gato encerrado.)

»Bueno, Viejo, abrazos,

Ernesto»

Cuando mi hijo escribió esta carta tenía sólo diecisiete años. Para comprender bien su contenido debo hacer algunas

2. Argentinismo. Viene de «gaucho», hombre del campo argentino a quien se conoce como generoso. Hacer un gran favor.

3. Exigencia de dinero por empleados o autoridades nacionales para obtener algo.

4. Pedazo.

5. Miedo.

aclaraciones. La Dirección de Vialidad construía los caminos por licitación, y la empresa que contratase el trabajo debía someterse a la aprobación de análisis periódicos de los materiales colocados o que colocase en su construcción.

Ernesto seguramente contestaba a alguna carta mía en que yo aparecía preocupado porque hubiera aceptado una camioneta. Por eso me explica que la empresa tenía la obligación de poner una a su disposición. Y es entonces cuando confiesa que su situación es incómoda, pues ha aceptado que le den comida. Seguramente Ernesto desconocía que la empresa no tuviera obligación de darle de comer, pero al saberlo, reacciona y me dice que hará lo que el «jefe ordene». Lo demás no necesita explicación.

Solamente puedo agregar que hoy, a treinta y un años de haber recibido esta carta, me llena de orgullo el comprobar la corrección con que trabajaba Ernesto, siendo un jovencito de menos de dieciocho años.

Por supuesto, él no podía continuar mucho tiempo trabajando como sobrestante, pues su responsabilidad con respecto a las compañías constructoras lo obligaba a hacerles cumplir con los pliegos de condiciones de trabajo. Y así fue. Poco tiempo después lo trasladaron con el evidente propósito de que renunciara.

Poco tiempo después se produjo el traslado.

La experiencia acumulada por Ernesto en los pocos meses que trabajó en Vialidad de la provincia de Córdoba fue para él muy útil. Comenzaba a ver claro sobre la forma en que se trabajaba dentro de la esfera de los empleados nacionales.

Por entonces pensaba seguir la carrera de Ingeniería junto con Tomás Granado. Éste ingresó en Córdoba, donde se graduó algunos años después.

CAMBIO DE ORIENTACIÓN

Llegó el mes de marzo de 1947. Nuestra familia acababa de regresar a Buenos Aires y estábamos viviendo en la casa de mi madre, en la calle Arenales y Uriburu. El verano tocaba a su fin.

Mi madre había enfermado gravemente y en tal situación le escribí a Ernesto, quien, sin titubear, renunció a su trabajo en Vialidad Provincial y en el primer tren que pudo tomar viajó a Buenos Aires.

En otro sitio he explicado las razones por las cuales Ernesto, que debió atender a su abuela durante diecisiete días en que estuvo gravemente enferma, decidió cambiar de carrera. Se inscribió en la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

Esta nueva carrera nada tenía que ver con el trabajo anterior, que correspondía con lo que se estudia en la Facultad de Ingeniería. En Córdoba había aprendido algo que no se le borraría jamás, y era que la lucha por ganar dinero envilece fácilmente a la gente, que está atrapada en este ambiente. La «coima» de que hablaba Ernesto en sus cartas ha sido y es una institución en la República Argentina.

La carrera de Medicina armonizaba más con sus sentimientos humanitarios. Ahora tenía por delante todo un campo de investigación y en la práctica de la medicina social se le abría otro gran campo para poder actuar conforme a sus ideas.

RECORDANDO LA PERSONALIDAD DE ERNESTO ⁶

La Facultad de Medicina de la ciudad de Buenos Aires está ubicada cerca del estudio donde yo trabajaba y a escasas manzanas de la casa que habitáramos en la calle Arenales.

Cuando iba o venía de mi estudio lo hacía pasando frente a la Facultad y solía encontrarme con Ernesto cuando él entraba o salía de allí.

Me parece verlo cuando salía por alguna de esas puertas y, reconociéndome, me saludaba con la mano; siempre alegre, siempre riendo y diciendo algo gracioso, con esa característica cara de burlón que ponía a los amigos. Cuando me saludaba volcaba todo su cariño en el ademán. Siempre andaba apurado, nunca le alcanzaba el tiempo; activo y diligente, corría de un lado a otro para cumplir con sus obligaciones.

¿Y cómo no había de andar apurado? Tenía que trabajar para ganarse la vida, porque yo poco le ayudaba, y además él no quería que le diera un centavo. Se las arreglaba como podía.

Trabajó como enfermero en la flota mercante del Estado y en los barcos petroleros; estuvo empleado como practicante dentro de Sanidad Municipal; trabajó en el consultorio y laboratorio de alergia del doctor Pisani; durante un tiempo se dedicó a fabricar y vender insecticidas; fue sobrestante en la Dirección de Vialidad de Córdoba y empleado en la sección de Abastecimientos de la municipalidad de Buenos Aires.

A pesar de todas estas ocupaciones seguía estudiando sin perder tiempo, y estos estudios no le impedían practicar el rugby, el fútbol ni jugar al ajedrez o escribir sobre todas las cosas que le interesaban. Entretanto recorría el país en los más diversos medios de locomoción: en bicicleta, en moto,

6. Este tópico fue escrito en 1972, en Buenos Aires.

simplemente a pie, o haciendo «auto stop», dejándose llevar «a dedo» por los camioneros, como decimos en Argentina.

Con Ernesto nos tratábamos mano a mano. Nos hacíamos bromas como si fuéramos de la misma edad. Él me «cargaba» continuamente. Apenas nos encontrábamos en la mesa de nuestra casa, me pinchaba con chanzas de carácter político. Yo fui anti nazi y en la guerra europea estuve de parte de los aliados. No trato de justificar una actitud, sino simplemente de decir las cosas como sucedieron. Pensaba que siendo Hitler un dictador que aspiraba a dominar el mundo, teníamos, los argentinos que queríamos a nuestro país y deseábamos vernos libres de toda sujeción foránea, la obligación de ponernos del lado de aquellos países que se defendiesen de la dominación nazi. Por este motivo yo estaba con los aliados. Y por lógica consecuencia con los Estados Unidos de Norteamérica, que aparentaba ser la gran defensora de las causas democráticas.

En aquella época yo era un incauto en política; dedicado a mi trabajo y especialmente a leer y estudiar, no había calado en esta ciencia o arte de la cual después tanto he tenido que aprender. Ernesto, que tenía entonces veinte años, en esa materia me sobraba⁷ y nos enzarzábamos continuamente en discusiones. Para quien nos escuchara parecía que estuviéramos peleando. Nada de eso. En el fondo entre nosotros existía una verdadera camaradería.

Recuerdo que cuando los norteamericanos apoyaban a Corea del Sur, yo no había analizado a fondo este problema, y al principio estaba a favor de Estados Unidos. Ernesto había comprendido perfectamente la intención norteamericana y defendía su tesis con todo calor y energía. Tenía la verdad en la mano, y yo, un poco terco, lo «pinchaba» o lo cargaba.⁸ Él me miraba de reojo y buscaba argumentos y más argumentos, y cuando ya se cansaba de discutir salía con algo inesperado o insólito. Nunca uno adivinaba la contestación que, siempre chispeante, tenía a flor de labios.

En el fondo lo apasionaba el diálogo, y cuando se trataba de política lo hacía con vehemencia. Tal vez por esta razón es por la que alguna gente pudo haber interpretado erróneamente nuestras discusiones. Pero otros lo hicieron con toda la mala intención de hacernos aparecer como enemistados por cuestiones políticas. Anoto aquí este detalle, porque se ha incluido en libros que han aparecido sobre la vida de mi hijo. Nada más falso. Cuando discutimos lo hicimos siempre sobre una base de cariño y camaradería.

Ernesto nunca tuvo prejuicios. Se reía y se burlaba de todo lo afectado, de lo atildado, de lo «acartonado», de lo «puesto en razón». No respetaba «academias» ni «académicos». Atacaba

7. Ganaba por mucho.

8. Insistía en tono de chanza o burla.

y destruía las «posturas». Su polémica era siempre ágil, pero maciza y cortante. Siempre desprovista de maldad a pesar de ser incisiva.

En nuestro país, donde los altos puestos se consiguen o con acomodados y recomendaciones o con dinero, y en donde la parada⁹ tiene tanta importancia, se comprende que haya una élite de empilchados¹⁰ que actúan aparatosamente y acaban por convencerse ellos mismos de los valores que no tienen. En mi tierra se usa la palabra «engrupido», que le cae a la medida a esta gente. Ernesto era todo lo contrario de ellos. Los atacaba sin piedad, no andaba con rodeos para decir lo que pensaba; no conocía los eufemismos, iba al grano, sin miedo y sin importarle nada si lo que decía disgustaba o no. Era un verdadero fanático por la verdad y la imponía aunque ello lo afectase, y lo hacía sin vacilar y siempre dispuesto a reconocer errores. Lo mismo que analizaba a los demás, se analizaba despiadadamente. Nada de timideces.

Las sobremesas de mi casa las recuerdo hoy con emoción. Se armaban discusiones de toda clase entre nosotros, mostrando todos nuestra manera de ser, pero, eso sí, de buena fe.

Ernesto familiarmente era cuadrillero.¹¹ Ay del que se atreviese a tocar maliciosamente a su familia. Defendía el nido con uñas y dientes. Tenía una verdadera debilidad por su hermano Juan Martín —quince años menor que él— y lo trataba como a su hijo. Sus cartas a él desbordaban cariño. Su querido *Tudito*, como lo llamaba, recibía cartas de cualquier parte en donde Ernesto estuviera.

Como es natural se franqueaba mucho más con sus hermanos que conmigo y mucho más aún con su madre, por la que tenía una verdadera devoción, lo que no obstaba para que en las cartas la «cachara»¹² cariñosamente, pero en el fondo le tenía admiración.

En la calle Aráoz, 2180, donde vivíamos, tenía su dormitorio Ernesto. Era una pieza chiquita y muy extraña. Tenía por un lado un gran balcón corrido que daba a la calle y por otro lado tenía una puerta con balcón también, pero este balcón inexplicablemente miraba a la escalera de entrada. La casa antiguamente no tendría linderos y desde ese balcón posiblemente se vería el campo. Lo cierto es que esa pieza era única, gracias a aquel balcón sobre el que nadie daba en la tecla si quería explicarse qué objeto tenía.

El cuarto de Ernesto, como he dicho, era pequeño y en él dormía también Roberto. Tenían una cama marinera doble, todo el resto de la pequeña habitación estaba ocupado por un gran ropero, una cómoda, dos libreros, una mesa y una

9. El que tiene «posiciones» de importancia.

10. El que se cree mucho más de lo que es.

11. El que defiende su «cuadrilla», su gente.

12. Cachar: tomar el pelo.

mesita sobre las cuales se amontonaban libros de todas clases.

Ernesto tenía su peculiar modo de vestir. Alguna vez salió con botines de distinto color y distinta forma, pero lo que siempre mantuvo como una costumbre fue no ponerse corbata. Rara era la ocasión en que la usaba. Los pantalones sin planchar y una camisa de nilón era su vestimenta, y con ella andaba por todo Buenos Aires. El protocolo no lo conocía ni de nombre y se reía de las preocupaciones de los «pitucos».

Durante mucho tiempo anduvo con el pelo muy cortito, casi rapado, porque le molestaba menos y además no tenía necesidad de peinarse. La verdad es que su atuendo no desarmonizaba mucho con el de la mayoría de mi familia. Yo soy bastante descuidado en la vestimenta; mi mujer, por ser mujer, se preocupaba un poco más, pero los otros dos varones, más que vestirse se echan la ropa encima. Ernesto marcaba el límite de esta despreocupación. Y en él no cambió la falta de cuidado en la vestimenta. En muchas de las fotografías donde sale acompañado por alguna personalidad política, se le suele ver con su traje militar, con los borceguíes atados hasta la mitad y la otra mitad sueltos. Y muchas veces hasta con el pantalón fuera de la bota.

No perdía tiempo en fijarse cómo le caía la ropa o en uno u otro detalle de su vestimenta. Siempre andaba ocupadísimo, y para él todo esto eran detalles que no tenían importancia dentro de la vida cotidiana.

La personalidad de Ernesto no podía ser de ninguna manera alterada por todas estas pequeñas cosas. Nadie que lo oyera hablar dejó de sentir esa atracción particular que lo caracterizaba. Tenía, al principiar un diálogo, una manera un poco lenta de hablar, agilizándose a medida que tomaba calor en la conversación. Sus ojos eran oscuros; su manera de mirar, profunda, inquisidora. Cuando miraba escudriñaba el alma de su interlocutor. Ésta no es opinión mía solamente; la he oído en boca de quienes, recordando su personalidad, me hablaron de él.

Ernesto enferma contagiado por trabajar sin protección

El doctor Salvador Pisani comenzaba a hacerse famoso en la Argentina como médico alergista. Cuando nos instalamos nuevamente en Buenos Aires, Ernesto, a instancias mías, fue a verlo para que le tratase su asma. Fue tal la mejoría que este médico le produjo mediante desensibilizaciones, que, entusiasmado, empezó a especializarse en alergia dentro de su carrera de Medicina.

Pisani tenía una teoría sobre la desensibilización de los

alérgicos por medio de inyecciones que él mismo preparaba en su laboratorio con alimentos semidigeridos. Su teoría había rebasado las fronteras del país y se la conocía en otras partes del mundo.

Mientras Ernesto iba como paciente al consultorio del doctor Pisani, éste le tomó simpatía y le pidió que trabajara con él. Fue así cómo Ernesto empezó en la clínica, donde se ensayaban toda clase de antialérgicos y vacunas, a trabajar ayudando a su nuevo amigo. En este laboratorio efectuó estudios verdaderamente científicos con relación a la alergia; estudios que después completó en otros países y especialmente en México.

Pisani y él llegaron a ser más que paciente y enfermo, los unió una verdadera camaradería y amistad. Mi hijo tenía por él un gran respeto y un gran aprecio. Lo consideraba un científico de talento y un profesional honesto. El tiempo que tenía libre lo dedicaba casi en su totalidad a trabajar con el doctor Salvador Pisani.

En una ocasión, habiendo recibido Pisani un aparato eléctrico fabricado en Suecia para moler vísceras, Ernesto decidió probarlo. Buscó dentro de la Facultad de Medicina algunas vísceras de personas que habían muerto debido a enfermedades infecciosas y se dispuso a usar la nueva máquina. Pero ésta no estaba completa; le faltaba un capuchón de goma para evitar que las partículas picadas se pusieran en contacto con el operador. Ernesto, impaciente, no quiso esperar a que le mandaran de Europa el protector, y ya con las vísceras en el consultorio de Pisani resolvió hacer la operación y la hizo. El resultado fue desastroso para él.

Dos días después tenía una fiebre altísima. Cuando llegué a mi casa de la calle Aráoz, Ernesto estaba acostado. Si se quedaba en la cama era porque se sentía muy mal; llegué a su lado y estuvimos conversando algunos minutos. Me contó lo de las vísceras y yo, por supuesto, me alarmé muchísimo.

Me quedé en su habitación observándolo y lo veía empeorar por momentos. Le ofrecí llamar al doctor Pisani, pero se negó. No me moví de su lado espiando todos sus movimientos. De pronto me hizo una seña y, al acercarme, me dijo que llamase en seguida a una clínica para que le trajesen un estimulante cardíaco y que llamara al doctor Pisani.

Yo sabía que cuando él hacía semejante petición era porque se sentía muy mal.

Comuniqué telefónicamente con una Cruz Azul vecina y pedí con toda urgencia que enviasen una enfermera con el estimulante que me había indicado Ernesto. Luego me puse al habla con el consultorio de Pisani y le hice saber el estado de mi hijo. Él me contestó: «Voy para allá en seguida.»

Yo observaba a Ernesto con atención; su respiración era agitada y se notaba que tenía mucha fiebre, pero lo que más

me preocupaba era su cara, donde se reflejaba la angustia; seguramente le estaba fallando el corazón.

Nunca supe cuánto había marcado el termómetro, porque él se negó a decírmelo, pero supongo que sería una marca muy alta.

Éste era el resultado de la imprudencia de Ernesto.

Breves instantes después aparecía por la escalera una gorda vestida de blanco con una jeringa cargada en la mano y, corriendo detrás de ella, subiendo a saltos los escalones, el doctor Pisani.

Me quedé en el dormitorio; Pisani tomó la jeringa, pero la colocó encima de la mesa de noche y comenzó a auscultar a Ernesto. La enfermera se marchó; el doctor Pisani se quedó a cargo del enfermo. Estuvieron mucho tiempo conversando y luego de aplicarle no sé qué cosa, varias horas después se retiró dejando las recomendaciones del caso: inmovilidad absoluta y los medicamentos recetados.

Toda la familia pasó la noche levantada. Aproximadamente a las seis de la mañana Ernesto había mejorado mucho y, con gran sorpresa nuestra, vimos que comenzaba a vestirse. No le dije nada. Lo sabía muy empeinado, pero al fin, viendo que terminaba de vestirse como para salir a la calle, le pregunté:

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a dar examen; la mesa se reúne a las ocho de la mañana.

—Pero no seas animal —le contesté—, ¿no ves que no podés hacer eso?

Fueron inútiles todas las objeciones que se le hicieron en ese momento. Él había determinado dar su examen ese día y lo tenía que hacer. Y así lo hizo.

Era el mes de noviembre de 1952; Ernesto se había propuesto terminar su carrera de Medicina antes de que finalizara el turno de marzo del 53. Ya tenía preparado su viaje al exterior para el mes de julio y se hacía necesario apurar los exámenes.

Cuando regresó de su viaje con el doctor Granado en el mes de agosto de 1952, le quedaban quince materias para terminar su carrera y estaba en plena tarea de preparación cuando cogió aquella infección contagiada por las vísceras.

Esto revelaba el carácter de Ernesto. Cuando había determinado hacer algo, saltaba los obstáculos que tuviera por delante y con una voluntad inquebrantable y una tenacidad a toda prueba no paraba hasta llegar al fin que se había propuesto.

Buenos Aires. La fábrica de insecticida

En la calle Aráoz, 2180, que fuera mi casa durante muchos años, había un pequeño garaje en la planta baja. Ernesto, ya hombre, había descubierto que el gamexane, producto que usaba en esa época el Ministerio de Agricultura contra las langostas, era un excelente insecticida. Hizo algunas experiencias con resultados positivos. Le adicionó talco en un 80 %, y resolvió ganarse unos pesos con la fabricación de un insecticida, utilizando para este trabajo el pequeño garaje como fábrica.

Decidió ponerle un nombre. Entre «cachadas» y bromas de toda especie, en mi casa, mientras comíamos, se barajaban toda clase de títulos para el futuro insecticida, y por supuesto que la mayoría de ellos eran motivo de risa. Pero quedó firme el de «Atila».

Ernesto trató de patentarlo, pero encontró que ya ese nombre estaba patentado por una firma comercial. Se decidió entonces por el nombre «Vendaval», y ése logró patentarlo.

Así comenzó la «gran fábrica de insecticidas». Le ofrecí presentarle personas que financiasen el negocio. Personalmente había constatado la eficacia del «gamexane». Cuando le ofrecí a mi hijo la financiación aludida, me miró con cara de pifia y me dijo: «Viejo, ¿te crees que me voy a dejar tragar por alguno de tus amigos?»

No entendía nada de negocios en esa época. Creyó que iba a poder llevar adelante el que comenzaba, sin dinero y sin tener para dedicarle más que unas pocas horas al día debido a sus estudios y a su trabajo en la clínica del doctor Pisani.

Compró una buena cantidad de talco y de gamexane, y después de haber mandado fabricar los envases comenzó la tarea del llenado para la venta. Eran unas cajitas redondas de aproximadamente cien gramos cada una.

Probaron el insecticida en el barrio donde vivíamos y el resultado fue excelente, hasta tal punto que comenzaron a salir todas las cajas existentes en el garaje para atender a sus clientes. Pero era necesario pasar de la manufactura personal a la fabricación en mayor cantidad, y Ernesto comenzó a buscar gente que lo ayudase.

Él estaba haciendo experiencias en un hospital sobre alergia con el método del doctor Pisani. Un paraguayo que tenía un eccema que le cogía casi la totalidad de su cuerpo, se había puesto en sus manos y Ernesto lo curó casi por completo. Agradecido, este enfermo se puso a sus órdenes y entre los dos comenzaron a fabricar el Vendaval en mayor escala.

El gamexane tiene un olor penetrante y desagradable. Los dos trabajaban en ese garaje chiquito, cubiertos de polvo blan-

co. Un olor nauseabundo se expandía por toda la casa. Nos sabía a gamexane todo lo que comíamos; pero Ernesto, imperturbable, seguía su trabajo.

Por supuesto que aquello duró poco tiempo, aguantó todo lo que pudo y salió medio intoxicado por trabajar en esas condiciones. Su enfermo aguantó mucho menos y a los pocos días tuvo que abandonar el trabajo para reponerse.

Y así terminó la fábrica de insecticida. Hoy muchas casas que se dedican a productos químicos usan el gamexane como poderoso insecticida. Pero debo consignar aquí que quien dio el primer paso en la Argentina para el uso del gamexane con tal objeto fue Ernesto Guevara de la Serna. Antes se le conocía y se usaba sólo para fabricar productos destinados a destruir langostas.

Ernesto se examina en la Facultad de Medicina

Una tarde, realizando una operación en el Banco de la Nación, se me acercó un joven médico que había sido condiscípulo de Ernesto en la Facultad de Medicina y a quien yo conocía desde chico. Estuvimos conversando un rato y él entonces recordó una anécdota que voy a relatar.

Estando para examinarse de una de las últimas materias de Medicina se encontró con Ernesto, que también debía examinarse. La mesa examinadora estaba reunida desde la siete de la mañana, y siendo ya más de las doce del mediodía los profesores seguían examinando.

Ernesto se había sentado encima de una mesa de mármol, y sacando un cortaplumas comenzó a pelar una naranja y a comérsela.

Advirtió el presidente de la mesa examinadora esta «falta de respeto» del alumno, y dirigiéndose a él con malos modos le increpó así:

—Parece que el señor tiene mucha hambre.

—Así es, doctor, estamos aquí reunidos desde las siete de la mañana; no he desayunado y tengo hambre. Por eso estoy comiendo una naranja.

—¡Ah!, el señor está muy apurado, pues le llamaré el primero.

Todos los amigos y compañeros dijeron: «Le van a poner un huevo al pelado.» (Lo llamaban «pelado» porque solía andar rapado.) Y comenzó el cuchicheo entre ellos, comentando el episodio. Todos estaban seguros de que esta vez lo «reventaban», como se dice en lenguaje estudiantil.

Ernesto no se inmutó y siguió comiendo su naranja. Se corrió la voz y a los pocos minutos estaba media Facultad

esperando ver cómo lo bochaban,¹³ porque la mesa tenía fama de «aplanadora».

Llegó al «pelado» su turno. Todos estaban silenciosos. El profesor comenzó a preguntar y Ernesto a contestar. Estaba dando un examen magnífico.

El presidente de la mesa volvía a preguntar y él contestaba con gran seguridad y soltura todas las preguntas que se le hacían; muchas de ellas capciosas y otras muy difíciles. Así pasó más de una hora y media rindiendo este examen, tiempo que sólo se empleaba con aquellos que de alguna manera querían suspender.

Pero Ernesto resistió a pie firme el embate. El profesor, viendo que perdía la oportunidad de suspenderlo en esa materia, se levantó de su sitial, le tendió la mano y le dijo esforzando una sonrisa:

—Doctor —aludía con esto a la certeza de que este alumno ya aprobaba—, no tengo más remedio que ponerle un «distinguido».

De este modo reconocía que trató por todos los medios de suspenderlo.

Me comentó el condiscípulo de Ernesto que toda la muchachada se quedó hasta el final sin perder un detalle del examen, que más que examen parecía un duelo. Y agregó:

«Jamás he conocido a nadie que tuviera tanta lucidez, tanta memoria y que diera mejores exámenes que Ernesto.» Sin duda alguna tenía una inteligencia excepcional.

Habla su amigo el doctor Larumbe

El doctor Adalberto Larumbe fue compañero de estudios de Ernesto en el primer año de la Facultad de Medicina. Se hicieron muy amigos y continuamente Larumbe estaba en mi casa o Ernesto en la suya, ocupados en sus estudios.

Hace poco tiempo me encontré con este viejo amigo y, naturalmente, la conversación se centró sobre Ernesto. Entre otras cosas, me contó que cuando estaban estudiando «anatomía» habían conseguido que algunos de los ayudantes les permitieran sacar parte de un cadáver del depósito de la Facultad, para poder practicar en sus casas.

Decía Larumbe que a él se le había presentado un grave problema: no tenía vehículo en que llevar una pierna humana que le acababan de ceder en la sala de disección. Comentando esto con Ernesto, Larumbe le decía que no se animaba a llevar la pierna por la calle. Ernesto, inmediatamente, le dijo que

13. Bochar: aplazar, suspender.

él sí. Y así lo hizo. Envolvió el trozo humano apresuradamente con algunos papeles de diarios y resolvió llevarlo hasta la casa de su amigo. No encontró mejor medio de locomoción que el metro y sin pensarlo más se largó con la pierna bajo el brazo. Parece que no estaba suficientemente envuelta y comenzaron a asomar unos dedos del pie por entre los trozos de diarios. Cuando Ernesto llegó a la casa de Larumbe, se rela a carcajadas, recordando la cara que habían puesto algunos de los pasajeros que advirtieron lo que llevaba.

Larumbe hablaba de Ernesto con todo cariño. Me decía entre otras cosas que era un hombre que no daba importancia a lo que no merecía tenerla y, en cambio, cuando había que tomar las cosas en serio, nadie mejor que él se abocaba por entero a un trabajo o a un estudio que fuese fundamental.

Larumbe actualmente ejerce su profesión y cada vez que lo encuentro comienza a relatar episodios de la vida estudiantil en la Facultad de Medicina, recordando siempre al Che.

Tiene una fotografía de todo el grupo que estudiaba con ellos, fotografía que también tengo en mi poder por haberla encontrado entre los papeles de Ernesto, donde se ve a ambos principiantes mientras el profesor está explicando sobre un cadáver.

Ernesto se dedica a zapatero

Su íntimo amigo Carlos Figueroa, que siempre andaba buscando la manera de hacerse con unos «mangos», una tarde vino a mi casa para ofrecerle a Ernesto un negocio, trayendo el recorte de un diario de poca difusión en donde se anunciaba, en un lugar bastante discreto, un remate de zapatos.

Ésa era, según Carlos Figueroa, la gran ocasión. ¡Seguro que no iría nadie al remate! La idea no era mala. Ya decididos, se largaron los dos para «tirarse el lance» de comprar algún lote de zapatos con el poco dinero que tenían.

Por supuesto, los primeros lotes se vendieron todos y al final fueron quedando los últimos, pero para pagar éstos, tampoco tenían suficiente dinero. Al fin, quedó un lote de unas cuantas bolsas de zapatos diferentes. Allí fue cuando su postura tuvo éxito. Se quedaron con ese lote por muy pocos pesos.

La casa de la calle Aráoz se convirtió en una pequeña zapatería. Había que ordenar y clasificar los zapatos. Muy pocos tenían compañero. Una buena cantidad podía acompañarse con muy pocas diferencias, pero otros nada tenían que ver entre sí.

Salieron a vender zapatos y, como los vendían muy baratos, pronto se deshicieron de los que tenían su compañero pare-

cido y luego con más dificultad los que tenían poca diferencia entre el derecho y el izquierdo. Pero después vino lo más bravo: el saldo de los que nada tenían que ver uno con otro. Pero no se amilanaron. Recuerdo algo que corrió en toda nuestra familia como una cosa sumamente graciosa y que se comentó entre todos nuestros amigos y en el barrio.

No sé bien a cuál de los dos se le ocurrió la idea: «¿Y si le vendemos un "derecho" al rengu de la esquina que le falta la pata izquierda?» Por unas monedas compró el rengu su zapato. Y ellos, sin titubear, se largaron a buscar rengos por la calle.

Y así fue cómo, soportando tomaduras de pelo y chanzas consiguieron deshacerse casi totalmente de ese lote.

Alguien ha comentado por ahí que los que quedaron los usaba Ernesto. Eran totalmente diferentes, de forma y de color.

Ernesto y sus vuelos a vela con su tío Jorge

Jorge de la Serna era tío de Ernesto. Hombre de campo, ostentaba el orgullo de haberse formado solo. Era muy inteligente y original. Como su hermano Juan Martín, fue muy aficionado a la aviación. Le encantaba este deporte aéreo y tomaba clases de vuelo a vela en un aeródromo próximo a la ciudad de Buenos Aires, en la localidad de Morón.

Allí se inició Ernesto junto con Jorge en la práctica deportiva del vuelo a vela, en el año 1949.

Ernesto y Jorge fueron amigos desde que aquél cumplió quince años. Había cierta concordancia entre la manera de ser de Jorge y la de Ernesto; Jorge también vivía la vida como él quería, no había para él impedimentos sociales y se mofaba de todo el estiramiento de la clase pituca. Le encantaba, como a Ernesto, aparecer mal vestido y desaliñado en los sitios donde la gente se presentaba impecable en su vestimenta.

En el campo lo admiraban por su destreza, les daba lecciones y tanto domaba un potro como curaba un animal. Efectuaba todos los menesteres campestres tan bien o mejor que cualquier hombre nacido en ese ambiente.

Fue un gran nadador y poseía un físico atlético. Tenía adoración por Ernesto. Siendo ya persona mayor, seguía comprendiendo perfectamente a los muchachos que se estaban convirtiendo en adultos y era entonces cuando desarrollaba sus tesis sobre las cualidades que debe tener un hombre.

Me detengo en la descripción de Jorge porque, sin duda alguna, tuvo mucha influencia en Ernesto y después que éste se fue del país a correr mundos, Jorge de la Serna le siguió

con el pensamiento por todas partes. Es posible que viera en Ernesto la imagen de lo que él hubiera deseado ser.

No podría precisar con exactitud cuánto tiempo duraron esas clases de vuelo a vela, pero sí recuerdo que por una temporada larga, los fines de semana ambos iban a Morón a tomarlas. Posteriormente, estando ya en Cuba, Ernesto tomó lecciones de vuelo —para toda clase de aviones— y manejándolos él recorrió toda la isla. Tenía preparado siempre su avión Cesna y los fines de semana salía a visitar las fábricas que estaban bajo su control. Su profesor, que se llamaba Eliseo de la Campa, tenía un entrañable cariño por el Che y se acordaba de los comentarios que hacía Ernesto —mientras volaban sobre Cuba— acerca de las prácticas de vuelo a vela en la Argentina.

Aráoz, 2 180. Reuniones

Llegué una noche a mi casa de la calle Aráoz. En el primer piso se oía un barullo tremendo. Esto a mí no me alarmaba, porque casi todos los días mis hijos reunían a sus amigos y comenzaban las discusiones a grito pelado.

Los dormitorios de mi casa daban todos a un balcón corrido y en verano las puertas estaban siempre abiertas.

Cuando la muchachada se reunía comenzaban las discusiones de tipo político.

Gobernaba entonces la Argentina el general Perón. Yo era contrario a él, lo mismo que mi mujer y muchas personas de las que frecuentaban mi casa. Las discusiones se hacían violentas y a veces la gente en la calle se paraba para oírlas. Nadie se enojaba y a pesar de que en aquella época no era muy conveniente ponerse en contra del gobierno, mi casa siguió siendo un centro de reunión donde cada uno decía todo lo que le daba la gana.

Cuando subí la escalera aquella noche se me ocurrió ponerme a escuchar lo que discutían en el comedor. Había allí una media docena de muchachos amigos de mis hijos. Yo le había oído a Ernesto luciendo gran preparación política, todo lo cual me encantaba. Pero esa noche lo oí hablar de filosofía con un aplomo, seguridad y conocimiento que demostraban su capacidad. Fue para mí una satisfacción oírlo. Yo conocía su preparación filosófica, pero nunca lo había oído disertar de esa manera.

De la filosofía pasaron a la literatura y tocaron además muchos temas políticos.

No siempre las reuniones de mi casa se hacían con carácter de cenáculo; otras veces se reunían, simplemente, para



La familia Guevara: de izquierda a derecha, Juan Martín en brazos de su padre, Ana María —actualmente prisionera de la dictadura argentina—, Ernesto, Celia (madre), Roberto y Celia.

Mar del Plata sin duda alguna era un sitio ideal para veranear con chicos. Allá por el año 1945, toda nuestra familia se encontraba allí.

Ernesto con su padre y su hermana Celia.



comentar cosas triviales, se escuchaba música y se bailaba.

Lo que recuerdo con satisfacción es que en todas las discusiones sobre cualquier materia que fuera, siempre se notaba una gran camaradería entre todos ellos. La verdad es que jamás llegué a ver dentro de mi casa enojado u ofendido a ninguno de los invitados.

El apodo «Chanco» de Ernesto

Ya no sé quién fue el que le puso a Ernesto el apodo de *Chanco*, o si él mismo lo hizo firmando artículos en la revista *Tackle de Rugby*.

Es posible también que algún amigo, debido a la poca aprensión que demostraba en la Facultad de Medicina, donde trabajaba sin guantes, comenzara a llamarlo así. Él se reía y le sirvió ese apodo para firmar artículos y, algunas veces, para pasar cartas a través del enemigo sin que éste se enterara de quién era el remitente.

Su amigo Figueroa siempre lo llamaba así, le parecía un mote muy gracioso, pero a mí me fastidiaba, y un día me enojé, y dirigiéndome a Figueroa lo hice con un apodo agravante. Éste, con bastante sentido del humor, no se dio por ofendido y, como réplica, cuando me divisaba —claro está que sin que yo me enterara— decía: «Allá viene *el Chanco* padre.»

Hace muy poco, conversando con él, que ya es un hombre serio, casado y con hijos, me contó su jocosa reacción de aquella época. A ambos nos divirtió mucho el recordarlo.

EL CHE Y LOS DEPORTES

Ernesto había nacido con una conformación física excelente, pero debido a una neumonía que le afectó en la ciudad de Rosario, cuando aún no tenía quince días de edad, quedó con una propensión a las afecciones pulmonares, y a los dos años esta propensión hizo crisis con su primer ataque de asma.

El ataque duró muchos días y Ernesto quedó marcado definitivamente por esta enfermedad. La arrastró siempre y fue un tremendo obstáculo en su vida.

Con su carácter de acero contraatacó el mal de forma tal, que mediante ejercicios físicos —principalmente natación y gimnasia— llegó a superar ese lastre llegando a ser un buen

nadador en estilo mariposa y un excelente jugador de golf. Además practicó la esgrima, el patinaje, la equitación, el buceo, la pelota a mano y a pala, el tenis, el fútbol, el rugby y el alpinismo.

Una persona bien dotada físicamente puede practicar estos deportes, pero es muy difícil que se destaque en todos. Pero lo más difícil es que un chico enclenque que no soportaba el clima de Buenos Aires, que a veces no podía caminar una cuadra, llegara a practicar con el correr de los años deportes tan agotadores como el rugby y el alpinismo.

Cuando estuvo en México, subió como entrenamiento a los grandes picos montañosos, algunos de los cuales llegan a alturas de más de cinco mil metros.

Éste era su entrenamiento para estar en forma cuando tuviera que entrar como guerrillero en Cuba.

En la lucha guerrillera en Cuba caminaban jornadas de siete a ocho horas en lo más espeso de la manigua, ya que es ley de la guerrilla el desplazamiento rápido, mucho más que el de cualquier soldado de ejército convencional.

Esta demostración de carácter para imponerse a sí mismo tales ejercicios sobreponiéndose a su grave afección asmática es lo que mi familia más admiró en Ernesto.

Fútbol

Cada vez que se sentía mejor del asma buscaba la ocasión de practicar alguno de sus deportes favoritos y uno de ellos era el fútbol. Cuando niño en Alta Gracia armaban una cancha en cualquier potrero. Allí no había campos especiales para niños, pero a ellos poco les importaba cómo fuera. Con tal que tuviera un espacio llano sin malezas, allí estaba toda la chiquillería jugando al fútbol, y un par de sacos o chaquetas marcaban las porterías. En cuanto a la pelota si no se encontraba quien tuviese una de cuero o de goma, la improvisaban con papeles de periódicos prensados y sujetos con cordeles o tiras de trapos.

No importaba que el día fuera frío o caluroso, no importaba ni los vientos ni la lluvia, el fútbol hipnotizaba a mis hijos y a todos los chicos de Alta Gracia y, por qué no decirlo, a todos los chicos de la República Argentina.

Recuerdo haber presenciado los comienzos de este deporte en nuestra patria. Yo era muy pequeño, pero se grabó en mi memoria la cantidad de goles que nos metían los equipos ingleses que venían a jugar a nuestro país. El mejor de los argentinos se llamaba Alumni. La mayoría de los componentes eran descendientes de ingleses. No obstante, cada vez que ve-

nían los futbolistas galeses nos arrasaban. Recuerdo cifras como éstas: 40-0, 50-0, y el cero era siempre para nosotros. Entretanto en las tribunas los espectadores que entonces poco entendían este deporte revelando un nacionalismo exagerado, hacían «pan francés»¹⁴ e insultaban groseramente a los equipos visitantes. Pero los ingleses no se inmutaban. Entonces no supieron que habían dejado plantada la semilla que germinaría en nuestro país. Crecieron como hongos las canchas en todas partes donde los chicos pudieran patear la pelota. Veinte años después nuestros jóvenes equipos ganarían torneos internacionales en la propia Inglaterra.

Se comprende así que en todo nuestro territorio la juventud llegara a un verdadero fanatismo con respecto al fútbol.

Los diarios de los lunes llenaban cuatro o cinco hojas con el resultado de los partidos jugados el domingo con toda clase de comentarios y fotografías.

Estando en el Sierras Hotel de Alta Gracia, cuando mis hijos Roberto y Ernesto eran aún niños (ocho y once años) un íntimo amigo mío, notando su presencia en una reunión de gente, les preguntó a modo de broma: «¿A que no sabéis los nombres de los jugadores de Boca¹⁵?»Cuál no sería la sorpresa de mi amigo cuando los dos al unísono le fueron dando a toda velocidad los nombres de los once jugadores. Las personas allí presentes se reían a carcajada al comprobar la rapidez con que habían contestado a la pregunta; pero lo que no sabían los que escuchaban es que además podían dar de memoria los nombres de los jugadores de River Plate, de Racing, de Tigre y de la mayoría de los cuadros de primera división. Y es que realmente el fútbol los apasionaba.

Ernesto fue creciendo y perfeccionando su manera de jugar. Recuerdo que estando en Leticia, ciudad colombiana limítrofe con Brasil y Perú, acompañado de su amigo Alberto Granado con quien había atravesado gran parte de Sudamérica, y no teniendo dinero para proseguir el viaje en avión hasta Bogotá, aceptaron un ofrecimiento que les hicieron para que entrenasen como profesionales a un equipo de fútbol, cosa que hicieron con gran éxito, pudiendo así pagar dichos pasajes.

El rugby

A Ernesto le encantaba jugar al rugby. Cuando vivíamos en la calle Chile de la ciudad de Córdoba, comenzaron a jugar él, su amigo Granado y su hermano Roberto, en un Club local

14. Le llaman así a un golpeteo hecho con los pies y las manos en señal de protesta.

15. Boca Juniors, club de fútbol de Buenos Aires de primera división.

llamado Estudiantes, que no tenía más que una cancha precaria.

Recuerdo que en la calle Chile corrían en el patio embaldosado y allí practicaban los *tackles*, seguidos de tremendos porrazos.

Según sus amigos Alberto Granado y Roberto Schaejer, Ernesto tenía grandes condiciones como jugador de rugby. Se decía que su *tackle* era demoledor.

En Córdoba existía entonces solamente un club y, por regla general, jamás conseguían el número de jugadores suficiente como para poder hacer un partido serio. Además, las canchas eran potreros con el suelo sumamente duro.

Cuando Ernesto volvió a Buenos Aires lo inscribí como socio en el Club SIC (San Isidro Club), del cual yo era uno de los fundadores. Allí junto con su hermano Roberto, intensificó su juego de rugby.

A mí me preocupaba enormemente que Ernesto —que siempre seguía con su asma a cuestas— jugase este deporte tan violento, pero fue inútil mi advertencia, era un empecinado y, como le gustaba el rugby, lo hacía a despecho de su enfermedad.

Cuando jugaba, siempre conseguía un amigo que corría por la línea con el inhalador, para dárselo a Ernesto cuando se lo pidiese. Si se sentía muy fatigado, pedía permiso al juez y se daba unos cuantos bombazos con el inhalador, para después seguir jugando.

Los médicos me habían dicho que este deporte para Ernesto era simplemente suicida. Que su corazón no podía aguantarlo. Una vez se lo dije y me contestó: «Viejo, me gusta el rugby y aunque reviente lo voy a seguir practicando.»

Ante tanta insistencia decidí usar otros procedimientos. Mi cuñado Martínez Castro era el presidente del Club SIC y le pedí que sacara a Ernesto del equipo en que jugaba. Mi cuñado así lo hizo y Ernesto, furioso, se cambió al club vecino Atalaya y siguió jugando como siempre.

En mi estudio, Ernesto, Roberto y sus compañeros confeccionaban una revista llamada *Tackle*. En ella colaboraban todos, firmando con un apodo y el de Ernesto era Chang-Cho, seudónimo que parecía chino y que también recordaba el apodo cariñoso que le pusieron algunos amigos.

MI HERMANA BEATRIZ Y MI HIJO ERNESTO

Si hoy se puede escribir sobre la vida de Ernesto con precisión, se debe en buena parte a mi hermana Beatriz, por haber guardado religiosamente todo lo que a él se refiere.

Beatriz, mi hermana, no se casó nunca y al no tener hijos se constituyó en algo así como el perenne guardián de toda la familia. Pero sobre quien volcaba por entero todo su cariño era sobre Ernesto, quien le pagaba con la misma moneda.

Tiene un temperamento sumamente emotivo, y para ella el pequeño Ernesto fue como un hijo o como un nieto. Lo trataba no como si fuera una madre, sino como veinte madres. Enternecía verlos juntos. Ella cuidando siempre de él y él preocupándose por su tía.

Mi hermana Beatriz tiene actualmente noventa años. Guarda con todo celo las cartas que recibió de Ernesto, que eran muchas, porque las recibió durante más de treinta y cinco años. Él comenzó a escribirle cuando tenía cuatro años. Su madre le llevaba la mano y después firmaba así: TT, o sea, Teté, mote cariñoso que le pusimos cuando tenía algunos meses de edad. Tal seudónimo lo usó después siendo hombre, firmando sus cartas e impidiendo que los servicios de inteligencia lo identificaran, pues nadie —salvo nosotros— sabía que lo llamábamos así.

Su correspondencia con Beatriz siguió siendo constante y nutrida durante muchos años. Ella jamás dejó de contestar una carta y le daba noticias de toda nuestra familia.

Ernesto nos escribía muchas veces a Celia o a mí, diciéndonos «sé por Beatriz tal o cual otra cosa», haciéndonos notar que no le habíamos contestado a alguna carta.

Beatriz lo tenía al tanto de todo lo que pasaba y, además, periódicamente le enviaba paquetes de diarios argentinos al lugar donde estuviera.

Pero lo que más le preocupaba a mi hermana era tener a Ernesto siempre bien provisto de yerba mate, sin la cual él no podía estar, porque, además de haberse acostumbrado a ella, le hacía bien a su salud, y también de Yanal, antiasmático que sólo se conseguía en Buenos Aires.

El asma que sufría fue para Beatriz una verdadera obsesión. Cuando vivíamos en Alta Gracia, nos indicaba en sus continuas cartas los medicamentos nuevos o nos mandaba artículos escritos por médicos, referentes a esta enfermedad.

El asma de Ernesto puede decirse que la sufrió Beatriz en carne propia. Mientras él estuvo en Buenos Aires, en contacto directo con ella, Beatriz continuamente se preocupaba de que tomara sus remedios o de que sus comidas fueran adecuadas a su enfermedad, o que llevase en forma su abrigo.

En la calle Arenales 2 208, en el quinto piso, lugar donde vivió mi hermana durante treinta años, Ernesto pasaba las noches estudiando su carrera de Medicina. Mi hermana no dormía mientras él estudiaba; tenía siempre lista su pava para echarle mate y acompañarle en los momentos de descanso y todo esto lo hacía con el mayor cariño.

El cariño por Ernesto comienza en la ciudad de Rosario,

donde llegó acompañando a mi madre y a mi hermana Ercilia, que viajaban a esa ciudad apresuradamente desde Buenos Aires, porque el recién nacido tenía una fuerte gripe que desembocó en una neumonía. Estuvieron acompañándonos durante toda su enfermedad y ese apego al recién nacido se convirtió con el tiempo en un verdadero amor, que él devolvió con creces adorando a su abuela y a sus tías.

Se me queda en el tintero el nombre de María Luisa, otra de mis hermanas, a quien Ernesto quiso mucho, y cuya salud le preocupó a él toda su vida y con quien vivió mucho tiempo en San Isidro.¹⁶

Como iba relatando, en Rosario¹⁷ comenzó el amor de la tía por el sobrino. Ella siguió todas las alternativas de la dolencia que aquejaba al niño como una verdadera madre. Y ese cariño de Beatriz hacia su sobrino perduró siempre. Cuando nosotros vivíamos en la provincia de Córdoba infaliblemente un par de veces por semana llegaba alguna carta de la tía Beatriz a su sobrino preferido.

Años después, estando Ernesto en el extranjero, mantenía con Beatriz una nutrida correspondencia.

En las cartas que él le enviaba está descrito a grandes rasgos el desarrollo de su vida y hoy nos han ayudado para poder fijar con exactitud todo lo que se relaciona con sus viajes, sus trabajos, y también con sus actuaciones revolucionarias. En este libro se reproducen algunas de esas cartas con sus respectivos comentarios y también otras enviadas por Ernesto a su madre y a mí mismo. Ellas son por sí solas una elocuente muestra de su capacidad y también de su modo de pensar, de su ser y de su actuar.

El día 9 de enero es el cumpleaños de mi hermana, y ese día jamás dejó de recibir ella su saludo cariñoso, ya fuera personalmente, por carta o por telegrama, estuviera donde estuviese.

Estando en Sierra Maestra, en Cuba, en plena acción de guerra revolucionaria, el 9 de enero de 1958, escasamente a un mes de haber sido seriamente herido en la sorpresa de Alegría del Pío, le llega a Beatriz una carta de su sobrino preferido, con una salutación. La carta tenía sello de Manzanillo, ciudad de la provincia de Oriente donde se encontraba el ejército de Batista.

Para llegar hasta allí, quien llevó la carta seguramente debió jugarse la vida para echarla al correo. Cabe recordar que el sanguinario ex sargento Batista, protegido por el gobierno de los Estados Unidos, con toda soberbia ejercía el imperio de su dictadura de manera brutal. Hombre de las

16. Localidad próxima a la ciudad de Buenos Aires.

17. Capital de la provincia de Santa Fe, distante trescientos kilómetros de Buenos Aires.

líneas contrarias que caía en su poder, era salvajemente torturado y por lo general asesinado por los esbirros policíacos del gobierno. No obstante, alguien que conocía el amor de Ernesto por Beatriz, atravesó las líneas enemigas para mandar esa misiva.

En el año 1961 estuvimos en Punta del Este casi toda la familia para encontrarnos con Ernesto, que llegaba de Cuba en representación del gobierno para una importantísima reunión de la OEA.

Viajaba por pocos días y estaba ocupadísimo. Sólo nos dedicaba las horas de las comidas. En la mesa, con su traje de comandante, se sentaba en un lugar especial. De un lado estaba su madre y del otro tía Beatriz; continuamente tenía puesta una de sus manos sobre los hombros de una u otra. Beatriz no se cambiaba por nadie. Para ella era el mayor orgullo recibir de Ernesto esa atención. Quiero recordar que cuando era pequeño, siempre se preocupaba de comprar algún regalo para su tía Beatriz, ya fuera para su cumpleaños o para otro acontecimiento.

Beatriz, antes de ir a Punta del Este, había pasado seis largos años sin ver a Ernesto, y cuando decidió el viaje estaba tan emocionada con la próxima visita que flaqueó su voluntad. No se sentía con fuerzas para ir. Tuvimos que reprenderla para hacerla reaccionar y que se pusiera en marcha.

ALGUNOS RECUERDOS DE ERNESTO

Su ternura

Siempre bromista y alegre, tomando generalmente a chacota casi todas las cosas, Ernesto no aparentaba tener esa profunda sensibilidad de la cual dio amplias pruebas en su vida.

Celia, mi mujer, fue tratada con radioterapia para erradicar un tumor maligno. Un día me dijo que se había encontrado un bulto en el pecho. Inmediatamente la llevé a los mejores especialistas de Buenos Aires, quienes decidieron hacer una biopsia y, si su resultado era positivo, operarla inmediatamente.

En esa época Ernesto ya estaba cursando la carrera de Medicina. Como estaba en segundo año, no podía intervenir junto a los médicos que la trataban, pero no perdió un solo diagnóstico y continuamente se interesaba por saber cómo iba

el curso de la enfermedad. Allí pude darme cuenta de toda la ternura que él sentía por su madre.

Cuando hubo que operarle el tumor a Celia después del resultado de la biopsia, lo hizo uno de los más grandes cirujanos de Buenos Aires.

Ernesto, que hasta entonces se había mostrado muy dueño de sí mismo, cuando se enteró de que a su madre la llevaban a la sala de operaciones y que el resultado de esta intervención era muy dudoso, perdió su serenidad. Por fortuna Celia salió muy bien de esa operación.

Ernesto siguió paso a paso el proceso de la curación de su madre. Ella tuvo una sobrevida de diecisiete años y mi hijo, durante todo ese período, siempre estuvo atento a cualquier síntoma que tuviera Celia; pero lo hacía con gran delicadeza y buen tino, tanto que la misma madre no se daba cuenta de las preguntas que él le formulaba.

Preocupado por la salud de su madre, cada vez que ella viajó a la isla de Cuba, la hizo revisar prolijamente por los mejores médicos cubanos.

En sus cartas siempre la aconsejaba con respecto a las precauciones que debía tomar relacionadas con su salud.

Esta demostración de cariño de Ernesto no fue solamente para su madre. También lo fue para mi hermana Beatriz y para su abuela, a quienes adoraba. Por otra parte, sus demostraciones de cariño a toda la familia se traducen a través de sus cartas. Siempre estaba preocupado por la tía María Luisa, que había sufrido una hemiplejía, y por cualquiera de nuestra familia que él supiese que no estuviera perfectamente bien.

En el año 1947 sufrió mi madre un derrame cerebral. Ernesto estaba en Villa María, provincia de Córdoba, trabajando como empleado de Vialidad Provincial. Apenas recibió el telegrama donde se enteró de la gravedad de su abuela, hizo sus valijas y partió inmediatamente para Buenos Aires, abandonando su empleo. No se apartó de la cama de mi madre durante todo el tiempo que duró su enfermedad, tratando por todos los medios de aliviar su mal. Todos veíamos que su enfermedad era fatal. Ernesto, desesperado, al ver que su abuela no comía, con una paciencia increíble trataba de hacerle ingerir alimentos entreteniéndola y sin apartarse de ella. Y así estuvo hasta que mi madre se fue de este mundo.

La impresión que le causó a Ernesto la desaparición de su abuela fue muy grande. Recuerdo que me dijo: «Viejo, cambio de profesión. No seguiré ingeniería y me dedicaré a la medicina.» Éste era el resultado de diecisiete días de angustia pasados junto al lecho de mi madre. Desesperado ante la impotencia de los médicos y de la medicina, decidió ponerse a estudiar una carrera que le permitiese dedicar su tiempo a mitigar los males que aquejaban a la humanidad.

Ernesto y su amigo Carlos Figueroa

Carlitos, como cariñosamente lo llamaban sus amigos, pasaba todos los veranos en Alta Gracia, habitando una casa de sus padres muy cerca de la nuestra. Allí comenzó la amistad con Ernesto, amistad que se hizo íntima cuando ellos, ya más grandes, se encontraban en Buenos Aires.

Ahora, ya hombre, casado y con varios hijos, Carlos Figueroa se emociona cuando habla de Ernesto. Hace muy poco tiempo estuve con él y charlando, me contó algunas anécdotas que quiero reproducir.

Corría el año 1949. Carlitos y Ernesto estaban en Buenos Aires y decidieron viajar a la provincia de Córdoba, distante de la capital federal unos setecientos kilómetros. Los bolsillos en esa época estaban secos y además les importaba un rábano la clase de vehículo que los llevase ni donde pudieran pernoctar. Viajaban «a dedo»; casi nunca lo hacían de un tirón y de noche dormían donde podían, ya fuera en la pocilga de algún amigote eventual, en un vagón de ferrocarril o en campo abierto, aquello era lo menos importante, la cuestión era caminar hacia adelante.

Salieron a la carretera y después de varios intentos infructuosos de parar un automóvil, consiguieron que un camionero, conductor de un gran vehículo que llevaba un enorme trailer, se detuviese y conversase con ellos.

Los llevaría sin cobrarles un centavo, pero con la condición de que al llegar cerca de la ciudad de Rosario lo ayudasen a desarmar la parte superior para que pudiera pasar debajo de un puente cuya altura era varios centímetros inferior al camión. La respuesta no se hizo esperar y comenzó el viaje. El camionero además les ofreció pagarles su trabajo y darles de comer.

No podía ser mejor la oferta. Superaba mucho lo que esperaban.

Poco antes de llegar a la ciudad de Rosario apareció el puente de marras y junto con el camionero desarmaron el cabezal del trailer. La operación les llevó cinco largas horas de trabajo, terminado el cual, haciendo honor a su palabra, el conductor les pagó lo ofrecido y los convidó con un opíparo almuerzo en una fonda que estaba a la vera del camino.

En otra oportunidad, ambos viajaban también a la ciudad de Córdoba y, por supuesto, también a lo que saliese. Después de varios cambios de transporte y de varias consumiciones en las fondas de la ruta, llegaron a la ciudad de Rosario, pero esta vez completamente «secos», sin un solo centavo en los bolsillos. Continuar el viaje haciendo autostop era posible,

pero había que llenar el buche y se quedaron pensando la manera de conseguir algún dinero.

En eso estaban cuando acertó a pasar por allí un «gringo» arrastrando un carrito de mano. Aquellos barrios eran los suburbios de la ciudad; el gringo vendía frutas. Como siempre, después de algunos cambios de palabras se hicieron amigos. El gringo les cedería el carrito cargado de frutas para que la vendiesen. Las condiciones no podían ser mejores: ellos venderían toda la que pudiesen y un tanto por ciento del dinero cobrado iría a sus bolsillos. Trato hecho.

Y Ernesto, estudiante de medicina, y Carlos, de derecho, lo más contentos, comenzaron su nuevo oficio de vendedores ambulantes de fruta.

Con mucha gracia, Carlos Figueroa cuenta que a los pocos minutos ya le habían tomado la mano a la venta y ahuecando la voz lo más posible hacían con las manos una especie de corneta, gritando con especial entonación:

«Hay ananás, hay ananás, hay ananás, ananás.»

El gringo, muy desconfiado, no les perdía de vista y caminaba un poco atrás escondiéndose entre los árboles. Según Carlitos fue total el éxito, pues vendieron todo el cargamento.

Cuando terminaron con el carro, el gringo estaba loco de contento. Le habían vendido toda su mercancía y ellos a su vez, muy alegres, siguieron viaje con dinero en el bolsillo para poder morfar.¹⁸

Y se despidieron del italiano, eventual socio, como viejos y grandes amigos.

Según Carlitos, no había conocido en su vida persona más generosa que Ernesto. Refiriéndose a ello, me contó lo siguiente:

«Un día yo “andaba en la vía”,¹⁹ Ernesto tampoco tenía un cobre,²⁰ pero yo sabía que en la Caja de Ahorro Postal poseía un depósito correspondiente a los ahorros de varios meses de trabajo, depósito destinado a pagar algunos de esos viajes que solía hacer hacia el exterior.

»Le conté mi historia: no tenía ni un mango y, en cambio, una deuda de honor. Le lloré la carta²¹ y Ernesto, sin titubear, fue a buscar su libreta y me transfirió sus fondos, diciéndome: “Aquí tenés mis depósitos, úsalos como mejor te parezca. Si podés, me los devolvés y si no, paciencia.”

»En otra ocasión, sabiendo que a Ernesto le gustaba mucho jugar al golf, le ofrecí en venta un palo que había sido de una tía mía. Era una madera antediluviana. El precio cinco pesos. Y se efectuó la venta.

18. Comer.

19. Andar sin dinero.

20. En la Argentina hace muchos años existían monedas de cobre de 1 y 2 centavos.

21. Llorar la carta. Expresión muy porteña: lamentar para pedir.

»Pero después vino la parte desagradable. Las tías se enteraron del negocio y pusieron el grito en el cielo. Traté de arreglar el asunto, pero no había caso. Las tías seguían emperradas y querían su tesoro antediluviano. Me encontré en un callejón sin salida; le tuve que contar la verdad a Ernesto: el palo no era mío, se lo había "caloteado" ²² a las tías.»

Este, filosóficamente, sin protestar, le devolvió el palo. Sabía que sus cinco pesos se habían esfumado.

Sus estudios y trabajos

En los primeros días de marzo de 1947 casi toda nuestra familia se hallaba en Buenos Aires.

Por aquella época Ernesto aún estaba empleado en la Dirección de Vialidad Provincial de Córdoba, en la Sección Análisis de Materiales, de donde pasó a ser sobrestante de obras.

Pensó quedarse en Córdoba trabajando en su empleo después de que el resto de la familia residía ya en la ciudad de Buenos Aires.

Se encontraba cómodo en el empleo, a pesar de que lo fuesen cambiando de lugar.

Se había ganado la confianza de los ingenieros directores de obra.

En algunas cartas habla de la equivalencia de materiales entre las facultades de Córdoba y las de Buenos Aires, lo que hace creer que se pensaba mudar por un tiempo más o menos largo a esa provincia.

Yo creo que en esa época no estaba seguro de cuál sería la carrera que iba a seguir. Su íntimo amigo y compañero de trabajo en Vialidad, Tomás Granado, acababa de inscribirse en la Facultad de Ingeniería de Córdoba. Yo creí que él también seguiría esta carrera.

Pero en marzo de 1947, tal como relato en otro lado, abandonó todos sus trabajos para bajar a Buenos Aires a causa de la enfermedad de mi madre.

No regresó a Córdoba y un día anunció que comenzaría a estudiar Medicina. En esta decisión mucho tuvo que ver la enfermedad de su abuela a la que él quería tanto.

Apenas ingresado en la Facultad de Medicina de Buenos Aires buscó la manera de ganarse la vida. Por medio de un amigo íntimo le conseguí un puesto en la Sección de Abastecimientos de la Municipalidad de la capital federal. De este modo él ya tenía cómo ayudarse en sus estudios.

22. Robado.

Posteriormente estuvo trabajando como vacunador en la misma Municipalidad.

Por aquella época conoció al doctor Salvador Pisani, médico alergiólogo, de quien fue primero paciente para tratar de curar su asma, mejorándole notablemente. Este profesor le tomó afecto y aquilató su capacidad hasta tal punto que en seguida lo incorporó a su laboratorio. A pesar de todas estas ocupaciones, Ernesto prosiguió sus estudios en la Facultad de Medicina de Buenos Aires, y en el mes de abril del año 1948 rinde su primer examen. Durante este año aprueba dos asignaturas más.

En el año 1949 aprueba tres materias y en el año 1950 liquida otras tres asignaturas.

El mismo año consigue incorporarse a la flota mercante del Estado como enfermero. Este nuevo empleo le permitió hacer varios viajes por América y algunos de ellos en barcos petroleros. En este mismo año recorre en motocicleta todo el norte de Argentina.

Durante el año 1951 vuelve a rendir exámenes y aprueba cinco materias.

A fines de este último año decide su viaje con Alberto Granado a través de América del Sur. Este viaje con su amigo comenzó el 1.º de enero de 1952 y terminó en Miami a fines de agosto. A mediados del mes de septiembre regresa en avión a Buenos Aires.

Durante este largo recorrido, además de obtener una gran práctica como viajero, tiene la oportunidad de adquirir grandes conocimientos de arqueología. Mientras leía en las bibliotecas públicas aplicaba lo aprendido comparándolo con las innumerables muestras arqueológicas que observó a lo largo de su viaje.

Se agudizó además en él la decisión de conocer a fondo la parte política y social de los países americanos.

Entretanto tuvo la oportunidad de practicar lo aprendido en la Facultad de Medicina en los casos en que actuó junto a su amigo Granado durante el recorrido que hicieron visitando leproserías, como la de San Pablo.

Cuando llegó de vuelta a Buenos Aires se impuso la obligación de graduarse de médico antes del mes de mayo del 53.

Debía aprobar nada menos que ¡quince materias! y sólo contaba con siete meses para poder hacerlo. Ello significaba una labor tremenda si se tiene en cuenta que no quería abandonar sus experiencias en el laboratorio del doctor Pisani, donde había trabajado varios años y donde había adquirido gran práctica en el tratamiento de la alergia, tema sobre el cual este profesor tenía fama mundial.

Y comenzó aquella enloquecida carrera contra reloj que lo acosaba y las materias de que debía examinarse.

Sin duda tenía por delante una recia lucha, pero no titubeó,

y con su reconocido tesón empezó nuevamente el estudio y fue rindiendo una por una las materias que le faltaban para completar su carrera.

Lo aplazaron en dos ocasiones, pero este traspíe no fue motivo suficiente para que abandonara la decisión de graduarse dentro del tiempo que él se había impuesto, ni lo fue tampoco la gravísima infección que contrajo debido a una imprudencia cometida al moler vísceras de personas muertas de males contagiosos. (Los pormenores los relato en otro lugar de este libro.)

En el mes de noviembre del año 1952 se examina y aprueba: Clínica Oftalmológica, Clínica Urológica y Clínica Dermatofilográfica.

En diciembre del año 1952 aprueba diez materias. Son éstas: Patología General Médica, Clínica Obstétrica (Fisiología), Patología y Clínica de la Tuberculosis, Ortopedia, Medicina Legal, Higiene y Medicina Social, Clínica Obstétrica (Patología), Clínica Médica, Clínica Quirúrgica, Patología y Clínica de las Enfermedades Infecciosas.

A fines de diciembre del año 1952 sólo le quedaba una materia para graduarse de médico: Clínica Neurológica, asignatura de la que no se había presentado y de la que finalmente se examinó el día 11 de abril de 1953, con la que terminaba su carrera.

Había dado muestras de su capacidad y de su carácter.

La carrera de Medicina, cuando él comenzó a estudiar constaba de treinta materias y a fines de 1951 había aprobado ya la mitad de ellas y entre el mes de noviembre del año 1952 y el mes de abril de 1953 se examinó de las catorce materias restantes, es decir, la otra mitad de la carrera.

Ernesto durante sus estudios universitarios fue alumno regular y libre. En los primeros años estudió como regular y en los últimos aprobó la mayoría de las asignaturas como alumno libre.

Revisando el curso de sus estudios se ve claramente que en los años 1948 y 1949 se examinó de las materias básicas más difíciles como regular y como libre. No tenía suficiente tiempo para asistir a los cursos dictados por el profesor.

Sus trabajos en la Municipalidad y en la clínica del doctor Pisani, sus andanzas en motocicleta por el interior del país y sus largos viajes como enfermero de la flota mercante del Estado, le impidieron asistir como alumno regular a los cursos de la Facultad. No obstante, no sólo no se atrasó en sus estudios, sino que ganó tiempo examinándose de materias adelantadas.

Las clasificaciones obtenidas en el curso de su carrera no fueron excelentes. En nuestro país aprobar una materia como alumno libre (es decir, sin obligación de concurrir a las clases) es sumamente difícil, pues en los exámenes aprietan todo lo

que pueden para evitar precisamente que esto suceda. Debido a los inconvenientes que he relatado tuvo que estudiar muchas asignaturas como «libre». Cuando le tocaba hacerlo así, se contentaba con un «aprobado», aunque en algunas materias fue calificado como «distinguido».

Teniendo en cuenta el tiempo que por una u otra causa estuvo fuera de Buenos Aires y el tiempo que empleó en sus trabajos personales (Municipalidad, Clínica Pisani, etc.) puede comprobarse que cursó toda la carrera de Medicina en un lapso inferior a la mitad de lo que normalmente se tarda.

Durante el año 1952, cuando estudiaba las últimas materias de Medicina, poco se quedaba en nuestra casa. Solía almorzar o comer con nosotros, pero no siempre llegaba a dormir, pues algunas veces se quedaba en mi estudio hasta altas horas de la noche, o en casa de mi hermana Beatriz, quien se pasaba en vela cebándole mate mientras él repasaba sus materias.

Nos habíamos acostumbrado nuevamente a tenerle cerca y estábamos encantados con la idea de que se quedara definitivamente en Buenos Aires y olvidase un poco las correrías por el mundo. Teníamos la esperanza de que se quedase en la clínica del doctor Pisani, donde había trabajado muchos años y donde tenía la seguridad de poder proseguir los estudios de investigación. Pensábamos que si así lo hacía, además de tener un brillante porvenir científico, se le presentaba la oportunidad de tratar a fondo el problema de su asma.

Por otra parte, nos hacía pensar así el hecho de que ya había colaborado con este profesor en varios trabajos en cuyas publicaciones figuraba su nombre junto al del doctor Pisani.²³

Personalmente consideraba que éste debía ser el verdadero rumbo de sus estudios.

Pero las cosas no marcharon tal como deseábamos. Después de un breve descanso de tres meses sin exámenes, el 11 de abril del año 1953 finalizaba su carrera.

Yo estaba en mi estudio cuando sonó el teléfono. Lo cogí y reconocí en seguida su voz que decía: «Habla el doctor Ernesto Guevara de la Serna.» Y remarcaba la palabra doctor.

Muy grande fue mi alegría, pero también muy corta, casi al mismo tiempo que nos enterábamos que se acababa de graduar de médico, anunció su nuevo viaje, esta vez su compañero sería un viejo amigo de la infancia: Carlos Ferrer.

Se alborotó el avispero, corrió la nueva noticia entre nuestras relaciones. Como lo hacía siempre, en seguida comenzó a prepararse para la partida arreglando todas sus cosas: conseguir su título de médico, hacerlo legalizar, juntar todo el dinero que pudiera y hacer sus maletas.

23. Tengo a la vista una de estas publicaciones en forma de folleto que dice: Doctor Salvador Pisani, señores J. M. Poison, E. Guevara y H. Schert. Titulado «Sensibilización de cobayos a pólenes por inyección de extracto de naranja». Revista *Alergia*. Tomo 5, noviembre-febrero 51/52.

Volvía a salir como ya lo había hecho en otras ocasiones.

Nuestras ilusiones, como un castillo de naipes, se deshicieron; ya sabíamos lo que le esperaba, y lo sabíamos bien: caminaría leguas y leguas o andaría colgado de cualquier carro o camión; dormiría en cualquier parte y comería lo que pudiera. De su asma y de su salud, ni remotamente se ocuparía, y volvería como siempre a correr mundo, sin cuidarse de los peligros. Pero nosotros, los padres y sus hermanos, nada podíamos hacer, ni debíamos intervenir. Ya no era ni el niño ni el joven, sino el doctor Ernesto Guevara de la Serna, que hacía lo que se le daba en gana. Sólo nos restaba aguantar lo que viniera con sus consiguientes angustias, y tratar de ayudarlo en lo posible, cosa que casi siempre rechazó.

El primer lugar donde debió poner pie en este nuevo viaje fue Bolivia.

La casa de la calle Aráoz se convirtió en un hormiguero. Entraban y salían muchachos y muchachas todas las tardes y todas las noches; hasta que llegó la despedida.

Se congregaron en nuestra casa sus amistades y buena parte de las nuestras. Risas, brindis, música, bailes y discusiones. Al día siguiente debían partir.

Una tarde gris y fría del mes de julio del año 1953, nos juntamos todos en la estación Retiro del Ferrocarril General Belgrano, a despedir a los viajeros. Además de sus amigos, estábamos los familiares de ambos.

El tren internacional a Yacuiba-Pocitos (Bolivia) debía partir a las cuatro de la tarde. Como siempre, la espera fue larga y sin tener nada que decirnos.

Sonó el pitido del guarda. Besos, abrazos, gritos, pañuelos al aire.

Ernesto iba vestido con un pantalón de fagina verde. Acompañé al tren unos metros caminando por el andén y mientras revoleaba sobre su cabeza rapada un bolsón, gritando: «¡AQUÍ VA UN SOLDADO DE AMÉRICA!»

Yo estaba muy triste —no acababa de entender a mi hijo—, no comprendía el porqué de esos arranques que siempre lo alejaban de nosotros.

Había efectuado un esfuerzo sobrehumano para hacerse médico, y cuando obtenía su título, cuando se le presentaba la ocasión envidiable de poder trabajar a la par de un científico de fama mundial como el doctor Pisani, tiraba todo por la borda y de nuevo, cortando con vínculos familiares, amistades y trabajos, arrancaba hacia otras tierras. Buscando qué, me preguntaba yo. ¿Aventuras? ¿Visiones de lejanos horizontes? ¿Obsesiones arqueológicas? No, no podía ser nada de eso.

Sin duda había algo en el trasfondo de su persona que lo impulsaba hacia adelante, y ese algo incomprendible para mí lo comprendí cabalmente cuando el tiempo, serenando mi espíritu, me puso en condiciones al releer y analizar sus cartas

e investigar su contenido. En ellas estaba la solución de aquello que yo no podía entender. A través de ellas, pacientemente, he podido revelar el enigma, siguiendo el curso de su evolución ideológica.

Cuando recibíamos sus cartas yo solía ponerme muy violento (era parte de mi incompreensión). Él tomaba a broma las cosas serias o peligrosas. Pero tampoco esto era totalmente cierto, pues siempre con sus bromas estaba tapando algo que deseaba ocultar para no mortificarnos.

Releyendo estas cartas he logrado bucear en su vida interior. Se iba formando en el torbellino de su pensamiento lo que con el tiempo se fue plasmando y tomando cuerpo, y cuya máxima expresión la encuentro en una carta que recibimos fechada en la India y que en uno de sus párrafos dice: «Se ha desarrollado en mí el sentido de lo masivo en contraposición a lo personal, soy el mismo solitario que era, buscando mi camino sin ayuda personal, pero tengo ahora el sentido de mi deber histórico. No tengo casa, ni mujer, ni hijos, ni padres, ni hermanos, mis amigos son mis amigos mientras piensen políticamente como yo, sin embargo, estoy contento, me siento algo en la vida, no sólo la fuerza interior poderosa que siempre sentí, sino una capacidad de inyección a los demás y un absoluto sentido fatalista de mi misión me quita todo miedo.»

A esta altura de su vida él ya se había encontrado a sí mismo. Quedaban atrás las aventuras, las investigaciones arqueológicas, las prácticas de medicina, dejando paso a algo nuevo que lo absorbía por completo. Sus cavilaciones, sus dudas, sus tanteos, no fueron más que el camino imprescindible que tuvo que recorrer para llegar a comprender cabalmente el socialismo, doctrina que posteriormente explicó y practicó.

Al releer estas cartas comprendí en toda su dimensión aquel grito: «¡AQUÍ VA UN SOLDADO DE AMÉRICA!»

Sexta parte

VIAJES DE ERNESTO POR LA ARGENTINA EN EL AÑO 1950

En mi casa de la calle Arenales hace poco tiempo descubrí por casualidad dentro de un cajón que contenía libros viejos, unas libretas escritas por Ernesto. Comencé a hojearlas. La más gruesa de ellas, en forma de cuaderno, con sus tapas muy desgastadas evidenciaba haber viajado mucho. Dentro, la peculiar letra de Ernesto saltaba a la vista. Era un diario de viaje y su escritura trazada con lápiz.

Ese diario evidentemente lo acompañó durante el trayecto que él describe y el continuo roce de hoja con hoja, en algunas partes deterioró tanto la escritura que es poco menos que imposible leerla. No obstante, me propuse hacerlo y he conseguido salvar del olvido lo que dice dentro. Aunque no he logrado descifrarlo completamente, lo que se escapa es tan poco, que puede decirse que mi trabajo obtuvo un éxito total.

Conocía algunos detalles de los viajes de Ernesto, pero no recordaba la existencia de esta libreta. Posiblemente en algún momento lo supe, pero no le di importancia. En sus cartas había leído alguna narración escrita por él durante sus viajes y ahora este cuadernillo, junto con otros más, me estaba hablando de su vida, de sus peripecias, de sus emociones, de su manera de captar lo que veía dándole un interés especial, y de su modo de resolver problemas de viajes.

Me costó mucho poner en limpio estos cuadernos. Su letra es para mí tan conocida que mientras voy leyendo, voy sintiendo su presencia. Quiero decir que para mí es muy penoso este trabajo. En cada párrafo estoy evocando cosas pasadas y recordándolo a él en cada línea.

Su letra, para las personas que no están acostumbradas a descifrarla aparece casi como ilegible. Se come a veces palabras. Las letras se confunden. Hay un movimiento tan grande en su escritura que revela su carácter tremendamente apasionado y emotivo. Estoy acostumbrado a estudiar caracteres a través de la escritura. En el caso de mi hijo esta labor me

entristece. De todas las maneras el trabajo ya está hecho y estoy contento de haber podido salvar estas interesantes anotaciones.

En realidad, debía transcribir todas sus anotaciones de viaje tal cual él las hiciera, pero dada la finalidad de este libro he pensado que su lectura se haría un poco pesada, razón por la cual sólo transcribo aquí unos cuantos brochazos del modo de pintar lo que veía.

El interés de estos escritos reside en que puede decirse que con ellos comienza Ernesto a dejar asentado su pensamiento y sus observaciones en un diario, costumbre que conservó siempre. Tenía entonces pocos años y después de estos primeros viajes por la Argentina hizo muchos más por América y en todos sus cuadernos de viaje se va marcando con claridad la evolución de su pensamiento y el refinamiento de su modo de escribir.

Además, puede decirse de estos escritos de Ernesto en forma de diario relatando sus viajes por la República Argentina, que son sus primeros ensayos literarios.

Como estos cuadernos de viaje de Ernesto están sumamente deteriorados y fueron escritos al correr de la pluma, quizá muchas veces con mal apoyo y en momentos poco propicios para esta clase de labor, en su contenido se encuentran palabras ilegibles, otras que no concuerdan con las frases correspondientes y muchas omisiones de letras y hasta de frases. En estos casos he efectuado la corrección figurando ella entre paréntesis, o he dejado un espacio indicando donde es ilegible. Antes de transcribir parte del viaje desde Buenos Aires hasta la ciudad de Córdoba —cuya distancia es de setecientos kilómetros— quiero hacer un breve bosquejo de las tierras que atravesó.

Salió de la capital federal y recorrió el camino que yendo hacia el norte corta la provincia de Buenos Aires —la más rica sin duda de las provincias argentinas— y luego atravesó el sur de la provincia de Santa Fe. Ambas provincias tienen una característica similar, al menos por donde pasó Ernesto: grandes extensiones de campo dedicadas a la agricultura, con sus sembradíos de maíz, trigo, lino, alfalfa, girasol..., y la cría del ganado en general. El paisaje presenta extensas llanuras onduladas, con pastos naturales y arboledas de sombra. Llegando a la provincia de Córdoba comienza a cambiar el aspecto físico de esos campos, notándose mientras se camina hacia el norte, la tierra más seca y la vegetación más escasa.

Muy cerca de la ciudad de Córdoba empieza a verse la línea azul de las serranías marcadas sobre un cielo casi siempre muy claro y limpio. La ciudad está levantada en un valle que es cruzado por el río Primero. Las primeras estribaciones de los cerros comienzan alrededor de la ciudad.

Las sierras cordobesas corren de norte a sur a lo largo de

la provincia con el nombre de Sierras Chicas y Sierras Grandes y sus alturas máximas son de 2 800 metros en la Sierra Grande y 1 500 metros en la Sierra Chica. La cadena principal se une con las montañas de la provincia de La Rioja, las que a su vez forman una cadena montañosa muy grande que va a unirse con los contrafuertes de la cordillera de Los Andes y que tiene picos de hasta 7 000 metros de altura. Estas cadenas montañosas penetran en las provincias de Catamarca, Jujuy y Salta.

La provincia de Santiago del Estero se caracteriza por sus enormes salinas, sus esteros arenosos y la zona boscosa del norte. Allí la temperatura en verano es muy alta, y la falta de agua se hace sentir en casi todas partes.

La provincia de Tucumán está en el centro del país y es como una prolongación de la provincia de Córdoba, con arroyos, ríos, valles, bosques y montañas hasta de 3 000 metros de altura. Éstos eran los parajes que Ernesto en su pequeña bicicleta a motor tuvo que atravesar en su recorrido de más de 4 500 kilómetros. Puesto el lector en conocimiento de algunos aspectos de esos lugares, paso a transcribir parte de los citados cuadernos de viaje.

VIAJE DE ERNESTO POR EL NORTE ARGENTINO

«Aquí se establece una visión retrospectiva hacia los puntos anteriores del viaje, que primero sólo tomaría dos o tres puntos de la provincia de Córdoba, incluido el viaje desde Buenos Aires y que hoy se amplía con la pretenciosa intentona de llegar a Santiago, Tucumán, Catamarca, La Rioja, San Juan, Mendoza, San Luis, Buenos Aires y Miramar.»

Cumpliendo este recorrido, Ernesto habría andado alrededor de cuatro mil kilómetros.

«Las únicas provincias que quedarían sin tocar serían Salta, Jujuy y las dos del litoral.

»Cuando salía de Buenos Aires, la noche del 1.º de enero de 1950, iba lleno de dudas sobre la potencialidad de la máquina que llevaba y con la sola esperanza de llegar pronto y bien a Pilar, fin de la jornada según decían algunas "bien intencionadas" lenguas de mi casa, y luego a Pergamino, otro de los puntos finales que se me ponían.

»Al salir de San Isidro pasando por la caminera, apagué el motorcito y seguía a pedal, por lo que fui alcanzado por otro raidista que se iba a fuerza de piernas a Rosario. Continuamos el camino juntos pedaleando yo para mantener el ritmo

de mi compañero, cuando pasé por Pilar sentí ya la primera alegría del triunfador.

»A las ocho de la mañana del día siguiente llegamos a San Antonio de Areco, primera etapa de mi compañero, tomamos un desayuno y nos despedimos. Yo continúo la marcha y llego al atardecer a Pergamino, segunda etapa simbólica, ya era un triunfador, envalentonado olvidé mi fatiga y puse pies rumbo a Rosario, honradamente colgado de un camión de comestibles, tras del cual llego a las once de la noche a Rosario. El cuerpo pide a gritos un colchón pero la voluntad se opone y continúo la marcha. A eso de las dos de la mañana se larga un chaparrón que dura más o menos una hora; saco el impermeable y la capa de lona que la previsión de mi madre colocó en la mochila, me río del aguacero y se lo digo a grito pelado.

»A las seis de la mañana llego a Leones y cambio bujías, amén de cargar nafta. Mi raid entra en una parte monótona. A eso de las diez de la mañana paso por Bell Ville y allí tomo la cola de otro camión que me embala hasta cerca de Villa María, allí paro un segundo y hago cálculos según los cuales emplearía menos de cuarenta horas en llegar. Faltan ciento cuarenta y ocho kilómetros, a veinticinco por hora no hay más que decir, camino diez kilómetros y me alcanza un auto particular (en ese momento yo venía pedaleando para evitar el recalentamiento del mediodía) que paró para ver si necesitaba nafta, le dije que no pero le pedí que me arrastrara a unos sesenta kilómetros por hora. Recorrí unos diez, cuando reventó la goma trasera y tomado descuidado fui a dar con mi humanidad en el suelo (espléndido terreno con frente al camino).¹

»Investigando las causas del desastre me di cuenta de que el motorcito que venía trabajando en falso, había comido la cubierta hasta dejar la cámara al aire, lo que provocó la infortunada caída.

»Sin cubiertas de repuesto y con un sueño horrible me tiré al borde del camino dispuesto a descansar. A la hora o dos pasó un camión vacío que consintió en alzarme hasta Córdoba. Cargué los trastos en un coche de alquiler y llegué a lo de Granado, meta de mis afanes empleando 41 horas y 17 minutos...

»En el [*palabra ilegible*] ya narrado me encontré con un linyera que hacía la siesta debajo de una alcantarilla y que se despertó con el bochinche. Iniciamos una conversación y en cuanto se enteró que era estudiante se encariñó conmigo. Sacó un termo sucio y me preparó un mate cocido con azúcar como para endulzar a una solterona. Después de mucho char-

1. En nuestro país caerse de un vehículo o caballo se le dice: comprar terreno.



Ernesto hizo colocar a su bicicleta un pequeño motorcito e inició con ella un raid por el norte argentino. Se despertaba en él una curiosidad por nuevos horizontes, que más adelante completaría con interés científico y social.
(Durante uno de sus viajes)

Mi hijo Ernesto se había matriculado en el colegio nacional Dean Funes de la ciudad de Córdoba, y como también mi hija Celia lo había hecho en el liceo de señoritas, se hacía necesario mudarse a la capital cordobesa.
(Ernesto en Córdoba.)



lar y contarnos mutuamente una serie de peripecias, quizá con algo de verdad, pero muy adornada, se acordó de sus tiempos de peluquero y notando mi porra muy crecida, peló unas tijeras herrumbradas y un peine sucio y dio comienzo a su tarea. Al promediar la misma yo sentía en la cabeza algo raro y temía por mi integridad física, pero nunca imaginé que un par de tijeras fueran tan peligrosas. Cuando me ofreció un espejito de bolsillo con [ilegible] de espaldas, la cantidad de escaleras era tal que no había un lugar sano.

»Llevé mi cabeza pelada como si fuera un trofeo, a casa de los Aguilar (cuando fui a visitar a Ana María, mi hermana), pero para mi sorpresa, casi no dieron importancia a mi pelada y se maravillaron que hubiera tomado el mate que me dieran. En cuestión de opiniones no hay nada escrito.

»Después de unos días de ocio esperando a Tomasito, nos dirigimos a Tanti. Luego de dos días emprendimos el proyectado viaje a los Chorrillos, paraje que queda a unos diez kilómetros de allí.

»El espectáculo de la cascada de los Chorrillos, desde una altura de unos cincuenta metros, es de los que vale la pena [ver]...

»El chorro cae desparramándose en hileras de cascaditas múltiples que al rebotar botan en cada piedra, hasta caer despedazados en una olla que se encuentra debajo, luego en profusión de saltos menores cae a una gran olla natural la mayor que haya visto en [ilegible] de este tamaño, pero que desgraciadamente recibe muy poca luz solar, de modo que el agua es extraordinariamente fría y sólo pude estar allí unos minutos.

»La abundancia de agua que hay en todas las laderas vecinas, de donde brota formando manantiales, hace el lugar sumamente fértil y existen profusión de helechos y otras hierbas propias de los lugares húmedos, que dan al paisaje una belleza particular.

»Fue en esa zona, sobre la cascada, donde hice mis primeras armas sobre alpinismo. Se me había metido entre ceja y ceja bajar al chorrillo por la cascada, pero tuve que desistir e iniciar el descenso por una cortada a pique, la más difícil que encontré para sacarme el gusto. Cuando iba por la mitad del recorrido me falló una pierna y rodé unos diez metros en medio de una avalancha de piedras y cascotes que caían conmigo.

»Cuando logré estabilizarme, luego de romper varios [ilegible] tuve que iniciar el ascenso porque me era imposible bajar más. Allí aprendí la ley primera del alpinismo: es más fácil subir que bajar. El amargo sabor de la derrota me duró todo el día, pero al siguiente me tiré de unos cuatro metros [de altura] a unos dos metros o menos con setenta centímetros de agua.»

Este salto merece su explicación: Ernesto, cuando vivíamos en Alta Gracia, continuamente hacía esas «gracias» que consistían en tirarse de gran altura sobre una pequeña superficie de agua con muy poca profundidad. Como le tenía tomado la mano a esa clase de saltos se divertía en poner nerviosos a todos los espectadores.

«Lo que me borró el sabor amargo del día anterior», anota Ernesto en su diario de viaje.

Continúa con su relato:

«Ese día y parte del siguiente llovió mucho, por lo que resolvimos levantar la carpa. Casi a eso de las cinco y media, cuando con gran pachorra íbamos envolviendo los cachivaches, se oyó el primer sonido gangoso del arroyo que bramaba. De las casas los vecinos salieron gritando: «¡Viene el arroyo, viene el arroyo!» Todo el campamento nuestro era una romería, los tres llevábamos y traíamos cosas. A último momento el Grego toma las puntas de la cobija y se lleva todo lo que quedaba mientras Tomás y yo recobramos las estacas² a toda velocidad.

»Ya se venía la ola sobre nosotros y la gente nos gritaba: «Dejen eso, ¡locos!», y algunas palabras no muy católicas.³

»Faltaba sólo una sogá y en estos momentos yo tenía el machete en la mano. No pude con el genio y en medio de la expectativa de todos lancé un: «¡A la carga, mis valientes!», y con cinematográfico hachazo corté la piola. Sacábamos todo al costado cuando pasó la ola bramando furiosamente y mostrando su ridícula altura de un metro y medio entre una serie de ruidos atronadores.»

Según el diario fue en Tanti cuando Ernesto decide seguir viaje visitando doce de las provincias argentinas. Parece que en ese pueblo se separa de Gregorio y Tomás Granado, y se dirige hacia San Francisco del Chañar, población situada al norte de la provincia de Córdoba y donde funcionaba una leprosería. En esta leprosería trabajaba desde hacía mucho tiempo su amigo Alberto Granado. Dice en su diario:

«Me largué a las cuatro de la tarde del 29 de enero, y luego de una corta etapa en Colonia Caroya seguí viaje hasta San José de la Dormida, donde hice honor al nombre echándome al costado del camino y pasándome una noche magnífica hasta las seis de la mañana del día siguiente.

2. Se refiere a las estacas que aguantan los cordeles de las carpas.

3. En las serranías cordobesas cuando llueve torrencialmente los arroyos salen de su cauce, las aguas corren caudalosas arrasando con lo que encuentran a su paso y en medio de un ruido atronador van cobrando alturas muy peligrosas para personas y animales.

»Pedaleé de allí unos cinco kilómetros hasta encontrar una casita en la que me vendieron un litro de nafta.

»Inicié el tramo final hasta San Francisco del Chañar. Al motorcito se le ocurrió espantarse en una cuesta pronunciada y dejarme a pedal unos cinco kilómetros, todos con repechos, pero al fin me vi en medio del pueblo, desde donde la camioneta del sanatorio me llevó hasta allí.

»Al día siguiente fuimos a visitar a uno de los enfermos de Alberto Granado con un doctor Roseti y a la vuelta me caí rompiendo ocho rayos de la bicicleta, quedando parado cuatro días más de lo pensado hasta que me la compusieron [...].

»Habíamos resuelto partir el sábado [...] con Alberto Granado después de una milonga o copetín en lo de un señor X, senador por el departamento; capo del distrito, una especie de señor de horca y cuchillo adaptado a los tiempos modernos [...].

»Nos pasamos toda la mañana tratando de coordinar la forma de ir rápido y al final, por la tardecita, resolvimos salir, yo con la bicicleta y él [Alberto] con un compañero en la moto, pero antes resolvimos tomar un vermouth que allí había y que estaba especial. Como no había hielo el petizo fue a buscar, y al no encontrar me enfermó a mí y pidió hielo en casa del senador, trajo los cubitos y nos dispusimos a tomar con potencia inusitada, pero quiso la mala suerte que la señora del senador se acordara repentinamente que necesitaba un remedio y fuera personalmente a buscarlo. Cuando nos dimos cuenta de la augusta presencia ya era tarde, a pesar de todo me tiré boca abajo en el colchón y me agarré la cabeza con un gesto dolorido y desesperado, yo lo hice para ejercitar mis dotes de actor, ya que sabía que el resultado sería nulo.

»A las cuatro de la tarde, con el sol un poco bajo, salimos con rumbo a Ojo de Agua. Alberto había disminuido sus pretensiones hasta acomodarlas a la altura modesta de esos cincuenta y cinco kilómetros; el viaje, lleno de peripecias, fue cubierto en cuatro horas debido a las continuas pinchaduras que sufrimos. En Ojo de Agua me recomendaron al director de un hospital menor y allí conocí al administrador, un señor Mazza, hermano del senador cordobés en cuya mesa comí. Muy cordial la familia me recibió magníficamente bien a pesar de no tener la más mínima idea de mi procedencia y simpatizó mucho con la idea del raid.

»Después de haber dormido unas ocho horas y previa una buena alimentación emprendí mi viaje hacia las famosas Salinas Grandes, el Sahara argentino. Las unánimes declaraciones de mis informantes afirmaban que con el medio litro de agua que llevaba me sería imposible cruzar las salinas, pero la mezcla bien batida de irlandés y gallego que corre por mis venas hizo que me empeñara en esa cantidad y con ella partí.»

Ya a esta altura del camino Ernesto se había separado de su compañero y amigo Alberto Granado, y seguía solo cumpliendo con el raid que se había propuesto: visitar doce de las provincias argentinas.

Toda la zona por donde debía cruzar Ernesto rumbo a la capital de Santiago del Estero es una planicie achatada, posiblemente fue un antiquísimo mar interior y las salinas abundan allí. La más importante es la Salina Grande, que linda con las provincias de Córdoba, La Rioja, Catamarca y Santiago del Estero, longitud aproximada de trescientos kilómetros y una anchura de cien kilómetros. Sigue así el diario:

«En esta parte el panorama de Santiago hace recordar algunas zonas del norte de Córdoba, de las que las separa una mera línea imaginaria. A los costados del camino se levantan enormes cactus de hasta seis metros, que parecen unos candelabros verdes. La vegetación es abundante y se ven señales de fertilidad, pero poco a poco el panorama va variando, el camino se hace más polvoriento y escabroso, la vegetación empieza a dejar atrás a las quebradas y ya insinúa su dominio la jarilla; el sol cae a plomo sobre mi cabeza y rebotando contra el suelo me envuelve en una ola de calor. Elijo una frondosa sombra de un algarrobo, y me tiro durante una hora a dormir; luego me levanto, tomo unos mates y sigo viaje. Sobre el camino el mojón que marca el kilómetro 1000 de la ruta 9 me da un saludo de bienvenida, un kilómetro después se inicia el completo dominio de la jarilla, estoy en el Sahara y de pronto, ¡oh, sorpresa!, el camino que tiene el privilegio de ser uno de los más malos que recorrí, se troca en un magnífico camino abovedado firme, donde el motor se regodea y marcha a sus anchas.

»Pero no es la única sorpresa que nos depara el seno del centro de la República, también el hecho de encontrar un rancho cada cuatro o cinco kilómetros me hace pensar un poco si estaré o no en este trágico lugar. Sin embargo el océano que compone la tierra teñida de plata y su muleta verde no deja dudas. De trecho en trecho, como despatarrado centinela, surge la vigilante figura de un cacto.

»En dos horas y media hago los ochenta kilómetros de salinas y allí me llevo otra sorpresa: al pedir un poco de agua fresca para cambiar la recalentada de mi cantimplora, me entero de que el agua potable se encuentra a sólo tres metros de profundidad y en forma abundante; evidentemente la fama es algo que está supeditado a impresiones subjetivas,⁴ y si no

4. Se refiere a que las salinas grandes son famosas porque la gente que las atraviesa tiene miedo de que en caso de una avería en el auto puedan quedarse sin recursos de ninguna clase.

no se explica esto: buenos caminos, profusión de ranchos y agua a tres metros. No es tan poco.

»Entrada la noche llego a Loreto, pueblo de varios miles de almas, pero que se encuentra en un gran estado de atraso. El oficial de policía que me atendió cuando fui a pedir alojamiento para pasar la noche, me informó que no había ni un solo médico en el pueblo, y al enterarse de que estaba en quinto año de Medicina, me dio el saludable consejo de que me instalara como curandero en el pueblo: "Ganan muy bien y hacen un favor" [...].

»Temprano emprendí el viaje, y caminando a ratos por un camino PÉSIMO y otros por un afirmado muy bueno llegué a Santiago, donde fui muy bien recibido por una familia amiga.

»Aquí me separé para siempre de mi cantimplora a la que un bache traidor se llevó.

»Aquí se me hizo el primer reportaje de mi vida para un diario de Tucumán, y el autor fue un señor Santillán, quien me conoció en la primera parada que hice en la ciudad [...].

»Ese día conocí la ciudad de Santiago [...] cuyo calor infernal espanta a sus moradores y los encierra en sus casas hasta bien entrada la tarde, hora en que salen a buscar la calle, única forma de hacer sociedad.

»Más bonito me pareció el pueblo de La Banda, separado por el ancho del río Dulce, que tiene un cañadón de un kilómetro, aunque la mayoría del año no corre [agua]. Existe entre estas dos ciudades un marcado antagonismo que se vio reflejado en un partido de básquet que enfrentara a cuadros de estas dos localidades.

»A las 9 de la mañana del día siguiente continué rumbo a Tucumán adonde llegué bien entrada la noche.

»En un lugar del camino me sucedió una cosa curiosa: mientras paraba a inflar una goma, a unos mil metros de un pueblo, apareció un linyera debajo de una alcantarilla y naturalmente iniciamos la conversación. Este hombre venía de la cosecha de algodón en el Chaco y pensaba, después de vagar un poco, dirigirse a San Juan a la vendimia.. Enterado de mi plan de recorrer unas cuantas provincias, y luego de saber que mi hazaña era puramente deportiva, se agarró la cabeza con aire desesperado: "Mama mía [dijo], ¿toda esa fuerza se gasta inútilmente usted?"»

El hombre era un linyera, es decir un hombre que vivía con su cama al hombro metida en una bolsa y que posiblemente había recorrido buena parte de la República Argentina trabajando en las cosechas, sin parar nunca mucho tiempo en ninguna parte. No podía entender que hubiera alguna persona que hiciese tan incómodo viaje por el placer de gozar el espectáculo de la naturaleza y transitar caminos buscando nuevos

horizontes y conociendo nuevas gentes, cuando él, trashumante empedernido, hacía años que pateaba los caminos buscando dónde ganar unos pesos para poder comer. Aquello no lo podía entender.

«Reanudé mi marcha hacia la capital tucumana. Como una fugaz centella de esas que caminan treinta kilómetros por hora, pasé por la majestuosa ciudad de Tucumán y tomé inmediatamente el camino a Salta, pero me sorprendió el agua y aterricé humildemente en el cuartel Arsenales, a unos diez o quince kilómetros de Tucumán, de donde partí a las seis de la mañana rumbo a Salta.

»El camino a la salida de Tucumán es una de las cosas más bonitas del norte [argentino]: sobre unos veinte kilómetros de buen pavimento se desarrolla a los costados una vegetación lujuriosa, una especie de selva tropical al alcance del turista, con multitud de arroyitos y un ambiente de humedad que le confiere el aspecto de una película de la selva amazónica. Al entrar bajo esos jardines naturales caminando en medio de lianas y de helechos y abrumado de ver cómo se ríe [uno] de nuestra escasa cultura botánica, esperamos en cada momento oír el rugido del león, ver la silenciosa marca de la serpiente o el paso ágil de un ciervo... y de pronto se escucha el rugido, pero se reconoce en él el canto de un camión que sube la cuesta. Parece que el rugido rompiera con fragor de cristalería el castillo de mi ensueño y me volviera a la realidad. Me doy cuenta entonces de que ha madurado en mí algo que hace mucho tiempo crecía dentro del bullicio ciudadano: el odio a la civilización [...] gentes moviéndose como locos al compás de ese ruido tremendo, se me ocurre como la antítesis odiosa de la paz, de esa [...] en que el roce silencioso de las hojas forma una melodiosa música de fondo.

»Vuelvo al camino y continúa la marcha. A las once o doce llego a la policía caminera y paro un poco a descansar, en eso llega un motociclista con una Harley Davidson nuevecita, me propone llevarme a rastra. Le pregunto la velocidad. "Y, despacio, lo puedo llevar a ochenta o noventa." No, evidentemente ya he aprendido con el costillar la experiencia de que no se puede sobrepasar los cuarenta kilómetros por hora cuando se va a remolque, con la inestabilidad de la carga y en caminos accidentados.

»Rehúso, y luego de dar las gracias al agente que me convidara con un jarro de café, sigo apurando el tren esperando llegar a Salta en el día.

»Tengo por delante doscientos kilómetros todavía.

»Cuando llego a Rosario de la Frontera hago un encuentro desagradable, de un camión bajan la motocicleta Harley Da-

vidson en la comisaría. Me acerco y pregunto por el conductor. Muerto, es la respuesta.

»Naturalmente el pequeño problema individual que entraña la muerte de este motociclista no alcanza a tocar los resortes de las fibras sensibleras de las multitudes, pero el saber que un hombre va buscando el peligro sin tener siquiera ese vago aspecto heroico que entraña la hazaña pública y a la vuelta de una curva muere sin testigos, hace aparecer a este aventurero desconocido como provisto de un vago "fervor" suicida. Algo que podía tornar interesante el estudio de su personalidad, pero que lo aleja completamente del tema de estas notas.»

Ya estaba Ernesto entrando en las altas montañas que se suceden hasta llegar a los contrafuertes de la cordillera de los Andes. Toda esta zona que iba atravesando es zona peligrosa para el tránsito de vehículos por sus declives pronunciados y curvas muy cerradas y con caminos no muy bien conservados.

«De Rosario de la Frontera a Metán el camino pavimentado me ofrece el descanso de su línea, para prepararme al tramo Metán-Salta, con una bien provista dosis de paciencia para pasar serruchos.

»... Todo lo malo de esta zona en cuanto a caminos se refiere se recompensa [con] los magníficos panoramas de que se viste. Entramos en plena zona montañosa y a la vuelta de cada curva algo nuevo nos maravilla. Ya cerca de Lobería tengo oportunidad de admirar uno de los espectáculos más bonitos: al borde del camino hay una especie de puente de ferrocarril, sostenido sólo por los tirantes, y debajo corre el río Juramento. La orilla está llena de piedras de todos los colores y las aguas del río corren turbulentas entre escarpadas orillas de magnífica vegetación. Me quedo un rato mirando el agua, es que en la espuma que salta como chispas del choque contra las rocas y vuelve al remolino en una sucesión total, está la invitación de tirarse allí y ser mecido brutalmente por las aguas y dan ganas de gritar como un condenado sin necesidad apenas de pensar lo que se dice.

»Subo la ladera con una nueva melancolía y el grito de las aguas de las que me alejo parecen reprocharme mi indigencia amorosa, me siento un solterón empedernido. Sobre mi filosófica barba a lo [Jack London (?)] la chiva más grande del ható se ríe de mi torpeza de trepador y otra vez el quejido de un camión [...] me saca de mi meditación.

»Entrada la noche subo la última cuesta y me encuentro frente a la magnífica ciudad de Salta. Debe anotarse el hecho de que da la bienvenida al turista la geométrica rigidez del cementerio.

»[...] me presento al hospital y me presento como un estudiante de Medicina medio pato, medio raidista y cansado.

Me dan como casa una Rural⁵ con mullidos asientos y encuentro la cama digna de un rey. Duermo como un lirón hasta las siete de la mañana en que me despiertan para sacar el coche. Lluve torrencialmente y se suspende el viaje. Por la tarde, a eso de las dos, para la lluvia y me largo hacia Jujuy, pero a la salida de la ciudad había un enorme barrial provocado por la fortísima precipitación pluvial y me es imposible seguir adelante. Sin embargo consigo un camión y me encuentro con que el conductor es un viejo conocido, él seguirá hasta Campo Santo a buscar cemento y yo proseguiré la marcha por el camino llamado La Cornisa.»

No creo que en aquella época muchos hubieran efectuado un viaje entre esas altas cumbres teniendo tan precarios medios de locomoción: su motocicleta Micron era más bicicleta que motocicleta, y aquellas cuestas de la precordillera exigían motores fuertes para los automóviles y para los camiones, y muchos de ellos sufrían «panes» en el camino debido a la altura.

«El agua caída se juntaba en arroyitos que [bajando] de los cerros cruzaban el camino yendo a morir al Mojotoro, que corre al borde del [mismo]; no era éste un espectáculo [tan] imponente como el de Salta en el río Juramento, pero su alegre belleza tonifica el espíritu. Luego de separarse de este río, entra el viajero en la verdadera zona de La Cornisa, en donde se enseñoreaba la majestuosa belleza de los cerros empenachados de bosques verdes. Las abras se suceden sin interrupción en el marco del verdor cercano y se ve entre los claros del ramaje el llano [como] visto a través de un anteojo [que da] otra tonalidad. El follaje mojado inunda el ambiente de frescura, pero no se nota esa humedad penetrante agresiva de Tucumán, sino algo más naturalmente fresco y suave. El encanto de esta tarde [...] me transporta a un mundo de ensueño, un mundo alejado de mi posición actual, pero cuyo camino de retorno yo conocía bien y no estaba cortada por esos abismos de niebla que vuelan [...] a los reinos de los sueños [...].

»Hastiado de belleza, como de una indigestión de bombones, llego a la ciudad de Jujuy, molido por dentro y por fuera y deseoso de conocer el valor de la hospitalidad de la provincia. ¿Qué mejor ocasión que este viaje para conocer los hospitales del país?

»Duermo magníficamente en una de las salas, pero antes debo rendir cuenta de mis conocimientos medicinales; munido de una pinza y un poco de éter me dedico a la apasionante caza de pájaros en la rapada cabeza de un chango.

5. Marca de camioneta que abunda en la Argentina.

»Su quejido monocorde lacera mis oídos como un fino estilete, mientras mi otro yo científico cuenta con indolente codicia el número de mis muertos enemigos. No alcanzo a comprender cómo el negrito de apenas dos años pudo llenarse en esa forma de larvas; es que queriendo hacerlo no sería fácil conseguirlo.

»Me meto en cama y trato de hacer del insignificante episodio una buena base para mi sueño de paria [...].

»El nuevo día me alumbra y me invita a seguir el ronroneo mimoso de mi bicicleta [...] inicio el regreso por el camino del bajo que me lleva a Campo Santo, nada digno de mención sucede en este lapso y sólo es digno de destacar la maravilla del paisaje en la Cuesta del Gallinato, mejor aún las vistas aquí que en La Cornisa, porque se abarca más con la mirada y esto le da un aspecto de grandeza que pierde un poco la otra.

»Llego a Salta a las dos de la tarde y paso a visitar a mis amigos del hospital, quienes al saber que hice todo el viaje en un día se maravillaron, y entonces viene la pregunta de uno de ellos. Una pregunta que queda sin contestación porque para eso fue formulada [...] La verdad es que, ¿qué veo yo? Por lo menos no me nutro con las mismas formas que los turistas y me extraña ver en los mapas de propaganda de Jujuy, por ejemplo: el Altar de la patria, la catedral donde se bendijo la enseña patria, la falla de púlpito y la milagrosa virgencita de Río Blanco; la casa en que fue muerto Lavalle, el Cabildo de la revolución, etc. No, no se conoce así un pueblo, una forma y una interpretación de la vida, aquello es la lujosa cubierta, pero su alma está reflejada en los enfermos de los hospitales, los asilados en las comisarias o [en] el peatón ansioso con quien se intima, mientras el Río Grande muestra su crecido cauce turbulento [...]. Pero todo esto es muy largo de explicar y quién sabe si sería entendido. Doy las gracias y me dedico a visitar la ciudad que no conocí bien a la ida.

»Al anochecer me arrimo a la dotación policial que está a la salida de la ciudad y pido permiso para pasar la noche allí. Mi idea es tratar de hacer la parte montañosa en camión para salvarme de esas penosas trepadas en los malos caminos, vadeando [ríos] y varios arroyos crecidos, pero me desaniman pronto, es muy sabido que es muy difícil que pase un camión, ya que todos pasan temprano para llegar a Tucumán el domingo de mañana.

»Resignado me pongo a charlar con los agentes y me muestran el famoso Anopheles hembra,⁶ en cuerpo presente, el largo animal, estilizado y grácil no me hace el efecto de ser el poseedor del terrible flagelo palúdico.

»La luna llena muestra su exuberancia subtropical, lanzan-

6. Mosquito transmisor de la malaria.

do torrentes de luz plateada que dan una semipenumbra muy agradable, su salida aumenta la verborragia de la gente, quien se explaya sobre consideraciones filosóficas para caer en un cuento de un aparecido.»

En todo nuestro territorio argentino la gente del campo y de la sierra tiene tendencia a creer en cosas sobrenaturales. Los cuentos de ánimas, de luces malas, de aparecidos, de fantasmas están muy comúnmente en boca de los paisanos y muy especialmente de noche mientras el mate pasa de mano en mano.

Y sigue Ernesto contando:

«... oyó el otro día galope de caballadas y ladridos de perros y salió con la linterna y el revólver y se apostó estratégicamente, pasó nuevamente la caballada acompañándola el ladrido de los perros y tras su bulla, como explicación, apareció un mulo negro de inmensas orejas que parsimoniosamente seguía a la tropa. El coro de ladridos aumentó en intensidad y nuevamente la tropilla escapó ruidosamente. El mulo, indiferente, enderezó con rumbo nuevo y al enorquetarse la luna [...] sintió un frío agudo que le recorría el espinazo.

»Interrumpió el agente viejo a su compañero con esta sabia sentencia: "Debe ser un ánima que está con el mulo." Como receta aconsejó la muerte del animal para liberarlo. ¿Y qué puede pasar?

»Nada. Al contrario, te lo va a agradecer... ¿qué más quiere?

»Prescindiendo del motivo humanitario, educado en los cuentos de justicia, propiedad, ruidos molestos, etc., aventuré la tímida objeción de que el dueño y los vecinos no estarían muy contentos con [...].

»Me miraron en una forma que me dio vergüenza. Cómo iba a tener dueño ese mulo y, aunque lo tuviera, ¿quién no estaría contento de dejar en libertad un alma? La otra objeción ni se molestaron en destruirla.

»Los tres quedamos pensativos mirando la luna que mostraba toda su magnificencia.

»La fresca noche salteña se llenó de música de sapos y arrullado por sus cánticos hice un sueñito corto.

»A las cuatro me despedía de los agentes y empecé la trabajosa jornada hacia Tucumán. Los frenos de la bicicleta me estaban dando trabajo, de modo que tenía que andar con cuidado en las cuestas, ya que no sabía lo que podía encontrar del otro lado de la curva o al final de la misma, pues que el farol era insuficiente para mostrármelo. A eso de las siete de la mañana tuve una agradable sorpresa, una larga hilera de camiones, uno detrás del otro, estaban empantanados, los conductores se despertaban y entre ellos formaban conciliábulo-

lo. Me acerqué a curiosear en la rueda y ¡oh, sorpresa, mi viejo amigo Luchuni, el camionero, también era de la partida!

»Empezaron las pullas y los contrapuntos y en seguida se formalizó la apuesta: yo saldría inmediatamente, y si era alcanzado antes del asfalto que lleva a Tucumán, mala suerte, pero si ellos no me podían alcanzar esperaría allí para que me dieran una regia comida con todas las de la ley. Se acabaron los paisajes, la falta de frenos, las curvas peligrosas, el cansancio, la sed: ante mí fulguraba el resplandor del banquete y cada paso que daba hacia la meta me parecía ver más grande un regio pollo jugoso rodeado de unas apetitosas papas asadas.»

Aquí se termina el cuaderno de Ernesto. Es casi seguro que escribió otros más, pero yo nunca los encontré, de modo que quedó sin aclarar si ganó o no la apuesta.

El final de su viaje por las doce provincias argentinas lo conocí sólo a través de las cartas que nos iba mandando. Naturalmente que en ellas no daba tantos detalles.

Supe por sus cartas que había llegado muy bien a la ciudad de San Juan, capital de la provincia del mismo nombre. Había llegado hasta allí después de atravesar el sur de Tucumán, el este de la provincia de Catamarca y el este de La Rioja. El camino es muy accidentado y en su mayor parte va trepando las altas montañas que se enlazan con la cordillera de los Andes, la que en San Juan ostenta picos hasta de 6 900 metros de altura.

Desde San Juan me anuncia por carta que seguirá rumbo a Mendoza y que visitará a mi hermana Maruja.

Llegó a Mendoza y se encaminó a la granja donde veraneaba mi hermana. Ella casi no lo conoció a causa de la mugre que llevaba encima. Le lavó la ropa, le dio todas las facilidades que necesitaba para repasar su bicicleta, y tras un opíparo almuerzo se despidieron, poniéndole ella en un bolsillo unos cuantos pesos que no quería recibir, a pesar de que estaba escasísimo de dinero. Y así salió de Mendoza rumbo a Buenos Aires, donde llegó después de atravesar todo el sur de la provincia de San Luis y todo el norte de la provincia de Buenos Aires. Había totalizado un recorrido de más de 4 500 kilómetros.

VIAJE DE ERNESTO Y GRANADO

Alberto Granado, doctor en Biología y muy amigo de Ernesto, hermano de Tomás y de Gregorio, que fueran condiscípulos suyos en el colegio nacional, decidió acompañarlo en un viaje por América. Esto ocurría en el año 1951.

Ernesto, en esa época, acababa de ponerse en relaciones con una simpática niña cordobesa. Tanto mi familia como yo estábamos seguros de que se casaría con ella.

Un buen día Ernesto me dijo:

—Viejo, me voy a Venezuela.

Cuál no sería mi sorpresa al contestar a mi pregunta «¿por cuánto tiempo?», diciéndome: «un año».

—Pero, ¿y tu novia? —volví a preguntarle.

—Si me quiere, que me espere —fue la contestación.

Yo ya estaba acostumbrado a esta clase de salidas por parte de mi hijo.

Sabía que estaba muy entusiasmado con ella y creía que este entusiasmo aplacaría su sed de horizontes. Me quedé pensativo. No entendía a Ernesto. Había cosas suyas que se me escapaban. El tiempo se encargó de esclarecerme las. Yo ignoraba que su obsesión de horizontes obedecía al ansia de aumentar sus conocimientos.

Necesitaba conocer bien a fondo las necesidades de los pueblos pobres y sabía que para conocerlas había necesariamente que hollar caminos y más caminos, pero no como simple turista, sino como él lo hizo, deteniéndose en las rutas, no para tomar fotografías aisladas o interesantes paisajes, sino para empaparse en la miseria humana presente en cada recodo de las sendas que recorrería y para investigar las causas de esa miseria. Sus viajes serían los de un investigador social que camina para comprobar, pero también para tratar de aliviar en lo posible el dolor humano.

Sólo así, con ese interés y con tal decisión, abroquelado el corazón para resistir cualquier clase de amarguras y siempre con la disposición del ánimo abierta al sacrificio, se puede calar bien hondo en esta humanidad desvalida, humanidad que desgraciadamente puebla la mayor parte del mundo.

Reflexionando sobre sus continuos viajes años después, llegué a la conclusión de que ellos le habían dado la seguridad de cuál sería su destino.

Habiendo ya partido Ernesto rumbo a Venezuela y estando yo almorzando en casa de una hermana mía con el padre Cuchetti, sacerdote amigo de ella, muy conocido en nuestro país por sus ideas liberales, le conté la parte del viaje por la

selva amazónica y la actuación de Ernesto y Granado en la leprosería de San Paulo, sobre las márgenes del caudaloso Amazonas.

Éste oyó el relato con toda atención y luego me dijo después de escuchar mi descripción de la horrible vida que llevan los leprosos:

—Amigo, soy capaz de hacer cualquier sacrificio por mis hermanos, pero le aseguro que convivir con leprosos en esas condiciones, mañana, tarde y noche, y en ese clima tropical, y además con falta de higiene, me sentiría incapaz de hacerlo, no lo aguantaría. Me descubro ante la humanidad y entereza de su hijo y su compañero, porque para hacer esto se necesita tener algo más que agallas; se necesita tener además de un temple de acero, un alma inmensamente comprensiva e inundada de la más grande caridad. Su hijo de usted irá muy lejos.

La verdad es que yo estaba tan acostumbrado a seguir a Ernesto con mi pensamiento a través de sus viajes, que no me había detenido a analizar a fondo los motivos de estas inquietudes que lo movían y, sobre todo, me despistaba la naturalidad con que hablaba de sus correrías por el mundo, como si fueran una cosa simple y al alcance de cualquier ser humano. Él se despojaba de toda *mise en scène* y quizá para no intranquilizar a nuestra familia cuando relataba sus viajes, aparecía más bien como espoleado por la curiosidad.

Tiempo después, a través de sus cartas, logramos comprender que obedecía a un verdadero sacerdocio que jamás abandonó. Sabía unir a su charla, siempre amena e interesante, un modo picaresco, un tono de broma que hacía confundir al que lo oyera y dejarlo sin saber si se chanceaba o hablaba en serio.

Recuerdo que un día nos escribió una carta anunciándonos desde el Perú su viaje al Norte, y en ella decía más o menos así:

«Si dentro de un año no tienen noticias nuestras, busquen nuestras cabezas reducidas en algún museo yanqui, porque atravesaremos las zonas de los jíbaros, expertos cazadores de cabezas.»

Nosotros sabíamos quiénes eran los jíbaros y también sabíamos que durante siglos redujeron las cabezas de sus enemigos. Entonces ya la cosa cambiaba de aspecto, puesto que no era broma, sino que en ella había una gran dosis de verdad.

Yo sufría en silencio cada vez que a él se le ocurría salir en tren de exploración. Cuando me dio la noticia de su proyectado viaje con Granado, lo llamé aparte y le dije: «Vas a correr una aventura muy difícil; ¿qué puedo aconsejarte en contra de ella, cuando tanto he soñado yo con eso? Pero te recuerdo que si te pierdes en esas selvas y en un tiempo prudencial no tengo noticias tuyas, iré a buscarte siguiendo

tus huellas y no volveré jamás si no te encuentro.» Él sabía que era capaz de hacerlo, y yo pensaba que así tal vez se moderaría en la búsqueda de peligros. Le pedí que fuera siempre dejándome marcas de su paso en el camino y que nos mandase los itinerarios. Lo fue haciendo a través de sus cartas y, a través de ellas, también fuimos dándonos cuenta de cuál era el verdadero camino que había elegido nuestro hijo. En sus cartas iba haciendo un análisis económico, político y social de todos los países que atravesaba y en ellas también iba poniendo sus reflexiones que cada vez nos indicaban su creciente tendencia hacia el comunismo.

Lo de Ernesto no era un *hobby*, y así lo comprendimos. La magnitud de su empresa la fuimos valorando cada vez más. Tenía las condiciones necesarias para ejecutar lo que proyectaba, pero no sólo se triunfa en la vida teniendo condiciones; la ejecución de los sueños, de los proyectos, de las esperanzas es la parte más difícil. En Ernesto se unía la fe a su voluntad de vencer, con una tremenda obstinación para llegar al fin propuesto. Si a esto se une su inteligencia, de la cual dio amplias pruebas, se comprende que haya podido realizar en tan poco tiempo todo lo que hizo.

Ahora partía con Alberto Granado siguiendo los caminos de tantos legendarios expedicionarios de América. Con ellos dejarían atrás las comodidades, los cariños, las familias, y se lanzarían a conocer nuevos horizontes. Granado, quizá, con la finalidad de conocer más mundos. Ernesto con el mismo afán, unido a la mística certeza de la seguridad de su destino.

Cristóbal Colón, Pizarro, Hernán Cortés, Solís, Magallanes, Balboa, Valdivia, Alvar Núñez Cabeza de Vaca y tantos otros representaban la grandeza de España y estaban convencidos de la santidad de sus conquistas. Ahora Ernesto y su compañero debían seguir el camino de los conquistadores, sólo que, a diferencia del afán de conquista que aquéllos enarbolaban, éstos caminaban con otro destino. No se trataba de la sujeción de indios a la corona española. Se trataba de romper los lazos que oprimen a toda América, aplastada por el imperialismo colonial aplicado por los yanquis, quienes habían clavado su zarpa en su corazón.

Fueron suficientes trescientos años de civilización blanca —léase dominación blanca— para acabar con toda una civilización milenaria que fuera asombro del mundo. Pero eran otros tiempos, eran los tiempos de la chicha y de la coca y éstos han sido reemplazados por los de la Coca-Cola, significativa punta de lanza de la penetración norteamericana en nuestro Continente.

El materialismo hecho técnica, con sus instrumentos de opresión para imponer la sumisión, el pragmatismo norteamericano que ciega en ellos todo intento de idealismo y se vuelca hacia lo utilitario, quiere sacar el mayor provecho en el

menor tiempo y para ello no titubea en pasar sobre las cabezas de los humildes, arrasando toda oposición, comprando conciencias, decapitando patriotas e imponiendo la ley del más fuerte. Es el triunfo de la técnica que fabrica el arma para torturar y matar a los verdaderos dueños de nuestra América, poniendo sobre ella un gran rótulo de sangre y fuego: «AMÉRICA PARA LOS NORTEAMERICANOS.»

PRÓDROMOS

Del cuaderno de viaje de Ernesto

«Fue una mañana de octubre. Yo había ido a Córdoba aprovechando las vacaciones del 17. Bajo la parra de la casa de Alberto Granado tomábamos mate dulce y comentábamos todas las últimas incidencias de la "perra vida", mientras nos dedicábamos a la tarea de acondicionar la *Poderosa II*.⁷ Él se lamentaba de haber tenido que abandonar su puesto en la leprosería de San Francisco del Chañar y del trabajo tan mal remunerado del Hospital Español. Yo también había tenido que abandonar mi puesto, pero a diferencia de él, estaba muy contento de haberlo dejado; sin embargo, también tenía mis desazones, pero debidas más que nada a mi espíritu soñador; estaba harto de Facultad de Medicina, de hospitales y de exámenes.

»Por los caminos del ensueño llegamos a remotos países, navegamos por los mares tropicales y visitamos toda el Asia. Y de pronto, deslizada al pasar como una parte de nuestros sueños, surgió la pregunta: ¿y si nos vamos a Norteamérica?

»—¿A Norteamérica? ¿Cómo?

»—Con la *Poderosa*, hombre.

»Así quedó decidido el viaje que en todo momento fue seguido de acuerdo con los lineamientos generales con que fue trazado: improvisación. Los hermanos de Alberto se unieron y con una vuelta de mate quedó sellado el compromiso ineludible de cada uno de no aflojar hasta ver cumplidos nuestros deseos. Lo demás fue un monótono ajetreo en busca de permisos, certificados, documentos y salvar toda la gama de barreras que las naciones modernas oponen al que desea viajar. Para no comprometer nuestro prestigio quedamos en anunciar un viaje a Chile; mi misión más importante era aprobar el

7. Motocicleta de Alberto Granado.

mayor número posible de materias antes de salir de viaje, la de Alberto acondicionar la moto para el largo recorrido y estudiar la ruta. Todo lo trascendente del viaje se nos escapaba en ese momento, sólo veíamos el polvo del camino y nosotros devorando kilómetros en la fuga hacia el Norte.»

DIARIO DE ERNESTO ESCRITO DURANTE SU VIAJE CON ALBERTO GRANADO

En otra parte del libro expliqué en qué circunstancias encontré algunos cuadernos muy deteriorados que fueran de Ernesto y que contenían nada menos que diarios de viaje.

Con mucha paciencia los he ido copiando. Algunas frases son completamente ilegibles debido a las mojaduras y al roce de las hojas, pero he podido reconstruir casi todo el contenido salvándolo de una pérdida total.

Como su compañero de ruta, Alberto Granado, también escribió su diario de viaje, que se conserva intacto, he podido, juntando ambos testimonios, completar estos interesantes relatos, que por una casualidad no se perdieron.

He tratado de hacer una síntesis lo más fiel posible de todo lo que dicen estos cuadernos, y para mayor claridad he agregado copia exacta de alguna de las partes escritas en ellos.

Los orígenes de este viaje están bien explicados en el capítulo titulado «Pródromos», que a manera de introducción escribió mi hijo.

En principio, el proyecto era salir de la ciudad de Córdoba, capital de la provincia del mismo nombre, y llegar a la ciudad de Buenos Aires, capital de la República Argentina.

Tanto en la provincia de Córdoba como en la provincia de Buenos Aires el camino se desarrollaba sin mayores dificultades: buen pavimento de hormigón o carreteras asfaltadas unían la ciudad de Córdoba con Rosario y Buenos Aires. Desde allí comenzaba otra gran vía que terminaba en Mar del Plata. Estas comunicaciones terrestres que sirven para enlazar estas grandes capitales, atraviesan inmensas llanuras, a veces con pequeñas lomas u ondulaciones; puede decirse que desde Córdoba a Buenos Aires se pasa por las mejores tierras de la República Argentina, dedicadas a la agricultura y al ganado.

Después de recorrer los lugares de veraneo del sur: Villa Gessell, Mar del Plata, Miramar, Necochea, se dirigirían hacia Bahía Blanca —uno de los principales puertos argentinos sobre el océano Atlántico—, desde allí cruzarían la gran pampa formada por la provincia de Buenos Aires, la provincia de La Pampa y la provincia de Río Negro, desde donde comenzarían

a trepar los primeros contrafuertes de la cordillera de los Andes hasta llegar al territorio de Chile.

Desde allí seguirían rumbo al Norte, pasando por las principales ciudades sureñas de este país para llegar a Santiago de Chile.

Luego buscarían el puerto de Valparaíso, distante unos ochenta kilómetros de Santiago, y ya en esta ciudad decidirían si su viaje al Norte sería por mar o por tierra. En su itinerario figuraban las ciudades de Antofagasta y especialmente las minas de Chuquicamata, célebres por considerárseles unas de las más grandes productoras de cobre del mundo.

Luego pasarían al Perú, visitando las principales ciudades del Sur, para llegar a Lima, desde donde bajarían hacia el río Ucayali buscando el Amazonas para desembarcar en el lazareto de San Pablo, uno de los puntos elegidos como importantes para detenerse allí a conocer el desarrollo de la lepra en Perú. También pensaban llegar por el Amazonas hasta Colombia, y desde allí, remontando el Putumayo, irían hasta donde pudieran. Después, en el medio que consideraran más adecuado, viajarían hasta Bogotá para pasar a Caracas, capital de Venezuela, meta final del viaje.

LA PARTIDA

Rumbo al Sur

Siguiendo el proyecto de viaje, en los últimos días del mes de diciembre del año 1952 partieron de Córdoba en una vetusta motocicleta propiedad de Granado, que ya entonces debía haber sido declarada inservible.

El artefacto iba sobrecargado: mantas, ropa, impermeables, lonas, sogas, cadenas, palas, picos, calentadores, batería de cocina, armas y otros utensilios completaban aquel llamativo conjunto, donde además iba agregado un perrito. Éste debía llegar hasta Miramar para ser entregado a la entonces novia de Ernesto. El perrito se llamaba *Come Back*.⁸

8. *Come back* (vuelve, en castellano). Este perrito era regalo de la novia de Ernesto, Chichina Ferreyra y su nombre *Come back* era una alusión al deseo de que volvieran pronto al punto de partida.

En Villa Gessell

«Los primeros mil doscientos kilómetros —cuarenta de tierra— nos han enseñado al menos a respetar las distancias.»

Con estas palabras comienza el cuaderno de viaje de Ernesto:

«No sé si llegaremos a la meta nominal de nuestro viaje, pero sé que, lleguemos o no, va a ser empresa dura. En los primeros kilómetros de tierra la moto, excesivamente cargada, se nos ha caído dos veces, una con consecuencias para la integridad física del armatoste que salió del tropezón con un farol abollado en mala forma.»

Quiero anotar aquí que el proyecto de viaje de Ernesto y Alberto Granado era nada menos que efectuar un recorrido entre nueve mil y diez mil kilómetros.

El balneario de Villa Gessell, al cual habían arribado el 6 de enero de 1952, está ubicado a unos cien kilómetros de Mar del Plata. En este balneario poseía una casa mi cuñado Martín Martínez Castro. Y sigue el diario:

«La moto tenía el faro abollado, las luces rotas. Alberto pataconeó hasta un almacén cercano para buscar aceite, y después de cargarlo salimos. La noche se nos venía encima de modo que había que luchar contra el factor tiempo.»

Llegaron a la casa de Martínez Castro ya cerrando la noche. Ernesto lo describe así:

«Alberto conoció esa noche a un viejo amigo mío, el mar; imponente en la noche tranquila, sólo me trajo recuerdos de mi vida vaga de enfermero a bordo de la flota mercante. Las impresiones de él, con su pan se las coma.

»Villa Gessell es un pueblo progresista en el sentido urbano, lo que para los temperamentos solitarios como el mío no significa ninguna ventaja, pero la planificación asimétrica de sus manzanas perdidas entre los montículos de arena le dan una fisonomía propia original e interesante.

»Las almejas⁹ no las pesca quien tiene ganas, sino quien sabe esperar (refrán para uso nuestro).»

9. En el balneario de Villa Gessell las había en grandes cantidades.

A Mar del Plata

«Marchamos rumbo a Mar del Plata por el camino de tierra de la costa. Yo veía venir el "tortazo" y *Come Back* estaba arrellanado contra golpes en mi mano cuando sucedió lo inevitable y volé con su augusta presencia adherida a mi persona.

»El topetazo no tuvo consecuencias y nos levantamos con la moral alta... *Come Back* se curó de golpe de su inapetencia al cambiar la leche por la carne. Un poco más lejos paramos a comer y hubo que sostener la moto que casi se nos cae; al mirar la bolsa Alberto se encontró con que el perro no estaba. En amargas discusiones sobre las culpas que cada uno tenía sobre la desaparición del bicho, en un arranque furibundo puse la primera para buscar al protagonista número uno o sus restos y en ese momento, al oír el ruido de la moto salió corriendo de una sombrita en la que se había refugiado de incógnito.

»Allí probamos el asado de oveja, de una dulzura empalagosa que impide comerlo al que no está acostumbrado y que hizo las delicias de *Come Back* porque nosotros anduvimos con remilgos.

Mar del Plata¹⁰ sigue siendo la misma ciudad sin fisonomía propia que tiene esa contra de dos cuadras de magnífica edificación como sebo estirado sobre las playas —me es anti-pática—.»

De Mar del Plata siguieron a Miramar, balneario ubicado a unos cuarenta kilómetros al sur de esta ciudad. Allí estaba veraneando la novia de Ernesto y se lee en el diario:

«Todo fue una miel continua con ese pequeño sabor amargo de la próxima despedida que se estiraba día a día hasta llegar a ocho. Cada día me gusta más o la quiero más a mi cara mitad. La despedida fue larga ya que duró dos días y bastante cerca de lo ideal. A *Come Back* también lo siento mucho.»

Desde Miramar se dirigen hacia Necochea, otro balneario argentino, donde se hospedan en la casa de mi cuñado Saravia.

Salen luego rumbo a Bahía Blanca¹¹ y el 21 de enero de 1952 comienzan a atravesar la parte más árida de la República Argentina.

Desde Bahía Blanca hasta los primeros contrafuertes de la

10. Mar del Plata. Ciudad turística y veraniega de la República Argentina situada sobre el océano Atlántico y a cuatrocientos kilómetros al sur de Buenos Aires con una población estable de un millón de habitantes.

11. Importante puerto en el sur de la provincia de Buenos Aires.

cordillera de los Andes, cuyas altas cumbres constituyen el límite con Chile, el camino se desenvuelve dentro de un marco bastante monótono: médanos, pequeñas ondulaciones, grandes arenales y, en general, una aridez bien marcada. En Río Colorado Ernesto sufre un fuerte ataque de asma.

Choele Choel, Cipolletti, Piedra del Aguila, fueron quedando atrás. Ya estaban en plena cordillera de los Andes en la provincia argentina de Neuquén. Sabido es que esta región es conocida universalmente con el nombre de la «Suiza argentina». Gran cantidad de árboles gigantes creciendo en las laderas de ásperos cerros que bordean infinidad de profundos lagos. Poco después llegaban a San Martín de los Andes.

CARTA DE ERNESTO EN VIAJE A BARILOCHE

[Sin fecha, pero es del mes de enero de 1952]

«Querida vieja:

»Ya sé que están sin noticias mías, pero a la recíproca, yo tampoco tengo noticias de ustedes y estoy de intranquilo. Contarte todo lo que nos ha pasado escapa a la intención de estas pocas líneas, sólo te diré que a poco de salir de Bahía Blanca, dos días, me dio un fiebrón de 40 grados que me tiró en la "catrera"¹² de campaña durante todo el día; al siguiente pude tenerme en pie y fui a parar al Hospital Regional de Choele Choel donde me curé en cuatro días previa administración de una droga muy poco conocida: penicilina.

»Después de eso en medio de mil dificultades que salvamos con nuestra acostumbrada pericia, llegamos a San Martín de los Andes, en un lugar precioso, en medio de bosques vírgenes con un lago lindísimo; en fin hay que verlo porque vale la pena. Nuestras caras están adquiriendo la consistencia del carburundun, ya pedimos alojamiento, comida y lo que raye en cualquier casa con árboles que vemos a la orilla del camino. De casualidad fuimos a parar a la estancia de un Von Puthamer que eran amigos de Jorge, sobre todo uno que es peronista, borracho y el mejor tipo de los tres. De paso hice un diagnóstico de tumor de zona occipital de probable etiología hidatídica. Veremos lo que resulta. Dentro de dos o tres días partimos rumbo a Bariloche, con mucha calma si tu carta puede llegar alrededor del 10-2 escribeme a Poste Restante allí. Bueno, vieja, la hoja que sigue está destinada a Chichina. Dale grandes abrazos a todos y contame si el viejo está en el sur o no. Un cariñoso abrazo de tu hijo que te ama.»

12. Catrera. De catre; en lunfardo, cama.

Dice el diario:

«Caímos con toda nuestra perfecta indumentaria de «crotos»¹³ a San Martín de los Andes. El pueblo es más bien feo, pero el marco natural donde está encajado es magnífico, rodeado por apretados bosques de cipreses de un lado, de robles y otras especies autóctonas del otro. Situado a la orilla del lago Lacar sobre una estrecha lengua de agua de unos quinientos metros de ancho por treinta y cinco kilómetros de largo.

»El primer intento de alojamiento en un dispensario de salud pública no dio el resultado apetecido, pero se nos dio como posible lugar de «pechazo»¹⁴ a parques nacionales. En ese momento dio la casualidad (que en un pueblo de este tamaño no es tan casualidad), de que pasara el intendente de los tales parques, al que no dejamos ni parar el auto cuando ya estábamos sobre él. En seguida nos acomodó en un galpón de la dependencia y dio orden para que nos dieran la mayor comodidad posible.

»Por la noche cayó el sereno, un gordo de 140 kilos, don Pedro, muy simpático y muy caradura, que duerme como lirón en las horas de trabajo. Esa noche dormimos hasta las 10, nos levantamos, compramos carne y pan y meta caminar por el lago, hasta que llegó la hora de «churrasquear».¹⁵ Mientras admirábamos los magníficos paisajes íbamos haciendo proyectos sobre la instalación de un laboratorio en la zona, con mil fantasías sobre la forma de la casa, los ventanales que dieran al lago, etc.

»Volvimos al anocheecer por un camino de autos que llegaba a un lugar llamado...

»Esa noche don Pedro trajo carne de su casa y se armó la «churrasqueada», prestigiada por dos botellas de vino caro y malo que pusimos a medias. Don Pedro nos ofreció trabajar de ayudantes de él en un asado que tenía al otro día. Aceptamos alegremente y nos dispusimos a comer y a tomar gratis, sin ningún trabajo de parte nuestra; sin embargo, nos hicieron trabajar más de lo que esperábamos resarciéndonos, no obstante, con una buena cantidad de asado y de vino.

»Allí pusimos en práctica un plan digno de cerebros como los nuestros: progresivamente yo demostraba una borrachera bastante *sui generis* y en cada ataque me llevaba al arroyo una botella y la escondía en algún lugar estratégico. Así conseguí cinco litros y para esa hora ya se llevaban todas las cosas en el camión. Ayudé muy a regañadientes, cumpliendo a conciencia mi papel de borracho y el del palmao¹⁶ y des-

13. Argentinismo: haragán, indolente.

14. Argentinismo: pedido injustificado.

15. Carne asada al asador.

16. Cansado, roto.

pués me dio un patatús ¹⁷ y me quedé y Alberto vino a cuidarme.

»Apenas el camión arrancó nos largamos como potros al arroyo regodeándonos ya con el tintillo que en condiciones normales no tomábamos nunca, cuando maldita sea la estampa del hijo de una gran perra, notamos con piadosa conjunción, que habían desaparecido las cinco botellas, con su correspondiente contenido, por supuesto.

»Todavía repasamos mentalmente la sonrisa de todos los comensales para encontrar en alguna el rasgo irónico que la delatara, o por lo menos lo syndique como presuntamente del ladrón del vino. Inútil, camaradas, inútil. Al día siguiente amaneció lloviendo, y llovió toda la mañana, pero a las 3 de la tarde salió el sol y los altavoces de la radio del pueblo empezaron a anunciar a todo San Martín que la gran carrera automovilística se efectuaría esa tarde a pesar de la lluvia.»

Y siguen después rodeando lagos, por caminos de montaña que van zigzagueando entre altos cerros cubiertos de espesa vegetación, y así pasan orillando el Carré Chico y el Carré Grande.

Intercalo en estas páginas el relato de Ernesto contando un episodio que pudo ser dramático, ascendiendo a unos altos picos:

«A una legua de éste [Carré Chico] se encuentra el Carré Grande, bastante extenso pero imposible de recorrer en moto porque lo [sigue] solamente un camino de herradura. Allí dejamos la moto y auxiliados solamente por dos panes nos pusimos a escalar un cerro con nieve en la punta. A las doce y cuarto iniciamos la ascensión, a la una y media caíamos, a las dos sudábamos, y a las cinco se habían acabado los yuyos y subíamos por la parte rocosa. Allí quedé encajado al caer una piedra que me cerró el paso y no podía ir para arriba y tampoco para abajo. Al ver la caída de treinta metros que tenía abajo y la imposibilidad de subir, me di cuenta de que tenía un miedo bárbaro. Quedé media hora achatado contra las piedras, dándome valor mentalmente; al fin, sin mirar abajo, empecé a subir con una lentitud atroz, hasta hacer pie en la roca firme. Alberto me esperaba anhelante.

»Seguimos, pero ya más silenciosos lanzando breves exclamaciones contra los tábanos que nos seguían desde abajo, pero que recién ahora molestaban. A las siete llegamos a la nieve y tras media hora de retozar y sacar una o dos fotos emprendimos la retirada. A las nueve dejábamos el arroyo. A las diez desesperados nos tirábamos para abajo sin ver nada, cuando

17. Pataleta.

se le cayeron las antiparras a Alberto. Un pálido reflejo se vio por un momento rebotando entre las ramas. El petizo se lanzó decidido tras ella y de pronto oí un grito. Había perdido pie y quedó agarrado de unas cañas. Después me contaba que al sentir sus pies en el vacío y sentir cómo la primera caña a la que se agarró cedía bajo su peso se sintió difunto. Salió trabajosamente de su situación y suspirando, pero sin antiparras.

»Llegamos a la casilla del guardabosques a pedir albergue, eran las doce y treinta y cinco de la noche.»

Después de esta peligrosa ascensión, siguieron viaje a Bariloche, bordeando los maravillosos lagos Hermoso, Villarino, Torrentoso, Faulkner, Espejo Grande. Duermen en casa de un guardia caminero a orillas del lago Nahuel Huapi.

La motocicleta iba flaqueando. Las gomas eran las que soportaban la peor parte, continuamente tenían que parar, sacralas y poner parches, no había dinero para comprar otras nuevas.

Y así entre todas estas faenas, llegan cerca del lago Mariquina, a la casa de un austríaco que oficiaba de casero dentro de una estancia. Pronto se hicieron amigos. Sigo aquí el relato de Ernesto:

«Allí nos dio alojamiento un casero austríaco que había sido corredor de motos en su juventud, fluctuando entre sus ganas de hacer "gauchadas" y su miedo a la patrona. Conversando en su media lengua, nos contó que tenían un tigre chileno en la zona, y los tigres chilenos son bravos. Atacan al hombre sin ningún miedo y tienen una enorme melena rubia. Nos alojó en un galpón abandonado donde había un cajón lleno de pasto especial para dormir. Hicimos nuestro fueguito para tomar mate y después nos fuimos a acostar.

»Cuando íbamos a cerrar la puerta nos encontramos que solamente cerraba la parte de abajo, de modo que nos dormimos con la idea del león chileno en la cabeza y el revólver en la cabecera. Estaba clareando ya cuando me despertó el ruido de unas garras que arañaban la puerta. Alberto a mi lado era todo silencio aprensivo.

»Yo tenía la mano crispada sobre el revólver, engatillado ya, mientras dos ojos fosforescentes me miraban recortados sobre las sombras de los árboles. Como impulsados por un resorte gatuno se lanzaron hacia adelante, mientras el bulto negro del cuerpo se escurría sobre la puerta. Fue algo instintivo, donde rotos los frenos de la inteligencia, el instinto de supervivencia apretó el gatillo; el trueno del estampido golpeó un rato contra las paredes y encontró en seguida el agujero para irse rebotando entre los árboles.

»El austríaco venía gritando con la linterna encendida,

llamándonos desesperadamente, pero nuestro silencio tímido sabía su razón de ser que adivinaba ya los gritos estentórcos del casero y los gemidos histéricos de la alemana, echada sobre el cuerpo exánime de su *Boby*, un perro antipático y ladrador como pocos.

»Todo el día lo habíamos pasado a orillas del camino poniendo y sacando parches, pero la noche no nos podía ver cobijar bajo el mismo techo en que éramos asesinos.»

Emprenden nuevamente viaje

«Un camionero nos dio albergue... Nos acostamos en la cocina con un amigo de él. A las tres de la mañana, más o menos, me desperté y pensé salir afuera a ver cómo estaba el tiempo, pero antes me pegué unos bombazos con Asmapul,¹⁸ el otro compañero de pieza se había despertado en ese momento y al sentir el bombazo pegó un respingo y quedó silencioso, conteniendo la respiración. Yo lo adivinaba tenso bajo las mantas, prendido del cuchillo, no tenía más remedio que quedarme también quieto por miedo a la puñalada.

»Al día siguiente pudimos al fin arrancar de esa zona y tras algunas detenciones llegamos por la noche a Bariloche.¹⁹»

Desde Bariloche debían seguir viaje para internarse en territorio chileno. Allí embarcaron la moto en un gran lanchón llamado la *Modesta Victoria* y después de un viaje por el lago Nahuel Huapi llegaron a Puerto Blest. Estaban cerca de la frontera chilena y tuvieron inconvenientes con los documentos, pero siguieron viaje hasta Puerto Alegre y de allí cruzan la Laguna Fría. Viajaban en plena región de los lagos. Después de algunas vicisitudes aduaneras, consiguieron por fin a mediados del mes de febrero llegar a territorio chileno.

El lago Esmeralda les dio trabajo: embarcaron la motocicleta en un lanchón que iba a remolque del vaporcito *Esmeralda*. Casi se hunde el lanchón, debieron defender la moto del oleaje tapándola con lonas, hasta llegar a Petrohué, donde después de bajar del barco siguen andando hacia el Este. La motocicleta andaba cada vez peor, con muy malos frenos y bastante desvencijada. Al final tuvieron que subirla a una camioneta y seguir rumbo a Osorno, centro comercial y ganadero, desde donde debían continuar hacia Valdivia, uno de los principales puertos de Chile.

18. Remedio antiasmático, se usa como un inhalador.

19. San Carlos de Bariloche, importante ciudad argentina situada sobre el lago Nahuel Huapi y sobre los contrafuertes de la cordillera de los Andes.

Ya habían recorrido más de 2 600 kilómetros desde que salieron en los últimos días de diciembre del 52. Habían atravesado todo el sur argentino con sus grandes pampas, y habían ascendido la cordillera de los Andes y ahora se encontraban después de cruzar varios lagos, muy cerca del océano Pacífico, rumbo a la capital de Chile, la ciudad de Santiago.

El diario de Ernesto sigue contando algunas peripecias de su viaje. Consiguen que alguien los ayude a llevar la motocicleta un trecho en un camioncito. Luego Ernesto hace amistad con el dueño de una camioneta al cual le pide que la conduzca hasta Osorno. Aprovechan la oportunidad y llegan así a esta ciudad, desde donde continúan rumbo a Valdivia.

Dice su diario:

«Llegamos a Valdivia presentándonos al cónsul con varios pretextos, pero en realidad para tantear el ambiente. Muy malo. Hambrientos y maldiciendo a estos cónsules desaprensivos que desdeñan a los pobres compatriotas raidistas, nos dimos una vuelta por la ciudad, recorriendo el pintoresco puerto de Valdivia, con sus mercados llenos de mercaderías casi desconocidas para nosotros.

»Los pantalones a media pierna que uso con mucha asiduidad llaman la atención en todos lados y en Valdivia me lanzan el grito internacional de: "¡dale agua!".»

Siguen viaje hacia Temuco.

La moto andaba cada vez más destartada; ahora los males se habían concentrado en la caja de velocidades. Entre caídas, costaladas, composturas y parches de gomas llegan a esta ciudad. Allí se detienen a visitar el diario *El Austral*, quien previa toma de fotografías les ofrece publicar un artículo que debía aparecer al día siguiente.

Entre las hojas descoloridas del cuaderno de viaje, encontré otras páginas sueltas escritas a máquina. Seguramente Ernesto al releer sus crónicas entresacó algunos párrafos y escribió este pequeño artículo que reproduzco:

Los expertos

«La hospitalidad chilena, no me canso de repetirlo, es una de las cosas que hace más agradable un paseo por la tierra vecina. Y nosotros gozábamos de ella con toda la plenitud de nuestros recursos característicos. Me desperezaba lentamente entre las cobijas, aquilatando el valor de una buena cama y sopesando el contenido calórico de la comida de la noche anterior. Pasé revista a los últimos acontecimientos, a las fallas y pinchaduras de la *Poderosa II* que nos dejara lloviendo, en el medio del camino, a la generosa ayuda de Raúl, el dueño de la cama en que dormíamos y a la entrevista periodística

de *El Austral* de Temuco. Era un estudiante de veterinaria, no extremadamente estudioso al parecer, y el dueño de una camioneta en la que había alzado a la pobre moto y en la que nos había traído a este tranquilo pueblo del centro de Chile.

»En rigor de verdad hubo un momento en que nuestro amigo hubiera deseado no habernos conocido nunca, ya que constituíamos un feo grano para su reposo, pero él solito se había cavado la sepultura con sus bravatas sobre la plata que él gastaba en mujeres, a la que se agregó una invitación directa para ir a visitar un cabaret y pasar la noche allí; todo por cuenta de él, como es natural.

»Ése fue el motivo por el que prolongáramos nuestra estada en la tierra de Pablo Neruda, tras de un animado debate en que se arguyó largo y tendido. Pero, por supuesto, al final hubo el esperado inconveniente que obligó a postergar la visita a tan interesante lugar de distracción y en compensación ligamos catre y comida.

»A la una de la mañana habíamos caído lo más orondos a devorar todo lo que había en la mesa, que era bastante y algo más que trajeron después y apropiarnos de la cama de nuestro invitante, ya que estaban levantando la casa porque al dueño lo trasladaban a Santiago y no había casi muebles en ella.»

Muy temprano, por la mañana, alguien les pasó el diario *El Austral*, donde aparecía la entrevista con ellos.

«Alberto, imperturbable, desafiaba al sol de la mañana a que turbara su sueño de piedra, mientras yo empezaba a levantarme lentamente, tarea que en nosotros no era de una dificultad extrema porque la diferencia entre uno y otro estado la hacían, en general, los zapatos. El diario mostraba toda su plenitud de papel, tan en contraste con nuestros pobres y raquíticos matutinos, pero a mí no me interesaba sino una noticia local que encontré con letras bastante grandes en la segunda sección: DOS EXPERTOS ARGENTINOS EN LEPROLOGÍA RECORREN SUDAMÉRICA EN MOTOCICLETA. Y después con letras más chicas: Están en Temuco y desean visitar Rapa-Nuí. Allí estaba la condensación de nuestra audacia. Nosotros, los expertos, los hombres claves de la leprología americana, con tres mil enfermos tratados y una vastísima experiencia, concedores de los centros más importantes del continente e investigadores de las condiciones sanitarias del mismo, nos dignábamos hacer una visita al pueblecito pintoresco y tristón que nos acogía ahora. Suponíamos que ellos sabrían valorar en todo su alcance la deferencia que para el pueblo tuvimos, pero supimos poco. Pronto toda la familia estaba reunida en torno al artículo y todos los demás temas del diario eran objeto de un olímpico desprecio. Y así, rodea-

dos de la admiración de la familia, nos despedimos de ellos, de esa gente de la cual no conservamos ni el recuerdo del apellido.

»Habíamos pedido permiso para dejar la moto en el garaje de un señor que vivía en las afueras y ahora nos dirigimos encontrándonos con que ya no éramos un par de vagos, más o menos simpáticos, con una moto a la rastra, no; éramos los expertos y como tales se nos trataba. A las cinco nos despedimos de Temuco, saliendo con rumbo norte.»

Les faltaba aún como ochocientos kilómetros para llegar a la ciudad de Santiago de Chile. Salían de Temuco con rumbo a Lautaro, desde donde seguirían hacia la ciudad de Los Angeles.

El territorio chileno que habían atravesado es conocido mundialmente por su naturaleza privilegiada. Allí el territorio es muy angosto con paisajes verdaderamente preciosos. Chile sólo tiene en este lugar no más de doscientos kilómetros de ancho, con pequeñas planicies onduladas que corren entre el mar y las altas cumbres y fértiles valles. El camino tenía cuevas empinadas y bajadas violentas.

La motocicleta llevaba andados cerca ya de tres mil kilómetros soportando una excesiva carga y por caminos abruptos.

En el diario de Ernesto dice:

«Las dificultades aumentan»

«La salida de Temuco se cumplió con toda normalidad hasta llegar a la vía de las afueras. Allí notamos que la goma trasera estaba pinchada y tuvimos que parar para arreglar. Trabajamos con bastante ahínco, pero apenas pusimos el repuesto notamos que perdía aire: se había pinchado también. Aparentemente tendremos que pasar la noche al raso, ya que no había para qué soñar en reparar a la hora en que estábamos; sin embargo, ya no éramos cualquier cosa sino los expertos; pronto conseguimos un ferroviario que nos llevó a su casa y donde nos atendieron a cuerpo de rey.

»Temprano llevamos las cámaras y la cubierta a la gomería para que le sacaran unos fierros que estaban incrustados y las emparcharan de nuevo. Cerca de la caída del sol partimos; pero antes nos convidaron a una típica comida chilena consistente en "guatitas", o otros platos similares todo muy condimentado y a un riquísimo vino pipeño, es decir grosero, sin filtrar. Como siempre, la hospitalidad chilena nos largaba entre San Juan y Mendoza.²⁰ Por supuesto, no caminamos mucho y a menos de ochenta kilómetros paramos en la casa

20. Dicho argentino equivalente a medio borracho, pues San Juan y Mendoza son las dos provincias argentinas más productoras de vino.

de un guardabarrera que esperaba una propina; como ésta no vino, no nos dio desayuno al día siguiente, de modo que iniciamos la ruta malhumorados y con intención de pararnos a hacer un fueguito y tomar unos mates en cuanto camináramos algo. Después de andar un trecho, cuando yo oteaba los costados para indicar el lugar de parar, y sin que nada nos lo anunciara, la moto pegó un corcovo de costado y nos mandó al suelo. Alberto y yo, ilesos, examinamos la máquina y le encontramos roto uno de los sostenes de la dirección, pero lo más grave del caso, también se hizo pedazos la caja de velocidades; era imposible seguir y sólo nos restaba esperar pacientemente algún camión comedido que nos llevara a un centro poblado. Pasó un automóvil en sentido contrario y sus ocupantes se bajaron para averiguar qué nos pasaba y ofrecer sus servicios. Nos dijeron que cualquier cosa que necesitáramos, dos científicos como nosotros, nos la facilitaban con mucho gusto.

»«¿Sabe?, lo conocí en seguida por la foto de la prensa”, me dijo. Pero no había nada que pedir, solamente un camión y que fuera para el otro lado, agradecemos y nos tumbamos a tomar los mates de reglamento, pero en seguida el dueño de una chatita cercana nos invitó a pasar a su casa y en la cocina nos cebaron bien. Allí conocimos el charango o instrumento musical hecho con tres o cuatro alambres de unos dos metros de largo colocados en tensión sobre dos latas vacías y todo clavado en un tablón. El músico toma una manopla de metal y con ella raspa los alambres que dan un sonido parecido al de las guitarras para chicos. Cerca de las doce pasó una camioneta que a fuerza de ruegos consintió en llevarnos hasta el próximo pueblo, Lautaro. Allí conseguimos un lugar en el mejor taller de la zona y conseguimos quien se animara a hacer el trabajo de soldadura en aluminio, el chico Luna, un petisito muy simpático que nos convidó a almorzar en su casa, en una o dos oportunidades. Nuestro tiempo se dividía en trabajar sobre la moto y “garronear”²¹ algo de comida en casa de alguno de los muchos curiosos que iban a vernos al garaje. Precisamente al lado había una familia de alemanes o descendientes que nos agasajaban mucho. Dormimos en el cuartel.

»Ya la moto estaba más o menos arreglada y nos disponíamos a salir al día siguiente, de modo que resolvimos tirar una cana al aire en compañía de unos ocasionales amigos que nos convidaron a tomar unas copas. El vino chileno es riquísimo y yo tomaba con una velocidad extraordinaria, de modo que al ir al baile del pueblo me sentía capaz de las más grandes hazañas.»

21. Argentinismo: hacer uso de lo que no debe gratuitamente.

Aquella noche siguió el fandango bailando y bebiendo y a la mañana siguiente salieron otra vez rumbo al norte.

Nuevamente, a los pocos kilómetros, tuvieron que detenerse por un inconveniente en la caja de cambios y sigue así el diario de Ernesto:

«Seguimos después de una hora con la impresión de un golpe en la mente, al tomar una curva en pendiente aparecieron unas vacas, apreté el freno a fondo y al disminuir la velocidad saltó el pedal, de modo que estábamos sin defensa. El freno de mano fue oprimido al máximo y también falló. Vi como un fantasma pasar al lado mío la testa de una vaca, después una cola y por fin sentí el impacto tangente que sobre la rueda pegaba la última pata de la última vaca. Allá lejos se veía una curva cerrada y se adivinaba un río. Enfilé la moto contra una de las orillas y la largué inclinada. Eso fue todo, más susto que otra cosa.

»Ya era inconveniente seguir, de modo que nos personamos a un lindo fundo de unos alemanes que a cambio de una cháchara interminable, nos dejó al día en cuestión de comida.

»Todavía aquí se podía ver el beneficioso efecto de la publicación temuquense.»

Y la motocicleta seguía cada vez peor. Ya no eran solamente los pinchazos de las gomas sino que la rotura de la dirección y la caja de velocidades la habían dejado tan maltrecha, que a cada paso tenían que detenerse para componer alguna cosa. Dice así el diario de Ernesto, anunciando el final del raid en la moto:

«La marcha era muy lenta y se veía que no podía durar mucho. Pasado medio día iniciamos la subida del "Malleco", donde está un puente de ferrocarril considerado el más alto de Sudamérica. En el medio se quedó la moto y debimos subirla hasta la cima en camión. Allí, en el pueblo de Cullipull, pasamos la noche para reiniciar la marcha en lo que sería el último día de marcha efectiva de la moto. En la primera cuesta quedó, la llevamos hasta abajo y allí subimos a un camión que nos llevó a Mulchen.

»Salimos de este pueblo y en la primera cuesta queda nuevamente —¿para qué más?—.»

La *Poderosa II* se había portado como tal. Había atravesado buena parte de la República Argentina por caminos de todas clases; había soportado ventarrones y lluvias. Había andado entre el barro y las piedras; había atravesado una de las montañas más grandes del mundo y todavía de propina, los había transportado unos cuatrocientos cuarenta kilómetros más.

Y siguieron su viaje. Como siempre, durmiendo en cuarteles o locales policiales. Como siempre, almorzando y comiendo gratis. A Ernesto el asma lo estaba fastidiando bastante. Habían dejado la motocicleta en un garaje y ahora caminaban «a dedo», haciendo auto stop.

Santiago

El día 1.º de marzo de 1952 estaban en la capital de Chile, la ciudad de Santiago.

Acota Ernesto en su diario con relación a la capital de Chile, lo siguiente:

«Santiago es una ciudad muy parecida a Córdoba,²² pero más grande y con ritmo más febril, sin embargo, hasta la fisonomía de la gente recuerda a nuestra ciudad mediterránea. No puedo decir mucho más de sus bellezas porque todavía no las conozco bien.»

Peleando siempre con la falta de dinero para poder comer y dormir, y luchando Ernesto con su asma, siguen después de estar unos días en Santiago, rumbo a Valparaíso.

Valparaíso

Como siempre, iniciaron el viaje «a dedo», y al final una chaita los lleva hasta una localidad, donde los recoge un camión que los conduce hasta Valparaíso. Se lee esto:

«La subida del primer paso de montaña es muy bonita, se ven abajo las parcelas cultivadas de diferentes tonos de verde y amarillo; de lo que sigue no puedo hablar exactamente porque la noche se nos vino encima.»

Comenta Ernesto que ya en Valparaíso sus «originales atuendos, que consisten en una mochila, un rollo con una manta para cada uno y la bolsa con la comida», llaman la atención de los transeúntes.

Pero dejo al lector que se entere por sí mismo de lo que cuenta Ernesto en un capítulo de su diario que se titula:

22. Capital de la provincia de Córdoba, en el centro de la República Argentina.

«La sonrisa de la Gioconda»

«Ésta era una nueva parte de la aventura; estábamos acostumbrados a llamar la atención de los ociosos con nuestros originales atuendos y la prosaica figura de la *Poderosa II*, cuyo asmático resoplido llenaba de compasión a nuestros huéspedes; pero, hasta cierto punto, éramos los caballeros del camino. Pertenecíamos a la rancia aristocracia "vaguerial" y traíamos la tarjeta de presentación de nuestros títulos que impresionaban inmejorablemente. Ahora no, ya no éramos más que dos linyeras con el "mono"²³ a cuestas y con toda la mugre del camino condensada en los mamelucos, resabio de nuestra aristocrática condición pasada. El conductor del camión nos había dejado en la parte alta de la ciudad, a la entrada, y nosotros, con paso cansino, arrastrábamos nuestros bultos calle abajo seguidos por la mirada divertida e indiferente de los transeúntes. El puerto mostraba a lo lejos su tentador brillo de barcos mientras el mar, negro y cordial, nos llamaba a gritos con su olor gris que dilataba nuestras fosas nasales. Compramos pan —el mismo pan que tan caro nos parecía en ese momento y encontraríamos tan barato al llegar más lejos aún— y seguimos calle abajo. Alberto mostraba su cansancio y yo, sin mostrarlo, lo tenía tan positivamente instalado como el suyo, de modo que al llegar a una playa para camiones y automóviles asaltamos al encargado con nuestras caras de tragedia, contando con un florido lenguaje los padecimientos soportados en la ruda caminata desde Santiago. El viejo nos cedió un lugar para dormir, sobre unas tablas, en comunidad con algunos parásitos de esos cuyo nombre acaba en *hominis*, pero bajo techo, y atacamos al sueño con resolución. Sin embargo, nuestra llegada había impresionado los oídos de un compatriota instalado en la fonda adjunta, que se apresuró a llamarnos para homenajearnos. Conocer Chile significa convidar y ninguno de los dos estaba en condiciones de rechazar el maná. Nuestro paisano demostraba estar profundamente compenetrado con el espíritu de la tierra hermana y, consecuentemente, tenía una "curda" de órdago. Hacía tanto tiempo que no comía pescado, y el vino estaba tan rico y el hombre era tan obsequioso... Bueno, comimos bien, y nos invitó a su casa para el día siguiente.

»Temprano La Gioconda abrió sus puertas y cebamos nuestros mates charlando con el dueño que estaba muy interesado en nuestro viaje. En seguida, a conocer la ciudad. Valparaíso es muy pintoresca. Edificada sobre la playa que da a la bahía, al crecer, ha ido trepando los cerros que mueren en el mar. Su extraña arquitectura de zinc, escalonada en gradas que se

23. Traje enterizo.

unen entre sí por serpenteantes escaleras o por funiculares, ve realzada su belleza de museo de manicomio por el contraste que forman los diversos coloridos de las casas que se mezclan con el azul plomizo de la bahía. Con paciencia de disectores husmeamos en las escalerillas sucias y en los huecos, charlamos con los mendigos que pululan; auscultamos el fondo de la ciudad, las miasmas que nos atraen. Nuestras narices distendidas captan la miseria con fervor sádico.

»Visitamos los barcos en el muelle para ver si alguno sale hacia la isla de Pascua, pero las noticias son desalentadoras ya que hasta dentro de seis meses no sale ningún buque en esa dirección. Recogimos vagos datos de unos aviones que hacían vuelos una vez por mes.

»¡La isla de Pascua! La imaginación detiene su vuelo ascendente y queda dando vueltas en torno a ella: "Allí tener un 'novio' blanco es un honor para ellas." "Allí trabajar, ¡qué esperanza!, las mujeres hacen todo, uno come, duerme y las tiene contentas." Ese lugar maravilloso donde el clima es ideal; las mujeres, ideales; la comida, ideal; el trabajo, ideal en su béatica inexistencia. Qué importa quedarse un año allí, qué importa estudios, sueldos, familia, etc. Desde un escaparate una enorme langosta de mar nos guiña un ojo, y desde las cuatro lechugas que le sirven de lecho nos dice con todo su cuerpo: soy de la isla de Pascua; allí donde el clima es ideal, las mujeres, ideales...

»En la puerta de La Gioconda esperábamos pacientemente al compatriota que no daba señales de vida, cuando el dueño se comidió a hacernos entrar para que no nos diera el sol y acto seguido nos convidó con uno de sus magníficos almuerzos a base de pescado frito y cepa de agua. De nuestro coterráneo no tuvimos más noticias en toda nuestra estadía en Valparaíso, pero nos hicimos íntimos del dueño del boliche. Éste era un tipo extraño, indolente y lleno de una caridad enorme para cuanto bicho viviente fuera de lo normal se acercara hasta su puerta; cobraba, sin embargo, a precio de oro a los clientes normales, las cuatro porquerías que despachaba en su negocio. En los días que nos quedamos allí no pagamos un centavo y nos llenó de atenciones; hoy por ti, mañana por mí... Era su dicho preferido, lo que no indicaría gran originalidad, pero era muy efectivo.

»Tratábamos de establecer contacto directo con los médicos de Petrohué,²⁴ pero éstos, vueltos a sus quehaceres y sin tiempo para perder, nunca se avenían a una entrevista formal; sin embargo, ya los habíamos localizado más o menos bien y esa tarde nos dividimos, mientras Alberto les seguía los pasos, yo me fui a ver a una vieja asmática que era cliente de La Gioconda. La pobre daba lástima, se respiraba en su

24. Unos facultativos que conocieron en el pueblo de Petrohué.

pieza ese olor acre de sudor concentrado y patas sucias, mezclado al polvo de unos sillones, única paquetería de la casa. Sumaba a su estado asmático una regular descompensación cardíaca. Frente a estos casos es cuando el médico consciente de su total inferioridad frente al medio desea un cambio de cosas, algo que suprima la injusticia que supone que la pobre vieja hubiera estado sirviendo hasta hacía un mes para ganarse el sustento, hipando y penando pero manteniendo frente a la vida una actitud recta. Es que la adaptación al medio hace que en las familias pobres, el miembro de ellas incapacitado para ganarse el sustento se vea rodeado de una atmósfera de acritud apenas disimulada; en ese momento se deja de ser padre, madre o hermano, para convertirse en un factor negativo en la lucha por la vida y, como tal, objeto del rencor de la comunidad sana que le echa en cara su enfermedad como si fuera un insulto personal a los sanos que deben mantenerle. Allí, en estos últimos momentos de gente cuyo horizonte más lejano fue siempre el día de mañana, es donde se capta la profunda tragedia que encierra la vida del proletariado de todo el mundo; hay en esos ojos moribundos un sumiso pedido de disculpas y también, muchas veces, un desesperado pedido de consuelo que se pierde en el vacío, como se perderá pronto su cuerpo en la magnitud del misterio que nos rodea. ¿Hasta cuándo seguirá este orden de cosas basado en un absurdo sentido de casta? Es algo que no está en mí contestar, pero es hora de que los gobernantes dediquen menos tiempo a la propaganda de sus bondades como régimen y den más dinero, muchísimo más dinero, a solventar obras de utilidad social. Mucho no puedo hacer por la enferma: simplemente le doy un régimen aproximado de comidas y le receto un diurético y unos polvos antiasmáticos. Me quedan unas pastillas de dramamina y se las regalo. Cuando salgo me siguen las palabras zalameras de la vieja y las miradas indiferentes de los familiares.

»Alberto ya cazó al médico. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, hay que estar en el hospital. En el cuartucho que sirve de cocina, comedor, lavadero, comedero y meadero de perros y gatos, hay una reunión heterogénea. El dueño, con su filosofía sin sutilezas, doña Carolina, vieja sorda y servicial que dejó nuestra pava parecida a una pava, un mapuche borracho y débil mental, de apariencia patibularia, dos comensales más o menos normales y la flor de la reunión: doña Rosita, una vieja loca. La conversación gira en torno a un hecho macabro de que Rosita ha sido testigo; porque parece que ha sido la única testigo en el momento en que a su pobre vecina un hombre con un gran cuchillo la descueró íntegramente.

»—¿Y gritaba su vecina, doña Rosita?

»—Imagínese. Como para no gritar, ¡la pelaba viva! Y eso

no es todo, después la llevó hasta el mar y la tiró a la orilla para que se la llevase el agua. ¡Ay, sí, oír gritar a esa mujer partía el alma, señor, si usted viera!

»—¿Por qué no avisó a la policía, Rosita?

»—¿Para qué? ¿Se acuerda cuando la pelaron a su prima? Bueno, fui a hacer la denuncia y me dijeron que estaba loca, que me dejara de cosas raras porque si no me iban a encerrar, fíjese. No, yo no aviso más a la gente esa.

»Después de un rato la conversación gira sobre el enviado de Dios, un prójimo que usa los poderes que le ha dado el Señor para curar la sordera, la mudez, la parálisis, etc., luego pasa el platillo. Parece que el negocio no es más malo que otros del montón. La publicidad de los pasquines es extraordinaria y la credulidad de la gente también; pero, eso sí, de las cosas que veía doña Rosita se reían con toda la tranquilidad del mundo.»

El 8 de marzo de 1952 se dedican a conseguir permiso para que algún barco los lleve hacia el norte. Los intentos habían fracasado. Por fin consiguen que el capitán de un navío que va hasta Antofagasta les permita esconderse y si la prefectura marítima los descubre tendrían que navegar trabajando hasta llegar al puerto norteño.

El barco estaba fondeado y se llamaba *San Antonio*; no era fácil subir a bordo, pues la entrada estaba vigilada. Durmieron ateridos un poco detrás de un vagón y otro poco en una grúa del muelle.

Incluyo aquí un capítulo escrito por Ernesto sobre las peripecias para conseguir entrar como polizones al vapor *San Antonio*.

POLIZONTES

«Pasamos la aduana sin ninguna dificultad y nos dirigimos valientemente a nuestro destino. El barquito elegido —el *San Antonio*— era el centro de la febril actividad del puerto, pero dado su reducido tamaño, no necesitaba atracar directamente para que alcanzaran los guinches, de modo que había un espacio de varios metros entre el malecón y él.

»No había más remedio que esperar a que el barco se arrimara más para subir entonces, y filosóficamente esperamos sentados sobre los bultos el momento propicio. A las doce de la noche se cambió el turno de obreros y en ese momento arrimaron el barco, pero el capitán del muelle, un sujeto con cara de pocos amigos, se paró en la planchada a vigilar

la entrada y salida del personal. El guincherero, de quien nos habíamos hecho amigos en el ínterin, nos aconsejó que esperáramos otro momento porque el tipo era medio perro, y allí iniciamos una larga espera que duró toda la noche, calentándonos algo en el guinche, un antiguo aparato que funcionaba a vapor.

»El sol salió y nosotros siempre esperando con el «baga-yo»²⁵ en el muelle. Ya nuestras esperanzas de subir se habían disipado casi por completo cuando cayó el capitán y con él la planchada nueva que había estado en compostura, de modo que se estableció contacto permanente entre el *San Antonio* y tierra. En este momento bien aleccionados por el guincherero, entramos como Pedro por su casa y nos metimos con todos los bultos a la parte reservada de la oficialidad, encerrándonos en un baño. De ahí en adelante nuestra tarea se limitó a decir con voz gangosa “no se puede” o “está ocupado”, en la media docena de oportunidades en que alguien se acercó.

»Las doce eran ya y recién salía el barco, pero nuestra alegría había disminuido bastante, ya que la letrina tapada, al parecer desde hacía bastante tiempo, despedía un olor insupportable y el calor era muy intenso. Cerca de la una, Alberto había vomitado todo lo que tenía en el estómago y a las cinco de la tarde, muertos de hambre y sin costa a la vista, nos presentamos ante el capitán para exponer nuestra situación de polizones. Éste se sorprendió bastante al vernos de nuevo y en esas circunstancias, pero para disimular nuestras antiguas relaciones, delante de los otros oficiales nos guiñó un ojo aparatosamente mientras nos preguntaba con voz de trueno: “¿Ustedes creen que para viajar lo único que hay que hacer es meterse en el primer barco que encuentren? ¿No han pensado las consecuencias que les va a traer esto?” La verdad es que no habíamos pensado nada.

»Llamó al mayordomo y le encargó que nos diera trabajo y algo de comida. Muy contentos devoramos nuestra ración; cuando me enteré que era el encargado de limpiar la famosa letrina, la comida se me atragantó en la garganta, y cuando bajaba protestando entre dientes, perseguido por la mirada “cachadora”²⁶ de Alberto, encargado de pelar las papas, confieso que me sentí tentado a todo lo que se hubiera escrito sobre reglas de compañerismo y pedir cambio de oficio. ¡Es que no hay derecho! Él añade su buena porción a la porquería acumulada allí, y la limpio yo.

»Después de cumplir a conciencia nuestros menesteres, nos llama nuevamente el capitán, esta vez para recomendarnos que no dijéramos nada sobre la entrevista anterior, que él se

25. Bulto.

26. Cachadora: de cachada: tomar el pelo.

encargaría de que no pasara nada al llegar a Antofagasta, que era el destino del buque.

»Nos dio para dormir el camarote de un oficial franco de servicio y esa noche nos convidó a jugar a la canasta y tomarnos una copita de paso. Después de un sueño reparador nos levantamos con todo el convencimiento de que es exacto ese refrán que dice: "escoba nueva barre bien", y a trabajar con gran ahínco, dispuestos a pagar con creces el valor del pasaje. Sin embargo, a las doce del día nos pareció que nos estaban apurando demasiado y a la tarde ya estábamos definitivamente convencidos de que somos un par de vagos de la más pura cepa concebible. Pensábamos dormir bien y trabajar algo al día siguiente, amén de lavar toda nuestra ropa sucia, pero el capitán nos invitó nuevamente a jugar a la baraja y se acabaron nuestros buenos proyectos.

»Aproximadamente una hora invirtió el mayordomo —bastante antipático por cierto— para conseguir que nos levantáramos a trabajar. A mí me encargó que limpiara los pisos con queroseno, tarea en que invertí todo el día sin acabarla; el acomodado de Alberto, siempre en la oficina, comía más y mejor, sin preocuparse mayormente por discriminar qué era lo que caía en su estómago.

»Por la noche, luego de agitadores partidos de canasta, mirábamos el mar inmenso, lleno de reflejos verdiblanco, los dos juntos apoyados en la borda, pero cada uno muy distante, volando en su propio avión hacia las estratosféricas regiones del ensueño. Allí aprendimos que nuestra vocación, nuestra verdadera vocación, era andar eternamente por los caminos y mares del mundo.

»Siempre curioseamos, mirando todo lo que aparece ante nuestra vista, olfateando todos los rincones, pero siempre ténues, sin clavar nuestras raíces en tierra alguna, ni quedarnos a averiguar el substrato de algo, la periferia nos basta. Mientras todos los temas sentimentales que el mar inspira pasaban por nuestra conversación, las luces de Antofagasta empezaron a brillar en la lejanía, hacia el noroeste. Era el fin de nuestra aventura como polizones; por lo menos, el fin de esa aventura, ya que el barco volvía a Valparaíso.»

Una vez llegados a Antofagasta y a pesar de tener Ernesto un fuerte ataque de asma, vagaron por la ciudad entre la disyuntiva de ir a las minas de Chuquicamata o seguir a Arica.

Resolvieron seguir rumbo a Arica, para lo cual conversaron con el capitán de un barco que se llamaba *Apolo*, quien les dio su media palabra, pero cuando llegó el momento de embarcarlos, se arrepintió y los echó. Los tripulantes del barco *San Antonio*, que vieron esta escena, y estando borrachos, comenzaron a cargarlos. Dice Ernesto:

«Uno de los marineros nos arrojó a la cara una sentencia que habla bien a las claras de la riqueza expresiva del dialecto chileno: “Ustedes están en la hueva, de puro huevones, ¿por qué no se dejan de huevadas y se van a huevear a su huevona tierra?”

»Después de este párrafo no hubo más remedio que agachar la cabeza y seguir viaje.»

Decididos a viajar hacia Chuquicamata, salieron de la ciudad y consiguieron un camión que los llevó a Baquedano y, según expresión de Ernesto, «a través de un completo desierto en que no rompía la uniformidad de pampa y cerro, la menor mata de pasto».

Ernesto anota en su diario lo siguiente:

«En el pueblo²⁷ esperamos pacientemente un nuevo camión que nos llevara a Loma, pueblo inmediato a la mina, lo que no ocurrió en todo el día.

»Al anoecer nos hicimos amigos de un matrimonio de obreros chilenos, que eran comunistas.

»A la luz de una vela con que alumbrábamos el mate, las facciones contraídas del obrero ponían una nota misteriosa y trágica; en un idioma sencillo y expresivo contaba de sus tres meses de cárcel, de su mujer hambrienta, de los compañeros comunistas que la policía había fondeado en alta mar o habían desaparecido misteriosamente. El matrimonio, aterido en la noche del desierto, acurrucado uno contra el otro, era la representación del proletariado de cualquier lado del mundo. Nos apiadamos de ellos, ya que no tenían ni una mísera manta con que taparse y les prestamos las nuestras, fue ésa una de las noches en que he pasado más frío, pero también en la que me sentí un poco más hermanado con los hombres.»

Así describe en su diario Alberto Granado esa misma escena con fecha 12 de marzo de 1952:

«Alumbrado por un quinqué de carburo en un “hotel” de este pueblucho (Baquedano), escribo mientras espero que algún camión nos lleve a Chuquicamata.

»Hemos encontrado una pareja de trabajadores, desempleado él, fue detenido por presunto comunista y le encerraron por tres meses y ahora está luchando por que lo dejen trabajar en alguna mina. Hace unos instantes recorrí el pueblo: una larga hilera de casas de paredes de zinc, colocadas a lo largo de una sola calle, bordeada por las colinas salitro-

27. Baquedano.

sas, son en su mayoría expendio de bebidas adonde vienen a "curarse" todos los trabajadores de las minas y del ferrocarril. Llegué a un rincón formado por dos camas y me detuve a contemplar el cuadro que formaban Ernesto y nuestros dos huéspedes. Apenas iluminados por un pedacito de vela y por la luna que recién trasponía los cerros, Ernesto cebaba mate y, acurrucados, tiritando, apenas recubiertos por sus harapientos vestidos, él trataba de explicarnos, con su reducido lenguaje, las injurias de que había sido objeto, él y sus compañeros, muchos de los cuales habían sido muertos en Quachipato o fondeados en el océano.

»Mientras él hablaba, ella, sin saberse observada, lo miraba con una especie de arrobada admiración que tocó mi fibra sensible y sentí admiración por esa pobre mujer, que afrontaba toda esa serie de contratiempos y calamidades, acompañando a su compañero en la desgracia.²⁸

En las minas de Chuquicamata

A la mañana siguiente siguieron viaje para conocer las célebres minas de Chuquicamata.

En principio las autoridades les pusieron algunas dificultades para visitar las minas, pero consiguieron ponerse en contacto con algunos obreros. Después de haber observado el clima social que imperaba allí y ante la evidencia de que no los dejarían demasiado tiempo, cosa que advirtieron a través de indirectas que lanzaban algunos jefes, se dispusieron a seguir viaje.

En este punto, Ernesto, en su cuaderno, escribe, haciendo algunas reflexiones con respecto a lo que ha visto allí, y dice:

«En el Norte se paga mejor al obrero en las minas de cobre, salitre o azufre, etc., pero la vida, en cambio, es más cara; se carece en general de muchos artículos de consumo de primera necesidad, y las condiciones climatéricas son muy bravas en la montaña.

»Recuerdo el sugestivo encogimiento de hombros con que un jefe de la mina Chuquicamata contestó a mi pregunta sobre las indemnizaciones de los diez mil obreros sepultados en el cementerio de la localidad.»

Colándose en un camión siguen hasta Laguna, donde se entretienen jugando un partido de fútbol, y desde allí, y siem-

28. Nos contó Ernesto que como ellos habían prestado sus mantas al matrimonio chileno se pasaron casi toda la noche trotando para poder aguantar el duro frío.

pre buscando camiones que los lleven, adelantan hacia el Norte rumbo a Iquique. Desde Iquique van hacia Arica, último puerto norteño de Chile, a sólo diez kilómetros de la frontera con el Perú.

Chile. Panorama político

En el cuaderno de Ernesto se lee esto:

«El panorama político es confuso. [Se refiere al panorama político chileno.]

»Hay aspirantes al mando, de los cuales parece ser el seguro ganador Carlos Ibáñez del Campo, militar retirado de tendencia dictatorial y miras políticas parecidas a las de Perón, que recibe del pueblo una confianza tipo caudillesca.»

Estas observaciones de Ernesto se convirtieron en realidad en el panorama político chileno.

Sigue su diario:

«En el último término está Salvador Allende, candidato del frente del pueblo, que tiene el apoyo de los comunistas.»²⁹

Ernesto posteriormente conoció al doctor Allende y fue un gran amigo de este patriota.

Y sigue el diario de Ernesto:

«El señor Ibáñez es probable que haga una política de americanismo y se apoye en el odio a Estados Unidos, para conseguir popularidad y la nacionalización de las minas de cobre y otros minerales [...].

»El esfuerzo mayor que debe hacer es el sacudir el yugo de Estados Unidos y esa tarea es por el momento casi ciclópea, dada la cantidad de dólares invertidos por esta razón y las grandes amistades que tiene entre las personas influyentes del estado.»

29. El doctor Salvador Allende llegó a la presidencia de la República de Chile en el año 1970, después de una reñida elección en donde gana apoyado por los radicales y algunos partidos de semiizquierda. El 11 de setiembre de 1973, el doctor Allende muere con una metralleta en la mano, dentro del palacio de la Moneda, defendiendo heroicamente su sitial de presidente de la República al cual había llegado por limpias elecciones, víctima de un complot militar y policial instigado, fomentado y financiado por la CIA y el Departamento de Estado de los Estados Unidos de Norteamérica. Cuando Ernesto escribía estas líneas nadie podía suponer cuál iba a ser la trayectoria de este gran patriota chileno, quien al caer abatido por las fuerzas militares, navales y policiales de su país, demuestra que en América por ahora, es imposible que el socialismo tome el poder si no es con las armas en la mano.

Esta última frase del diario de Ernesto demuestra bien claro que ya en el año 1952 estaba perfectamente esclarecido con respecto a la dominación imperialista americana sobre los países subdesarrollados de América Latina.

DEL DIARIO DE ERNESTO

Tarata, el mundo nuevo

«Apenas unos metros nos separaban del puesto de la Guardia Civil que marca el final del pueblo, y ya las mochilas nos pesaban como si hubiéramos centuplicado la carga. El sol picaba y, como siempre, estábamos demasiado abrigados para la hora, aunque después pasaríamos frío. El camino subía rápidamente, y poco tiempo después llegábamos a la pirámide que siempre veíamos desde el pueblo, construida en homenaje a los caídos en la guerra contra Chile. Allí decidimos hacer nuestro primer alto y tentar suerte con los camiones que pasaran. Los cerros pelados, casi sin una mata, era todo lo que se veía en la dirección de nuestro camino; el apacible Tacna quedaba achicado aún más por la distancia, con sus callecitas de tierra y sus tejados rojizos. El primer camión produjo en nosotros la gran conmoción: hicimos señas tímidamente y ante nuestra sorpresa el conductor paró frente nuestro. Alberto, encargado de las operaciones, explicó con palabras archiconocidas para nosotros el significado del viaje y pidió que nos llevara, el camionero hizo un gesto afirmativo y nos indicó que subiéramos atrás, en compañía de una montonera de indios; con nuestro equipaje a cuestas y locos de gusto nos disponíamos a subir, cuando nos volvió a llamar:

»—¿Ya saben, no?, hasta Tarata cinco soles.

»Alberto, furioso, le preguntó que para qué nos decía que sí antes, si le habíamos pedido que nos llevara en forma gratuita. En forma gratuita él no sabía bien lo que era, pero hasta Tarata cinco soles.

»Y todos serán como éste, dijo Alberto, pero en esa sencilla frase estaba concentrada toda la rabia que tenía contra mí, que había sido el promotor de la idea de salir a pie para atajar a los camiones en el camino y no esperarlos en la ciudad como él quería. En ese momento la encrucijada era sencilla: o volvíamos atrás, que era declararse derrotado, o seguíamos adelante pasara lo que pasara. Nos decidimos por el último camino y seguimos la marcha. Que nuestro proceder no era del todo



Dejamos Córdoba en 1947 y nos trasladamos a Buenos Aires. Ernesto se había unido al resto de su familia, inscribiéndose en la Facultad de Medicina. (En Buenos Aires, con su cuñado Luis Rodríguez.)

El cariño de mi hermana Beatriz por Ernesto comienza en la ciudad de Rosario, donde llegó acompañando a mi madre y a mi hermana Ercilia, que viajaban a esa ciudad apresuradamente, porque el recién nacido tenía una fuerte gripe que desembocó en una neumonía. (En la foto, Ernesto con su madre, la abuela Lynch y tía Beatriz Guevara.)



cuerdo lo hacían notar muy claramente el sol que se pondría dentro de poco y la ausencia total de señales de vida. Sin embargo, supimos que tan cerca de la ciudad habría alguna que otra casita y, ayudados por esta ilusión, seguimos viaje.

»Ya era noche cerrada y no habíamos encontrado ningún signo de habitación, y lo peor era que no teníamos agua para hacer comida o un poco de mate. El frío arreciaba; el clima desértico de la zona y lo que habíamos trepado influían para apretar el "tornillo". Nuestro cansancio era muy grande. Resolvimos tirar las mantas en el suelo y dormir hasta la madrugada. A tientas colocamos nuestras mantas en el suelo, ya que la noche sin luna era muy oscura y nos arropamos lo mejor que pudimos.

»A los cinco minutos Alberto me informaba que estaba yerto y yo le contestaba que más yerto estaba mi pobre cuerpo. Como no estábamos en concurso de heladeras, resolvimos afrontar la situación y buscar algunas ramas con que prender un fueguito y pusimos manos a la obra. El resultado fue prácticamente nulo: entre los dos conseguimos un manojo de ramas raquílicas que hicieron un fuego tímido incapaz de calentar nada. El hambre nos tenía molestos, pero el frío mucho más, a tal punto que ya no podíamos estar recostados mirando las cuatro brasas de nuestro fogón. Hubo que levantar campamento y seguimos en la oscuridad. Al principio, para entrar en calor, iniciamos un paso ligero, pero nuestra respiración se hizo anhelosa al poco rato. Debajo de la campera sentía el sudor que me corría pero tenía los pies insensibles y el vientecito que daba en la cara cortaba como cuchillo. A las dos horas estábamos prácticamente rendidos; el reloj marcaba las 12.30. Calculando con mucho optimismo, nos quedaban cinco horas de noche. Nueva deliberación y nueva prueba de dormir con nuestras mantas. A los cinco minutos seguíamos viaje. Bien de noche era todavía cuando un faro se vio a lo lejos; no era cosa de entusiasmarse demasiado con las posibilidades de que nos alzara, pero por lo menos podríamos ver el camino. Y así fue: un camión pasó indiferente a nuestros histéricos reclamos, y su estela de luz alumbró un campo yermo, sin una mata o una casa. Después es todo confuso, cada minuto era más lerdo que el precedente, y los últimos tenían magnitud de horas. Dos o tres veces el lejano ladrido de algún perro nos dio algo de esperanza, pero la noche cerrada no mostraba nada y los perros se callaban o estaban en otra dirección.

»A las seis de la mañana, alumbrados por la gris claridad de la madrugada, avistamos dos ranchos junto a la orilla del camino. Los últimos metros los hicimos a paso de carga, como si no tuviéramos ningún peso en el lomo. Nunca nos pareció que nos atendieran con tanta amabilidad, ni el pan que nos vendieron junto con un pedazo de queso, tan rico, ni el mate

tan reconstituyente. Para esa gente sencilla, ante la que Alberto esgrimió su título de "doctor", éramos una especie de semidioses. Semidioses venidos nada menos que de la Argentina, el maravilloso país donde está Perón y su mujer, Evita, donde todos los pobres tienen las mismas cosas que los ricos, y no se explota al pobre indio, ni se lo trata con la dureza con que se lo hace en estas tierras. Tenemos que contestar miles de preguntas relativas a nuestra tierra y su modo de vida. Con el frío de la noche, todavía instalado en nuestros huesos, la imagen de la Argentina se convierte en una visión halagadora de un pasado de rosas. Seguidos por la amabilidad retraída de los "cholos" nos vamos hacia el lecho seco de un río que pasa cerca y allí tendemos nuestras mantas y dormimos acariciados por el sol que sale.

»A las doce reiniciamos la marcha, con la moral alta, olvidados de las penurias de la noche pasada, para seguir el consejo del viejo Viscacha.³⁰ El camino es largo, sin embargo, y pronto las interrupciones se suceden con notable frecuencia. A las cinco de la tarde nos paramos a descansar, mientras observamos indiferentemente la silueta de un camión que se va acercando; como siempre, se dedicará al transporte del ganado humano que es el negocio que más da. De pronto, ante nuestra sorpresa, el camión para y vemos al guardia civil de Tacna que nos saluda amablemente y nos invita a subir; por supuesto, la invitación no debió ser repetida muchas veces. Los aimarás nos miran con curiosidad, pero no se atreven a preguntar nada; Alberto inicia conversación con varios de ellos, que hablan muy mal el castellano. El camión sigue subiendo los cerros en medio de un panorama de una absoluta desolación, donde apenas los churqui espinosos y raquíuticos dan cierta apariencia de vida al ambiente. Pero, de pronto, el quejido con que refunfuña por la trepada se troca en un suspiro de alivio y tomamos la horizontal. En ese momento entramos en el pueblo de Estique, y el panorama es maravilloso; nuestros ojos, extasiados, quedan un rato fijos en el panorama que se extiende ante nuestra vista, y en seguida tratamos de averiguar el nombre y el porqué de todas las cosas, pero los aimarás apenas si entienden algo y nos dan alguna que otra indicación en un embarullado castellano, lo que presta más emotividad al ambiente. Allí estamos en un valle de leyenda, detenido en su evolución durante siglos, y que hoy nos es dado ver a nosotros, felices mortales, hasta allí saturados de la civilización siglo xx. Las acequias de la montaña —las mismas que hicieron construir los incas para bienestar de sus súbditos— resbalan valle abajo formando mil cascaditas y entrecruzándose con el camino que desciende en espiral; al

30. Personaje de *Martín Fierro*, libro del escritor argentino José Hernández.

frente, las nubes bajas topan las cimas de las montañas, pero en algunos claros se alcanza a ver la nieve que cae sobre los altos picos, blanqueándolos poco a poco. Los diferentes cultivos de los pobladores, cuidadosamente ordenados en los andenes, nos hacen penetrar en una nueva rama de nuestros conocimientos botánicos: la oca, la quinua, la canihue, el rocto, el maíz, se suceden sin interrupción. Los personajes ataviados en la misma forma original que los del camión están ahora en su escenario natural; visten un ponchito de lana ordinaria, de colores tristes, un pantalón ajustado que sólo llega a media pierna y unas ojotas de cáñamo o cubierta vieja de automóvil. Absorbiendo todo con nuestra mirada ávida seguimos valle abajo hasta entrar en Tarata, que en aimará significa vértice, lugar de confluencia, y que tiene bien puesto el nombre porque allí acaba la gran V que forman las cadenas de montañas que lo custodian. Es un pueblito viejo, apacible, donde la vida sigue los mismos cauces que tuviera varios siglos atrás. Su iglesia colonial debe de ser una joya arqueológica porque en ella, además de su vejez, se nota la conjunción del arte europeo con el espíritu del indio de estas tierras. En las callecitas estrechas del pueblo, con sus calles de empedrado indígena y de enormes desniveles, sus cholos con los chicos a cuestras... en fin, con tanta cosa típica, se respira la evocación de los tiempos anteriores a la conquista española; pero esto que tenemos enfrente no es la misma raza orgullosa que se alzara continuamente contra la autoridad del inca y lo obligara a tener permanentemente un ejército sobre esas fronteras, es una raza vencida la que nos mira pasar por las calles del pueblo. Sus miradas son mansas, casi temerosas y completamente indiferentes al mundo externo. Dan algunos la impresión de que viven porque eso es una costumbre que no se pueden quitar de encima. El guardia nos lleva a la policía y allí nos dan alojamiento y unos policías nos invitan a comer algo. Recorremos el pueblo y nos acostamos un rato, ya que a las tres de la mañana salimos rumbo a Puno en un camión de pasajeros que nos lleva gratis por conducto de la Guardia Civil.»

En los dominios de Viracocha

«A las tres de la mañana las mantas de la policía peruana habían demostrado su idoneidad sumiéndonos en un calorcito reparador, cuando las sacudidas del agente de guardia nos puso en la triste necesidad de abandonarlas para salir en camino rumbo a Llave. La noche era magnífica pero muy fría, y a manera de privilegio nos dieron ubicación sobre unas tablas, debajo de las cuales la grey hedionda y piojosa, de las

que se nos quiso separar, nos lanzaba un tufo potente pero calentito. Cuando el vehículo inició su marcha ascendente nos dimos cuenta de la magnitud del privilegio... que nos habían concedido: del olor no llegaba nada, difícil era que algún piojo fuera lo suficientemente atlético como para llegar al refugio, pero en cambio el viento entraba de una forma tal que espantaba, y a los pocos minutos estábamos totalmente helados. El camión trepaba continuamente de modo que el frío se hacía más intenso cada vez; nuestras manos tenían que salir del escondite más o menos abrigado para evitar la caída, y era difícil hacer el menor movimiento porque nos caíamos al interior del vehículo. Cerca del amanecer el camión se paró por la dificultad en el carburador que aqueja a todos los motores a esa altura; estábamos cerca del punto más alto del camino, es decir, casi a cinco mil metros, el sol se anunciaba por alguna parte y una claridad borrosa reemplazaba la oscuridad total que nos había acompañado hasta ese momento. Es curioso el efecto psicológico del sol: todavía no aparecía en el horizonte y ya nos sentíamos reconfortados, sólo de pensar en el calorcito que recibiríamos.

»A un costado de la carretera crecía un enorme hongo de forma semiesférica —único vegetal de la región— con el que prendimos un fueguito muy malo pero que sirvió para calentar el agua obtenida de un poco de nieve. El espectáculo ofrecido por nosotros dos tomando el extraño brebaje debía parecerle a los indios tan interesante como ellos a nosotros, porque no dejaron un momento de acercarse a inquirir en su media lengua la razón que teníamos para echar el agua en ese extraño artefacto. El camión se negaba redondamente a llevarnos, de modo que tuvimos que hacer como tres kilómetros a pie entre la nieve. Era algo impresionante ver cómo los callosos pies de los indios hollaban el suelo sin darle la menor importancia al asunto, mientras nosotros sentíamos todos los dedos de los pies yertos por causa del intenso frío, a pesar de las botas y medias de lana. Con el paso cansino y parejo, trotaban como las llamas en un desfiladero, de uno en fondo.

»Salvado el mal trance, el camión siguió con nuevos bríos, y pronto franqueábamos la parte más alta. Allí había una curiosa pirámide hecha de piedras irregulares y coronada por una cruz; al pasar el camión casi todos escupieron y uno que otro se persignó. Intrigados, preguntamos el significado del extraño rito, pero el más absoluto silencio nos rodeó.

»El sol calentaba algo y la temperatura era más agradable a medida que descendíamos, siempre siguiendo el recorrido de un río que habíamos visto nacer en la cumbre y ya estaba crecido. Los cerros nevados nos miraban desde todos los puntos y manadas de llamas y alpacas observaban, indiferentes, el paso del camión, mientras alguna incivilizada vicuña huía rápidamente de la presencia turbadora.

»En un alto de los tantos que hicimos en el camino, un indio se acercó todo tímido hasta nosotros acompañado de su hijo, que hablaba bien el castellano, y empezó a hacernos preguntas de la maravillosa tierra "del Perón". Con nuestra fantasía desbocada por el espectáculo imponente y maravilloso que recorriamos, nos era fácil pintar situaciones extraordinarias, acomodar a nuestro antojo las extraordinarias empresas "del capo" y llenarles los ojos de asombro con los relatos de edénica hermosura de la vida en nuestras tierras. El hombre nos hizo pedir por el hijo un ejemplar de la constitución argentina con la declaración de los derechos de la ancianidad, lo que le prometimos con singular entusiasmo. Cuando seguimos el viaje, el indio viejo sacó de entre sus ropas un choclo muy apetitoso y nos lo ofreció. Rápidamente dimos cuenta de él con democrática división de granos para cada uno.

»Al mediar la tarde, con todo el cielo nublado lanzándonos su peso gris sobre la cabeza, atravesamos un curioso lugar en que la erosión había transformado las enormes piedras del borde del camino en castillos feudales con torres almenadas, extrañas caras de mirar turbador y cantidad de monstruos fabulosos que parecían custodiar el lugar, cuidando de la tranquilidad de los míticos personajes que sin duda lo habitarían. La tenue llovizna que azotaba nuestras caras desde un rato antes empezó a tomar incremento y se convirtió a poco en un buen aguacero. El conductor del camión llamó a los "doctores argentinos", y nos hizo pasar a la "caseta", es decir, la parte delantera del vehículo, el sumum de la comodidad en esas regiones. Allí inmediatamente nos hicimos amigos de un maestro de Puno a quien el gobierno había dejado cesante por ser aprista. El hombre, que tenía sangre indígena, además de aprista —lo que para nosotros no tenía interés alguno— era un indigenista versado y profundo que nos deleitó con mil anécdotas y recuerdos de su vida de maestro. Siguiendo la voz de su sangre había tomado parte por los aimarás en la discusión interminable que conmueve a todos los estudiosos de la civilización de la región, en contra de los cayas, a quienes calificaba de más ladinos y cobardes. El maestro nos dio la clave del extraño proceder de nuestros compañeros de viaje: resulta que el indio deja siempre a la Pachamama, la madre tierra, todas sus penas al llegar a la parte más alta de la montaña, y el símbolo de ellas es una piedra que va formando las pirámides como la que habíamos visto. Ahora bien, al llegar los españoles como conquistadores a la región trataron inmediatamente de extirpar esa creencia y destruir el rito con resultados nulos; los frailes decidieron entonces "correrlos para el lado que disparan" y pusieron una cruz en la punta de la pirámide. Esto sucedió hace cuatro siglos (ya lo narra Garcilaso de la Vega) y a juzgar por el número de indios que se persignaron no fue mucho lo que ganaron los religiosos. El

adelanto de los medios de transporte ha hecho que los indios reemplacen la piedra por el escupitajo de coca, donde sus penas adheridas van a quedarse con la Pachamama.

»La voz inspirada del maestro adquiría sonoridad extraña cuando hablaba de sus indios, de la otrora rebelde raza aimará, y caía en profundos baches al referirse al estado actual del indio idiotizado por la civilización y por sus compañeros impuros —sus enemigos más acérrimos—, los mestizos, que descargan sobre ellos todo el encono de no ser nada definido. Hablaba de la necesidad de crear escuelas que orienten al individuo dentro de la sociedad de que forma parte y lo transforme en un ser útil, de la necesidad de cambiar todo el sistema actual de enseñanza que, en las pocas oportunidades en que educa completamente a un individuo (que lo educan según el criterio del hombre blanco), lo devuelve lleno de vergüenzas y rencores; inútil para servir a sus semejantes indios y con gran desventaja para luchar en una sociedad que le es hostil y que no quiere recibirlo en su seno. El destino de esos infelices es vegetar en algún oscuro puesto de la burocracia y morir con la esperanza de que alguno de sus hijos, por milagrosa acción de “la gota” conquistadora que ahora llevan en su sangre, consiga llegar a los horizontes que él anheló y que llena hasta el último momento de su vida. En las extrañas flexiones de la mano convulsa se adivinaba toda una confesión del hombre atormentado por sus desdichas y también el mismo afán que él atribuía al hipotético personaje de su ejemplo. Y acaso no era el típico producto de una “educación” que hiere a quien la recibe de favor, sólo por el hecho de manifestar el mágico poder de aquella “gota”, aunque ésta sea la que porta una mestiza indigna vendida a los dineros de un cacique o provenga de una violación que el señor borracho se dignó ejercer sobre su criada indígena.

»Pero ya el camino acababa y el maestro dejó su charla. El camino dio una curva y cruzamos el puente sobre el mismo anchuroso río que en la madrugada fuera un arroyito. Llave estaba allí.»

Aquí termina lo titulado por Ernesto «Dominios de Viracocha».

Llegaban al pueblo de Llave, donde estuvieron apenas el tiempo necesario para subir a un camión y dirigirse a Puno. Esta localidad está edificada a la orilla del lago Titicaca. Dice en el diario Ernesto:

«Puno tiene como principal mérito el estar junto al lago Titicaca, pero sólo se aprecia desde el muelle una pequeña parte de su extensión. Hay barcos de regular calado que lo cruzan en dirección a Bolivia y viceversa. Tratamos de salir en bote para apreciar bien el tamaño de toda la masa líquida,

pero el precio nos contuvo. Visitamos la catedral, que tiene un frente muy bonito de estilo barroco, y tras de leer algo en la biblioteca, fuimos al cuartel para hablar con el comandante. Nos dieron de comer muy bien y nos dieron el "olivo", aduciendo que el comandante no quería alojar a ningún civil en el cuartel, por orden superior, cuento viejo.»

Puno es el mayor puerto lacustre del Perú y el lago Titicaca es uno de los lagos que está a mayor altura del mundo (cerca de los cuatro mil metros). No tenían en Puno nada importante que hacer, de manera que en cuanto pudieron, salieron con rumbo al Norte llegando a Suboca a la una de la tarde. Se lee en el diario:

«Como siempre, fuimos a "pescar" a la comisaría, donde nos encontramos con un sargento primero borracho hasta la médula que nos llevó a tomar cerveza. Yo tenía unas ganas bárbaras de comer, así es que cada vez que me llamaba flojo, rápido la cerveza, yo insistía en que era porque en la Argentina se toma comiendo, pero no picaba. Al fin sacó el revólver y se mandó un balazo contra la pared. El resultado fue que la dueña se quejó a un teniente, el que vino con la santa determinación de salvar al sargento, y de modo que se puso a conversar con él, y cuando salíamos el milico preguntó en medio de una gran mueca, que significaba algo así como: avíate, "che, argentino, ¿no te quedan más cuetes?".³¹ Alberto se animó y contestó que no, mientras que el sargento tapaba con su gorra el hueco que había dejado la bala. "Usted estaba equivocada, señora, fue un cuete lo que se hizo estallar." El teniente finalizó la cuestión.

»Mientras nosotros nos escabullíamos, pues nos habían avisado que un camión se iba con rumbo a Cuzco. El viaje ese día fue en realidad hasta un pueblito llamado Ayacuni, donde como de costumbre fuimos a la Guardia Civil, que nos alojó en un hotel por cuenta del soldado de guardia. A las ocho de la mañana seguíamos en el mismo camión rumbo a Sicuani, viaje largo y enredado que terminó a las cuatro de la tarde, en el que tuvimos que soportar lluvias y fríos en abundancia.»

Durmieron en la Guardia Civil y a la mañana siguiente un camión los alzó para ir a Cuzco.

Según Ernesto:

«El viaje tuvo las características de los anteriores, lluvias, frío, apretujamiento y por fin llegar a Cuzco, donde nos esperaba una larga discusión con el camionero que quería cobrar-

31. Cohetes.

nos el pasaje, al final intervino un guardia civil que lo obligó a dejarnos ir [...].

»Este nuevo día teníamos que movernos para aprovechar nuestra estadía en Cuzco.

»Nos encaminamos a la catedral donde admiramos algunos cuadros muy buenos y un coro magnífico, todo tallado en madera de cedro, representando escenas de los santos. Es una lástima que el terremoto que asoló Cuzco en 1950 haya desgajado todos los marcos rajando las paredes y volteando los campanarios. El general Franco ofreció reconstruir todas las iglesias dañadas, promesa que está cumpliendo en la catedral, donde uno de los campanarios, el que sostiene la formidable María Arzola, ya está reconstruido. La María Arzola recibe el nombre de la matrona que la donó, mide más de dos metros de alto y tiene veintisiete kilos de oro en su mole inmensa.»

Como siempre, Ernesto no pierde la oportunidad de ir a recrearse en la Biblioteca Nacional. Allí lee con entusiasmo *La ciudad perdida de los incas*, célebre libro escrito por Hiram Bingham.

En Cuzco se entrevistan con el doctor Hermosa, médico del lugar que había estudiado en la República Argentina. Él promete alojarlos en el hospital y llevarlos a conocer las minas y conseguirles pasajes para Machu Pichu. Gracias al doctor Hermosa, quien les manda un chófer con su automóvil, pueden conocer un pequeño pueblito llamado Olletactembo, donde se encuentran magníficas ruinas de los incas. Se lee en su diario:

«Nos reciben dos grandes portales típicamente incas y de allí se aprecia toda la magnificencia de las ruinas incaicas. Bordeadas por la fila de dos cerros que se desploman a pico, está la ladera erizada de senderos de piedras y coronada por inmensos bloques de granito que se yerguen en su cima. Los senderos, que podían ser tomados por ataques laterales, están igualmente defendidos por construcciones de piedra, se explica de esta manera que la posición fuera considerada inexpugnable en su época. Vagando por sus ruinas nos parece estar en cierta manera identificados con el espíritu de los antiguos pobladores, con el indómito Manco Segundo, que fue vencido tras ardorosa lucha por las tropas españolas de Pizarro.»

Regresan al Cuzco por el precioso camino del valle del Inca, y una vez en la ciudad vuelven a la biblioteca para empaparse bien sobre la cultura incaica.

Según su libro de viaje, el 5 de abril de 1952, a las ocho de la mañana, parte con Alberto Granado hacia Machu Pichu en un tren lento que va trepando en medio de una calma chicha. El espectáculo es magnífico, las montañas altísimas

cubiertas de niebla y el río Vilcamata corriendo a sus pies, tumultuoso, en medio de una espesa vegetación que todo lo cubre.

Tanto Alberto como Ernesto no se perdían ninguna oportunidad de jugar un partido de fútbol, y la encuentran en Machu Pichu, cuando el dueño del hotel en que se hospedan, sabiendo que ellos eran argentinos, arma un pequeño partido con gente del lugar. El hotelero era un hombre bastante instruido y Ernesto conversa largamente con él sobre la civilización incaica. *El imperio socialista de los incas*, de Lowis Boudin, atrae a Ernesto y Alberto, quienes se enfrascan en su lectura. Al día siguiente ambos van a visitar las ruinas de la fortaleza de Huaina Pichuc.

Estaban en medio de las más altas montañas del Perú y frente a una de las maravillas arquitectónicas del mundo. Se comprende con qué afán visitaron aquellas antiquísimas ruinas que tanto habían soñado llegar a conocer. El viaje de regreso en tren hacia el Cuzco se hace tedioso, lleno de paradas prolongadas. Una vez en esta vieja ciudad el domingo al mediodía van a la plaza a oír el tañido de la María Arzola, que sonaba por primera vez desde el terremoto. Describe así Ernesto lo que observó ese día:

«Con ese motivo se hizo una fiesta en la que en honor de España, que había mandado edificar la torre de la catedral, se entonó... ¡el himno republicano! El efecto fue muy bueno, en medio de la música se oía la voz desesperada del obispo que gritaba por el micrófono: “¡No, no, paren!” Y la indignada del arquitecto que dirigió la construcción: “¡Dos años trabajando para que nos toquen eso!” Fue en realidad un efecto formidable.»

Esa tarde todo el Cuzco iba a presenciar la procesión del Señor de los Temblores dentro del marco colonial cuzqueño. Así lo vio Ernesto:

«No es más que un Cristo retinto que pasan por la ciudad, lo hacen venerar en todos los templos importantes, una nidada de gandules rivalizan en tirar al paso del Cristo puñados de una florecita colorada que los naturales llaman ñujchuc y que crece abundantemente en las laderas de los cerros cercanos. El rojo violento de las flores junto con el bronceado subido del Señor de los Temblores y el plateado del altar donde se lo lleva forman una armoniosa conjunción que da el tinte de una fiesta pagana a la procesión, sumado a ello los trajes multicolores de los indígenas, como expresión de una cultura o tipo de vida que mantiene valores vivos, contrasta con las vestimentas europeizadas de una serie de indios que, portando estandartes, marchan a la cabeza de la columna.

Los rostros cansados y melindrosos parecen ser una imagen de la de aquellos incas que, desoyendo el llamado de Manco Segundo, se plegaron al vencedor Pizarro y ahogaron su estirpe en la degradación del vencido.»

Debieron permanecer varios días en el Cuzco a la espera de algún vehículo que los transportase. Su destino era Lima, pero su estado económico les impedía usar otro medio para viajar que no fuera los camiones o algún que otro automovilista que se ofreciese a llevarlos.

El 10 de abril consiguen un vehículo y parten rumbo a Huancayo. Pasan por la pequeña ciudad de Abancay y luego por Huancarama. Ernesto está sufriendo las consecuencias de un serio ataque de asma. Granado hace de médico. Una inyección de adrenalina le produce un shock; pero ellos siguen adelante buscando el lazareto de Huambo, adonde llegan poco después. Ernesto anota:

«Realmente la gente que está a cargo de eso cumple una labor bastante meritoria, pero el estado general es desastroso. En un pequeño reducto de menos de media hectárea, del cual dos tercios corresponden a la parte enferma, transcurre la vida de esos condenados que, en número de treinta y uno, esperan como liberación la muerte.»

Pero no para ahí la investigación sobre lazaretos. Por la tarde, a pesar del asma que lo maltrata a Ernesto, van a visitar otro donde comprueban varias deficiencias: falta de lavatorios, de sala de cirugía y ubicado en un lugar asolado por los mosquitos.

Querían seguir hacia Huancayo, pero no encontraban quien los llevara. Ya no eran muy bien recibidos ni en el hospital ni en la comisaría, debido a que su permanencia había sido demasiada larga. Relata así Ernesto:

«Después de dar unas vueltas nos encaminamos al hospital con la secreta esperanza de que hubiera un poco de desayuno, esperanza que fue miserablemente arrastrada por el suelo, pisoteada y ensangrentada cuando la cocinera nos despidió en mala forma, diciendo que el administrador había dado orden de que no nos dieran de comer. Salimos del hospital dispuestos a no volver ya y esperamos pacientemente en la comisaría que el alférez repitiera su oferta, por supuesto que se hizo humo y ayunamos todo el día en gran estilo.»

Por fin, después de estar cuatro días en Huancayo, y al final, hambreado, consiguen que un camión los lleve a Ayacucho, ciudad a la que llegan habiendo tenido como alimento sólo un par de naranjas para cada uno, ración bastante pobre

teniendo en cuenta que nada bien habían comido en Huancaayo.

El final de esa etapa debía ser Lima, y siempre soportando fríos inmensos y fuertes lluvias que los empapan, van atravesando en camiones que los llevan gratis pequeñas poblaciones. Dejan atrás: La Merced, San Luis, Ocsapampa, San Ramón, Tarma. Son largos días de marcha durante los cuales apenas si comen y, por fin, el 30 de abril se hacen presentes en Lima. Allí conocieron al doctor Pesce, célebre médico leprólogo, conocido mundialmente, y de quien sabían, a través del recorrido que habían hecho, que era una persona de gran reputación en Perú, un verdadero «maestro» como lo llamaban, versado en lepra, fisiología, política y filosofía. Según Ernesto, poseía una cultura marxista formidable y una gran habilidad dialéctica.

Hizo amistad con el doctor Pesce y posteriormente tuvo correspondencia con él.

Permanecieron en Lima alrededor de veinte días. En ese lapso de tiempo se dedicaron a conocer toda su parte arquitectónica y los alrededores de la ciudad. El museo arqueológico fue uno de los paseos favoritos.

El dispensario donde estaban los enfermos de lepra fue visitado por ellos muchas veces y tuvieron ocasión de asistir a muchos de los enfermos. Cuando se fueron, éstos les hicieron una cálida despedida.

Estaba en los planes de Ernesto y Alberto visitar el lazareto de San Pablo, instalado en plena selva tropical sobre el río Amazonas. Llevaban cartas de recomendación del doctor Pesce para las autoridades de este dispensario. Para llegar al lazareto de San Pablo tenían que atravesar la cordillera de los Andes, el altiplano y una llanura boscosa hasta llegar al río Ucayali, para bajar por este río al Amazonas. Con esta intención partieron de Lima el día 18 de mayo de 1952. Para no perder la costumbre viajaban en camión. Los alrededores de Lima son muy montañosos; la mayoría de los caminos, tipo cornisa, son peligrosos. El camión que los llevaba iba a gran velocidad, y mientras bordeaba un precipicio perdió una rueda delantera. Por milagro no se volcó; quedó atravesado en el estrecho camino y a un tris de caer al abismo. En tales circunstancias el tránsito quedó detenido hasta que consiguieron colocar el camión a un costado de la ruta. Siguieron por la montaña, subiendo empinadas cuestas y bajando por profundas quebradas. Una lluvia pertinaz caía en toda la región, y como consecuencia quedaron empantanados una buena cantidad de camiones y automóviles.

Como asistieron a un soldado que se había herido en la cara, consiguieron un salvoconducto militar para atravesar todos los puestos policiales sin que se les exigiera documentación.

Así cruzaron la parte montañosa del Perú y el altiplano. Los caminos estaban intransitables. En algunas partes los pantanos los detenían y tuvieron que sortearlos o atravesarlos hasta llegar al llano, en donde una inmensa selva tropical todo lo invadía. Entre apretados bosques llenos de lianas y helechos fueron pasando por tierras cultivadas con café, té, mandioca, plátanos, papayas y otras plantas tropicales. Caminaban rumbo al Este buscando el puerto de Pucallpa, ciudad importante edificada sobre el río Ucayali, en plena selva amazónica del Perú. Como esta ciudad es el centro comercial más grande de la zona, allí llegan medianos y pequeños barcos que surcan las aguas del profundo río, llevando toda clase de productos tropicales, especialmente frutas y maderas. En cuanto llegaron a esta ciudad averiguaron si salía algún barco para Iquitos.

El poblado era casi todo de construcción rudimentaria, hecho con maderas del lugar y muchas de sus calles en pendiente y sin pavimentar. A la pintoresca arquitectura se unía un enjambre de gente de la más variada composición social: comerciantes, marineros, peones obrajeros, capataces, camioneros. Todos ellos, en profusa confusión, solían juntarse en los piringundines, donde se bebía y se bailaba al compás de algún viejo gramófono. Algunos policías y militares uniformados completaban el conjunto.

Ese mismo día consiguieron dos pasajes en la lancha *La Tenepa*. Habían pagado pasaje de tercera, pero el capitán les prometió llevarlos de «primera». Después de un breve baño en el río, se embarcaron en la lancha rumbo a Iquitos.

El río Ucayali, muy tortuoso, que corre deslizándose entre una verdadera maraña vegetal, se junta con el río Marañón, formando ambos el caudaloso Amazonas. Sobre las márgenes de este río está edificada la ciudad de Iquitos, capital del departamento de Loreto. Su puerto se considera el de mayor importancia fluvial del Perú y allí convergen infinidad de barcos llevando toda clase de productos hasta esta capital. Es sin duda el mayor emporio económico de la zona.

El río Amazonas, después de recibir las aguas del río Nape, que baja de los contrafuertes de la cordillera de los Andes, sigue hacia el este para internarse en el Brasil. Ya en territorio de Colombia recibe las aguas del Putumayo, que marca el límite entre el Perú y Colombia.

La Tenepa era una lancha de dos pisos y llevaba acoplado un lanchón con carga de leña y cerdos, entremezclados con los pasajeros de tercera. Su pasaje estaba constituido por comerciantes de madera, productores de caucho, algunos turistas y algún que otro aventurero suelto. En las orillas del Ucayali están ubicados varios puertos pequeños que no tienen otra comunicación con el mundo que esta vía fluvial. La navegación se hacía lenta y tediosa y duró varios días. Mientras tanto,

van pasando entre grandes bosques de guayabas, mangos, naranjos, palo rosa, quinilla y dejando atrás paisajes de exuberante belleza. El río, muy bajo en esa zona, obliga a tantear el fondo despachando delante un chinchorro. Y así, el 1.º de junio, después de varios días de navegación, atracan en el puerto de Iquitos. Acababan de llegar a una ciudad de cincuenta mil habitantes, que en épocas de la guerra tuvo gran esplendor gracias a la exportación de caucho. Cuando ellos llegaron a Iquitos ya había perdido su fuerza comercial al sustituirse el caucho por productos sintéticos; se notaba un principio de decadencia.

Allí aprovecharon para escribir y despachar correspondencia a la Argentina.

Tuvieron ocasión de visitar hospitales y el servicio de lepra y ponerse en contacto con profesionales de la medicina.

El día 6 de junio parten rumbo al lazareto de San Pablo, que está en las márgenes del Amazonas. Habían conseguido pasajes en una pequeña lancha llamada *El Cisne* y dos días después llegan al lazareto de San Pablo.

Beatriz, la tía de Ernesto, recibe una carta de éste fechada en Iquitos el 1.º de junio, parte de ella la reproduzco aquí:

«... de paso te voy a hacer una confesión. Lo que puse sobre los cazadores de cabezas, etc., era mentira. Parece que desgraciadamente el Amazonas es tan seguro como el Paraná y el Putumayo como el Paraguay³² de modo que no te voy a poder llevar de regalo una cabecita como era mi deseo, en fin supongo que sabrás perdonar a tu amantísimo sobrino que víctima de la impetuosidad de su corta edad hizo planes descabellados. También pensaba lucir mis cualidades de mártir en medio de las fiebres palúdica y amarilla y resulta que tampoco hay más, es desesperante.»

Esto le escribía a su tía Beatriz para no alarmarla, pero a nosotros, en cambio, recuerdo que en alguna carta que recibimos de Ernesto nos decía, siempre en tono de broma, que no nos asustásemos si no teníamos noticias suyas en breve plazo, pero que si tardasen estas noticias más de un año en llegar, que buscásemos sus cabezas reducidas en algún museo de Estados Unidos, porque atravesarían zonas habitadas por los jíbaros, célebres cazadores de cabezas y que como era sabido no perdonaban ocasión de ejercitar su arte.

La carta estaba escrita en tono de broma, pero lo que era cierto es que los jíbaros existían y que realmente eran cazadores de cabezas, las cuales reducían por métodos que aún no están perfectamente conocidos. Las cabezas de tamaño natural de sus enemigos, las achicaban al tamaño de una naranja,

32. Se refiere a la zona norte argentina, que está muy poblada.

sin que perdieran sus características. Y también era cierto que según su itinerario, tendrían que atravesar esas zonas que corresponden al Perú y al Brasil sobre el río Amazonas.

La fiebre amarilla y la fiebre palúdica, se las consideró endémicas en esos parajes.

En la carta para Beatriz, dice:

«Yo salgo mañana en un barco que tarda tres días en llegar a San Pablo, allí estaremos una semana en el leproserío y desde este punto a Leticia es un día de viaje, de modo que si no consigo transporte inmediato para seguir viaje, me puedo juntar con alguna carta escrita a ese punto.

»En lo referente al ofrecimiento de dinero te diré que soy lo bastante machito como para aguantármelas sin llorar la carta a ningún familiar, máxime sabiendo que la m/n³³ no sobra. Los dólares de Ercilia están intactos y en Lima nos ayudaron algo, de modo que no tenemos apuros económicos sobre los talones, aunque pudiera ser que nos viéramos obligados a trabajar en Colombia más adelante si las cosas siguen como hasta ahora, no creo porque vamos a salir del Perú con algunos pesos más de los que teníamos cuando entramos. Lo que sí necesitaría es un favor de ustedes: que me envíen a la dirección que pongo abajo (se ruega hacerme caso) lo que sigue: un vaporizador de Yanal³⁴ y ampollas del mismo. Hay que recordar esto: *no tengo asma*, pero no hay este producto en el Perú y probablemente en Colombia y es mucho mejor que los de aquí.»

Sigue la carta de Ernesto:

«La navegación del Putumayo (lo pescaste en el mapa) tarda alrededor de un mes que será el tiempo que pasen sin noticias mías, siempre que no colemos en algún avión que vaya a Bogotá o por lo menos a puerto Leguisamo, con lo que nos ahorraríamos la navegación de ese río que es algo tediosa.»

Es bueno recordar aquí que el Putumayo es un gran río que nace en las montañas de Colombia y desemboca en el río Amazonas, después de servir de límite entre Ecuador y Colombia, y entre Perú y Colombia. Si hubieran remontado este río habrían tenido que recorrer más de mil doscientos kilómetros.

Sigue la carta de Ernesto:

«Si la suerte nos ayuda yo me volveré a fines de julio o

33. Moneda nacional.

34. Antiasmático.

principios de agosto (1952), si no, no puedo decirles cuándo admirarán la poderosa barba que me ha salido en los seis meses de viaje.»

Y se despide como siempre con besos y cariños para toda su familia.

Y no era sólo a su tía Beatriz a quien trataba de tranquilizar; también lo hacía con nosotros. En carta fechada en Iquitos el 4 de junio de 1952 y dirigida a mí, compara el sitio por donde van pasando, con Misiones. Dice:

«Las orillas de los grandes ríos están colonizadas en su totalidad, para encontrar tribus salvajes es necesario internarse profundamente en los afluentes —de los afluentes de estas zonas— viaje que por lo menos esta vez no pensamos hacer; las enfermedades infecciosas han desaparecido completamente a pesar de lo cual estamos vacunados contra la fiebre tifoidea y amarilla y llevamos una buena cantidad de atebrina y quinina.»

Ya en el tema de su especialidad me dice que:

«Abundan muchísimo las enfermedades por trastornos metabólicos provocados por la deficiente capacidad nutritiva de la selva, algo que a nosotros no nos preocupa porque en el peor de los casos estas enfermedades no son producto de una semana de carencia vitamínica que sería el tiempo máximo de nuestras privaciones alimenticias, en el caso de ir por el río, lo que todavía no sabemos a ciencia cierta ya que nos tiramos el lance de que viajemos en avión a Bogotá o por lo menos a Leguisamo, y aquí ya hay carreteras y esto no por lo peligroso del viaje sino por ahorrarnos un mango que a mí me puede ser precioso más adelante. A medida que nos alejamos de los centros científicos donde nos podrían dar algunas revolcadas, nuestro viaje adquiere caracteres de acontecimiento para el personal de los dispensarios antileprosos de la zona y nos tratan con un respeto digno de los dos investigadores que lo visitan, el viento de la leprología se me ha metido con alguna intensidad y no sé por cuánto tiempo. Es que despedida como la que nos hicieron los enfermos del leprosorio de Lima es de las que invitan a seguir adelante: nos regalaron un calentador Primus, juntaron entre ellos cien soles, que para ellos con sus condiciones económicas, es una barbaridad, y varios se despidieron con lágrimas en los ojos. Todo el cariño depende de que fuéramos sin guardapolvo ni guantes, les diéramos la mano como a cualquier hijo de vecino y nos sentáramos entre ellos a charlar de cualquier cosa o jugáramos al fútbol con ellos. Tal vez te parecerá una compadrada sin objeto, pero el beneficio psíquico que es para uno

de estos enfermos tratados como animal salvaje, el hecho de que la gente los trate como seres normales es incalculable y el riesgo que se corre es extraordinariamente remoto. Hasta ahora todo el personal científico contagiado es un enfermero de la Indochina que convivía con sus enfermos y un celoso fraile por el que no pongo las manos en el fuego.»

He transcrito totalmente este párrafo porque da una idea cabal de cuál era, tanto para Granado como para Ernesto, la moral que les imponía el deber de la solidaridad humana con aquellos pobres enfermos abandonados casi por completo por la sociedad que los había visto nacer, la que los enclaustraba en un lazareto, más como recaudo para evitar su contagio que con fines curativos.

Y aquí recuerdo las frases del padre Cuchetti, quien me decía que como sacerdote admiraba lo que hacían estos muchachos, cosa que a pesar de su cargo eclesiástico, confesaba que le hubiera sido imposible hacer.

La carta de Ernesto sigue:

«Desde que entramos a territorio extranjero no saqué el revólver ni para limpiarlo, y si no nos atacan los guerrilleros colombianos, no veo que haya necesidad de hacerlo. En vez de venirme para acá a seguirnos,³⁵ sería bueno que rajaras para Venezuela cuanto antes, no sos el tipo ideal para ahorrar plata pero algún dólar que te quede olvidado en el bolsillo son treinta pesos y siempre es algo.

»Yo que vos quemaba las naves y le metía con todo, en general se coincide en que Colombia y Venezuela son los dos países ideales para hacer plata en las condiciones actuales del continente. Por plata para nosotros no te preocupes, vamos a salir del Perú con más de la que entramos, después de vivir dos meses y recorrerlo íntegramente de punta a punta, y sobre todo, en general se coincide en que podemos trabajar en cualquier lugar. Sin ir más lejos en Lima Alberto tuvo dos ofertas de laburo.

»En este pueblo vamos a estar lo menos posible, de modo que deben escribir rápido, recién estos días tuve por primera vez algo de añoranza del hogar, pero fue una cosa efímera; verdaderamente tengo espíritu de trotamundos y no sería nada raro que después de este viaje me dé una vuelta por la India y otra por Europa. Con Alberto tenemos mil proyectos en el mate pero recién después de ver qué hay en Venezuela vamos a decidir. En general nuestro plan es que él se quede en Venezuela a juntar dólares y yo vaya a recibirme, pero

35. Estas palabras escritas por Ernesto en su carta se refieren a una carta mía en que le decía que temía por su integridad física, porque atravesarían regiones muy peligrosas y que fueran dejando huellas de su paso para que, en caso de que se perdieran, poder ir a buscarlos.

hay muchas variantes posibles. El tiempo que le daba a la vieja era así: si puedo me voy a principios de agosto para recibirme este año o a principios del que viene, si por cualquier razón no pudiera ir para esa fecha, seguiría vagando hasta marzo, en que iría a seguir los estudios, naturalmente que perdiendo este año, lo que dado el éxito del viaje sólo me importaría por el punto de vista económico, ya que pudiendo ejercer en algún país de éstos es muy fácil vivir de la alergia, porque nadie sabe un camino. Parece mentira que esa pequeña experiencia al lado de Pisani me pusiera a tantos kilómetros de distancia por encima del término medio alérgico [...].

»Desde Leticia escribiré anunciando cuál será el próximo punto a tocar. Bueno, viejo, espero que las cosas mejoren para vos y te puedas ir rápido a Caracas. Hasta que nos veamos allí un gran abrazo para vos y la vieja y otro para los chicos.»

EN EL LAZARETO DE SAN PABLO

Habían llegado en la madrugada del día 8 de junio de 1952, navegando por el río Amazonas hasta el lazareto de San Pablo. Era conocido en el mundo como uno de los sitios más inhóspitos donde se curaba a enfermos del mal de Hansen. Hasta allí habían viajado en un botecito con motor, llamado *El Cisne*, con capacidad para cuatro personas, pero iban dieciséis... Uno de los tripulantes del botecito era hermano de una de las enfermeras del lazareto de Iquitos, de modo que al llegar allí, ya estaban presentados. Las viviendas están construidas de madera de palma y algunas de cedro sobre altos pilotes de troncos para evitar que el desborde de las aguas del Amazonas tapasen sus viviendas. Los techos eran de paja.

La parte correspondiente a los enfermos se encontraba a alguna distancia de los consultorios médicos y viviendas de los mismos.

Del diario de Ernesto:

«Los leprosos viven todos en familia, con sus mujeres e hijos; existe una grandísima dificultad para separar a los hijos de sus padres, pues éstos están acostumbrados a ver la lepra a su alrededor ya antes de estar internados, han vivido en su mayoría en las márgenes del río Ucayali o Yaverí, donde la enfermedad es endémica, así que para ellos ésta constituye una vida normal y les parece absurdo que les quieran quitar los hijos. Con todo la luz de la comprensión se va abriendo camino por entre sus enmarañadas ideas y ya varios hijos de

enfermos se encuentran en la parte sana, en un preventorio, donde están en observación y al cuidado de una monja. Cuando llegan a una cierta edad en general, se les emplea en la colonia.»

En el lazareto estuvieron doce días. Según el diario de Granado y las cartas de Ernesto, casi todo el tiempo llovía copiosamente. Allí tuvieron ocasión de poner en práctica sus conocimientos sobre la lepra.

Tanto el director como los médicos los atendieron perfectamente bien. Aprovecharon para hacer una excursión a la selva donde habitaban los indios yaguas. En los momentos en que no trabajaban dentro del lazareto se dedicaban a la pesca, que es allí muy fácil de obtener y en forma muy profusa.

A los siete días de estar en el lazareto Ernesto cruzó a nado el Amazonas, que tiene allí un ancho de 1600 metros, tardando cerca de dos horas. Festejaron la hazaña.

En el lazareto pasaron varios días en permanente contacto con los leprosos sin demostrar el menor miedo al contagio. En esta forma se fueron ganando la simpatía y la amistad de aquellos pobres enfermos perdidos en el confín del mundo. Cuando los leprosos supieron que ellos debían seguir por el río Amazonas hasta Colombia, resolvieron fabricarles una balsa a la manera de las que usaban los habitantes del lugar, y así se creó la *Mambo Tango*.

La balsa tenía 2,80 metros de largo y constaba de doce palos atados por medio de lianas; en el centro le habían colocado un tabladillo cubierto con hojas de palmera.

Los enfermos les regalaron provisiones como para un mes: mantequilla envasada, queso en lata, salchichas, carne, garbanzos, harina, lentejas, etc., además queroseno, un farol, mosquitero, bananas, huevos y dos gallinas.

Todo el cuerpo médico, incluyendo su director, les había dado una cariñosa despedida y les iban a acompañar en el momento de la partida.

Durante casi todo el tiempo que estuvieron en el lazareto, según los diarios de Granado y Ernesto, les persiguió constantemente una nube de mosquitos y la lluvia se hizo presente todos los días.

Los enfermos también les hicieron una despedida emocionante.

En la balsa les habían pintado un cartel que colgaron en un palo, con el nombre de *Mambo Tango*. Los constructores les decían que ellos hubieran viajado gustosos río abajo.

Y por fin llegó el momento de despedirse del lazareto.

Transcribo aquí una carta de Ernesto fechada el día 6 de julio de 1952 en Bogotá, donde cuenta la llegada al lazareto y el recibimiento que les hicieron.

«Bogotá, 6 de julio de 1952.

»Querida vieja.

»Aquí estoy, unos cuantos kilómetros más lejos y algún peso más pobre, preparándome a seguir viaje rumbo a Venezuela. Primero que todo tengo que mandarte el que los cumplas muy feliz de rigor que lo hayas pasado siempre dentro del tiempo medio de la familia en cuestión felicitaciones, luego, seré ordenado te contaré escuetamente mis grandes aventuras desde que salí de Iquitos: la salida se produjo más o menos dentro del término establecido por mí, anduvimos dos noches con la cariñosa compañía de los mosquitos y llegamos a la madrugada al leprosorio de San Pablo, donde nos dieron alojamiento. El médico director, un gran tipo, simpático en seguida con nosotros y en general simpatizábamos con toda la colonia, salvo las monjas que preguntaban por qué no íbamos a misa, resulta que las administradoras eran las tales monjas y al que no iba a misa le cortan la ración todo lo posible (nosotros quedamos sin...,³⁶ pero los muchachos nos ayudaron y nos conseguían algo todos los días). Fuera de esta pequeña guerra fría la vida transcurría sumamente placentera. El 14³⁷ me organizaron una fiesta con mucha pisco una especie de ginebra que se trepa de lo lindo. El médico director brindó por nosotros y yo, que me había inspirado por el trago, contesté con un discurso muy panamericano que mereció grandes aplausos del calificado y un poco picado público asistente. Nos demoramos algo más del tiempo calculado pero por fin arrancamos para Colombia. La noche previa un grupo de enfermos se trasladó desde la parte enferma a la zona en una canoa grande, y que es la vía practicable y en el muelle nos dieron una serenata de despedida y dijeron algunos discursos muy emocionantes, Alberto que ya pinta, como sucesor de Perón se mandó un discurso demagógico en forma tan eficaz, que convulsionó a los homenajeados. En realidad fue éste uno de los espectáculos más interesantes que vimos hasta ahora: un acordeonista no tenía dedos en la mano derecha y los reemplazaba por unos palitos que se ataba a la muñeca, el cantor era ciego y casi todos con figuras monstruosas provocadas por la forma nerviosa de la enfermedad, muy común en las zonas, a lo que se agregaba las luces de los faroles y linternas sobre el río. Un espectáculo de película truculenta. El lugar es precioso todo rodeado de selvas con tribus aborígenes a apenas una legua de camino, las que por supuesto visitamos, con abundante pesca y caza para morfar en cualquier punto y con una riqueza potencial incalculable, lo que provocó en nosotros todo un lindísimo sueño de atravesar la

36. Palabra ininteligible.

37. Día de su cumpleaños.

La máxima expresión de lo que se plasmaba en el pensamiento de Ernesto la encuentro en una carta que recibimos fechada en la India y que en uno de sus párrafos dice: «Se ha desarrollado en mí el sentido de lo masivo en contraposición a lo personal, soy el mismo solitario que era, buscando mi camino sin ayuda personal, pero tengo ahora el sentido de mi deber histórico...»

AIR-INDIA

International

Fecha un lugar de la India

Querido Diego

Los viajes que he hecho en estos últimos años por el mundo hoy en una forma que cuenta toda una filosofía. Hablando de problemas políticos y económicos, dando frutos, dando la mano que falta en parte una paz, y después de cada uno de mis viajes me voy a pensar que a pesar de estar a la sombra de una pirámide o sobre el concepto de Tutankhamon. Además, mis ideas a guisa de un viaje han por un conflicto que significa mental de los que tengo yo.

Egipto fue un viaje diferencial de forma unificada; los embajadores de todos los países del mundo se dieron cita en la desfilada que hubo y tuve por mí el conflicto de la diplomacia donde el mundo por estrecho los límites del mundo tuvo con una visión realmente brillante.

Ahora la India, mayor conflicto político que he conocido el mismo proceso, incluso, incluso que he visto la misma forma de salud. Uno de mis momentos ha involucrado la forma de carácter.

in flight

a todo con algo así como "joindre-joindre" y queda perfecto. De más está decir que, aunque después de haber pasado por momentos en Cuba, el tiempo pasa como siempre lo intermedia.

Le he desarrollado mucho en un sentido de lo masivo en contraposición a lo personal, soy siempre el mismo solitario que me he sentido en camino sin ayuda personal pero tengo ahora el sentido de un deber histórico. No tengo con, ni voy a tener, ni poder, ni honor, ni amigos, ni nada, excepto por ser políticamente como yo y un sentido de lo que es, me siento algo así en la vida, no solo una fuerza interior poderosa que siempre la ve, pero también una capacidad de influencia a los demás y un absoluto sentido fatalista de mi misión me quita todo miedo.

No se puede te a cambio esto, quien sea solo una antorcha de libertad. Tómalo como lo que es, una carta escrita una noche de temporal, en los cielos de la India, lejos de mis patrias y de mis seres queridos.

Un abrazo por todos ustedes



Reflexionando sobre sus continuos viajes años después, llegué a la conclusión de que ellos le habían dado la seguridad de cuál sería su destino. (Ernesto en Quirigua, Guatemala.)

meseta del Matto Grosso por aguas partiendo del río Paraguay para llegar al Amazonas haciendo medicina y todo lo demás; sueño que es como el de la casa propia... puede ser... el hecho es que nos sentíamos un poco más exploradores y nos largamos río abajo en una balsa que nos construyeron especialmente de lujo; el primer día fue muy bueno pero a la noche, en vez de hacer guardia nos pusimos a dormir los dos cómodamente amparados por un mosquitero que nos habían regalado, y amanecimos varados en la orilla.

»Comimos como tiburones. Pasó felizmente todo el otro día y decidimos hacer guardia de una hora cada uno para evitar inconvenientes ya que al atardecer la corriente nos llevó contra la orilla y unas ramas medio hundidas casi nos descujan la balsa. Durante una de mis guardias me anoté un punto en contra ya que un pollo que llevábamos para el morfi cayó al agua y se lo llevó la corriente y yo, que antes en San Pablo había atravesado el río, me achiqué en gran forma para ir a buscarlo, mitad por los caimanes que se dejaban ver de vez en cuando y mitad porque nunca he podido vencer del todo el miedo que me da el agua de noche. Seguro que si estabas vos le sacabas y Ana María creo que también ya que no tienen esos complejos nochísticos que me dan a mí. En uno de los anzuelos había un pez enorme que costó un triunfo sacar. Seguimos haciendo guardia hasta la mañana en que atracamos a la orilla para poder meternos los dos debajo del mosquitero, ya que los carapanás³⁸ abundan un poquitillo. Después de dormir bien Alberto que prefiere la gallina al pescado se encontró con que los dos anzuelos habían desaparecido durante la noche, lo que agravó su bronca y como había una casa cerca decidimos ir a averiguar cuánto faltaba para Leticia. Cuando el dueño de casa nos contestó en legítimo portugués que Leticia estaba siete horas arriba y que eso era Brasil, nos trezamos en una agria discusión para demostrar uno al otro que el que se había dormido en la guardia era el contendiente. No surgió la luz. Regalamos el pescado y un ananá como de cuatro kilos que nos habían regalado los enfermos y nos quedamos en la casa para esperar al día siguiente en que nos llevarían río arriba. El viaje de vuelta fue muy movido también, pero algo cansador porque tuvimos que remar siete horas bien contadas y no estábamos acostumbrados a tanto. En Leticia en principio nos trataron bien, nos alojaron en la policía con casa y comida, etc., pero en cuanto a cuestiones de pasajes no pudimos obtener nada más que un 50 % de rebaja por lo que hubo que desembolsar ciento treinta pesos colombianos más quince por exceso de equipaje, en total mil quinientos de los nuestros. Lo que salvó la situación fue que nos contrataron como entrenadores de un equipo de

38. Mosquitos de la zona.

fútbol mientras esperábamos avión que es quincenal. Al principio pensábamos entrenar para no hacer papelones, pero como eran muy malos nos decidimos también a jugar, con el brillante resultado de que el equipo considerado más débil llegó al campeonato relámpago organizado, fue finalista y perdió el desempate con penales. Alberto estaba inspirado con su figura parecida en cierto modo a Pedernera y sus pases milimétricos, se ganó el apodo de Pedernerita, precisamente, y yo me atajé un penal que va a quedar para la historia de Leticia. Toda la fiesta hubiera sido muy grata si no se les ocurre tocar el himno colombiano al final y me agacho para limpiarme un poco de sangre de la rodilla mientras lo ejecutaban, lo que provocó la reacción violentísima del comisario (coronel) que me atacó de palabra y le mandaba mi rociada flor cuando me acordé del viaje y otras yerbas y agaché el copete.³⁹ Después de un lindo viaje en avión en que se movió como coctelera llegamos a Bogotá. En el camino Alberto les hablaba a todos los pasajeros de lo terrible que había sido el cruce del Atlántico para nosotros, cuando fuimos a una reunión internacional de leprólogos en París y de que estuvimos a punto de caer en el Atlántico cuando le fallaron tres de los cuatro motores, acabó con un: "digo que estos Douglas..." tan convincente que temí seriamente por mi viaje.

»En general estamos por completar la segunda vuelta al mundo. El primer día en Bogotá fue regularcito, conseguimos la comida en la Ciudad Universitaria pero no alojamiento, porque esto está lleno de estudiantes becados para seguir una serie de cursos que organiza la ONU. Por supuesto, ningún argentino. Recién a la una de la mañana nos dieron alojamiento en un hospital, entendiéndose por tal una silla donde pasamos la noche. No es que estemos tan tirados como eso, pero un raidista de la talla nuestra antes muere que pagar la burguesa comodidad de una casa de pensión. Después nos tomó por su cuenta el servicio de lepra que el primer día nos había olfateado cuidadosamente a causa de la carta de presentación que traíamos del Perú, la que era muy encomiástica pero la firmaba el doctor Pesce que juega en el mismo puesto que Lusteau.⁴⁰ Alberto puso varios plenos y apenas respiraban los tipos los agarré yo con mi alergia y los dejé turulatos, resultado: ofrecimiento de contrato para los dos. Yo no pensaba aceptar de ninguna manera pero Alberto sí, por razones obvias, cuando por culpa del cuchillito de Roberto que yo saqué en la calle para hacer un dibujo en el suelo tuvimos tal lío con la policía que nos trató en una forma vejante, que hemos decidido salir cuanto antes para Venezuela de modo que cuando

39. El mal oído musical de Ernesto le impidió identificar el himno nacional.

40. Famoso jugador argentino, que seguramente era apertura, es decir, quien dirige el juego.

reciban esta carta estaré por salir ya. Si quieren tirarse el lance escriban a Cúcuta, departamento de Santander del Norte, Colombia o muy rápido a Bogotá. Mañana veré a Millonarios y Real Madrid desde la más popular de las tribunas, ya que los compatriotas son más difíciles de roer que ministros. Este país es el que tiene más suprimidas las garantías individuales de todos los que hemos recorrido, la policía patrulla las calles con fusil al hombro y exigen a cada rato el pasaporte, que no falta quien lo lea al revés, es un clima tenso que hace adivinar una revuelta dentro de poco tiempo. Los llanos están en franca revuelta y el ejército es impotente para reprimirla, los conservadores pelean entre ellos no se ponen de acuerdo y el recuerdo del 9 de abril de 1948 pesa como plomo en todos los ánimos, resumiendo, un clima asfixiante, si los colombianos quieren aguantarlo allá ellos, nosotros nos rajamos cuanto antes. Parece que Alberto tiene bastantes posibilidades de conseguir un puesto en Caracas. Es de esperar que alguno escriba dos letras para contar cómo andan no tengan que saber todo por intermedio de Beatriz (a ella no le contesto porque estamos a régimen una carta por ciudad, por eso va la tarjetita para Alfredito Gabelo adentro). Un abrazo de tu hijo que te añora por los codos, talones y fundillos. Que se anime el viejo y se raje a Venezuela, la vida es más cara que acá pero se paga mucho más y para un tipo ahorrador (!!) como el viejo, eso conviene. A propósito, si después de vivir un tiempo por aquí sigues enamorado del Tío Sam... pero no divaguemos. Papi es muy intelijudo (con semisorna). Chau.»

En esta carta Ernesto me hace una broma cariñosa con respecto a las cualidades que yo tengo como ahorrador. La verdad es que nunca supe conservar un centavo; y también me carga con respecto al Tío Sam. Siempre teníamos nuestras discusiones a este respecto. Durante la guerra europea estuve en contra de la Alemania nazi y a favor de los aliados. Éste era todo el «amor» que tenía por el Tío Sam, pero Ernesto cada vez que se presentaba la ocasión me lo espetaba.

Con respecto al incidente que tuvieron con la policía, dice Granado en un diario que estando en los alrededores de Bogotá no bien habían llegado a esta ciudad él quiso ubicarse y comenzó a hacer con Ernesto un mapa en el suelo. Ernesto dibujaba con un cuchillito pequeño, regalo de su hermano Roberto. Acertó a pasar un agente de policía que observando la vestimenta de ambos, muy deteriorada, buscó como pretexto el cuchillito y les pidió la documentación.

Alberto lo atajó diciéndole con voz grave que era el doctor Granado. El agente exclamó: «¡Qué van a ser doctores ustedes!» Y se los llevó. La verdad es que conociendo a ambos era muy probable que su vestimenta sería más parecida a unos andrajos que a un traje, de modo que el pobre agente no

tenía por qué ser adivino. En esta carta, para no preocuparnos, Ernesto no cuenta con detalles cómo fue el incidente, pero Alberto en su diario dice que los tuvieron muy apurados. Al llegar a la comisaría, el vigilante los dejó en la sala de guardia, donde jugaban a los dados un sargento con un agente. Como el juego se alargaba y no los tuvieran en cuenta, Alberto se molestó y en tono airado preguntó al sargento por qué motivo los habían detenido, siendo ciudadanos argentinos y doctores especialistas en lepra. El sargento se enojó, tuvieron un cambio de palabras y un cambio de empujones, que terminó en un sumario. Hicieron intervenir al consulado argentino y el sargento, algo asustado, decidió largarlo, pero cuando ya se iban Ernesto pidió su cuchillito, que era, como he dicho, un regalo de Roberto. El oficial de guardia se lo negó y él contestó que si no le daban el cuchillito no se iban. Como resultado de este nuevo incidente, los pasearon por todas las comisarías de Bogotá. Algo así como el célebre «mangiamiento»⁴¹ que se usaba antiguamente en Buenos Aires, donde los presos tenían que pasar por las cincuenta comisarías para que allí todos los empleados uniformados y de investigaciones, conocieran a los «delincuentes».

Nuevamente tuvo que intervenir el consulado argentino y por fin un juez que les tomó declaración, ordenó su libertad. Pero la policía les hizo saber que debían salir del país dentro de las cuarenta y ocho horas, de lo contrario los enviarían hacia el sur, lugar donde confinaban a los peores delincuentes.

Parece, según carta de Ernesto, que arreglaron también ese asunto. Dice así en una que le escribe a su madre el 19 de julio de 1952, desde Bogotá:

«Vieja del alma, vieja. Aquí estoy en el fin de la primera etapa de nuestro viaje, molido, desengañado del mundo impío y sin ningún centavo en el bolsillo y como, para colmo, ni siquiera puedo contarte aventuras sabrosas de la selva y otras hazañas que dejaremos desparramadas por tierras americanas, porque esta última parte del viaje ha sido de una aterradora esterilidad en cuanto a hechos heroicos se refiere. Como te había anunciado íbamos a salir de Bogotá en un plazo perentorio debido a que no congeniábamos con las autoridades policiales; sin embargo, hechas las paces con el eficaz cuerpo de extranjería, surgió un nuevo enemigo en la persona del jefe de la campaña antileprosa que nos negó permiso para visitar los leprosorios y nos dio perentoria orden de desalojo del instituto donde dormíamos, sin que hasta ahora sepamos por qué. Afortunadamente en la ciudad universitaria donde

41. Procedimiento policial argentino. Viene de «mangiar», en italiano: comer.

comíamos —de “gorrón”⁴² por supuesto— había, en gran río de la Plata, un uruguayo que organizó una colecta con la que cubrimos el precio del viaje hasta la triste que nos ve vivir y adonde hemos llegado sin pena ni gloria.»

Dice en esta carta que trabajaba en el consulado argentino de Bogotá un ex amigo suyo (de cuyo nombre no quiero acordarme) el cual al reconocerlo «y reconocer nuestra situación se condolió hasta el extremo de desearnos buena suerte».

Por el diario de Granado nos enteramos que el día 14 de julio, fecha de la toma de la Bastilla, ellos festejan la salida de Colombia, donde tan mal les había ido.

VENEZUELA

Salieron de Colombia el 14 de julio. Cruzaron el puente sobre el río Tachira, que separa a esta nación de Venezuela. Después de todo el papeleo burocrático de entrada, y de contestar las mismas monótonas preguntas, tomaron una camioneta para seguir hasta Caracas. Después de atravesar un pequeño cordón montañoso, llegan a San Cristóbal, ciudad que está al norte de Venezuela y luego continúan hacia Barquisimeto. Tienen que atravesar una de las cordilleras más altas de Venezuela. Pasan bordeando el Pico del Águila, que está a 4 810 metros sobre el nivel del mar. Por supuesto, el frío era muy intenso a pesar de estar en una zona tropical. Comienza el descenso y poco después llegan a Barquisimeto, después de atravesar una extensión de bosques bastante grande. El calor apretaba.

Llegaron por fin a Caracas el día 17; alquilaron un cuarto en una pensión «rasposa».

Llevaban recomendaciones para gente importante de Caracas. Una de ellas, una tía de un amigo de Ernesto, la *Araña Bengolea*: señorita Margarita Calvento, «flor de gaucho» y de simpática, nos llenó de optimismo y nos recomendó otra pensión más de acuerdo con nosotros «los jóvenes católicos venezolanos».⁴³

Según Granado:

«Nuestra pinta, pese a que nosotros creíamos que era impecable, resultó no serlo tanto, pues la dueña de la pensión volvió a llamar de nuevo a nuestra fiadora para preguntar si los señores eran el doctor Granado y el bachiller Guevara.»

42. En lenguaje popular arrabalero, gratis.

43. Del diario de Granado.

En la carta fechada en Caracas el 19 de julio, dice:

«No hemos podido ponernos al habla con el millonario amigo de Marcelo ni con el de la tarjetita de Beto (Ahumada) pero sí con la tía de la Araña que resultó ser una gran persona y nos ha recomendado para visitar a un ministro que probablemente le consiga trabajo a Alberto.

»Todavía no sabemos qué hacer en cuanto a la prosecución del viaje; si seguir por Panamá, México, o ir directamente a la India.»

Es evidente que Ernesto estaba embaldado. Quería seguir viaje por países que aún no conocía.

Entre tantas cosas, Ernesto me contó a su llegada a Buenos Aires un gracioso encuentro con el millonario venezolano, para el cual llevaba una recomendación de mi hermano Marcelo.

Esta persona era considerada como uno de los hombres más ricos de Venezuela. Contaba que cuando llegó con un sobre dirigido al dueño de la casa, todo el servicio doméstico desconfió; pues llevaban una vestimenta de «crotos».⁴⁴ No tenían otra ropa y lucían el desgaste lógico de tantos miles de kilómetros recorridos. Cómo sería su facha para que los mucamos no los dejasen pasar. Llegó la carta a manos del millonario a quien iba dirigida. Dijo Ernesto que la única persona que no desconfió y les prestó todo apoyo fue, precisamente, el millonario amigo de Marcelo.

Poco tiempo después yo le enviaba dinero para pagar sus deudas en Caracas y mi hermano Marcelo le mandaba un pasaje para que viajara en un avión que transportaba caballos de carreras, desde Buenos Aires a Miami, avión que debía hacer escala en Caracas. Ernesto recibió el dinero y apenas llegó el avión, se instaló en él y partió rumbo a Estados Unidos. Aquí terminaba el viaje por América del Sur y aquí también se separaba de su amigo Alberto Granado. Se disponía a estar un día en Miami y volver en el mismo avión a Buenos Aires, donde se examinaría de las quince materias de Medicina que le faltaban para graduarse.

44. En el lenguaje lunfardo argentino, vagabundo, gente miserablemente vestida, sin medio de subsistencia.

ERNESTO LLEGA A MIAMI Y REGRESA A BUENOS AIRES

Desde Venezuela, donde quedó Granado, Ernesto siguió en un avión que transportaba caballos de carreras hasta Miami. Allí el avión debió quedar solamente un día y volver a Caracas para regresar a la Argentina; pero en Miami el capitán de la aeronave decidió hacer una revisión a fondo de los motores y encontró que uno de ellos tenía un fallo serio. Hubo que componer ese motor. El arreglo duró nada menos que un mes y Ernesto, que debió regresar en este mismo avión, se quedó varado en Miami después de haber gastado todo el dinero que llevaba, quedándole sólo un dólar en el bolsillo.

Se las vio y se las deseó para poder sobrellevar treinta días con el exiguo capital de un dólar que tenía. Se quedó en una pensión comprometiéndose a pagarla desde Buenos Aires, cosa que hizo.

A su regreso nos contó las dificultades por las que pasó sin dinero. Con su amor propio exagerado no quiso avisarnos. Decía que casi todos los días iba desde la pensión, que estaba en plena ciudad, hasta las playas veraniegas, haciendo el trayecto a pie de ida y de vuelta, pues rara vez encontraba quien lo llevara. Si mal no recuerdo, la distancia que tenía que recorrer era de unos quince kilómetros; pero lo pasó muy bien, se divirtió todo lo que pudo y conoció Estados Unidos, aunque no fuera más que una pequeña parte.

Una vez arreglado el avión, se embarcó de vuelta. Al llegar a Caracas, un ayudante caballerizo que también había quedado con él varado en Miami, lo despertó mientras dormía diciéndole que se había trabado el tren de aterrizaje y que estaban volando en círculo sobre la capital de Venezuela.

El avión volaba con un gran cargamento de cajones de fruta y como pasajeros sólo llevaba a ellos dos. Se habían acomodado en un pequeño lugar que les habían dejado entre la cajonería que transportaba el carguero. Ernesto creyó que se trataba de una broma y siguió durmiendo, pero al rato despertó y al mirar por una de las ventanillas del avión, divisó en tierra un gran despliegue de camiones, automóviles y autobombas. Efectivamente, se había trabado el tren de aterrizaje y el capitán dio aviso a la torre de control, desde donde se movilizó el personal para un aterrizaje de emergencia. Poco después, felizmente tocaban tierra sin novedad, porque habían conseguido destrabar el mecanismo que levantaba las ruedas.

Una mañana en Buenos Aires, nos anunciaron que Ernesto

debía llegar esa tarde en el avión carguero que regresaba desde Miami. Volvía del viaje comenzado con Alberto Granada después de recorrer una buena parte de América del Sur, viaje que duró ocho meses.

Toda nuestra familia se había trasladado al aeródromo de Ezeiza. Aquella tarde el cielo estaba encapotado, nubes muy bajas impedían la visibilidad. Pocos aviones volaban sobre Ezeiza. Habían anunciado la llegada del carguero para las dos de la tarde y ya llevábamos más de dos horas esperando. Estábamos todos muy nerviosos, porque el avión no aparecía y tampoco se había comunicado con la torre de control. Allí tranquilizándonos contestaron a nuestras preguntas diciendo que los aviones de carga no tenían horario fijo y que solían aparecer sobre el campo de aterrizaje en el momento menos pensado.

Y así fue, de pronto entre las nubes se vio el «Douglas» volando muy bajo y, después de hacer un amplio giro sobre el aeródromo, aterrizó sin ninguna dificultad en la pista. Breves instantes después, con un piloto para protegerse de la ligera lluvia que ahora había comenzado a arreciar, apareció Ernesto corriendo hacia las instalaciones del aeropuerto.

Yo estaba en la terraza y, haciendo altavoz con las manos, lo llamé con todas mis fuerzas. Él oyó el grito, pero no nos localizaba. Todavía recuerdo con qué cara sonriente nos saludaba cuando consiguió vernos junto a la baranda de la terraza que cubre el edificio del aeródromo. Estábamos ya en el mes de agosto de 1952.

Apéndices

GENEALOGÍA DE ERNESTO GUEVARA DE LA SERNA

De Castro. México, siglo XVIII

Datos de Mario Roberto Loustaunau Guevara.

Esta familia desciende del virrey de México don Pedro de Castro y Figueroa, duque de la Conquista y marqués de Real Gracia, que llegó a México y tomó posesión del Gobierno en 17 de agosto de 1740, y falleció un año después, el 22 de agosto de 1741.

(Ver *México a través de los siglos*, pág. 787, tomo II, de don Vicente Riva Palacio) y en la *Historia de México*, por don Niceto de Zamacois, pág. 562, tomo V. Sigue de la siguiente manera:

Don Joaquín Castro, casado con doña Martina Butier (noble francesa), de la Louisiana, después de su rapto, fueron padres, entre otros, de:

Carlos Castro Butiller, casado con Rosario García y Ortega; con sucesión.

Fueron padres de:

Don Guillermo Castro García Ortega, nacido en 10-II-1810, casado con María Luisa Peralta y de doña Loreto Albiso, n. p. de don Rafael Peralta, fundador de la familia Peralta en California; con sucesión.

Don Guillermo Castro García Ortega, casado con doña María Luisa Peralta, fueron padres de:

Don Juan Castro Peralta, nacido en 1-XI-1831, casado con doña Juana Guilzú; con sucesión.

Ramón Castro Peralta, nacido en 24-III-1833.

Francisco, nacido en 24-II-1833.

María Concepción Castro Peralta, nacida en 10-II-1835, casada con don Juan Antonio Guevara Calderón de la Barca; con sucesión.

Fueron padres: Roberto Guevara Castro, nacido en San Francisco de California el 28 de junio de 1855, casó en Buenos Aires con doña Ana Lynch Ortiz, nacida en San Francisco de California el 15 de junio de 1851; con sucesión.

Juan Antonio Guevara Castro, nació en San Francisco de California en 11 de marzo de 1859, casó en Buenos Aires con doña Angela Pichetto; con sucesión.

Ramón Guevara, nació en San Francisco de California el 8 de junio de 1861, casó en Buenos Aires con doña Rosmida Perlasca; con sucesión.

Alberto F. Guevara, nació en Luján (Argentina), el 18 de mayo de 1863, casado en Buenos Aires con doña Irene López Oro; con sucesión.

Guillermo B. Guevara, nacido en Mendoza el 21 de marzo de 1866, casó en Buenos Aires con doña Eloísa Lynch Ortiz; con sucesión.

Gregorio Guevara, nació en Mendoza el 29 de marzo de 1870, casó en primeras nupcias con doña Adela Tissera Godoy, con sucesión, y en segunda nupcias con doña Magdalena Tissera Godoy; con sucesión.

Los Guevara en Chile

Los Guevara, una casa de amplio y fecundo arraigo en la capitania, eran descendientes del capitular de Burgos, Pedro Díaz de Guevara y de su mujer Beatriz Ladrón de Guevara. La rama troncal española de los Ladrón de Guevara procedía del conde don Vela, que vivió bajo los reinados de Sancho y Ramiro III de León, y del linaje que empezó a apellidarse de Guevara en el siglo XII con el conde de Avala, Ladrón Vélez de Guevara. Dio ésta origen a numerosas casas de la grandeza de España, entre ellas las de los marqueses de Guevara y Casa Real, y de los condes de Escalante y Villamediana.

El título primero de la rama troncal, condado de Oñate, pasó con Melchora de Guevara a los Guzmán, marqueses de Montealegre, la línea de donde derivó el nombre completo de Ladrón de Guevara, instaurado en el siglo XVIII. La poderosa casa feudal se afincó en Mendoza en las postrimerías de la conquista, con el corregidor y justicia mayor Maestre de Campo Juan Luis de Guevara.

Llevaban las armas tradicionales de los Ladrón de Guevara: en el primero y cuarto cuartel de oro, tres bandas de gules cargadas de cotizas de sable y el segundo y tercero cinco paneles de plata sobre campo de gules, puestos en sotuer.

Dato de Mariano Mansilla, *La casa de los Videla* (dos tomos).

Antecedentes de la familia Guevara Castro, por el ingeniero Roberto Guevara Castro

El año 1849 llegó Juan A. Guevara a las minas de Sacramento.

Desembarcaron en San Francisco, tomaron un bote y de allí fueron a San Pablo con su hermano Gorgoño a unas estancias de la familia Castro, con el objeto de comprar ganado y llevarlo a Sacramento con provisión de carne.

En este viaje conocieron a don José Antonio Estrada y a don Joaquín Castro, quienes tenían por allí sus estancias. De regreso a San Francisco, salieron para Sacramento; al desembarcar allí se encontraron sin medios de locomoción, y obligados a parar en la estancia de unos ingleses y comprar potros, que en pocos días amansaron y sirvieron para el transporte de la carga de sus compañeros de expedición.

Después de encontrarse en los Placeres la sociedad se disolvió y sólo quedaron los dos hermanos Guevara, quienes entregaron a don Delfín Correa, presidente de la sociedad Expedición O el oro que sacaron. (Véase artículo en *La Razón*, del 24 de noviembre de 1916.)

En los Placeres trabajaron un tiempo y Juan Antonio enfermó de fiebre terciana.

Regresaron a San Francisco y allí encontraron a Estrada, que ya conocía Juan Antonio, y este señor se lo llevó a la estancia de don Joaquín Castro.

En casa de Guillermo Castro había varios argentinos, entre éstos se encontraban don José María Godoy, Celestino Godoy, Nicolás Álvarez (padre de Jacinto y Agustín Álvarez), Jacinto Recuero, Carlos Villanueva, Cleofé Antequera, Agustín Aguirre, Manuel José Encina y Cupertino Encina, hermanos, y otros que habían ido a Mendoza formando un grupo para trabajar en las minas. Como la vida se hiciera difícil en éstas por la afluencia de gente de todas partes del mundo y por las enfermedades que empezaron a diezmar a los miembros de aquella concentración de amigos argentinos, resolvieron disolverse y buscarse la vida por separado.

Los Guevara vivieron un tiempo en casa de Joaquín Castro. En esta estancia pasó varios meses enfermo de terciana Juan Antonio Guevara, enfermedad que adquirió en los lavaderos. En casa de don Joaquín Castro se relacionaron con la familia. Juan Antonio tocaba muy bien la guitarra y cantaba, y con tal motivo hacían música todas las noches.

Entre las costumbres de los argentinos llamó mucho la atención la de tomar mate, generalizándose entre la familia Castro.

Juan Antonio fue invitado por don Joaquín Castro, primo de don Guillermo Castro (mi abuelo) a visitar a éste y también a la colonia argentina que allí había, especialmente a los mendocinos, a quienes conocía Juan Antonio.

Mi padre dio con la familia de mi abuelo un paseo a Santa Clara, estrechándose así la amistad con la familia. De regreso a San Lorenzo pasó mi padre con la familia de mi abuelo varios días y después regresó a casa de don Joaquín Castro, que distaba unas ocho leguas; tenía éste muy buenos establecimientos de campo con mucho ganado. La familia de mi madre iba con frecuencia a casa de don Joaquín, siendo éste un motivo para que mi padre celebrara sus bodas con mi madre, Concepción Castro Peralta. Toda la familia de los Castro se relacionó con la colonia argentina.

Pasados algunos años los argentinos fueron tomando rumbos distintos, muchos de los cuales regresaron a su país, José María Godoy y su hermano se fueron al Refugio. Allí llegó don Rosauro Doncel y se asoció con don José María en negocio de ganado. Después Doncel pasó a casa de mi abuelo donde pasó un tiempo. Esto ocurría en el año 1855.

Nicolás Álvarez y Cleofé Antequera regresaron a la Argentina en diciembre de 1851. La propiedad que en esa época poseía mi abuelo era una estancia muy valiosa de cinco leguas a pocas horas de San Francisco. Tenía grandes edificaciones.

También tuvo la estancia San Lorencito, de una legua, cerca de San Francisco.

(NOTA: Estos datos fueron dados por mi padre y consultados a mi madre, los encontró conforme.)

Son recuerdos lejanos de la familia Castro en California.

Genealogía de la familia Lynch

Según estudio del señor Julio Hosmann, año 1925.

Linch de Lydican (apellido original todos irlandeses).

Williams Linch se casa con Catherina Blake, tienen un hijo:

Patricio Linch (Lince) B. Lydican Caway, que nace en 1715, y se casa en Buenos Aires en 1749 con Rosa Galayn y de la Cámara, y tienen entre otros hijos:

Justo Pastor Linch, que nace en Buenos Aires en 1755. Se casa con Ana María de Roo y Cabezas. Tienen entre otros hijos a:

Patricio Julián Lynch,¹ que nace en 1789 y se casa en Buenos Aires con María Isabel Riglos. Tienen entre otros hijos a:

Francisco Eustaquio, que nace en 1817 y se casa con Eloísa Ortiz.

En California tienen entre otros hijos a: Ana Isabel Lynch, que nace en California en 1863 y se casa con:

Roberto Guevara Castro, nacido en California en 1857. Tienen entre otros hijos a:

Ernesto Guevara Lynch, que nace en 1900, y se casa en la ciudad de Buenos Aires con Celia de la Serna en 1927. Tienen entre otros hijos a; Ernesto Guevara de la Serna, que nace en la ciudad de Rosario (República Argentina) en 1928.

Genealogía de la familia De la Serna

Martín José de la Serna, militar argentino que participó en la campaña del desierto, tiene entre otros hijos a:

Juan Martín de la Serna: hombre de gran fortuna que poseía varias estancias, fundó la ciudad de Avellaneda, que está separada de la ciudad de Buenos Aires por el Riachuelo. Durante la epidemia de fiebre amarilla que asoló la Argentina en el año 1871, y hallándose él fuera de Buenos Aires fallece su esposa, de veinte años de edad, Albertina Ugalde, víctima de ese flagelo. Queda de dicha unión un solo hijo recién nacido que se llama:

Juan Martín de la Serna Ugalde: éste es criado por una hermana del padre, quien lo educa hasta llegar a adulto. Hombre muy inteligente, se doctora en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, y con sólo 29 años de edad es nombrado profesor de la misma. Es elegido diputado nacional, siendo uno de los más jóvenes en el Congreso de la Nación (ocupa otros cargos importantes). Nombrado diplomático, representa a la Argentina como embajador en Alemania. Fue amigo del doctor Hipólito Irigoyen y luchó junto a él en la fracasada revolución del año 1890, que encabeza el Partido Radical, contra el entonces presidente de la República doctor Juárez Celman.

Es de destacar la coincidencia que, en esta misma revolución, luchó y fue herido Guillermo Lynch, íntimo amigo de H. Irigoyen, y tío abuelo materno del Che. Tanto Juan Martín de la Serna

1. Aparece por primera vez el apellido Linch escrito con Y griega.

corno Guillermo Lynch, fueron dirigentes de la Juventud Radical, partido liberal popular, cuyo fundador fuera el tribuno Leandro Alem, opositor de Juárez Celman, que representaba al conservadurismo y a los intereses ingleses en el país.

Juan Martín de la Serna se casa con Edelmira de la Llosa, teniendo varios hijos:

Jorge de la Serna, casado con Margarita Ezcurra; Juan Martín de la Serna, casado con Leonor Especho; Arturo de la Serna, casado con Frías; Carmen de la Serna, casada con Córdova Iturburu; Edelmira de la Serna, casada con Ernesto Moore, y Celia de la Serna, casada con Ernesto Guevara Lynch.

Genealogía familia De la Llosa-Lacroze

Anacleto de la Llosa se casa con Mercedes Lacroze, teniendo tres hijas: Mercedes, Josefina y Edelmira y un hijo, Anacleto.

Edelmira se casa con Juan Martín de la Serna Ugalde, teniendo entre otros hijos a Celia de la Serna de la Llosa, madre del Che Guevara.

Virrey don Pedro de Castro Figueroa y Salazar

Datos sacados de Casa de las Américas por E. Codina (nov./77).

El virrey don Pedro de Castro Figueroa y Salazar le sucedió al virrey don Juan Antonio de Vizarrón y Ezuiarreta, sus títulos y cargos fueron: duque de la Conquista, Marqués de Gracia Real, caballero de las órdenes de Santiago y de la Real de San Genaro, comendador de Castiloeras en la Orden de Calatrava, capitán de los Ejércitos de S. M., de su Supremo Consejo de Guerra, sargento mayor e inspector de sus Reales Guardias de Infantería Española, gentilhombre de Cámara de S. M. Siciliana y presidente de la Real Audiencia.

Se hizo cargo del gobierno el 17 de agosto de 1740. Sus ascensos y títulos, ha dicho un historiador, los debió a las campañas de Italia, en cuyas guerras se hallaba empeñada entonces la monarquía española para establecer como soberanos en aquella península a los hijos del segundo matrimonio del rey Felipe V. En su viaje estuvo a punto de caer en poder de los ingleses, y en su tiempo sólo se ocupó de fortificar a Veracruz, adonde llegó el 30 de junio de 1740. Hizo construir en el castillo de San Juan de Ulúa las baterías rasantes de Guadalupe y San Miguel y levantó, para guarnición de aquel puerto, un batallón con el nombre de La Corona. Atacado de las enfermedades que contrajo en aquel puerto, murió... «y entró a gobernar la Audiencia, presidiéndola el oidor decano don Pedro Malo de Villavicencia, pues no se encontró pliego de mortaja».

Don Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara, se hizo cargo del gobierno el 3 de noviembre de 1742. Entre las obras que llevó a efecto se cuentan el mejoramiento del acueducto...

Virreyes de la Nueva España, de Pedro Soler Alonso, Secretaría de Educación Pública, México, 1945 (pág. 51).

(CARATULA DEL LEGAJO)

1058

Registro 1116

año 1953

MINISTERIO DE EDUCACIÓN
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

División de planos y títulos

Facultad de Medicina

Diploma de médico a favor de Ernesto Guevara

Exp. 1058/53

Año 1953

Letra G

APELLIDO Y NOMBRE:	Guevara, Ernesto.
NACIDO EN:	Santa Fe.
FECHA:	14 de junio de 1928. EDAD: 24 años.
TÍTULO DE: MÉDICO	EGRESADO: 11 de abril de 1953.
CÉDULA DE IDENTIDAD:	Policial.
DOMICILIO:	Aráoz, 2180.

Hay un sello:
LIBRO DE GRADOS, núm. 29.
FOLIO: 153.
FECHA: 12/6/53.
REGISTRO: 1116.

Ministerio de Educación
Universidad de Buenos Aires

Al señor Rector de la Universidad
de Buenos Aires

FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS

Doctor Carlos A. Bancalari

Decanato

B.M.

Cúmpleme comunicar al señor Rector que el alumno de Medicina don Ernesto Guevara ha sido aprobado en todos los exámenes requeridos para optar al diploma de MÉDICO que corresponde le sea expedido.

(Transcribo a continuación la planilla con los datos de identidad y clasificación obtenidas):

Nacido en Provincia de Santa Fe el 14 de junio de 1928.
 Libreta de Enrolamiento: matrícula núm. 6.460.503. Dist. Mil. Reg. 4.º
 Cédula de identidad n.º Policía de la Capital. Of. Enrol. Córdoba.
 Libreta Cívica n.º Ofic. Secc.

Asignaturas	Calificación	Oficial o libre	Fecha
Anatomía Descriptiva	Bueno	Libre	Abril 1948
Anatomía Topográfica	1		
Embriología e Histología	Aprobado	Libre	Agost. 1948
Fisiología Fís. y Quím. Biol.	Aprobado	Oficial	Marzo 1949
Parasitología	Bueno	Oficial	Nov. 1948
Semiol. y Clín. propedéutica	Bueno	Oficial	Abril 1950
Anat. y Fisiol. Patológicas	Aprobado	Oficial	Nov. 1949
Microbiología	Aprobado	Libre	Julio 1949
Patología General y Médica	Aprobado	Oficial	Dic. 1952
Patología Quirúrgica	Aprobado	Oficial	Sept. 1951
Toxicología	Bueno	Oficial	Dic. 1950
Técnica Quirúrgica	Aprobado	Oficial	Nov. 1951
Terapéutica y Farmacología	Aprobado	Oficial	Dic. 1950
Clínica Otorrinolaringológica	Bueno	Promoción	Nov. 1951
Clínica Oftalmológica	Aprobado	Promoción	Nov. 1952
Clínica Urológica	Prom. Apr.	Promoción	Nov. 1952
Clínica Ginecológica	Aprobado	Promoción	Sept. 1951
Radiología y Fisioterapia	Distinguido	Promoción	Sept. 1951
Clínica Psiquiátrica	Bueno	Promoción	Oct. 1951
Clínica Neurológica	Aprobado	Promoción	Abril 1953
Clínica Pediát. y Puericultura	Bueno	Oficial	Oct. 1952
Clínica Obstétrica (Fisiología)	Distinguido	Oficial	Dic. 1952
Pat. y Clín. de la tuberculosis	Prom. Apr.	Promoción	Dic. 1952
Clínica dermatosifilográfica	Prom. Apr.	Promoción	Nov. 1952
Medicina Legal	Aprobado	Oficial	Dic. 1952
Higiene y Medicina Social	Bueno	Oficial	Dic. 1952
Ortopedia	Aprobado	Promoción	Dic. 1952
Clínica Obstét. Patológica	Aprobado	Oficial	Dic. 1952
Clínica Médica	Distinguido	Oficial	Dic. 1952
Clínica Quirúrgica	Aprobado	Oficial	Dic. 1952
Pat. y Clín. de las Enfer. Inf.	Distinguido	Oficial	Dic. 1952

Rindió su última asignatura el día 11 de abril de 1953.

Saludo al señor Rector muy atentamente,

Dr. FEDERICO D. PUNTARELLI
 Secretario

Dr. JORGE A. TAIANA
 Decano

1. Anatomía Topográfica no se rinde por resolución del señor Delegado Interventor de fecha 13 de mayo de 1948.

- Acevedo, Rogelio: 79, 80.
 Aguilar, Carmen: 217.
 Aguilar, Juan: 217.
 Aguilar, Paco: 217.
 Aguirre, Agustín: 335.
 Ahumada, Beto: 329.
 Alberti, Rafael: 187.
 Albino, Loreto: 333.
 Albornoz, Chicho: 211.
 Alem, Leandro: 112, 337.
 Almeida, Juan: 19, 24, 31, 32, 34, 40, 77, 82, 83. — 75.
 Alvarez, Agustín: 335.
 Alvarez, Jacinto: 335.
 Alvarez, Nicolás: 335.
 Allende, Salvador: 301.
 Ameijeiras: 32.
 Antequera, Cleofé: 335.
 Aramburu, Pedro Eugenio: 20, 21.
 Arbenz, Jarabo: 44.
 Arias, Carmen: 120, 125, 126, 127, 128, 139, 142, 154. — 198.
 Arzola, María: 311.
 Ayala, conde de: véase Ladrón Vélez de Guevara.
 Azaña, Manuel: 186.
 Azara, Félix de: 114.
- Balboa, Vasco Núñez de de: 275.
 Bancalari, Carlos A.: 338.
 Barquín, coronel: 61.
 Batista, Fulgencio: 17, 20, 21, 22, 27, 29, 31, 33, 36, 38, 39, 40, 44, 45, 48, 50, 52, 53, 57, 58, 61, 62, 63, 64, 76, 82, 84, 92, 93, 209, 245. — 137.
 Bayo, Alberto: 27.
 Bengolea (llamado «Araña»): 328, 329.
 Benítez: 83.
 Benson, Carlos: 124.
 Bertoni, Moisés: 114.
 Beruff, Jorge: 29, 63, 64.
- Bingham, Hiram: 311.
 Blake, Catherina: 336.
 Bohle, E. W.: 197.
 Bonpland, Aimé Goujaud, llamado: 114.
 Boudin, Lowis: 312.
 Bucarelli y Ursúa, Antonio M.^o: 115.
 Buch: 29.
 Butiller, Martina: 333.
- Cabeza de Vaca, Alvar Núñez: 275.
 Calvento, Margarita: 328.
 Campa, Eliseo de la: 238.
 Cámpora, Héctor J.: 111.
 Cantillo, general: 61.
 Cantinflas, Mario Moreno, llamado: 42.
 Carolina, doña: 295.
 Casillas Dumpuy: 61.
 Castellanos, Alberto: 81, 82.
 Castillo, Ramón: 197.
 Castro, Guillermo: 335.
 Castro, Joaquín: 333, 335.
 Castro Butiller, Carlos: 333.
 Castro y Figueroa y Salazar, Pedro de (duque de la Conquista, marqués de Real Gracia): 333, 337.
 Castro García Ortega, Guillermo: 333.
 Castro Peralta, Concepción: 101, 335.
 Castro Peralta, Francisco: 333.
 Castro Peralta, María Concepción: 333.
 Castro Peralta, Ramón: 333.
 Castro Ruz, Fidel: 17, 18, 19, 21, 24, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 38, 39, 40, 41, 44, 45, 46, 47, 48, 50, 51, 52, 57, 58, 61, 63, 69, 72.

73, 76, 77, 82, 83, 89, 96, 97. —
55, 75, 117, 157.
Castro Ruz, Raúl: 19, 30, 31, 32,
44, 80, 94, 97.
Caway, B. Lydican: 336.
Cebrián y Agustín, Pedro, conde
de Fuenclara: 337.
Cienfuegos, Camilo: 32, 51, 52, 54,
56, 57, 61, 62, 64, 67, 74, 76, 97.
— 137.
Codina, E.: 337.
Colón, Cristóbal: 275.
Congó, capitán: 128.
Conte Agüero, Luis: 64, 65.
Córdova Iturburu: 103, 113, 187,
220, 337.
Correa, Delfín: 334.
Cortés, Hernán: 275.
Cuchetti, padre: 273, 319.
Curtido (capataz): 121, 122, 123,
124, 128.

Chao: 83.
«Chino, el»: 34. — 75.

Díaz de Guevara, Pedro: 334.
Díaz de Solís, Juan: 275.
Doncel, Rosauro: 335.
Duarte, Eva: 305.
Dubois, Jules: 29, 30, 31, 50, 51.
Dumas, Alejandro: 180.

Ebensen, ingeniero: 102.
Echagüe, Ernesto: 164.
Echagüe, Pedro León: 113, 114,
116.
Encina, Cupertino: 335.
Encina, Manuel José: 335.
Especho, Leonor: 337.
Espejo, Carlos: 182.
Estigarribia, general: 185.
Estrada, José Antonio: 335.
Ezcurra, Margarita: 337.

Fangio, Juan Manuel: 41.
Ferrer, Carlos: 253.
Ferreyra, Chichina: 220, 221, 278,
280, 281.
Figuroa, Carlos: 236, 240, 248,
249.
Franco Bahamonde, Francisco:
185, 187, 311.
Frers, Germán: 105, 139.
Frías (de Serna, Arturo de la):
337.
Frondizi, Arturo: 41.
Fuentes Pondal: 181.

Gabela, Alfredo: 126, 127, 326.
Gadea, Hilda: 18, 23, 25, 27, 28,
78. — 35.
Gainza, Alberto: 157.
Galayn de la Cámara, Rosa: 336.
Gamas, señora: 199.
García, Calixto: 31, 32.
García y Ortega, Rosario: 333.
Garcilaso de la Vega (el inca):
308.
Gardel, Carlos Gardés, llamado
Carlos: 41.
Goday, Celestino: 335.
Godoy, José María: 335.
González Aguilar, Juan: 186, 187.
Granado, Alberto: 204, 208, 209,
217, 221, 232, 242, 243, 251, 263,
264, 265, 273, 274, 275, 276, 277,
278, 279, 280, 284, 285, 288, 290,
293, 294, 295, 297, 299, 302, 305,
310, 311, 312, 313, 314, 319, 321,
322, 324, 325, 326, 327, 328, 329,
330, 331.
Granado, Gregorio: 217, 263, 273.
Granado, Tomás: 217, 224, 225,
226, 250, 262, 263, 273.
Guevara, Alberto F.: 333.
Guevara, Gorgoño: 334.
Guevara, Gregorio: 334.
Guevara, Guillermo B.: 333.
Guevara, Juan Antonio: 100, 334,
335.
Guevara, Juan Luis de: 334.
Guevara, María Luisa: 106.
Guevara, Melchora de: 334.
Guevara, Ramón: 333.
Guevara, Roberto (abuelo del
«Che»): 101, 102, 103.
Guevara Calderón de la Barca,
Juan Antonio: 333.
Guevara Castro, Juan Antonio:
333.
Guevara Castro, Roberto: 333,
336.
Guevara Gadea, Hildita: 23, 24,
27, 78, 79. — 35.
Guevara Lynch, Beatriz: 18, 135,
212, 243, 244, 245, 246, 247, 253,
316, 317, 318, 326. — 303.
Guevara Lynch, Ercilia: 245. —
303.
Guevara Lynch, Federico: 151.
Guevara Lynch, Francisco: 210.
Guevara Lynch, Marcelo: 329.
Guevara Lynch, María Luisa: 136,
139, 141, 245, 247, 272.
Guevara Lynch, Susana: 210.
Guevara de la Serna, Ana María:
64, 158, 161, 262, 324. — 239.
Guevara de la Serna, Celia: 64,
86, 89, 108, 127, 129, 136, 139,
142, 215, 217. — 239, 261.
Guevara de la Serna, Juan Mar-

tín: 64, 86, 87, 216, 229, 237. — 239.
Guevara de la Serna, Roberto: 64, 126, 127, 142, 153, 160, 161, 163, 172, 173, 174, 181, 182, 205, 206, 207, 216, 217, 229, 242, 243, 325, 327. — 239.
Guido, José María: 111.
Guilzú, Juana: 333.
Güiraldes, Ricardo: 132.
Gutiérrez, Carlos María: 33, 34, 36, 37, 38, 40. — 75, 95.

Hauser, Victor: 154.
Hemingway, Ernest: 72.
Hermosa, doctor: 311.
Hernández, José: 37, 305.
Hikmet: 19.
Hirtzel, Jimmy: 24.
Hitler, Adolph: 194, 195, 197, 200, 228.
Hosmann, Julio: 336.
Humboldt, Alexander, b a r ó n Von: 114.

Ibáñez del Campo, Carlos: 301.
Iglesias, Joel: 209, 210.
Irigoyen, Hipólito: 336.

Jorge: 281.
Juárez Celman, doctor: 336, 337.
Jurado Barrio, Enrique: 188, 189.

Kennedy, doctor: 110.
Kunt, general: 184, 185.

Lacroze, Mercedes: 337.
Ladrón de Guevara, Beatriz: 334.
Ladrón Vélez de Guevara, conde de Ayala: 334.
Lamarque, Libertad: 41.
Larumbe, Adalberto: 235, 236.
Lavalle, Juan: 270.
Leonardo (llamado «Nardo»): 163.
Lezica, Faustino: 116.
Linch, Justo Pastor: 336.
Linch, Patricio: 336.
Linch, Williams: 336.
Liniers y Bremond, Santiago Antonio María de: 149.
Lister Forján, Enrique: 188.
London, Jack: 268.
López Oro, Irene: 333.
Lonstannau Guevara, Mario Roberto: 333.
Lozada, el gaucho: 159, 161.
Lozada, el pibe: 161.

Luchuni: 272.
Luna, chico: 290.
Lusteau: 325.
Lynch, Francisco Eustaquio: 99, 100, 131, 336.
Lynch, Guillermo: 336, 337.
Lynch, Patricio Julián: 336.
Lynch Ortiz, Ana: 333, 336.
Lynch Ortiz, Eloísa: 333.

Llanusa, José: 29.
Llerena, Mario: 29.
Llopis Sánchez, Norma: 28.
Llosa, Anacleto de la: 337.
Llosa, Edelmira de la: 337.
Llosa y Lacroze, Anacleto de la: 337.
Llosa y Lacroze, Edelmira de la: 337.
Llosa y Lacroze, Josefina de la: 337.
Llosa y Lacroze, Mercedes de la: 337.

Madagan: 52.
Magallanes, Fernando de: 275.
Malo de Villavicencia, Pedro: 337.
Mansilla, Mariano: 334.
March, Aleida: 85.
March, Armando: 74.
Martí, José: 43, 97.
Martín (el hermano de «Nardo»): 163.
Martínez Castro, Martín: 106, 136, 139, 141, 243, 279.
Martínez Guevara, Menina: 139.
Martínez Paez, doctor: 36.
Martínez de Perón, María Estela: 111.
Masetti, Jorge Ricardo: 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 48, 49. — 117.
Matthews, Herbert: 31, 33, 34.
Mazza: 264.
Menéndez (periodista): 32.
Menéndez, Jesús: 61.
Mera, Cipriano: 188.
Miguez, Chuno: 163.
Miguez, Juancito: 163.
Mola, Emilio: 185.
Moore, Ernesto: 120, 130, 131, 337.
Moore de la Serna, Ernesto: 130.
Moore de la Serna, Juan Martín: 130.
Moussi, Martín de: 114.
Moyano, Dolores: 29.
Mussolini, Benito: 185, 188, 200.
Mujal: 76.

Najdorf: 224.
Nanetti, Nino: 188.
Neruda, Pablo: 288.
Nobile, Umberto: 127.
Núñez Jiménez, capitán: 60.

Nico: 24.

O'Donnell, Mario: 141.
Orlando Rodríguez, Luis: 45.
Ortiz, Eloísa: 100, 336.
Ortiz, Roberto: 196, 197.

Palacios, Alfredo: 104, 163.
Palacios, Ramoncito: 163.
Palacios, «el Negrito»: 163.
Patojo, el: 25.
Payer, Osvaldo: 221.
Pedernera: 325.
Pedro, don: 282.
Peña, Fernando: 143, 144, 155, 156,
190, 192.
Peralta, María Luisa: 333.
Peralta, Rafael: 333.
Pérez, doctor: 21.
Pérez, Crescencio: 31, 32.
Pérez Jiménez, Marcos: 39.
Perlarca, Rosmida: 333.
Perón, Juan Domingo: 50, 111,
197, 238, 301, 305, 308, 322.
Pesce, doctor: 314, 325.
Pestaña, doctor: 139.
Petit: 18.
Pichetto, Angela: 333.
Pirro: 211.
Pisani, Salvador: 227, 230, 231,
232, 233, 251, 252, 253, 254, 320.
Pizarro, Francisco: 275, 311, 313.
Pocho: 24.
Poison, J. M.: 253.
Puntarelli, Federico D.: 339.
Puthamer, von: 281.

Ramiro III de León: 334.
Raúl: 287.
Recuero, Jacinto: 335.
Riglos, María Isabel: 336.
Riva Palacio, Vicente: 333.
Roatta, Mario: 188.
Rodríguez, Roberto (llamado «el
Vaquerito»): 60.
Rodríguez Argañarez, Luis: 86, 87.
— 303.
Rodríguez de la Vega, capitán:
60, 61.
Roo y Cabezas, Ana María de:
336.
Rosas, Juan Manuel de: 99, 100,
101, 131.

Roseti, doctor: 264.
Rosita, doña: 295, 296.
Rubín de Celis, Nicolás: 101.

Sábato, Ernesto: 220.
Salgari, Emilio: 180.
San Martín, teniente: 74.
Sánchez, Universo: 31, 32.
Sánchez Mosquera, comandante:
38, 41, 42, 84, 209.
Sancho, rey de León: 334.
Sandstede, Godofredo: 197.
Santamaría, Abel: 47.
Santillán: 266.
Schaejer, Roberto: 243.
Schert, H.: 253.
Segundo, Manco: 311, 313.
Serna, Carmen de la: 103, 113,
187, 220.
Serna, Edelmira de la: 120, 130,
337.
Serna, Jorge de la: 107, 237.
Serna, Juan Martín de la (abue-
lo del «Che»): 112, 336, 337.
Serna, Martín José de la: 336.
Serna y de la Llosa, Arturo de
la: 337.
Serna y de la Llosa, Carmen de
la: 337.
Serna y de la Llosa, Celia de la
(madre del «Che»): 20, 21, 22,
66, 78, 89, 103, 104, 105, 106, 107,
108, 109, 110, 111, 112, 113, 118,
119, 120, 122, 123, 124, 125, 126,
127, 128, 129, 139, 140, 142, 146,
147, 152, 153, 159, 160, 162, 165,
169, 170, 172, 175, 178, 184, 185,
202, 207, 210, 229, 244, 246, 247,
327, 336, 337. — 177, 239, 303.
Serna y de la Llosa, Juan Mar-
tín de la: 337.
Serna Ugalde, Juan Martín de
la: 336.
Silva, capitán: 54.
Skoposted, Emilio: 128.
Solano Lima, Vicente: 111.
Solari, Juan Antonio: 197.
Soler Alonso, Pedro: 337.
Somoza, Anastasio: 39.
Soria, doctor: 143.
Stevenson, Robert Louis Balfour:
180.
Stroessner, Alfredo: 39.

Tabernilla, general: 54.
Taiana, Jorge A.: 339.
Tauber, Bob: 32, 34.
Tissera Godoy, Adela: 334.
Tissera Godoy, Magdalena: 334.
Trujillo, Rafael Leónidas: 39.

Ugalde, Albertina: 336.
Urrutia, Manuel: 63, 97.

Valdés, Ramiro: 19, 24, 32, 34, 45,
83. — 75.

Valdivia, Pedro de: 275.

Vela, conde don: 334.

Verne, Julio: 180.

Vidosa, Ariel: 164.

Villanueva, Carlos: 335.

Vizarrón y Eguiarreta, Antonio
de: 337.

Zacarías: 175, 176, 178.

Zamacois, Niceto de: 333.

Zamora, Negrito: 211.

En esta obra se presenta al Che en una faceta todavía desconocida, la familiar. Los recuerdos de su padre nos permiten conocer detalles íntimos del famoso personaje y hacernos de él una imagen más humana, más próxima: de pequeño padecía asma, lo cual obligó a su padre a trasladarse a las sierras de Córdoba, y gracias a la nutrida biblioteca de su padre y al ambiente culto de que disfrutó en su casa pudo desarrollar fácilmente sus capacidades intelectuales. Allí tuvo también sus primeros contactos con el mundo de la política, ya que en aquel lugar se reunían numerosos comités revolucionarios de liberación nacional: Ayuda a la República española, Acción argentina, contra el nazismo mundial, la Legión de la libertad contra el tirano Trujillo de Santo Domingo, 26 de julio contra Batista de Cuba, Comité de Ayuda contra Pérez Jiménez de Venezuela y, durante la segunda guerra mundial, ayuda a la Francia Libre (Comité De Gaulle). En la obra se habla de sus relaciones con los miembros de la familia, de los años de su infancia, de sus aficiones (la grafología, el ajedrez, el rugby, el vuelo a vela), de sus características personales. Explica también paso a paso su trayectoria política, su intervención en la revolución cubana y el activo papel que desempeñó en la lucha guerrillera de toda la América Latina.